

ASESINATO EN LA REALEZA

SERIE INSPECTORA JULIA BÁEZ 1



CARLOS CORREAS POLO

ASESINATO EN LA REALEZA

SERIE INSPECTORA JULIA BÁEZ 1

Una novela *neo-noir* de acción, asesinos en serie y conspiraciones políticas

Escrita por:

Carlos Correas Polo

Título: Asesinato en la realeza.

© Carlos Correas Polo, 2024.

ASIN: B0DNKX7J18.

Edición: Madrid, diciembre de 2024.

Diseño de cubierta: Anastasia Herasymchuk (GetCovers).

Website: www.carloscorreaspolo.com

E-mail: hola@carloscorreaspolo.com

Reservados todos los derechos.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Rafael Luján, a Marta Mangado y a Nacho Sánchez por su apoyo durante la escritura de esta novela; por sus valoraciones y sugerencias, que mejoraron mi prosa; así como por los constantes debates en torno a la literatura, el cine y el arte en general, que elevaron mi espíritu. Si esta novela está hoy en tus manos, es en gran parte gracias a ellos. Y si hay algo de buena literatura en las próximas páginas, mucho se debe a su labor. Todo lo demás, es responsabilidad mía.

Sumario

Lunes 15 de julio de 2024

[Prólogo](#)

Martes 16 de julio de 2024

- [1.](#)
- [2.](#)
- [3.](#)

Miércoles 17 de julio de 2024

- [4.](#)
- [5.](#)
- [6.](#)
- [7.](#)
- [8.](#)
- [9.](#)
- [10.](#)
- [11.](#)
- [12.](#)
- [13.](#)

Jueves 18 de julio de 2024

- [14.](#)
- [15.](#)
- [16.](#)
- [17.](#)
- [18.](#)
- [19.](#)
- [20.](#)

Viernes 19 de julio de 2024

- [21.](#)
- [22.](#)
- [23.](#)
- [24.](#)

Sábado 20 de julio de 2024

- [25.](#)
- [26.](#)
- [27.](#)
- [28.](#)
- [29.](#)

Domingo 21 de julio de 2024

- [30.](#)

31.
32.
Epílogo

¡Gracias!
Próximamente...
Sobre el autor
Bibliografía del autor

Prólogo

Lunes 15 de julio de 2024, 21:36

—Disfrute de la velada, señor Murillo.

El señor Murillo sonríe con timidez y le dedica una mirada esquiva a su interlocutora, una joven risueña imbuida en un vestido de gala que resalta su escultural figura. Tras ella, la flor y nata del país ya disfruta de la fiesta. *Tuya*, el último éxito de Rosalía, se deja oír a través de los altavoces diseminados por la estancia. Litros de alcohol, de los más variados colores y sabores, inundan las bandejas que los atléticos camareros portan.

El señor Murillo sonríe de nuevo, sabedor de que está cerca de su objetivo. Aunque, a decir verdad, el señor Murillo no existe. Es una farsa que, con la ayuda de su patrona, ha creado; una tapadera. Su auténtico nombre es Iván Paredes. Sin embargo, no es un nombre con el que se sienta cómodo. A estas alturas no le representa. Su cuerpo se encuentra a medio camino entre dos mundos. Ya no es enteramente el hombre que fue, pero tampoco la mujer en la que parece estar mutando. «Falta poco, Iván, has de tener paciencia...», se dice a sí mismo. «Pronto serás quien, en verdad, siempre has sido...».

Iván se deja llevar por la música y se sumerge entre los ricos y famosos. El Ayuntamiento de Madrid es uno de los organismos que han convocado la gala benéfica. El lugar escogido: el Palacio de Cibeles, tan espectacular por dentro como por fuera. Hay enormes columnas, lujosas escaleras y un ambiente agradable y refrescante. Nadie diría que se encuentran sumidos en una devastadora ola de calor, a más de treinta grados de temperatura por la noche. Allí dentro, la ola de calor no es más que un mal recuerdo.

Por lo demás, y a poco que uno sepa mirar, las falsedades se imponen con dolorosa nitidez: pechos operados y culos imposibles; rostros estirados y deformados, sin arrugas, pero también sin gracia ni dignidad; relojes más caros que muchos áticos de la capital y que dan la hora con la misma exactitud que el Casio de diez euros que Iván lleva puesto. La lenta e inevitable decadencia de Occidente.

El hilo musical cambia: ahora suena *Los Ángeles*, de Aitana. Iván estira su atlético brazo, trabajado en miles de acrobacias circenses, y se hace con una copa de cava. La coge de la bandeja que sostiene un modelo de pasarela al que se le marca el paquete. El tipo sonríe en dirección a Iván, pero este lo ignora. Si está aquí no es para pasar el rato. De hecho, lo último que desea es verse salpicado por la depravación que le rodea.

Tiene una misión. Su patrona le ha ordenado sonsacarle una información valiosa a una persona muy concreta. Cómo lo logre únicamente le compete a él.

Iván es un alma libre y explosiva. En ocasiones se comporta de forma metódica y rigurosa; otras veces, sobre todo cuando pierde los nervios, puede ser caótico y disperso. Ha estudiado a su objetivo durante días. Sabe lo que le motiva, en qué ambientes se mueve y dónde es una presa fácil. Todo lo que ha descubierto sobre él le ha conducido hasta este lugar: la gala benéfica por los desfavorecidos en la que los que están podridos de dinero se emborrachan, se drogan y se acuestan entre ellos (no necesariamente en ese orden). Y, de regalo, se desgravan algunos impuestos donando lo que, para ellos, apenas son limosnas.

Iván se relame; presiente que hoy va a darse un homenaje. Es una ocasión inmejorable para dar salida a todo ese odio que se oculta bajo su menuda figura. Acaba de localizar a su hombre a unos diez metros de distancia, junto a una de las gigantes columnas en torno a las que, en otras ocasiones, cuelgan cuadros y fotografías premiadas; hoy solo hay imágenes de niños pobres y

desnutridos. Incluso a una rata como Iván, la situación le resulta repulsiva.

El tipo del que Iván tiene que encargarse va engalanado como el empresario de éxito que dice ser. Sin embargo, si está ahí, rodeado de toda esa escoria rebotante de millones y *followers*, no es por sus logros, sino por sus pecados. Y, si acaso, por la persona con la que contrajo matrimonio y con la que se acuesta.

Iván vuelve a relamerse. Le encantaría atravesar con sus afiladas agujas los pechos falsos y los rostros operados de esos desgraciados.

Hay cuatro cuartos de baño habilitados para los invitados: dos en la planta baja, en la que ahora se encuentra, y otros dos en la planta superior. Iván lo sabe bien. Y sabe también que más de cincuenta cámaras de seguridad mantienen a todo el mundo bajo vigilancia. Sin embargo, y por difícil que pueda parecer, su víctima es más vulnerable aquí que en su hogar o en su lugar de trabajo, pues no le acompañan sus guardaespaldas. La seguridad del recinto es hoy la responsable de su integridad y de la de los demás invitados.

Iván no tiene prisa. Repasa mentalmente su plan mientras observa cómo su objetivo se emborracha. Ahora baila con dos mujeres mucho más jóvenes que él. Iván aprovecha la situación para depositar, con sigilo, un par de diminutas bombas de humo dentro de dos grandes maceteros que contienen exóticas plantas. Nadie le ha visto. Y, si ha ejecutado bien sus movimientos, ni siquiera las grabaciones de las cámaras de seguridad lo habrán captado. «Pobrecitos», piensa para sus adentros, «están tan perdidos...».

El empresario al que Iván espera se excusa de las dos modelos de Victoria's Secret junto a las que se cree el más gracioso del lugar. Se está meando y ya no puede aguantarse. Pide a las mujeres que lo esperen, que enseguida vuelve. Iván sabe que ya no va a volver, y esto le hace ruborizarse. Desde una distancia prudencial, lo sigue. El tipo pone rumbo a uno de los servicios de la planta superior. Sube por la escalera con torpeza, dando tumbos. Consulta algo en su teléfono móvil y se ríe. Iván comienza el ascenso cuando su objetivo ya ha alcanzado la planta de arriba. Sabe que en ese baño hay dos cámaras de vigilancia: una en la entrada y otra en el interior. Y sabe también que un enorme gorila del equipo de seguridad está plantado en la entrada, aburrido y con cara de mala hostia.

Nada de eso le preocupa. Iván corona la escalera e introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sin siquiera mirar, realiza una secuencia de movimientos sobre la pantalla táctil de su teléfono móvil. Las dos bombas de humo que dejó en los maceteros de la planta de abajo se activan. Hay una pequeña detonación y humo, mucho humo, lo que genera cierto caos y desconcierto. Alguien grita. Se percibe nerviosismo. El gorila de seguridad del cuarto de baño recibe órdenes por el pinganillo y abandona su puesto de vigilancia.

Iván, con un par de movimientos precisos y sigilosos, accede al cuarto de baño en el que su presa lo espera. Sabe que la cámara no le ha captado; al pasar frente a ella, ha activado un inhibidor de frecuencia muy particular, cortesía de su patrona.

Hora de la acción.

Dentro del baño, lo primero que Iván hace es subirse de un salto sobre la hilera de lavabos y modificar el ángulo de visión de la cámara interior, de tal forma que gran parte del baño quede oculto. En ese momento, desactiva su inhibidor de frecuencia, pues ya no le será necesario. Su víctima se encuentra delante de uno de los urinarios, en pie y murmurando algo ininteligible. Además, hay otros dos hombres ahí dentro. Uno se está colocando con una raya de coca en el interior de uno de los retretes. Iván le anima a largarse:

—Vamos, dese prisa, hay humo en la planta de abajo. Debemos desalojar el edificio. Haga el favor de salir.

Iván le coge por el brazo y le invita a abandonar el cuarto de baño. El tipo va con el rostro todavía cubierto de cocaína. Pone alguna pega, pero termina saliendo del baño; entre el colocón y la cogorza que lleva encima, no se le ocurren motivos para desobedecer.

El otro tipo se encuentra dentro del retrete contiguo y tiene la puerta cerrada.

—Ya lo ha oído, usted también. Salga, por favor.

—Estoy cagando —responde una voz de barítono desde el otro lado.

Iván no se pone nervioso. Tiene un plan para cada situación. Y, cuando surge algo inesperado, improvisa.

—Y yo meando —suelta el objetivo de Iván, ignorando que apenas le quedan unos minutos de vida, tal vez segundos.

Sin mediar palabra, Iván se agacha y se levanta la pernera de su pantalón, dejando a la vista dos largas y enormes agujas metálicas, similares a las que tantas abuelas usan para hacer punto. Pero no son unas agujas cualquiera; están hechas a medida y son de titanio. Con una en cada mano, Iván se aproxima por la espalda a su presa, que todavía sigue meando.

—¿Eres zurdo o diestro? —le pregunta.

El rostro del tipo se cubre de arrugas.

—¿Cómo? ¿Por qué lo preguntas?

—Simplemente, responde.

—Yo... —comienza a decir el hombre, que no termina de decidir si contestar o no; su cerebro no da para mucho más—. Soy diestro.

Con un movimiento preciso y fugaz, Iván le coge la mano izquierda y se la aproxima a la pared de azulejos. Acto seguido, le clava una de sus agujas de titanio en el centro de la mano, atravesando músculos y tendones y dejándosela incrustada en la pared.

El tipo tarda unos segundos en reaccionar. No termina de comprender lo que ha sucedido, pero el dolor lo espolea a vaciar sus pulmones con un chillido improvisado.

Iván se dirige entonces en dirección al retrete del tipo que está cagando.

—Te di la oportunidad de salir —le dice, jugueteando con la segunda de sus agujas de hacer punto sobre la cerradura—, pero ahora ya es tarde. Cagar te ha costado la vida.

Tras unos segundos, el cierre termina por saltar y la puerta se abre. Al otro lado, un hombre gordo, sentado sobre la taza del inodoro y con los pantalones bajados, levanta las manos, con ánimo conciliador.

—Espera, espera, no diré nada...

—Lo sé.

Iván le incrusta la aguja en el cuello con un movimiento relampagueante. La carótida se le revienta. Un reguero de sangre abandona su rechoncho cuerpo, al tiempo que los esfínteres se le sueltan y toda la carga fecal se libera sin oposición. El rostro del hombre se va apagando. Las muecas iniciales dan paso a una tez grisácea e inerte. Los brazos terminan cediendo y dejándose llevar por la gravedad. La sangre que se le escapa por el cuello ya no sale con la misma virulencia.

Iván se da la vuelta y limpia la aguja con la manga de su traje. Con la aguja limpia, se dirige a la entrada del cuarto de baño. Cierra la puerta y la atranca con esa misma aguja.

Su víctima continúa gritando.

Cuando Iván regresa, lo ve tratando de arrancarse la aguja con su otra mano, pero está demasiado aturdido como para lograr nada.

—Necesito tu ayuda —dice Iván, que ha comenzado a quitarse la chaqueta de su traje—. Sé que estás metido en más de un asunto turbio, así que te lo pondré fácil. No te juzgo, todos

tenemos nuestros secretos. Pero necesito tu colaboración. Se trata del Proyecto Carne.

El hombre de mediana edad deja de gritar. Esas palabras. Otra vez. Una súbita explosión en su cerebro lo lleva hasta hace unos meses: la final de la Copa del Rey en el estadio de La Cartuja, en el palco VIP. Allí, una mujer preciosa y muy elegante se interesó por él. No tenía que haberle contado nada, pues era confidencial. Sin embargo, cuando se emborracha, comete errores y es fácil tirarle de la lengua. No mucho después, llegó una generosa oferta que él mismo rechazó.

La pregunta que sobrevuela su cabeza es: «¿qué tiene que ver todo esto con el lunático que acaba de liquidar al tío del retrete contiguo y que me ha empalado la mano?».

—Sí... Conozco el Proyecto Carne... —confiesa el hombre, asustado—. Escucha, yo solo puse la pasta. Te juro que no tenía ni puta idea de lo que esos cabrones se traían entre manos... Te daré lo que quieras. No quiero saber nada de esa mierda... Solo te pido que, por favor, no me mates...

—Con la mano derecha puedes usar tu teléfono móvil. Accede a la información que necesito, compártela conmigo y no sufrirás.

—Espera, espera. Hagamos un trato. Si te doy lo que quieres, ¿me dejarás ir? No te he visto todavía, no sé cómo eres.

—El único trato que puedo ofrecerte es morir sin sufrimiento. Y, créeme, no es poca cosa.

El hombre comienza a maldecir y a gritar de impotencia. Tira de su mano izquierda, como queriendo atravesar todo el largo de la aguja por la fuerza, pero no tarda en desistir. Demasiado dolor.

Iván tiene que darse prisa. Sabe que su margen de actuación se reduce a medida que pasan los minutos. Es cuestión de tiempo que alguien decida echar un ojo al cuarto de baño. Por eso, se aproxima al hombre y comienza a retorcerle la aguja que tiene clavada, provocando nuevos gritos y súplicas en su víctima, que rompe a llorar. Como movido por una fuerza superior, el tipo se lleva la mano derecha al bolsillo de sus pantalones, que todavía se encuentran a medio bajar, y saca el móvil. Lo desbloquea y, en una postura aberrante, accede a su servicio de información en la nube.

—Esto es todo lo que tengo. No sé para qué cojones lo quieres... Dime, ¿a quién se lo envió?

—A nadie.

Iván extrae un dispositivo con la forma de un bolígrafo de su cintura y lo sitúa junto al teléfono móvil de su interlocutor. En unos segundos, una copia de seguridad con toda la información necesaria se ha replicado en el interior del bolígrafo. Otro regalo de su patrona.

—Libérame, por favor. No le contaré nada a nadie. Abandonaré el país. Es lo que tenía pensado hacer de todas formas, dejar esta puta ciudad de mierda... Haré lo que me digas, pero no me mates, por favor...

Vuelve a llorar.

—Has cumplido con tu parte del trato, así que yo cumpliré con la mía.

De un tirón salvaje, Iván extrae la aguja de la pared y libera a su víctima. Sin darle tiempo a darse siquiera la vuelta, y cuando todavía grita por el dolor que la extracción le ha provocado, Iván le clava la aguja en el corazón. Con una precisión milimétrica, le atraviesa desde la espalda hasta el pecho, y, de nuevo, le deja incrustado en la pared.

El hombre emite unos sonidos ronc y afónicos mientras las fuerzas lo abandonan. Tras unos instantes, su cuerpo inerte y flácido se queda colgando de la pared de azulejos como si de un pelele se tratase. Iván sabe que no le sobra mucho tiempo. Sin embargo, se siente juguetón. Está caliente. Vuelve a extraer la aguja de la pared y se recrea sobre la carne mórbida de su víctima, ya sin vida. Iván se deja llevar por la locura que siempre ha gobernado sus

pensamientos, y reflexiona sobre la decadencia de Occidente y las palabras de su patrona. Los culpables de que el mundo esté podrido son hombres como el que tiene delante.

Poseído por fuerzas impías, Iván atraviesa con su aguja el cuerpo del tipo, una y otra vez, salvajemente. Todo se cubre de sangre. Cuando ya ha tenido suficiente, repite la maniobra con el cuerpo del tipo obeso. Tras haber triturado ambos cadáveres, encuentra cierta paz mental. Valiéndose de la chaqueta de una de sus víctimas, y empapándola en sangre, dibuja sobre la pared una cruz invertida. Como en las películas de ritos satánicos. No cree en esas mierdas, pero le apetece hacerlo de esa manera.

Nadie ha venido a molestarlo. De ser así, no habría tenido más remedio que huir por la ventana exterior del cuarto de baño. Todavía con la adrenalina disparada, decide desnudarse y limpiarse la sangre. La chaqueta ya la ha depositado en el interior de una papelería que hay en el baño. Ahora hace lo propio con los pantalones, la camisa, los zapatos y los calcetines. Con algunas toallas, se limpia la sangre del rostro y de los brazos. Adherida a su piel por la espalda, Iván trae consigo una bolsa de plástico. En su interior hay un vestido negro largo, de mujer, maquillaje, un bolso y una peluca. Se pone el vestido, se maquilla a la velocidad del rayo, se coloca la peluca y arroja todo lo que ya no le sirve a la papelería. Abre un botiquín de la pared e improvisa: con líquido inflamable, rocía el contenido de la papelería. Extrae un mechero del bolsillo de una de sus víctimas, ya irreconocible, y prende fuego a los restos del inexistente señor Murillo. Con la cámara de su teléfono móvil, hace una serie de fotografías para su patrona, como muestra del trabajo bien hecho.

Descalzo, Iván recupera la aguja con la que había bloqueado la puerta de acceso al baño. Se guarda las dos agujas en los soportes de sus espinillas, ocultas bajo el vestido largo que se ha puesto.

Ya no se parece mucho al señor Murillo que accedió a la gala benéfica.

Al salir utiliza el inhibidor de frecuencia una vez más. La fiesta no se ha cancelado; dos pequeñas bombas de humo no son suficientes para lograrlo. Han desalojado a parte de los asistentes, pero parece que ya están reabriendo las puertas. Hay algunos bomberos y agentes de policía en la planta baja. Y famosos todavía yendo y viniendo. La mayoría de ellos, borrachos, se hacen *selfies* y bromean sobre las bombas de humo. Iván desciende descalzo por la larga escalera que le conduce hasta la planta baja.

Nadie se cruza en su camino. Todo el mundo sigue absorto en sus asuntos. Iván extrae el teléfono móvil de su diminuto bolso y envía un mensaje a su patrona:

«Uno menos. Tengo la información».

Acto seguido, le envía las fotografías del cadáver.

Unos segundos después, recibe una respuesta:

«Bien».

Así es su patrona. Parca en palabras. Ella también es multimillonaria, pero no es como esos desgraciados; es un espíritu libre, una pensadora y una filósofa en tiempos de decadencia moral. Y tiene un plan.

Ya en la calle, Iván se deshace del móvil. La noche es agradable, por lo que decide caminar un rato más por Recoletos. Para mañana se esperan cuarenta y cinco grados a la sombra. Ante esa perspectiva, los treinta grados actuales se sienten como una bendición. A su espalda, una columna de humo comienza a dejarse ver escapando de la primera planta del Palacio de Cibeles.

Martes 16 de julio de 2024, 09:01

Apenas son las nueve de la mañana y la inspectora de homicidios Julia Báez ya lleva más de cuatro horas en pie. Ha hecho sus dos horas de gimnasio habituales, con sus levantamientos de pesas, sus intervalos de velocidad y sus estiramientos. Ha liberado un poco de adrenalina y le ha dado la bienvenida al nuevo día; uno que ha resultado traer consigo una de las tareas que menos le agradan: la vigilancia. Ella y su compañero, el inspector Marcos Velázquez, llevan alrededor de una hora apostados en el cruce de dos calles secundarias junto a un enorme bloque de viviendas en el barrio del Pilar. Él espera en el vehículo mientras ella recoge el que será su tercer café de la jornada. Lo necesita.

—Son seis euros —le dice el dependiente, un joven de rasgos asiáticos, pero con una pronunciación casi tan buena como la de la inspectora.

Julia echa mano de su teléfono móvil y paga con él, posándolo sobre el lector de tarjetas.

—Muchas gracias.

Se despide del cajero con un café en cada mano y sale a la calle. La ola de calor no da tregua. Llevan ya varios días soportando más de cuarenta grados a la sombra, y los meteorólogos no pronostican nada bueno: se prolongará durante, al menos, otros cuatro o cinco días; puede que incluso más. Julia va con una camiseta negra de tirantes, unas mallas de gimnasio ceñidas a su atlético cuerpo y unas zapatillas Nike por las que ha pagado más de quinientos euros. Es el último grito en ergonomía, diseñadas para atletas de élite. Lleva la placa de policía colgada de una cadena al cuello.

Recorre a paso ligero los treinta metros que la separan del coche en el que se encuentra su compañero para evitar sudar más de la cuenta. El inspector le abre la puerta desde dentro y Julia se sienta en el asiento de la conductora, resguardándose en los veinticuatro grados que, gracias al climatizador, hay en el interior.

—Joder, no son ni las diez de la mañana y esto es un infierno —se queja, ya sentada.

—Pues prepárate, porque vamos a llegar a los cuarenta y cinco grados esta tarde.

—Nos van a joder a base de bien... —Julia lo dice sin ganas, mecánicamente, al tiempo que le entrega uno de los cafés a su compañero. Está ardiendo.

—Gracias, Julia —responde él, con una aparatosa sonrisa. Le quita el vaso de cartón a su compañera y coge los dos sobrecitos de azúcar que le ha traído. Con suma parsimonia, el inspector Velázquez los vacía sobre el líquido humeante.

—Esa mierda te va a matar... —dice Julia, siempre dispuesta a polemizar.

—No como esos cigarrillos tan saludables que fumas tú.

—¡Ey! —responde Julia, en apariencia, molesta por el comentario de su compañero. Sin embargo, no tarda en enseñarle una sonrisa—. Ya hemos hablado de esto, cada uno escoge su droga, ¿de acuerdo?

—No soy yo el que ha empezado —responde Velázquez, a la defensiva.

—No, claro, tú nunca empiezas nada.

La inspectora se bebe su café frío de solo dos tragos. No queda rastro de los hielos que le han puesto, ya derretidos.

—Ufff, lo necesitaba —suelta. Acto seguido, rompe a toser. A pesar de darse un par de golpes en el pecho, tarda medio minuto en recuperarse—. ¿Alguna novedad en mi ausencia?

—¿Novedad, dices? —Su compañero sopla para tratar de enfriar su café—. Tendremos

suerte si antes de la hora del almuerzo vemos algo de movimiento.

Tienen por delante una larga guardia. Su objetivo es el Púa, un conocido camello al que varios soplones han señalado como el cabecilla de una organización que está trayendo nuevas pastillas y drogas sintéticas a la capital. En realidad, no ha habido homicidios de por medio, pero el comisario les ha encargado seguirlo y poner nombre y apellidos a sus socios. Lo que, en la práctica, supone un día de aburrimiento y desidia.

Julia hace amago de encenderse uno de sus cigarrillos, pero una mirada furibunda de su compañero la obliga a desistir. No necesita recordarle que se encuentran de servicio, ni que si fuma dentro del vehículo, con las ventanillas bajadas, el olor los acompañará durante el resto de la jornada. Aun así, Julia le sostiene la mirada y le muestra el vapeador con sabor a sandía que esconde en uno de los múltiples bolsillos externos de sus mallas. Pone cara de «por favor, por favor... lo necesito», y Marcos termina por acceder.

—Joder, Julia, no me mereces de compañero.

—Lo sé, querido, lo sé —dice ella, risueña como una colegiala, mientras inspira e introduce en sus pulmones las sustancias químicas de su vapeador. Cuando los compuestos abandonan su cuerpo por la boca y la nariz, un sintético aroma a sandía inunda el interior del coche—. Delicioso...

Los minutos se suceden.

Julia sale del vehículo para estirar las piernas; hace unas improvisadas sentadillas y da un paseo. Aprovecha también para fumarse un par de cigarrillos de los de toda la vida. El cuerpo ya le está pidiendo un cuarto café. «Contrólate, Julia», se dice a sí misma, y regresa al coche, un viejo Ford Focus de incógnito de la Policía.

—¿Novedades?

Su compañero no se molesta siquiera en contestarla.

—Tengo que ir al baño —anuncia el inspector Velázquez—. Iré al bar de ahí atrás. ¿Quieres algo?

—No, estoy bien, dale.

El inspector se apea del vehículo por el asiento del copiloto y se marcha calle abajo hacia un bar de mala muerte. El aspecto del compañero de Julia es desconcertante: lleva una camisa blanca de manga corta que le queda grande, unos pantalones chinos muy ajustados y unos botines que han de estar cociéndole los pies. Nadie está preparado para este calor. Julia agradece que, al menos, no la obliguen a llevar el uniforme reglamentario puesto. Aunque le consta que en el Cuerpo no están muy conformes con su atuendo. Pero es lo que hay; que les den.

Por radio, de vez en cuando llegan avisos de los más variados crímenes. Julia está tentada de responder y ofrecerse para acudir a alguno de ellos. Sin embargo, las órdenes del comisario Lázaro son inequívocas: «Ni se os ocurra mover el culo de ese coche a menos que sea para seguir al Púa».

—Por supuesto, comisario —han respondido ambos, como dos loros amaestrados. ¿Acaso no es lo que, muy en el fondo, son? Loritos que no cuestionan las órdenes ni la cadena de mando. A eso se reduce todo. Y bien lo sabe ella; así es en el Ejército, en el que ha ejercido durante algunos años, y en la Policía. Las jerarquías rígidas e inflexibles de las estructuras de poder. Conoce la teoría, lleva toda la vida estudiándola. Pero tiene más dificultades con la parte práctica; digamos que no la aplica demasiado bien.

El inspector Velázquez regresa al vehículo.

—Joder, ¡qué calor hace! —Es todo lo que dice, en un alarde de originalidad—. Chorroreando sudor...

—Ya te lo he dicho.

Trae consigo dos botellas de agua de litro y medio congeladas. Las deposita en el asiento de atrás.

—¿Novedades?

—Ya te gustaría.

Los dos se ríen.

Julia no para de mover las piernas.

—Ojo —dice súbitamente el inspector Velázquez—. Tenemos movimiento.

Nada más decirlo, echa mano de la cámara de fotos que han traído consigo y dirige el objetivo hacia la puerta de acceso al bloque de viviendas. Es uno de esos mamotretos de trece o catorce plantas que parecen sacados de la Rusia soviética y en los que cientos de vecinos viven hacinados. Por desconcertante que parezca, el edificio posee una única entrada por la que todos han de pasar. Una ventaja para la tarea que Velázquez y Báez se traen entre manos.

El inspector se pone a tirar fotos sin mucho tino; nunca se le dio bien la fotografía, y aún recuerda, con amargura, que tuvo que acudir al examen de recuperación en la optativa que cursó en la universidad.

Ha salido un hombre joven, moreno, que se dirige en su dirección. Le ven el rostro con claridad. Lo que ha llamado la atención de Velázquez es la enorme mochila que carga a sus espaldas. Va de negro, camiseta y pantalones cortos, y con unas sandalias.

—No es nuestro hombre —reconoce Velázquez, que le entrega la cámara a su compañera para que ella le eche un vistazo. Julia repasa las fotografías y, a su vez, enfoca con la cámara al tipo, que sigue aproximándose a ellos.

—No, no es el Púa, pero sí es el Paletos.

—¿El Paletos?

Ahora es Velázquez el que vuelve a revisar las fotografías de la cámara.

—Joder, tienes razón, es el puto Paletos.

Lo llaman así porque sus dientes paletos son de un tamaño desproporcionado. Se dedica a la trata de personas. Recientemente, se ha visto envuelto en un caso turbio con prostitutas de Europa del este a las que traían a España engañadas. Aun no tratándose de su caso, en la última reunión semanal el comisario Lázaro les pidió que tuvieran los ojos abiertos, por si se enteraban de algo. Bien, pues ahí está el muy cabrón.

Es Velázquez quien toma la iniciativa. Se pone en contacto por radio con la central y, dado que ellos no pueden desatender su tarea de vigilancia, solicita refuerzos. La respuesta que reciben no les sorprende a ninguno de los dos: «Negativo».

Julia abre la puerta del vehículo, impulsiva, y Velázquez la sostiene del brazo.

—No lo hagas, Julia. Tenemos órdenes.

—Tú quédate en el coche y sigue vigilando. Yo voy a encargarme de ese capullo.

—Julia, no me jodas. —Su compañero no quiere decirlo, pero lo termina soltando—: Sabes que estás en la cuerda floja.

—Sí, lo sé —responde Julia, sonriendo. Sale del vehículo—. Ya me conoces. Soy un culo inquieto.

—La placa —le dice él, sabedor de que no hay nada que pueda hacer para detenerla—. La llevas muy a la vista.

Julia se quita el collar con la placa y se la guarda en uno de los bolsillos en torno a sus muslos. También se desabrocha la cartuchera. La deja sobre el salpicadero y se guarda el arma en la espalda, metiéndola a presión dentro de sus pantalones ajustados. El frío tacto de la pistola le

hace dar un respingo.

—Ten cuidado —dice Velázquez.

—Ese cabrón es el que tiene que tener cuidado, no yo.

Julia cierra finalmente la puerta del vehículo. Con la pistola y su cuchillo a mano, no tiene nada que temer. Porque esa es otra: Julia no va a ningún sitio sin un cuchillo a cuestas, adherido al muslo de su pierna derecha. Y en el hipotético caso de que perdiera sus dos armas, tampoco habría problema: ella misma puede llegar a convertirse en un arma letal, valiéndose de su cuerpo.

El Paletos va con cierta prisa. Está a unos veinte metros de distancia de Julia. No llegan a cruzarse, ya que este toma una calle perpendicular y desaparece de la vista de la inspectora. Esta da un par de zancadas a la carrera y vuelve a localizarlo unos pasos más adelante. El Paletos se gira y se percata de la presencia de Julia, pero no la identifica como una agente de policía. La maniobra de ocultar la placa y la pistola le ha salido bien, al menos por el momento. Julia va por la acera de enfrente, reduciendo la distancia que le separa del sospechoso. El tipo vuelve a mirar hacia atrás, y, una vez más, se fija en ella. No le gusta lo que ve, así que echa a correr. A Julia tampoco le agrada verlo huir; arranca a toda velocidad tras él, invadiendo la calzada y cruzando a la otra acera.

—¡Alto! ¡Policía!

Solo le lleva veinte metros de distancia. No es rival para la explosividad de Julia, que enseguida recorta esa distancia a la mitad. Sin embargo, el Paletos desaparece súbitamente de su vista. Se ha metido en el interior de un coche estacionado en doble fila, con los cuatro intermitentes puestos. El vehículo, un SEAT Ibiza de color rojo con más años a sus espaldas que los que Julia lleva dando tumbos entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, comienza a quemar rueda para salir disparado de allí.

Julia no lo permite. No se lo piensa; simplemente, actúa. Desenfunda el cuchillo de su pierna a una velocidad pasmosa, y, a escasos cinco metros de distancia, lo arroja contra la rueda delantera derecha del vehículo. El impacto revienta el neumático y logra desestabilizar la dirección del SEAT. El conductor pierde el control del coche y, aunque frena, incrusta el SEAT entre otros dos vehículos estacionados en la acera de enfrente, uno detrás del otro. Media docena de alarmas saltan al unísono, poniéndole una inesperada banda sonora a la tórrida mañana.

Julia se aproxima a la carrera. La primera puerta que se abre es la del conductor. Un tipo de más de dos metros de altura se apea, tambaleante. Está aturdido; se trastabilla y cae al suelo.

—¡Quieto! —grita Julia, que llega a su posición—. Ni se te ocurra moverte.

El hombre levanta la mirada y, viendo que se trata de una mujer, se abalanza sobre ella.

Grave error. La inspectora lo esquiva y le incrusta uno de sus codos en el costado. El grandullón lanza un grito ahogado y se arrodilla.

—Hija de pu...

Julia le cruza la cara de un puñetazo antes de que pueda terminar la frase. La mandíbula se le desencaja.

—Te dije que no te movieras.

La detective saca unas esposas que lleva guardadas en uno de los bolsillos exteriores de sus mallas y se las pone al tipo, ya reducido y con un par de dientes rotos. Lo ata alrededor del tronco de un enorme platanero que hay en la acera más próxima, y se dirige a la frutera latinoamericana que no les ha quitado el ojo de encima desde que el coche se estrellara:

—Soy policía —dice Julia, mostrando la placa—. No tengo la radio a mano. Llame al 112 y pida refuerzos, por favor.

La joven asiente y marca el 112 con su teléfono móvil.

Julia vuelve hacia el SEAT Ibiza y se acerca a la rueda delantera derecha, donde su machete la espera incrustado en la llanta. Se agacha para recuperarlo y enfundárselo en el soporte de su muslo derecho. Con la pistola en la mano, se aproxima con lentitud hacia la parte trasera.

—¡Policía! Sal despacio y con las manos en alto.

Julia va acercándose lentamente hasta lograr una panorámica completa del interior del vehículo. Cuando lo consigue, se sorprende al no ver a nadie.

—¿Dónde demonios...?

—¡Agente! —Es un señor mayor el que lo dice—. Por allí, va por allí.

El hombre, sentado en un banco próximo, señala en dirección opuesta. Julia clava su mirada en el Paletos. Mientras ella se las veía con el conductor, el desgraciado ha salido por la misma puerta por la que entró y ha tratado de poner tierra de por medio. Pero cojea y carga con una mochila que parece pesada. Julia se guarda la pistola de nuevo y echa a correr. Corre tan rápido como le es posible. Y piensa en su hermana, paralítica de por vida; y en su asqueroso padre; y en los tíos que le gustan del gimnasio, pero a los que nunca se ha atrevido a dirigirles la palabra; y en la bronca que le va a echar el comisario Lázaro cuando se entere de esto; y en las pobres mujeres de Europa del este a las que ese cabrón y su banda han engañado. Corre como un demonio, llevando al límite sus zapatillas de deporte y apretando los dientes. Y lo hace a más de cuarenta grados de temperatura, sudando a través de cada uno de sus poros. Corre por todo lo que no está bien en el mundo, como si, al hacerlo, la solución fuera a presentársele mágicamente delante de sus narices.

El Paletos está solo a diez metros de distancia.

A cinco.

A tres.

Julia se abalanza sobre su presa, como un depredador sobre una gacela, y hace diana. El Paletos cae al suelo y se golpea el rostro contra el asfalto, perdiendo ligeramente la orientación y algún que otro diente; por fortuna, ninguno de los paletos. Julia le arranca la mochila con violencia y, situándose sobre su espalda, lo inmoviliza con sus rodillas. En unos segundos, le aprisiona las manos con unas esposas de plástico adicionales que lleva encima.

—Soy policía, capullo —le dice Julia, jadeando—. Podrías habernos ahorrado toda esta mierda si te hubieras quedado quietecito a la primera.

—¡Me hace daño, agente!

—Pues te jodes.

Dentro de la mochila del Paletos hay bolsas de plástico con pastillas de todos los colores. Un buen cargamento.

Julia se levanta y obliga a su prisionero a hacer lo mismo, por la fuerza y entre lamentos.

—No tendrás un cigarrillo, ¿verdad? —suelta Julia.

El Paletos no sabe si reír o llorar, pero, con las manos esposadas, se señala con la mirada uno de los bolsillos de sus pantalones cortos. Julia saca un par de cigarrillos. Uno lo posa en los labios ensangrentados del Paletos y el otro en los suyos. Del mismo bolsillo del que ha sacado los cigarrillos, extrae un mechero, con el que enciende los dos cigarrillos.

—Estás loca. —Es todo lo que el Paletos acierta a decir, con una sonrisa de incredulidad dibujada en su rostro.

—Lo sé. ¿Te parece que esperemos a la caballería a la sombra?

—Es la última que me lía, inspectora Báez. La jodida última.

No hay gritos ni malas caras. El comisario Lázaro conoce bien a Julia. Ha lidiado con ella más de lo que le gustaría, y quizá por eso se muestra tan sereno. Es una bronca, de eso no hay duda, pero Julia está acostumbrada a soportarlas. Lleva toda la vida haciéndolo.

El comisario está sentado tras su extravagante escritorio de caoba, un regalo por sus últimos logros (políticos, que no profesionales). Su fortaleza siempre ha sido estar cerca de los que terminan marcando la diferencia. Es un arte. Sin embargo, Julia Báez es una china en sus zapatos, y, por mucho que este lo ha intentado, no ha sido capaz de deshacerse de ella.

—¿Tiene algo que alegar?

Julia está sentada frente a él, en una de las sillas en las que unos y otros se ponen para que les echen la bronca. Pocas felicitaciones han salido de la lengua sibilina de Lázaro.

—Hice lo que debía para detener al sospechoso.

El comisario Lázaro se reclina en su sillón. Julia es consciente de que acaba de poner el dedo en la llaga. Ha recibido los suficientes rapapolvos en su vida como para saber qué es lo que alguien que se cree en posesión de la verdad no quiere oír: otro punto de vista.

—El problema, inspectora Báez, es que no se trataba de su sospechoso. Tenía órdenes estrictas.

El comisario la observa con esa mirada suya tan altiva y estúpida; quiere que responda, que diga algo de lo que pueda arrepentirse. Pero Julia no cae esta vez en la trampa.

Ante la pasividad de la inspectora, el comisario Lázaro termina modificando su rígida fachada y, por un momento, parece que un atisbo de empatía se deja entrever en su mirada.

—Báez, es usted una de las mejores —confiesa—. Tiene cualidades de las que la mayoría de agentes carecen: agallas, intuición, valor y una forma física excepcional.

A Julia le pillan por sorpresa estas palabras.

Al mismo tiempo, es ahora cuando está convencida de que sus días trabajando para el comisario Lázaro están a punto de acabar. La van a volver a reubicar, pero ¿dónde?

—Sin embargo... —El comisario hace una breve pausa para tomar un trago de su café frío y recupera su rictus habitual, no muy diferente al que tendría si le hubieran metido un palo de fregona por el culo—. Ya sabe lo que voy a decirle. Tiene un grave problema: una falta de disciplina impropia de alguien de su rango y experiencia. Es inaceptable, ¿lo entiende? No respeta las jerarquías ni las órdenes. Por eso, va a dejar de ser mi problema. Ya sabe que no puedo echarla. Lo he intentado. Y, como yo, sus anteriores supervisores. Pero no podemos...

Julia sabe lo que viene ahora. El comisario le va a recordar, una vez más, su gran hazaña; la que ha marcado el devenir de su carrera profesional, y la que tanto él como el resto de jefes que Julia ha tenido preferirían que no hubiese tenido lugar. Pero sucedió, para su desgracia.

—Usted, con su maldito arrojo e inconsciencia, salvó la vida del presidente del Gobierno. Y, no me pregunte cómo, pero cada vez que se debate qué hacer con usted o se decide trasladarla, recibo una jodida llamada del ministro del interior instándome a pensármelo mejor.

El gesto del comisario se torna sombrío.

Julia salvó la vida del presidente del Gobierno al interponerse entre un degenerado de extrema derecha con un arma y él. A cambio, recibió dos disparos cerca del hombro y estuvo casi un año de baja. Muchas veces ha pensado en ello, tratando de entender por qué lo hizo; qué

fue lo que la motivó a ponerse en medio de los disparos. Pero no hay una respuesta. Simplemente, actuó. Como esa mañana con el Paletos. Como todos los días de su vida. Julia actúa. En aquella ocasión, su actuación salvó al presidente del Gobierno, Carlos Jiménez.

—En las últimas elecciones, todos daban a Jiménez por derrotado. Decían que era imposible que volviera a salir elegido, pero ya lo ve. Aun perdiendo las elecciones, va a ser presidente durante otros cuatro años. Yo no puedo dejarla a su aire cuatro años más en mi equipo, y tampoco puedo trasladarla a otras comisarías. Ya lo he intentado. Me miran con lupa y me piden que recapacite. Pero he encontrado una solución, ¿quiere oírla?

Julia mantiene un perfil bajo. No tiene ganas de discutir con el comisario. Lo único que desea es que le diga de una maldita vez qué es lo que van a hacer con ella y que la deje marchar.

—El servicio secreto. El CNI.

«¿El servicio secreto?», se pregunta Julia. Eso es nuevo.

—No ha sido fácil, créame. Va a reportar a Noelia Ríos, una mujer dura, mucho más que yo. Estudiamos juntos en la academia militar. Se ha ofrecido a encontrarle un hueco en un equipo multidisciplinar que está montando. Y, ¿sabe qué es lo mejor? Que al presidente del Gobierno le parece bien. Carlos Jiménez ha dado el visto bueno. Así que, hasta aquí hemos llegado, Báez. Si tiene algo que decir, este es el momento.

Julia no sabe cómo tomárselo. Lo cierto es que se imaginaba algo peor, una suerte de castigo o penalización. Pero ir al servicio secreto le parece interesante. ¿Por qué no?

—Comisario Lázaro, sé que no soy una persona fácil. Usted conoce mi pasado y tiene acceso a los informes de los psiquiatras que me tratan...

—Esa información es confidencial, Báez.

—Hacer justicia es lo único que me motiva, lo que me da fuerzas para levantarme por las mañanas. Si he actuado como lo he hecho, es porque considero que es la forma correcta de impartir justicia.

El comisario quiere interrumpirla y decir: «Tu justicia, que no es la misma que la justicia por la que aquí abogamos», pero no lo hace. Se contiene y mantiene los labios sellados. Deja que la inspectora se desahogue; al fin y al cabo, sus caminos se separan aquí, y se alegra por ello.

—Y quiero que sepa que fui a por el Paletos porque para vigilar al Púa sobraba con uno de nosotros...

El comisario la corta:

—No lo entiende, Báez. El problema no es que haya capturado al Paletos con un cargamento de estupefacientes, cosa que le agradecemos. El problema es que desobedeció una orden directa. El problema es que, al hacerlo, alguien se puso en contacto con el Púa y suspendieron la operación. Lo hemos perdido. El Púa anda de nuevo a sus anchas por Madrid, y no tenemos ni idea de dónde está.

—Pero... el inspector Velázquez estaba de guardia. Él...

—El Púa provocó un incendio en el bloque de viviendas y salió de allí aprovechándose del caos, probablemente disfrazado, junto a más de un centenar de vecinos desalojados. Velázquez no pudo hacer una mierda. Sus insubordinaciones, Báez, tienen consecuencias, aunque no lo crea. El Paletos no era una prioridad. El Púa, por el contrario, sí lo era. Ahora tenemos al Paletos entre rejas y a su amigo con la mandíbula rota, y al Púa sabe Dios dónde. En eso es en lo que más brilla, Báez: en joder las cosas.

Julia está a punto de saltar, pero se contiene. Hace años no se habría callado, pero la Julia de hoy en día no es la misma que la de hace una década. Ha mejorado mucho. En lugar de cantarle las cuarenta al comisario, se mantiene sentada, con la espalda recta y las manos juntas, y dibuja

un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Ya no es mi problema —continúa Lázaro—, así que voy a calmarme.

El comisario se levanta de su sillón y se aproxima a un depósito de agua situado en una de las esquinas del despacho. Se sirve dos vasitos de plástico y le acerca uno de ellos a Julia.

—Lamento que esto termine así, inspectora Báez. Pero es lo mejor para todos. Y, en lo que a usted respecta, considérelolo como un cambio de aires. Intente aprovecharlo. Y dele recuerdos a Noelia Ríos cuando la vea.

Julia coge el chupito que su superior le ha acercado y se bebe el agua del tirón, tratando de mantener a raya el infernal calor. En el despacho la temperatura es más agradable que en la calle, pero sigue haciendo más calor del que el cuerpo humano está diseñado para soportar.

Julia se levanta de la silla.

El comisario apoya su culo en el escritorio y hace un gesto aprobatorio en dirección a Julia. No se dan la mano. No se despiden. Únicamente, se mantienen la mirada durante más tiempo del que recomiendan las convenciones sociales. Él sabe que deja ir a una agente excepcional, pero incontrolable. Y ella que eso no podía terminar de otra forma. El comisario no ha sido ni bueno ni malo con ella. Simplemente, ha ejercido su papel jerárquico, y eso, por definición, es lo que choca con Julia y su mentalidad. No ha sido nada personal. En un último instante, Julia sonríe, le guiña el ojo a Lázaro y se da la vuelta en dirección a la salida.

—Lo hará bien, Báez.

Julia se detiene ante la puerta. «Por supuesto que voy a hacerlo bien». Acto seguido, estira el brazo para abrir la puerta y sale de allí para siempre.

Afuera, el inspector Marcos Velázquez espera su turno.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta.

—Todo lo bien que podría haber ido —responde Julia, que dibuja una media sonrisa en su rostro.

—No parece que te haya afectado mucho.

—Me largo, Marcos. Vuelven a trasladarme.

Su compañero no muestra la menor sorpresa ante la noticia. Es, en realidad, algo que estaba anunciado desde hacía tiempo. El incidente con el Paletos ha sido la gota que ha terminado de colmar el vaso.

—¿Adónde esta vez?

—Al CNI, ¿qué te parece?

—Vaya, menudo cambio. Vas a ser toda una James Bond, ¿eh? O Jason Bourne.

—No. Voy a ser Julia Báez. Y eso es mucho más de lo que James Bond o Jason Bourne son.

—No sé si felicitarte o no...

—Felicítame —solicita ella, risueña.

—Felicidades.

—Siento la cagada de esta mañana, compañero.

—No pasa nada. El muy cabrón terminará cayendo. Es cuestión de tiempo. Al menos, capturaste al Paletos.

—Eso pienso yo.

—¡Velázquez! ¿Va a entrar o qué? —Los gritos del comisario Lázaro se dejan oír desde su despacho.

—Debo irme —dice Velázquez—. Ahora me toca a mí comerme la bronca.

—No te preocupes. Eres un buen inspector. Yo soy quien la ha cagado. Échame a mí la culpa.

—No digas gilipollices.

—Ya verás como, ahora que no somos compañeros, te va mucho mejor.

Él sonríe y se ruboriza. Sin pensárselo, se lanza a abrazar a Julia. Esta reacciona instintivamente poniendo los brazos en cruz y tratando de detenerlo. Pero Marcos insiste. Conoce a Julia, y sabe que tiene problemas para intimar. Esta vez, lo hace a cámara lenta. Y Julia lo acepta. Ella imita su movimiento y terminan abrazados. El cuerpo de la inspectora está rígido como el hormigón.

—Eres una buena persona, Julia. Te deseo lo mejor. ¿Nos veremos?

—Claro... nos veremos —responde Julia, de carrerilla y sin pensar demasiado en ello, como queriendo poner fin a ese incómodo momento.

Marcos Velázquez suelta a la que durante un año ha sido su compañera de fatigas y se mete en el despacho del comisario Lázaro, cerrando la puerta tras de sí.

Julia se siente como una estúpida. Le ha vuelto a pasar; el estrés, la gestión emocional. No lleva demasiado bien el contacto humano. Se atormenta y se maldice por su falta de soltura.

«Joder, Julia, tienes treinta y cinco putos años, ¿cuándo vas a cambiar?». Le gustaría que fuese cuestión de tiempo, pero algo le dice que no hay nada que hacer, por mucho que sus psiquiatras le digan lo contrario. Está perdida. Y lo mejor sería aceptarlo.

El comité de divisiones es uno de los órganos operativos más decisivos del servicio secreto español, si bien no se encuentra entre los más publicitados. Como sucede con tantas cosas, y más con las que tienen que ver con la seguridad nacional y las confidencias del Estado, las palabras «servicio secreto» no son más que una pantalla, un paraguas. Bajo el mismo, se encuentran una miríada de divisiones que tienen como fin último la defensa del Estado y, por extensión, la de sus ciudadanos. El CNI es de lo que todo el mundo habla cuando se hace referencia al servicio secreto. Lo que, durante años, fue el CESID (y, antes del CESID, el SECED, el OCN o el Alto Estado Mayor). Y es correcto, pero es solo una parte de la realidad.

En total, el comité lo conforman cinco personas; cinco directores. Y Noelia Ríos es una de ellas. Está a punto de lograr la aprobación de la División 33; su división. La originalidad no es uno de los fuertes de los guardianes del Estado. Si la nueva división de trabajo es la 33, es porque ha habido otras treinta y dos desde que el sistema de divisiones se puso en marcha. La mayoría de ellas ya no están operativas, pero por una cuestión de organización y memoria, que en el servicio secreto es tan importante como la consecución de los objetivos, se ha decidido seguir con la numeración de manera escrupulosa.

Todo se ha hablado con anterioridad. Cada uno de los directores del comité de divisiones conoce los detalles de la operación desde hace semanas. Sin embargo, para todo hay una formalidad; la reunión en la que ahora se encuentran es precisamente eso. Noelia Ríos será la responsable del nuevo operativo. Ella es quien lo ha montado, la que lo ha vendido internamente y la persona que lo dirigirá una vez que el resto de miembros del comité den su visto bueno. No va a haber sorpresas. Noelia no es de las que da puntadas sin hilo, ni de las que deja cabos sueltos. Ya tiene el «sí» de cada uno de sus interlocutores. Para alguno de ellos ha tenido que ceder más de lo que desearía, pero así son las cosas. Hay que saber jugar, dar y tomar; ofrecer, regatear... Y Noelia es una experimentada jugadora, lleva décadas haciéndolo. Se considera una especie de trilera. Porque eso es en lo que son expertos en el servicio secreto: en malabarismos, engaños y faroles.

Noelia está en pie, dando la espalda a una enorme pantalla sobre la que un documento de PowerPoint, en el que no hay ni una coma que ella no haya aprobado, se proyecta. Está presentando a los integrantes de la División 33. Los restantes cuatro miembros del comité de divisiones la miran desde sus butacas, situadas en torno a una mesa con forma de pentágono; un lado para cada uno de sus directores.

—A Héctor Aldana no hace falta presentarle. Es una institución en la organización.

En el proyector, detrás de Noelia, algunas fotografías y vídeos de Héctor Aldana se suceden. Es uno de los operativos más veteranos del servicio secreto español. Toda una vida dedicada a la causa. Entró en la organización a comienzos de los noventa, procedente del Ejército, y desde entonces no ha parado. Toda la temeridad y chulería que le caracterizaron durante sus primeros años en activo, se tornaron con el tiempo en frialdad, jerarquía y respeto por la cadena de mando. Tiene cincuenta y cinco años. Ha habido conversaciones sobre qué hacer con él, y no son pocos los que abogan por jubilarlo. Está cojo, anda con bastón y ya no es el que era.

En cuanto estos rumores llegaron a los oídos de Noelia, esta no lo dudó. Decidió que Héctor Aldana sería el líder de su división de trabajo. No tuvo problemas en convencerle. Al fin y al cabo, ambos entraron en la organización en la misma época y compartieron años de trabajo en

las calles. Pero mientras Aldana siguió como operativo, realizando todo tipo de maniobras en España y el resto del mundo, Ríos no tardó en acceder al estamento ejecutivo, ascendiendo peldaños con facilidad hasta alcanzar el privilegiado lugar en el que ahora se encuentra. Sabe que no la decepcionará, y es una carta de presentación inmejorable para su División 33: alguien con experiencia, por un lado; y un activo con el que una parte de la agencia no sabe muy bien qué hacer. Una doble victoria.

Noelia se dedica a enumerar las misiones más importantes en las que Héctor Aldana ha participado. No es él quien le preocupa. Ni tampoco Ximena Aranda, la joven cuyo rostro pasa a ocupar la pantalla.

—La *hacker* del equipo. La reclutamos hace escasos meses, después de que accediera a algunas de las bases de datos más encriptadas del CNI. Logró algo que, en teoría, era imposible. Lo que podría haberse saldado como uno de los peores escándalos en décadas, con la filtración de informes comprometedores de misiones de contraespionaje a altos mandatarios extranjeros y aliados, terminó como una pequeña victoria: «convencimos» a Aranda de que trabajara para nosotros. No es fácil de tratar; tiene algunos problemas psicológicos y es propensa a enfermedades de toda índole, pero está de nuestro lado, y eso es lo que cuenta.

Es una chica joven y delgada. Acaba de cumplir los dieciocho años, y siempre aparece tapada en las fotografías, con guantes. Según la ficha personal, sufre de psoriasis, con graves sarpullidos en la piel. Su rostro parece blanco a consecuencia del maquillaje que se echa encima. Sus ojos se asemejan un poco a los de una rana; los tiene muy separados y son saltones.

Noelia sabe que nadie pondrá objeciones en lo que se refiere a Ximena. Tiene un potencial enorme, forma parte de la generación Z y ayudará a modernizar el aparato tecnológico de la organización. Qué mejor manera de introducirse en la agencia que a través de una división de trabajo liderada a pie de campo por Héctor Aldana, y en última instancia por Noelia Ríos. Entre los dos, sacarán lo mejor de ella.

—Gael Molina —dice Noelia. Las imágenes a sus espaldas pasan a mostrar el cuerpo de un hombre que habría generado más de una reacción de sorpresa, de no ser porque todos los presentes ya sabían que sería uno de los integrantes del equipo.

Molina es una celebridad del mundo del deporte. Ex medallista olímpico español de 200 y 400 metros. Así es como entró a formar parte del servicio secreto. Su red de contactos es de incalculable valor. Al deporte le siguió la creación de una serie de empresas, algunas con más éxito que otras, que terminaron con Molina convirtiéndose en millonario a los treinta y pocos años de edad. Vendió sus empresas y se retiró. Sin embargo, quería seguir manteniéndose en activo de alguna forma; aportar su granito de arena a la patria, si bien no con medallas, sí al menos como espía. Conoce a todo el mundo, dentro y fuera de España. Si necesitan a alguien, o algo, él se encarga. Es un *player*. La prensa le conoce y se aprovecha de ello. Algunos fines de semana, incluso, conduce un Formula 1 en las sesiones de prueba de los grandes premios. Lleva años trabajando para el servicio secreto en las más variadas misiones, y la idea es que siga vinculado a la organización.

La cuarta y última integrante de la División 33 es quien más quebraderos de cabeza le ha dado a Noelia. Algunos de los miembros del comité ejecutivo se opusieron a su inclusión, lo que obligó a Noelia a tirar de su agenda de contactos y a hacer promesas que le va a doler cumplir, todo con tal de lograr su entrada en la División 33. Se trata de Julia Báez, una trotamundos de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Estudió criminología, trabajó como agente de policía, probó fortuna en el Ejército, fue guardaespaldas profesional y, tras salvar la vida del presidente del Gobierno, ha estado ejerciendo como inspectora de homicidios. Sin embargo, cada

uno de sus encargos se ha saldado con problemas, suspensiones y escándalos internos. Le han colgado la etiqueta de no apta para trabajar en equipo, individualista, temeraria, imprevisible y alérgica a la cadena de mando. ¿Por qué habría de ser diferente en el servicio secreto?

—Creo que este es el grupo de trabajo que Julia Báez lleva años buscando. Un lugar en el que poder gozar de un grado de libertad mayor al que acostumbra, y en casos de relevancia nacional. Los informes del doctor Jean Vega, nuestro psiquiatra, así como los análisis que la inteligencia artificial ha llevado a cabo, invitan a pensar que la inspectora Báez no solo encajará, sino que brillará. Tendrá a Héctor Aldana como mentor. Y dejadme recordaros que Aldana no fue tampoco un modelo a seguir en sus primeros años como agente. Harán buen equipo. Aldana pondrá el temple, la frialdad y la lógica; y Báez la fuerza física, el desparpajo y la acción. Es experta en tiro, manejo de armas blancas y peleas cuerpo a cuerpo. Una bestia con un potencial enorme.

—¿Y qué hay de su pasado? —pregunta el director Luis Ceballos. Es la primera interrupción. Pese a las formalidades de la presentación, y aun contando con todos los síes, Noelia sabe que las apariencias se dan en ambos sentidos. Hay que hacer el paripé.

—Sinceramente, me interesa más su futuro que su pasado, Ceballos. Sin embargo, si lo que te inquieta es si estará controlada a nivel psiquiátrico, te garantizo que así será, como el resto de los integrantes. El doctor Jean Vega trabajará personalmente con ella. Es una joven que ha sufrido más de la cuenta. De ahí vienen algunos de sus problemas de conducta, pero es lo que, en última instancia, la hizo lanzarse contra unos disparos y dar su vida por el presidente. Si somos capaces de controlar y dirigir todo ese potencial, creo que Julia Báez puede convertirse en uno de los activos más importantes de esta organización. Esa es mi creencia, y mi apuesta. Y, si me lo permitís, diría que ella es la piedra angular de la división de trabajo que propongo. La División 33.

Los directivos escuchan con escepticismo. Son caras trabajadas en años de mentiras; en dobles y triples intenciones. Transmiten tedio y desinterés, pero nunca calidez. Son depredadores. Sin embargo, en esa sala no hay todavía presas. Noelia goza de buena reputación. Sabe que quieren que se equivoque y que la están poniendo a prueba. Y es perfectamente consciente de que si le van a aprobar la puesta en marcha de la División 33 es porque quieren verla fracasar. Por eso no hay más preguntas, no hay apenas debate; ni siquiera sonrisas. La votación no ofrece sorpresas. Cinco votos a favor de los cinco posibles.

La División 33 acaba de ser aprobada y establecida, y la primera misión está ya sobre la mesa: el salvaje asesinato del cuñado del rey de España.

Es precisamente para este tipo de casos sensibles para los que Noelia Ríos ha querido formar un equipo multidisciplinar. Con ello espera lograr una mayor flexibilidad a la hora de enfrentarse a estas delicadas investigaciones. Noelia apunta alto. Sabe que si la División 33 fracasa, su carrera tocará a su fin; la obligarán a retirarse, quizá con deshonores. Pero si funciona... si Aldana resulta ser un buen mentor, y Báez consigue encontrar su lugar, sentirse cómoda y dar rienda suelta a todas esas extraordinarias capacidades de las que hasta el momento solo han podido atisbar una parte... Bueno, si eso sucede, Noelia Ríos tiene también sus planes. Y es ambiciosa, muy ambiciosa. Una leona, como los demás.

La partida está a punto de empezar.

Miércoles 17 de julio de 2024, 05:00

Como cada mañana, el despertador de Julia suena a las cinco de la madrugada. Es su teléfono móvil, y se encuentra a unos tres metros de distancia de su cama, en el otro extremo de la habitación. Esto la obliga a levantarse como si fuera un zombi, a tantear en la oscuridad y, en último término, a desbloquear el teléfono y apagar la dichosa alarma. Podría echarse en la cama y dormir un poco más; es lo que el cuerpo le pide. Pero no lo hace; se ha enseñado bien. Tiene trabajo por delante. Además, el día de hoy está llamado a ser un día importante. Su primera vez en el servicio secreto.

Está empapada de sudor, a pesar de haber dormido casi desnuda, con la ventana de su habitación abierta. La ola de calor no perdona. Se da una ducha rápida con agua fría para terminar de espabilarse. Acto seguido, se prepara el primer café del día y una tortilla turca de tres huevos, se pone encima su ropa de deporte, se acicala y sale disparada al gimnasio de su barrio. Es uno de esos macrocentros de *wellness* y *fitness* y todas esas palabras anglosajonas que a los equipos de *marketing* les gusta usar. No le apasiona, pero es el único gimnasio en un radio de varios kilómetros a la redonda que está abierto a las seis de la mañana. Y es lo que ella necesita. Como todos los días, es de las primeras en llegar. Por la calle se cruza con algunos borrachos que no han sabido retirarse a tiempo y con otros madrugadores como ella; quizá insomnes.

No calienta. Ya lo ha hecho durante el trayecto de quince minutos que hay desde su casa hasta el gimnasio. Hoy toca tren inferior. Se planta en la zona de peso libre y coge una barra de veinte kilos. La coloca sobre los soportes metálicos y la carga con discos pesados. Hace sentadillas. Series de diez repeticiones. Casi hasta el fallo muscular. Escucha música mientras se ejercita. Nada comercial. *Rock* progresivo de los años setenta, como King Crimson, Yes, Genesis o Pink Floyd; *krautrock* alemán, como Eloi, Tangerine Dream o La Düsseldorf. De alguna forma, una vez que esta música llegó a ella, supo que era lo que necesitaba («¡Gracias, mamá!»). Abundan las melodías de quince y veinte minutos, retorcidas, repetitivas, con estructuras complejas e instrumentos extravagantes. Son unos sonidos que vibran en consonancia con sus pensamientos. Se siente cómoda entre ellos.

Su novio uno ya está por allí. Suele llegar a las seis y media. Julia ha clasificado mentalmente a algunos de sus compañeros de gimnasio en función de la curiosidad y el atractivo que le despiertan. Su novio uno, como indica el número, es su favorito. Es un tío atlético y moreno, de buen ver, algo más joven que ella y que también vive abstraído en su música. Tiene una musculatura aberrante. Su novio dos es un bigardo de casi dos metros. Muy musculoso, aunque no tanto; su pectoral es enorme, pero luego tiene unas piernas muy finas. Hay algo irracional que la obliga a mirarlo siempre que se cruza con él. Tiene hasta cinco novios de gimnasio. Por supuesto, nunca le ha dirigido la palabra a ninguno de ellos. No se atreve. Y no sabría qué decirles. «Hola, me llamo Julia y me gustas. Bueno, lo poco que he podido ver de ti, al menos, que no es mucho. No sé si eres un delincuente, un racista o un machista, pero tu aspecto me agrada...». Algo así es lo que se le cruza por la cabeza, e incluso ella misma es consciente de lo mal que suena. En su voz, quedaría aún peor. Y se trabaría, se pondría nerviosa y terminaría haciendo el ridículo. Así que se contenta machacándose los glúteos y los cuádriceps. Hace casi dos horas de ejercicios de fuerza. Y luego, siempre para finalizar, entre quince y treinta minutos de *cardio*. Se cruza con todos sus novios del gimnasio, y algunas miradas la encienden. Se siente bien, empoderada. O eso es lo que ella quiere pensar. Van a ser las ocho. Hora de dejarlo. Ha de

presentarse a las nueve en punto en el lugar que el comisario Lázaro le ha compartido: la habitación de un hotel en Gran Vía.

Se despide mentalmente de sus novios, prometiéndose que pronto romperá el hielo con alguno de ellos. Los mira, animándoles a que sean ellos los que se lancen, pero ninguno de ellos lo hace. No lo han hecho hasta ahora, y ya lleva más de dos años yendo a ese centro. Es una batalla perdida. No se ducha en el gimnasio; prefiere hacerlo en su casa. Entre la sudada del ejercicio y la correspondiente a la ola de calor llega casi al borde del colapso. Se ducha de nuevo con agua fría, se pone cómoda y se viste como siempre. El comisario no le ha dado demasiada información, pero Julia solo sabe hacer trabajo de campo. Si el CNI sabe lo que se hace, algo habrán averiguado sobre ella, y duda que la quieran como oficinista. Así que se pone su «uniforme de trabajo», como ella lo llama. Su camiseta de tirantes para el calor, sus mallas ceñidas para la circulación, que realzan su figura y le permiten correr, y sus zapatillas último modelo. Si no es apropiado, lo descubrirá hoy. Se maquilla con el minimalismo que le caracteriza, coge su bolso favorito y sale de casa.

Vive en Sagonia, en un apartamento diminuto. Va directa a la estación de metro de Antonio Machado. En una media hora debería llegar a su destino.

Ya en el convoy, una llamada entrante la sobresalta. Es su hermana.

—Hermanita... —contesta.

—Julia, al final no me llamaste ayer para contarme.

Es cierto que no lo hizo. Le dijo por WhatsApp que volvían a trasladarla, pero no entró en detalles.

—Sí, estuve un poco liada. Ya te lo contaré con más calma. Empiezo hoy mismo. En veinte minutos, de hecho.

—Vaya. ¿Y qué tal? ¿Estás nerviosa?

—Un poco, la verdad. Tengo la sensación de que quizá me guste. Es algo distinto a lo que estoy acostumbrada. Además, suena muy exótico.

—Vas en el metro, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—¿Puedes hablar de estas cosas ahí, con toda la gente a tu alrededor? Del servicio secreto, me refiero.

Julia se ríe. Su hermana es una de las personas más inteligentes que conoce. Es un cerebritito de las finanzas y la economía. Trabaja para un fondo de inversión, gestionando cuentas por valor de millones de dólares, y tiene a algunos de los clientes más selectos que puede haber; y, sin embargo, suelta cosas como esa...

—Marta, por favor... Que esto no es como en las películas. No voy a convertirme de la noche a la mañana en la nueva James Bond ni nada por el estilo. Imagino que haré algo parecido a lo que hasta ahora he hecho, aunque con más libertad, espero. Y dentro de otro tipo de organización. Y sí, vale, puede que en casos de alto copete.

—Bueno, pues a eso me refiero. No deberías hablar alegremente de ello en el metro.

Julia vuelve a reírse de su hermana; tan inteligente, pero tan inocente.

—Tienes razón, hermanita. Oye, hablamos luego. ¿Tú cómo vas con la medicación nueva?

—Pues no lo sé, parece que mejor. Al menos, no me ha provocado efectos secundarios como las otras veces.

Su hermana sufre de agorafobia. Es otro de los regalos que su padre les dejó en herencia. Entre la parálisis de cintura para abajo, el dolor crónico y su incapacidad de abandonar su piso, Marta sufre de todo tipo de achaques físicos y mentales. Julia es uno de los pocos puntos de

apoyo que tiene; la única que conoce por todo lo que ha tenido que pasar. Y es una relación que también funciona a la inversa, pues Julia no está exenta de problemas. Ni de traumas, manías y locuras. Son tal para cual. Nadie más las aguanta. Pero ellas siempre se excusan, y aseguran que es porque no les han dado una oportunidad. Si las conocieran en profundidad, las entenderían...

—Me alegro, hermanita. A ver cómo se me da el día. Te voy contando.

—¡Mucha suerte, Julita! Seguro que lo haces genial, como siempre.

—Con no cagarla me doy por satisfecha.

Marta se ríe.

—Y tú, menos reírte y más empatizar con el pueblo. Deja de expropiarle casas a los pobres...

—¡Julia!

Julia sabe cómo hacer de rabiar a su hermana. Aunque Marta le ha explicado muchas veces que su trabajo no consiste en joderle la vida al prójimo con operaciones financieras especulativas ni nada por el estilo, Julia se hace la tonta; o puede que, en verdad, no termine de entenderlo. El caso es que la provoca con ello.

—Necesitamos más Robin Hoods y menos Señores Burns, eso es lo que pienso.

—Que te den —responde Marta, con una suerte de risa floja—. Luego hablamos.

La música que Julia estaba escuchando hasta la llamada de su hermana vuelve a inundar sus oídos: *Starless*, de King Crimson. Siente que es un crimen no escucharla desde el principio, pues la progresión hasta ese momento en el que ahora se encuentra es de una sutileza y elegancia que pocas veces se han alcanzado. Y ella lo sabe bien, pues ha escuchado mucha música; demasiada. Sin embargo, se ve incapaz de reiniciar la canción. Está en el tramo final, en la concatenación de instrumentos que termina por dar lugar a una explosión sonora cuasi orgásmica. Se la sabe de memoria, así que se permite escucharla a medias.

Se baja del metro en plaza de España. Ha tenido que hacer un transbordo en Gregorio Marañón. Son menos cinco. Se mete un momento en el Starbucks más cercano y se toma el segundo café del día; además, se fuma un cigarrillo. Está nerviosa, y se siente un poco estúpida por ello. Esas cosas no suelen influirle. Al contrario, lleva tantos años dando tumbos de un sitio a otro, de una comisaría a otra, que ya lo vive con una frialdad que suele sorprender a sus nuevos compañeros. Esta vez, sin embargo, la promesa de que puede tratarse de un lugar en el que medrar pesa más que las otras sensaciones, y eso la inquieta. Por primera vez en mucho tiempo, se sorprende queriendo dejar una buena impresión a quien sea que la reciba. De acuerdo con lo que el comisario Lázaro le contó, se trataría de una mujer fuerte. Noelia Ríos. Pero ella también es fuerte. Se llevarán bien.

La inspectora apaga el *piti*, ya casi consumido, y da los últimos tragos a su café con hielo. Respira hondo y, a las nueve menos dos minutos, entra en el hotel de la convocatoria, situado en el cruce entre Gran Vía y plaza de España. Supone que los del servicio secreto se valen de este tipo de lugares para reunirse. Es una forma de no llamar mucho la atención, y quizá de hacerse pasar por lo que no son. Es posible, incluso, que tengan acuerdos con ciertas cadenas hoteleras para lograr habitaciones francas durante sus misiones. Pensando en estas cuestiones, se da cuenta de lo poco que sabe sobre el servicio secreto. Pero no lo ve como algo negativo, sino como una oportunidad de descubrir un nuevo mundo. Un submundo, mejor dicho. ¿Y cómo serán sus nuevos compañeros? ¿Tan inadaptados como ella?

Con esos pensamientos y una curiosidad en aumento, Julia se presenta en la recepción:

—Buenos días. Soy Julia Báez. Me han convocado en este hotel.

—Bienvenida, inspectora Báez. La esperan en la habitación 609.

09:00

La primera persona con la que Julia se topa en la habitación 609 es Noelia Ríos. Por supuesto, ella no sabe que se trata de Noelia Ríos, pero su interlocutora, una mujer de unos cincuenta y cinco años, de facciones angulosas, aunque sorprendentemente bella, y que viste con suma elegancia, se lo confirma con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenida, inspectora Báez. Soy Noelia Ríos. El comisario Lázaro me ha hablado mucho de usted.

—Espero que no muy mal.

Noelia sonríe y se aparta de la puerta para que Julia entre. Esta da un par de pasos al frente y cierra tras de sí. La inspectora se sorprende de que allí no haya nadie más. Noelia lo lee en su mirada.

—Los demás llegarán en un cuarto de hora —dice—. Antes quería que charlásemos nosotras un poco. ¿Te importa que te tutee?

—En absoluto.

Julia quiere añadir que, a decir verdad, lo prefiere. Pero no lo hace. A ella también se le da bien leer a la gente; está absorbiendo información de su nueva jefa. No quiere ofrecerla más pistas de la cuenta. Por lo pronto, intuye que lo de tutearse es un truco para desarmarla. Saben que ella detesta la jerarquía y la rigidez, así que, ¿qué mejor manera de recibirla?

—No te quiero abrumar. La mayoría de las cosas las irás aprendiendo sobre la marcha. Quién es quién, cuál es la mejor forma de proceder, qué puede hacerse, qué debe evitarse... —Ahora están en un improvisado salón-dormitorio. Es bastante grande, lo suficiente como para alojar a cuatro o cinco personas y que todavía sobre espacio. Noelia se ha servido un café de una máquina situada al fondo de la estancia, y, ante el ofrecimiento, Julia ha aceptado otro—. Esto no es una guardería. Nada más lejos de la realidad. Vas a formar parte de un grupo multidisciplinar, con integrantes de distintas procedencias, y con bagajes y experiencias diferentes. Esta es, en esencia, una de las fortalezas del equipo: la diversidad.

—Imagino que el comisario Lázaro te habrá puesto al corriente sobre mis... choques con la autoridad. —Julia quiere ser franca—. Estoy trabajando en ello, en ser más flexible y paciente. Creo que he mejorado.

—Estamos al corriente de todo lo que debemos estar al corriente. Somos el servicio secreto. Mal trabajo habríamos hecho de lo contrario, ¿no?

Noelia sonríe. Una vez que Julia se ha servido su café, la directora del CNI le ofrece una butaca junto a una cristalera que da a la Gran Vía. Las vistas son preciosas. Noelia se sienta en una silla frente a la que Julia ha escogido.

—Desde ayer, nuestra organización cuenta con una división operativa nueva: la División 33. Tú formas parte de ella, al igual que el agente Héctor Aldana, espía con una amplia trayectoria a sus espaldas; Ximena Aranda, una joven *hacker* con un potencial abrumador; y Gael Molina, a quien probablemente conozcas por sus éxitos en los Juegos Olímpicos.

Julia no puede evitar poner una mueca de sorpresa al escuchar ese último nombre. Claro que lo conoce; lo recuerda de cuando ella era más joven. Es una celebridad del deporte español, y un *sex-symbol* de su adolescencia... Lo último que se esperaba es que fuera un espía, pero así están las cosas.

—Y yo soy la responsable de que todo este experimento llegue a buen puerto. Y te diré algo

más, algo que sé que te espoleará. Los mandamases del servicio secreto no creen que este equipo vaya a estar a la altura. Héctor Aldana es uno de los mejores agentes de campo de la organización, pero tiene mi edad y arrastra una cojera que le impide hacer las proezas físicas a las que hasta hace no mucho nos tenía acostumbrados. Gael Molina no es un espía al uso, si bien lleva años colaborando con nosotros. Le ven como a una persona poco fiable, dispersa; alguien a quien sería mejor no inmiscuirle en cuestiones de estado y seguridad nacional. Ximena Aranda está ahora de nuestro lado, pero, si reparamos en su existencia, fue porque a punto estuvo de sacar a la luz algunos de los trapos más sucios del CNI. Y tú, Julia, eres una bala perdida. Nadie ha sido capaz de motivarte de la manera adecuada, ni de darte la libertad que necesitas. No creen en vosotros porque os ven como a un grupo de perdedores; gente que no sabe trabajar en equipo e inestables. Pero te diré lo que yo veo: una oportunidad. Cada uno de vosotros posee cualidades que los demás no son capaces de calibrar en su justa medida. Y, lo mejor, es que existe la posibilidad de que, juntos, esas cualidades se complementen y se potencien.

Noelia se calla para dar unos sorbos a su café. Julia la imita. Está bastante bueno, aunque piensa que no son ni las diez de la mañana y ya lleva tres cafés en el cuerpo.

—¿Qué me dices? —pregunta Noelia—. ¿Te agrada lo que oyes? ¿Quieres saber más? ¿O prefieres que lo dejemos estar? No tienes por qué hacerlo si no lo deseas. Tengo el beneplácito del presidente del Gobierno, si es algo que te preocupa. Carlos Jiménez ha dado su visto bueno. Pero quien tiene que querer hacerlo eres tú.

Julia ha escuchado con atención y un punto de sorpresa. Cuando el comisario Lázaro le dijo que la enviaría al servicio secreto, Julia pensó que tenía que haber gato encerrado. Pero lo que Noelia Ríos le ha contado dista mucho de eso. De hecho, le ha sonado demasiado bien, y eso no le gusta. Las cosas no son nunca tan idílicas. Por lo demás, lo del grupo de perdedores sí le cuadra más. Y, efectivamente, también la motiva; llevar la contraria a los mandamases es algo a lo que se podría acostumbrar.

—Me gustaría intentarlo, sí —responde la inspectora finalmente—. Me veo capacitada y con ganas.

Noelia sonríe. No tenía dudas de que aceptaría. Se lo ha puesto demasiado fácil.

—Entonces, solo queda recibir a los demás y encargarnos vuestra primera misión.

—¿Así, tan de repente? —interviene Julia.

—Es la mejor forma de que os vayáis conociendo.

Son las nueve y cuarto.

La puerta vuelve a sonar; alguien la golpea. Noelia se levanta y acude al recibidor. Dos personas aparecen en el salón. Aunque Julia no las conoce, sabe quiénes son. El hombre que cojea es Héctor Aldana. Va vestido por completo de negro, camisa remangada, pantalones chinos y zapatos. Todo a juego con el aparatoso bastón que porta y que le facilita sus desplazamientos.

La otra persona, por descarte, ha de ser Ximena Aranda. Julia se sorprende ante su belleza. Es una niña; de hecho, siente que podría ser su madre. Lleva muchísimo maquillaje; el color de su cara no difiere del que cubriría el rostro de un payaso. El fucsia de sus labios hace destacar esa parte de su cuerpo. Y el negro del sombreado de sus ojos le confiere un aire espectral. Lleva una especie de peto, así como unas zapatillas de colores chillones y extravagantes. A sus espaldas, una mochila, probablemente con sus juguetes de *hacker*. En los brazos y en los tobillos, que los lleva al descubierto, Julia distingue pequeñas heridas, o sarpullidos, como si sufriera de algún tipo de enfermedad en la piel.

Noelia hace las presentaciones. Es la primera vez que se ven. Al darse la mano, Ximena se muestra muy cuidadosa. Julia se percata de que lleva puestos unos finos guantes, incluso con el

infernado calor que hace en la calle.

—Me llamo Ximena —dice. Tiene una voz débil y frágil, acorde a su fantasmagórico aspecto físico.

—Aldana —dice el espía cojo—. Héctor Aldana.

—Yo soy Julia Báez.

—Muy bien, muy bien —comienza Noelia, que parece estar disfrutando del momento; el encuentro entre sus perdedores—. Gael Molina va a retrasarse, así que diría que podemos ir empezando. Ahí tenéis café y bollitos para picar. Servíos y tomad asiento.

Mientras lo dice, comienza a correr las cortinas, asegurándose de que el ventanal que da a la Gran Vía quede cubierto. Héctor se sirve un café solo. Ximena se sienta en la butaca más alejada y saca un ordenador portátil de su mochila, depositándolo sobre sus muslos.

—Ya he hablado con cada uno de vosotros por separado, así que me ahorraré los preámbulos.

A Julia le da la impresión de que Héctor Aldana ha gruñido, aunque quizá sean las tripas de alguno de ellos.

—A partir de ayer, vosotros tres más Gael Molina conformáis la División 33. El servicio secreto ha aprobado el proyecto. Vuestro objetivo será encargarnos de ciertos casos que, por su sensibilidad política o social, es recomendable que se investiguen en secreto, alejados de los cauces oficiales. Magnicidios, secuestros de hijos de ricos, amenazas de índole global o, tal y como es el caso, el asesinato de uno de los cuñados del rey de España.

Julia se gira hacia sus compañeros, tratando de ver cómo han encajado ellos la noticia. Héctor Aldana se muestra impasible; da pequeños sorbos a su café, en apariencia, ajeno a todo. Por su parte, Ximena Aranda está absorta en su portátil; ni siquiera mira a Noelia. Julia no puede evitar dibujar una sonrisa en su rostro. «¿Dónde demonios me he metido?», piensa.

—Espero que no hayáis desayunado muy fuerte...

Acto seguido, Noelia muestra en una gigantesca pantalla de plasma situada tras ella una serie de fotografías del crimen. Julia no puede evitar soltar un exabrupto y llevarse las manos a la boca. De repente, la sesión se ha convertido en una película de terror para mayores de dieciocho años. Las imágenes son muy gráficas y desagradables. En ellas, hay un cuerpo completamente destrozado; agujereado, más bien. Apenas se distingue sangre, litros y más litros; y partes corporales de imposible concreción. Julia vuelve a mirar a sus compañeros, pero el resultado es el mismo que la vez anterior: Héctor continúa dando lentos sorbos a su café, como si la cosa no fuera con él, y Ximena aporrea febrilmente su teclado.

—¿Eso... es el cuñado del rey? —pregunta Julia.

—Es lo que ha quedado de Pedro Suárez, así es.

Noelia continúa con el carrusel de imágenes.

—Hay una segunda víctima. No podemos asegurarlo, pero todo apunta a que se trata de una baja colateral. El *modus operandi*, en cualquier caso, es el mismo. —Una pausa, para que los presentes se deleiten con las imágenes—. Héctor y Julia, en cuanto termine esta reunión, vais a acudir a la escena del crimen a echar un vistazo. Luego, visitaréis la morgue, a ver lo que la doctora María Espinosa, nuestra forense, os cuenta. Y comenzaréis a tirar de los hilos. Posibles sospechosos, el arma del crimen, el móvil...

Julia asiente distraída, como hipnotizada, ante el horror de las imágenes proyectadas. En un momento dado, Noelia apaga el televisor y comienza a descorrer las cortinas.

—Ximena, tú te instalarás aquí y darás apoyo a Héctor y a Julia mientras ellos están sobre el terreno. Te traeremos todo lo necesario para que estés cómoda. A día de hoy, ignoro si Gael Molina podrá unirse más adelante, así que podemos ir avanzando sin él. Los cinco estaremos en

comunicación en todo momento a través de estos teléfonos móviles —les entrega uno a cada uno—. Yo no estaré disponible todo el tiempo, obviamente, pero vosotros sí deberíais estarlo. Al menos, en horas de servicio. Para el trabajo de campo, os recomiendo que uséis la señal interna de estos auriculares. —Señala unas cajitas que hay encima de la mesa del comedor—. Dejo en vuestra mano la forma en la que decidáis organizaros. Y estos son los nuevos identificativos que tendréis que llevar.

Noelia se los va entregando uno a uno.

—Si otros agentes os ponen trabas u os molestan, dejarán de hacerlo en cuanto os identifiquéis. Tenéis la máxima prioridad a nivel estatal para proceder como consideréis. Únicamente respondéis ante mí. Yo asumo toda la responsabilidad de lo que hagáis a partir de ahora, así que, por favor, sed precavidos; no querría arrepentirme de esto. Demostradles a los de arriba que no estáis acabados; que no sois unos temerarios, ni carecéis de madera para trabajar en equipo. Demostrad lo que yo he visto en cada uno de vosotros, y resolved este crimen. Si lo hacéis, os espera un buen futuro. ¿Alguna pregunta?

—¿Puedo llamar a mi madre? —pregunta Ximena, sin despegar los ojos de la pantalla de su portátil.

—No creo que pueda hacer nada por evitarlo, así que, claro, llama a tu madre cuando quieras, Ximena. Ni que decir tiene que este asunto es confidencial. Cualquier filtración supondría la suspensión y el desmantelamiento inmediato de la División 33. ¿Entendido?

—¿Por qué 33? —pregunta Julia.

—Porque ya ha habido treinta y dos divisiones antes que la nuestra.

—¿Y todas han fracasado?

—No todas.

—Pero sí la mayoría —añade Héctor Aldana.

—En mi ausencia, Héctor es el que manda. Lleva años trabajando en el servicio secreto. Escuchadle, porque sabe de estas cosas. Tratad de aprender de él. Y tú, Héctor, harías bien en que se te pegara algo de Julia y de Ximena.

Héctor gruñe. No parece un tipo feliz. Pero Julia no tiene todavía motivos para la queja.

—Tendremos un arma de fuego, ¿verdad? —dice Julia—. Ayer tuve que entregar mi pistola en la comisaría.

—No te preocupes, os facilitaremos lo que necesitéis. Esta habitación será nuestro centro de operaciones durante toda la misión. Cualquier cosa que os haga falta, pedidla y recogedla aquí. Habrá siempre dos agentes de apoyo que se irán turnando; las veinticuatro horas del día. ¿Más preguntas?

—¿Por qué nosotros? —interviene Julia, una vez más—. De todas las unidades con las que cuenta el CNI, ¿por qué se nos hace cargo de este caso a nosotros? ¿No hay nadie más que pueda hacerlo?

—Héctor, ¿respondes tú? —dice Noelia, dirigiéndole una mirada al espía.

—Nos ponen a prueba —responde Aldana, con frialdad—. Si fracasamos, algunos en el CNI se alegrarán. Y si resolvemos el caso, el CNI sale reforzado. En cualquier caso, la organización sale indemne. Puede que rueden algunas cabezas según cómo nos las apañemos, pero eso es todo.

—Entre esas cabezas que pueden rodar se encuentra la mía. —Noelia lo dice de manera relajada, casi como si se tratara de una broma; o como si no albergara dudas de la valía de sus agentes—. Bien, ¿más preguntas?

Nadie dice nada.

—Seguro que las tendréis, pero no os preocupéis, podéis escribirme por el móvil. Para todo lo demás, Héctor es vuestro hombre. Suerte.

Noelia les deja a solas.

Julia mira a Héctor, y este al fin le devuelve la mirada.

—Me acuerdo de ti —dice él—. Le salvaste la vida al presidente Jiménez.

—Sí, bueno, fue hace algunos años... Pero, ¿sabes qué es lo mejor? Que ni siquiera le he votado...

En el rostro de Héctor, arrugado y machacado por la experiencia, el atisbo de una sonrisa, fracturada, parece dibujarse.

Julia ha recogido su nueva arma reglamentaria, con cartuchera incluida. Se la pone en torno a la cintura. A pesar de ello, el cuchillo siempre la acompaña. Un arma puede encasquillarse; puede quedarse sin balas. Pero un cuchillo está disponible cuando se lo necesita, y ella confía mucho en el suyo.

También les han dado un vehículo de trabajo, y no uno cualquiera: un Mercedes Clase S, negro como el alquitrán.

—Tratadlo bien —les ha advertido Noelia Ríos por el móvil.

—¡Qué pasada! —ha soltado Julia en cuanto lo ha visto—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—El servicio secreto confisca muchas cosas. —Es todo lo que Héctor responde, lacónico.

Ximena Aranda se ha quedado en la habitación del hotel. No está sola; un par de hombres trajeados se han instalado allí para darles soporte, tanto a ella como a los demás. Pensando mal y de prisa, Julia lo considera un peaje. Si es verdad que los mandamases del CNI no confían en la División 33, y razones no les faltan, tiene sentido que quieran estar informados de primera mano de todos los avances.

En el Mercedes, Julia conduce. Héctor Aldana no ha puesto ningún impedimento; de hecho, parece que prefiere no saber nada de la conducción.

A los ojos de Julia, su nuevo compañero es desconcertante. Por un lado, hay algo en su mirada que impone respeto. Ha visto más cosas que ella y ha sobrevivido a sabe Dios el qué. Pero es una sensación más latente que explícita, como si se tratara de un recuerdo lejano; o de una memoria que intenta olvidar, quizá. Por fuera, Héctor transmite una sensación de fragilidad, desdén, incluso desidia. A Julia no la engaña: ve con claridad; está entrenada para ello. Es una mascarada, un disfraz. Puede que esté cojo y de vuelta de todo, pero algo le dice a Julia que, si lo deseara, Héctor podría cargarse con sus propias manos a un puñado de delincuentes si le hinchasen lo suficiente las pelotas.

—Va a ser un trayecto corto —anuncia Héctor en voz alta desde el asiento del copiloto, sacando a Julia de su trance.

—Y tanto...

El camino hasta el Palacio de Cibeles supone recorrer la Gran Vía desde la plaza de España hasta la propia glorieta de Cibeles. Son apenas cinco minutos. No echan mano de la sirena; no hay prisa.

—Ya han levantado los cuerpos de la escena del crimen —dice Héctor—. Esta mañana, antes de la reunión, estuve echando un vistazo a los informes preliminares de la Policía. No hay gran cosa, fundamentalmente porque les han quitado el caso para dárnoslo a nosotros.

—Así que vamos a recrearnos con el puré de sangre y vísceras que nuestro asesino nos ha preparado, ¿verdad?

—Supongo que es una forma de decirlo, sí.

El tráfico de Madrid no es tan crítico como a primera hora de la mañana. El sol ya calienta con la misma intensidad que los días previos. Es un infierno. Julia se incorpora a la glorieta de Cibeles y le pide a su compañero que coloque la sirena portátil en el salpicadero del vehículo. Tras activarla, Julia invade la acera peatonal con el Mercedes, frente al Palacio de Cibeles. Frena y detiene el motor.

—No nos pondrán ninguna multa, ¿no?

Héctor sonríe y se apea del vehículo con el bastón por delante. Ya sobre el suelo, cojea ostensiblemente. Se cubre el rostro con la mano para evitar los rayos del sol y se dirige hacia la entrada del edificio. Julia cierra el coche y deja la sirena activada para que nadie intente ninguna tontería en su ausencia. De tres grandes zancadas alcanza a su compañero. Antes de entrar en el edificio, da una larga calada a su vapeador. Lleva un cargador con sabor a menta.

Nada más acceder, dos hombres enormes y trajeados, y con pistola bajo la americana, les cortan el paso.

—Servicio secreto —dice Héctor, con una mueca que se mueve entre la sonrisa y la apatía. O puede que simplemente se esté protegiendo de un reflejo del sol; Julia no termina de decidirse. En cualquier caso, los dos echan mano de sus nuevas credenciales. Julia se ha colgado el identificativo al cuello, como siempre ha hecho con la placa policial.

—Les estábamos esperando, agentes. Síganme, por favor.

Uno de los responsables de seguridad los acompaña hasta la primera planta, rumbo al cuarto de baño donde se cometieron los crímenes.

—¿Cuánta gente había aquí en el momento de los asesinatos? —pregunta Julia, que siente que es la que menos información tiene del caso.

—Fue durante la celebración de una gala benéfica. Había más de doscientas personas apuntadas en las listas, aunque entre invitados y personal la cifra se aproxima a las trescientas.

—¿Y nadie vio nada?

—Hubo una distracción —interviene Héctor—. En el informe policial registraron que, poco antes del momento del crimen, unas bombas de humo fueron detonadas por control remoto en el interior del recinto. Se produjo cierto caos entre los asistentes, y se sospecha que fue la ventana de tiempo que el asesino empleó para cometer el crimen.

—O asesina —añade Julia, nunca cerrando la puerta a esa posibilidad.

—O asesinos —agrega Héctor, como no queriendo dar su brazo a torcer.

Suben por las mismas escaleras que el cuñado del rey tomó instantes antes de morir acuchillado. Julia repara en la red de cámaras del recinto.

—¿Qué captaron las cámaras?

—Con el humo, muchas perdieron su utilidad —responde el responsable de seguridad—. Además, las que daban al lugar del crimen fueron manipuladas. Las imágenes se congelaron justo en el instante en el que deberían haber captado algo de interés.

—¿Un inhibidor de frecuencia? —pregunta Julia.

—Es posible, sí —responde el hombretón de seguridad—. La Policía científica sigue revisando las imágenes, pero no hay nada destacable por el momento.

—Necesito acceso a las imágenes de las cámaras.

Julia y Héctor se sobresaltan. No recuerdan que llevan unos pinganillos en los oídos con los que están en contacto directo con Ximena Aranda, la *hacker*. Ni que ella ha estado escuchando todo lo que han dicho hasta el momento.

—Necesitamos las imágenes de las cámaras de seguridad —repite Julia, sin pensar demasiado en ello.

—Por supuesto.

—Dadles mi número y que me llamen, así puedo ir moviéndolo por mi cuenta —añade Ximena.

Así lo hace Julia, y se reprende mentalmente por no recordar que ahora son un equipo de más de dos.

—Perdona, Ximena. No me acordaba de que estabas al otro lado.

—No pasa nada. En cuanto reciba las imágenes, me pondré a trabajar con ellas. Con mis algoritmos de reconocimiento facial, quizá sea capaz de sacar algo de provecho.

—Es aquí —dice el tipo que les conduce, indicándoles el acceso a un cuarto de baño rodeado por varias cintas de seguridad. Julia se adelanta y mantiene la cinta en alto para que su compañero pueda pasar sin complicaciones.

—El crimen se cometió antes de ayer por la noche —añade Héctor, que continúa extrayendo datos del informe policial y compartiéndolos con cuentagotas.

La sangre del suelo y de las paredes ya está reseca. Julia se fija en que la cámara de seguridad del interior enfoca a la pared, y entiende que de ahí no van a sacar nada. No les hace falta ver los cuerpos para reconstruir lo sucedido, sobre todo con las fotos que Noelia les ha mostrado todavía frescas en la retina.

El hombre de seguridad habla a través del pinganillo con una tercera persona. Acto seguido, hace saber a los agentes del servicio secreto que la inspectora de policía que acudió en primer lugar a la escena del crimen enseguida estará con ellos. Los estaba esperando en el edificio.

Julia sigue recorriendo la escena del crimen con su mirada. Junto a los inodoros hay dos manchurrones de sangre de los que descienden unos finos hilos de color púrpura hasta el suelo. En el centro de ambas manchas, hay sendos agujeros.

—¿Le atravesaron con una especie de punzón? —pregunta en voz alta.

—Buena observación. —Es una voz nueva. Los presentes se giran en su dirección e identifican a la inspectora de policía. Julia la conoce—. Sospechamos que lo hicieron con la misma arma con la que les agujerearon el cuerpo.

La detective de policía se aproxima a los agentes del servicio secreto.

—¿Desde cuándo trabajas para el CNI, Julia?

—No te lo vas a creer, pero he empezado hoy.

La inspectora de policía sonríe, como si no se lo creyera del todo.

—He leído su informe policial, inspectora Muñoz —dice Héctor, cortante—. ¿Algo que quiera añadir?

—Poco más que lo que hice constar. Nadie vio ni oyó nada. Quienquiera que cometiese el crimen, y a pesar de encontrarse en un lugar a reventar de gente, se las arregló para quedarse a solas con los dos fallecidos. Se valió de un arma blanca; parece algo así como una aguja. El cuerpo de Pedro Suárez lo encontraron ahí —dice, señalando una mancha de sangre junto a la fila de urinarios—. La segunda víctima estaba en el interior de este cuartito. No les sustrajeron nada a ninguno de los dos, ni dinero, ni las tarjetas, aunque el móvil de Suárez quedó tan agujereado como su dueño. Así que lo único que tenemos son dos cadáveres y un escándalo a punto de saltar a la prensa.

—¿Qué hay de la ventana que da al exterior? —pregunta Julia—. ¿Hay cámaras afuera?

—Sí, y no muestran nada anómalo. El atacante entró y salió por el mismo acceso que hemos usado nosotros. Y sabemos cuándo lo hizo porque las imágenes de la cámara de seguridad del pasillo se congelaron en dos ocasiones; una cuando el asesino entró y la otra cuando salió.

Héctor Aldana recorre el baño cojeando, radiografiando las paredes y tratando de capturar cada detalle. Tiene memoria fotográfica.

—Diría que alguien ha intentado que esto parezca lo que no es —comenta Julia, que se ha puesto en cuclillas junto a la mancha de sangre que pertenece al cuñado del rey, y mira con curiosidad lo que parece una improvisada cruz invertida en la pared.

—¿A qué te refieres? —pregunta la inspectora Muñoz.

—A todo este circo. Al ensañamiento. A la extrema violencia del acto. A esa ridícula cruz

invertida. Creo que tratan de despistarnos.

Héctor Aldana se gira hacia Julia, ligeramente sorprendido. Es lo mismo que él piensa.

—Por las fotografías que hemos visto —continúa Julia—, todo parece indicar que la víctima principal es Pedro Suárez. Si no le hubieran ensartado la mano en la pared, tendría mis dudas. Pero alguien se tomó la molestia de que no se moviera de ahí. En cuanto al pobre desgraciado del retrete...

—Su nombre era Gregorio Mayoral —añade la inspectora Muñoz—. Era el editor jefe de un popular medio *online* de comunicación. Tememos que se trate de una víctima colateral.

—Entonces —dice Héctor, metiéndose en la conversación—, y en tu opinión, Julia, ¿por qué matar a Pedro Suárez aquí? ¿Por qué no hacerlo en la calle, o en su casa, o en cualquier otro lugar o momento?

Julia sabe que Héctor la está poniendo a prueba. Él no tiene la respuesta, como tampoco puede tenerla ella. Pero quiere comprobar hasta dónde llega su capacidad para hilvanar los detalles.

—Puede que aquí fuera una víctima más débil, aun con el riesgo que su verdugo corrió. Quizá le viniese bien tenerlo bebido o drogado, en un lugar ajeno y en el que no estuviera tan protegido.

—En ese sentido —añade la inspectora Muñoz—, Julia ha dado con una clave interesante: Pedro Suárez iba siempre acompañado de uno o dos guardaespaldas. La noche del crimen sus guardaespaldas libraron. Él mismo les dio el día libre. Suficiente seguridad iba a haber en la gala.

—Grave error por su parte.

—Muy bien, creo que ya hemos visto todo lo necesario —agrega Héctor, dándose por satisfecho con la conversación.

—Ximena, ¿hay algo que quieras que comprobemos antes de marcharnos? —pregunta Julia por el intercomunicador.

—No os preocupéis, ya he solicitado todas las fotos que la Policía científica ha sacado. Estoy servida por el momento.

—De acuerdo, entonces vamos a la morgue —dice Julia, que está motivada. Los casos peliagudos siempre despiertan en ella ese gusanillo algo retorcido que la invade cuando se enfrenta a un rompecabezas.

Los agentes del servicio secreto se despiden de la inspectora Muñoz y le piden que, en caso de recordar algo más, lo comparta con ellos. Le dicen lo mismo al responsable de la seguridad del edificio y salen a la calle.

Nada más recibir la primera bofetada de calor, Julia vuelve a inhalar de su vapeador, como si le fuera la vida en ello. Héctor no dice nada, pero Julia sabe que está maquinando.

—Creo que todo esto es una fanfarronería y una provocación —dice Julia mientras se dirigen al Mercedes, que sigue donde lo dejaron, en mitad de la acera—. Pero también es una declaración de intenciones. Quien ha asesinado a Pedro Suárez lo ha hecho con saña y una violencia desmedida. Quería dar un mensaje.

—¿A quién en concreto?

—A sus próximas víctimas.

Héctor no dice nada. Sin embargo, esta vez, su gesto gélido e imperturbable se desmorona momentáneamente ante la posibilidad que Julia acaba de verbalizar; algo en lo que él no había reparado aún. Y piensa, con cierta admiración y respeto: «¿De dónde demonios han sacado a esta mujer?».

—Insinúas que puede haber nuevas víctimas... ¿de la Casa Real?

—Aún es pronto para aseverarlo, pero es una posibilidad. Aunque antes debemos dar respuesta a la pregunta del millón: ¿por qué Pedro Suárez?

Héctor Aldana no es una persona que se sorprenda con facilidad. Sin embargo, Julia ha obrado el milagro. «Ya va siendo hora de dejar los prejuicios a un lado», se dice, un poco enfadado consigo mismo. Especialmente porque él antes no era así. Él era todo nervio, carisma y adicción al riesgo. Ahora se ha transformado en un perfecto cero a la izquierda. Cojea como un demonio, reniega, es escéptico y desconfía de todos. Y eso no le gusta.

—¿Vamos entonces a echar un ojo al cadáver de Pedro Suárez? —pregunta Julia, que ya ha puesto en marcha el motor del Mercedes.

—Sí —responde Héctor, ligeramente distraído—. Sí, claro. El cuerpo está en un edificio del servicio secreto, cerca de la Moncloa. La doctora María Espinosa es la persona responsable de las autopsias. Nos contará todo lo que necesitamos saber.

—A Moncloa, pues.

Esta vez, Julia deja las luces de la sirena activadas, sin sonido, y se mete de lleno en el tráfico madrileño, confundiendo con los demás vehículos. Vuelve a coger la Gran Vía, esta vez en sentido contrario, e invade esporádicamente el carril bus. No quiere perder tiempo. Tienen trabajo por delante.

—Has estado bien ahí atrás —suelta Héctor, reflexivo en su asiento de copiloto. Juguetea con su barba canosa, con la mirada perdida en un horizonte incierto.

—Gracias —responde Julia, por inercia. No considera que haya hecho nada reseñable; únicamente su trabajo.

—Llevo años relacionándome con agentes del servicio secreto, de la Policía, la Guardia Civil... Puedes hacerte a la idea. No he visto a muchos con la capacidad de observación y deducción que tú acabas de demostrar. —El espía se detiene para mirar fijamente a Julia, aprovechando que se encuentran detenidos en un embotellamiento—. Y eso lo respeto.

De hecho, ese es uno de los principales motivos por los que Héctor prefiere ir a su aire: no cree que los demás estén a su altura. Pero el tiempo pasa para todos, incluso para el legendario agente Aldana. Ya va camino de la vejez y el ostracismo, y no es tan perspicaz ni tan dicharachero. Noelia Ríos se lo dijo a las claras: «O te adaptas y trabajas en equipo, o eres historia. Tú decides». Héctor decidió no ser historia; de mala gana, eso sí. Su vida gira en torno al trabajo, por mucho que lleve un tiempo intentando expandir sus horizontes intelectuales. Entretanto, todo se reduce a resolver crímenes y a seguir estando en el ojo del huracán.

—Soy algo más que la idiota que se interpuso entre el presidente y las balas que llevaban su nombre —dice Julia, con un punto de reivindicación—. Pero te agradezco el comentario. Estoy harta del machismo que hay en el Cuerpo... Y quiero que sepas una cosa: de verdad deseo que esto salga bien.

Héctor no dice nada, pero una sonrisa efímera ilumina su rostro.

Julia ya está de nuevo en marcha, zigzagueando entre vehículos y carriles. Dejan plaza de España atrás y continúan todo recto por Princesa. Moncloa está a apenas unos minutos. Héctor ha introducido en el GPS las coordenadas exactas a las que se dirigen: un anexo del Instituto Anatómico Forense exclusivo del servicio secreto.

—No te tomes a mal que no compartiera contigo toda la información del reporte policial. Quería ponerte a prueba.

—No te preocupes, hay caso para rato.

—Respecto a lo que dijiste antes, lo de que habría nuevas víctimas, ¿en qué te basas? ¿O es una mera intuición?

—Después de haber estado en la escena del crimen, lo tengo claro. Antes preguntaste por qué se lo cepillarían en mitad de una gala benéfica y no en su casa. Te daré otro motivo: la noticia se va a filtrar de un momento a otro. Demasiado morbo y cuchicheo como para taparlo; las imágenes saldrán a la luz. Alguna de ellas, al menos. ¿Y qué interés tendría el asesino en que esas imágenes se hicieran públicas? Dar un mensaje.

—Julia tiene razón. —De nuevo, un sobresalto. Quien habla es Ximena Aranda. La voz les llega como en un susurro desde el inframundo a través de los intercomunicadores con los que los agentes van equipados—. De hecho, se acaba de filtrar la noticia. Y también algunas de las imágenes.

—No jodas, tan rápido... —se lamenta Julia.

—Son solo dos fotografías, y están pixeladas... Pero hay algo raro en ellas.

—¿Nos las puedes enviar?

Un instante después, las imágenes pixeladas aparecen en los móviles de los dos agentes de campo. Julia conduce y no puede echar un vistazo, pero Héctor lo hace por ella. Abre la foto y sitúa el teléfono frente a Julia. En las imágenes se percibe la sangre y la carnicería, pero el filtro que le han aplicado hace que la foto pierda gran parte de su fuerza. Mejor así.

—¿Por qué dices que hay algo raro en ellas, Ximena? —pregunta Julia, después de que ella no haya sido capaz de sacar nada en claro. Vuelve a concentrarse en la carretera. Ya están en Moncloa.

—Dadme un momento —pide Ximena.

Julia y Héctor se miran mutuamente. Héctor no se pronuncia, pero tampoco ha visto en la imagen nada que llame su atención.

—¿Te importa que le dé una calada al vapeador? —pregunta Julia.

—¿Por quién me tomas? —suelta Héctor, divertido—. No soy tu padre, así que por mí como si te metes una raya de coca.

Julia deja escapar una sonora carcajada, aunque enseguida se da cuenta de que no es una broma. Intenta decir algo para reconducir la situación, pero ya es demasiado tarde. En su lugar, saca el vapeador de uno de los bolsillos externos de sus pantalones y le da una larga calada.

—¿Quieres un poco?

—No, gracias.

Julia se lo vuelve a guardar. Agradece el pequeño instante de gratificación y claridad mental. No hay duda de que es una droga, por mucho que las compañías tabacaleras insistan en que los vapeadores no tienen nada que ver con los cigarrillos de combustión. Julia se ha informado. Es un tema que le interesa. Al parecer, la parte más dañina del tabaco no es la nicotina en sí, como mucha gente piensa, sino la combustión que se produce al encender los cigarros. Los modernos vapeadores no queman el tabaco. En su lugar, valiéndose de una batería, calientan una solución líquida hasta evaporarla, de tal forma que las toxinas más dañinas del tabaco tradicional no se liberan. Pero la adicción que provocan no es muy diferente a la de los cigarrillos clásicos.

—Lo admito: algunas caladas puedo dar —dice Julia, todavía dándole vueltas al comentario de Héctor—, no te voy a engañar. Y café también tomo bastante. Pero una raya de coca... te aseguro que no me verás consumiendo esa mierda de servicio.

De nuevo, se siente como una idiota. Quiere reformular la frase para que no parezca que, de no estar de servicio, igual sí se la metía. Pero ya es tarde, y lo único que consigue es descentrarse, tocar el claxon cuando un coche se le cruza en mitad de la carretera, y toser como

una energúmena; un ataque de tos que, con cada vez más frecuencia, le recuerda que no debería fumar. «Cojonudo», se lamenta, «un *timing* cojonudo para ponerse a toser...».

—El laboratorio forense está a dos manzanas a mano derecha —anuncia Héctor.

Entretanto, Julia sigue tosiendo. Héctor le pasa una botella de agua mineral de las que hay en la parte trasera del vehículo. Alguien ha dejado un palé con botellas de litro y medio. Julia acepta el ofrecimiento y bebe como si llevara días sin hacerlo.

—Gracias —dice al fin. Y agradece que el ataque de tos le haya sacado del embrollo en el que ella sola se había metido. «¡Espabila, Julia!».

El GPS les indica que han llegado a su destino. Julia ve un sitio libre cerca de la entrada y aparca ahí mismo. Es un *parking* de zona horaria, por lo que vuelve a dejar la sirena activada; solo con las luces. Al apearse del vehículo, Héctor se convierte en su guía. Julia no puede evitar dar un par de caladas a su vapeador. El legendario Aldana es ahora un hombre lisiado que anda con demasiada pachorra. Julia se pone nerviosa, y, cuando eso sucede, tiende a hacer o decir gilipolleces. Así que, antes de que alguna de sus ocurrencias se le adelante, aprovecha y pregunta:

—La doctora María Espinosa, la forense... ¿lleva mucho tiempo trabajando para el servicio secreto?

—Oh, ya lo creo. Solo te diré que cuando yo entré en el CNI, ella ya andaba por aquí.

—Pero, entonces, qué tiene: ¿cien años o...? —La inspectora deja escapar una sonrisa desconcertante—. Es una broma, no te lo tomes a mal. Como lo de la raya de coca de antes.

—Lo de la raya de cocaína no era ninguna broma —responde Héctor, con su misma parquedad gestual.

Ya han llegado hasta el ascensor. Un par de metros atrás han tenido que mostrar sus credenciales; nadie les ha puesto trabas para acceder. Héctor parece conocer a todo el mundo. Le saludan con respeto y cariño. Y eso hace que Julia se sienta todavía peor consigo misma. Está a punto de decir alguna otra estupidez, pero, por fortuna, llega al ascensor.

—Yo bajo andando —dice Julia.

Ya en la planta subterránea, recorren juntos un estrecho pasillo y, por fin, alcanzan el laboratorio del servicio secreto.

—¡Aldana, dichosos sean mis ojos! —La que ha gritado es una mujer negra y tan grande como tres personas. Está imbuida en una bata blanca que parece a punto de reventar. Como no podía ser de otra forma, la mujer tiene dificultades para moverse; de hecho, se vale de un andador. La estampa se convierte en absurda a los ojos de Julia, que a punto está de volver a echarse a reír, pero comprende que no hay motivos para ello, más allá de una extraña mezcla de nerviosismo y desconcierto.

Héctor se aproxima con su bastoncito y los dos «ancianos» se saludan con cierta efusividad; toda la efusividad de la que Héctor es capaz, que resulta no dar para mucho más que un par de besos en las mejillas.

—Os estaba esperando, queridos.

El acento de María es cubano, muy marcado. A pesar de ello, sus expresiones y su vocabulario son muy castellanos.

—Antes de nada, te presento a Julia Báez, mi nueva compañera en la División 33.

—Encantada, mi amor —dice la enorme mujer, que con esfuerzo se acerca a Julia y le planta otros dos besos en las mejillas, muy a pesar de Julia, que hace un amago por evitarlo. Aun con el climatizador trabajando a la máxima potencia, María suda abundantemente—. Ya escuché algo sobre la nueva división. Aquí todo llega enseguida.

—Venimos a ver lo que ha quedado de Pedro Suárez.

—Pues no mucho, me temo. Venid conmigo.

María Espinosa echa mano del andador y, con pasmosa lentitud, comienza a recorrer la larga sala en la que se encuentran.

—Rubio, échame una mano, ¿quieres? —le pide a una chica, también con bata blanca, que anda por allí. La chica, más joven que Julia, se aproxima a un depósito de cadáveres y extrae la camilla en la que se encuentran los restos de Pedro Suárez.

La imagen no es agradable.

El cuerpo del cuñado del rey está repleto de perforaciones. Las hay en el torso, fundamentalmente, pero también en la cara y las extremidades. Sin sangre, la visión es aún más turbadora. Como si se tratase de un muñeco de vudú acribillado.

—Lo han atravesado con una aguja afilada —dice María, que tiene su propio vapeador. Da unas caladas, aunque esté prohibido hacerlo en la morgue—. El ADN ha confirmado su identidad. Por lo demás, ¿qué queréis que os diga? Es la obra de otro loco de esos que andan por ahí sueltos, qué sé yo. Una aquí se acostumbra a ver todo lo que esos depravados hacen, y no es bonito... pero ya nada me sorprende.

—¿Había drogas en su organismo? —pregunta Julia.

—Lo habitual en este tipo de eventos: alcohol y cocaína.

Julia evita levantar la mirada; no quiere volver a cruzarse con los ojos apagados de Héctor después de otra mención a la coca.

—El tipo estaba ya muerto cuando lo mutilaron.

—Eso es interesante —apunta Julia—. Confirmaría que alguien hizo un numerito de cara a la galería.

—La gente está muy enferma. Una no sabe qué se les pasará por la cabeza, pero así son las cosas. Por lo que sabemos, es posible que la víctima ni siquiera viera a su verdugo; le atravesaron el corazón desde atrás.

—La esposa de la víctima... —dice Julia, con cierto temblor en su voz—. ¿Van a mostrarle así el cadáver de su marido?

—No hay mucho que ver aquí, pero si quiere verlo no se lo podemos impedir.

—¿Y qué hay de la otra víctima?

—Está igualito que este. Dos por el precio de uno. Rubio, enséñaselo, ¿quieres?

La joven con bata blanca abre uno de los depósitos contiguos y extrae el cadáver del otro hombre. Está irreconocible; de su rostro apenas ha quedado una colección de agujeros. El cuello lo tiene destrozado a la altura de la carótida.

—Qué horror. —Es todo lo que Julia acierta a decir.

—La Casa Real nos va a apretar los huevos —suelta Héctor, con el semblante serio, y pensando en lo que se les viene encima—. Van a exigirnos respuestas. Tenemos que descubrir qué fue lo que llevó a nuestro asesino a hacer lo que hizo. ¿Qué obtuvo de él? ¿Y por qué él, precisamente?

—Comencemos por el principio —interviene Julia, tratando de serenar a su compañero, a quien hasta el momento no había visto tan agitado—: una batería de entrevistas con su esposa y con todo su entorno.

—Estoy con ello —anuncia Ximena por el intercomunicador. Esta vez sus compañeros no se asustan—. Y hay algo más: ya sé qué es lo que no me cuadraba de las imágenes pixeladas. Ninguna de las fotos coincide con las que la Policía hizo. Las que se han filtrado han sido tomadas por una tercera persona.

—Las sacó el asesino —dice Julia—, y él mismo es quien las ha filtrado.

La hipótesis de que todo ha sido un aviso para navegantes parece ir tomando forma. Pero, de ser así, ¿quién será la próxima víctima?

Los agentes del servicio secreto han dejado atrás a la doctora María Espinosa, a su andador y a los cadáveres fríos y agujereados que les traen de cabeza. Una llamada imprevista de Noelia Ríos les pilló en el Mercedes, nada más acceder a él.

—La Casa Real nos está presionando —dice su jefa. Héctor ha activado el altavoz de su teléfono móvil y ahora ambos la escuchan, sentados en sus respectivos asientos. El espía le dirige una mirada a Julia, deletreándole mentalmente, con dolorosa claridad, «Te lo dije». Ignoro cómo, pero la noticia ya se ha filtrado.

—Lo sabemos, Ximena nos ha informado.

—De acuerdo, Ximena. Cuéntame algo que no sepa —la reta Noelia.

Una vocecita torpe e infantil surge del aparato:

—Las fotografías pixeladas que han subido a internet no fueron tomadas por la Policía. Mis algoritmos de análisis fotográfico no han encontrado una correspondencia con la base de datos policial. Aun pixeladas, el encuadre no casa.

—Creemos que son fotos que el asesino tomó *in situ* —añade Julia.

—Héctor ya sabe lo que viene ahora, aunque nunca está de más verbalizarlo. La Casa Real y el servicio secreto llevan años inmersos en una relación de amor-odio. Más amor que odio, en algunos momentos, sobre todo en los posteriores a la Transición, cuando todavía era un ente militar; y más odio que amor en tiempos recientes, ya bajo una dirección civil. A pesar de todo, la Casa Real todavía cuenta con muchos apoyos dentro de nuestra organización, y nos están exigiendo respuestas. Si Pedro Suárez estaba metido en algo turbio, hemos de ser los primeros en saberlo.

Noelia hace una pausa y bebe algo.

—¿Y si Pedro no estuviera metido en ningún tinglado? —pregunta Julia, que no está segura de entender adónde quiere ir a parar su jefa.

—No cambia nada. Seguimos necesitando proteger a la Casa Real. La estrategia de defensa sería distinta, eso es todo. En ambos casos, sin embargo, lo primero es descubrir la verdad. Ese es vuestro trabajo. No os preocupéis de lo que venga después; no os concierne. La Casa Real me ha presionado, así que yo os transmito esa presión. Os protegeré todo lo que pueda, por supuesto, pero estamos en las grandes ligas. Tenéis que acostumbraros a la presión. Necesito resultados. La División 33 los necesita. Vosotros los necesitáis. Quiero un informe completo a las nueve de la noche a más tardar. Debo estar al tanto de todo para mi llamada con el representante de la Casa Real. Luego hablamos.

Noelia corta la comunicación. Ni siquiera un «buena suerte» o un «ánimo». El gesto de Héctor no varía, pero Julia se muerde los labios y cierra los ojos con fuerza. Apenas llevan unas horas en el caso; todavía no han podido profundizar en nada. Y a los que ahora son sus nuevos compañeros ayer ni siquiera los conocía. «No es justo. Danos margen, joder», piensa.

—Vamos a comer algo, estoy hambrienta —es todo lo que acierta a decir—. ¿Te apuntas, Ximena?

—Me gustaría, pero no me dejan salir de aquí...

—¿Y eso por qué? ¿Estás arrestada o algo por el estilo? —pregunta Julia, cada vez más molesta con la situación general.

—Algo así, sí —reconoce Ximena.

—No lo entiendo. O estás arrestada, o no lo estás. —Julia está empezando a ponerse de mal humor.

—Veréis, hice un trato con Noelia Ríos. Si colaboraba con el servicio secreto, evitaría la cárcel. Así que, aunque no sea el plan más divertido del mundo, es mejor que estar en prisión.

Julia mira a Héctor y comienza a gesticular, con lentitud y unos aspavientos ridículos, y evitando pronunciar una sola palabra, para que Ximena no la oiga: «¿Y por qué no nos ha dicho Noelia nada de esto?». Héctor no está para esas historias, y no entra en el juego. Responde en voz alta.

—Noelia es la jefa. Ella tiene sus propios planes. Acostúmbrate, Julia. Y tú también, Ximena. Esto es el CNI, no un patio de colegio. Si en cualquier lugar hay secretos, aquí se multiplican por cien. Esa es la primera lección del día. La segunda es que no merece la pena cuestionar las acciones de Noelia. Pensad que posee más información que nosotros y que tiene a los mejores trabajando a su servicio. Si decide hacer algo, es por una razón, aunque no la entendamos. Somos ejecutores, no filósofos.

Julia se está poniendo colorada. Echa mano de su vapeador e inspira con virulencia.

—No es nada personal, Julia.

—De acuerdo, vamos a comer —dice la inspectora—. Ponemos rumbo al hotel. Ximena, encarga algo.

—¿Os gusta la comida china? Conozco un par de sitios muy buenos.

—Claro, suena bien —dice Julia.

—Como queráis —comenta Héctor, desganado.

Julia ya ha puesto el coche en marcha y se dispone a recorrer, por segunda vez en lo que va de día, la calle Princesa hasta la Gran Vía. Conecta las luces y los sonidos de la sirena. Esta vez no respeta los semáforos. Conduce a una velocidad absurda, pero lo hace con soltura. Héctor la mira de reojo, con cautela. Ve a una mujer con gesto concentrado, los ojos clavados en la carretera y en los retrovisores, y murmurando algo ininteligible. Decide dejarla estar.

En menos de diez minutos llegan a su destino. La comida, por supuesto, aún no lo ha hecho; se la espera en media hora. Julia ni siquiera se molesta en aparcar el coche en la plaza que tienen reservada; lo deja encima de la acera, junto a la entrada del hotel. Se apea y anima a Héctor a seguirla.

—Vamos, vamos, Héctor, date más brío...

—Estoy cojo, no sé si no te has dado cuenta —suelta, malhumorado. La tensión entre los dos se ha ido acrecentando desde la visita al Palacio de Cibeles.

—A mí también me dispararon, Héctor. En el hombro. Y estuve un año de baja, pero no me voy lamentando por ahí.

Se oye una carcajada por el canal de comunicación compartido. Ha sido Ximena.

—Lo siento... —se excusa la joven—. No he podido evitarlo. Creo que soy puto fan de Julia. Julia no sabe cómo reaccionar ante eso, y Héctor aún menos.

—Espero que no te peguen nunca un tiro, Ximena. Solo espero eso... —Una pausa, para apretar ligeramente el paso—. ¿Qué sois, crías de instituto o qué?

Julia se ríe sin llamar demasiado la atención. «Pobre Héctor», piensa.

—Nos vas a tener que soportar, gruñón, ya lo siento —le dice, a su vera—. A una *millennial* y a una niña de la generación Z. Te veo arriba, yo subo andando. A ver quién llega antes.

Nada más decirlo, Julia desaparece de su vista y comienza a subir escaleras de cuatro en cuatro, con largas zancadas. Lleva todo el día sentada y sin apenas movimiento, y el cuerpo se lo pide. Cuando alcanza la sexta planta, las puertas del ascensor, con Héctor en su interior, se están

abriendo. Julia le guiña el ojo a su compañero y, juntos, se dirigen a la habitación 609.

—No te enfades, Héctor. Me he puesto de mal humor; primero, el sermón de Noelia, y luego el tuyo. Eso es todo. Comamos algo y te prometo que esta tarde haremos avances. Ya lo creo que sí...

Héctor emite un gruñido que Julia, por su propia cuenta, interpreta como «De acuerdo, no pasa nada». Y se queda más tranquila.

Llaman a la puerta de la habitación 609 y un tipo enorme, de más de dos metros de altura, les abre al otro lado.

—Hola, agentes. Adelante, por favor.

—Venimos a comer —dice Julia, que entra como un torrente.

—Lo sé. Ximena ha pedido comida para los cinco.

Julia saluda a Ximena, que está tirada sobre un sofá, con un par de portátiles encima. La chica le devuelve una simpática mirada. Héctor se dirige al baño.

—Así que eres mi puto fan, ¿eh?

—Perdona, es que me haces mucha gracia —reconoce Ximena, con una cara de ángel insospechada. Sigue con los guantes puestos. Julia se fija mejor en su piel y constata lo destrozada que la tiene. «Pobrecilla», piensa.

—Bueno, ya veremos si dentro de un par de días me sigues soportando... —dice la inspectora, al tiempo que se sienta en una silla cercana.

—Estás empapada, Julia... —La frase le sale a Ximena del alma. No puede evitarlo.

—Sí, y no es algo de lo que esté orgullosa, pero es lo que tiene estar pateándose la ciudad a más de cuarenta grados. Aquí estáis como reyes con el aire acondicionado.

Los hombres del servicio secreto se encuentran cada uno frente a su respectivo portátil, haciendo lo que demonios hagan.

—¿Cómo os llamáis vosotros? —les pregunta Julia, que se abanica con unos papeles en los que pueden leerse los prohibitivos precios de las bebidas de la nevera de la habitación—. Antes apenas tuvimos ocasión de hablar. Me disteis el arma y poco más. Una relación muy transaccional. —Sin darles tiempo a responder, Julia ya ha empezado con la siguiente frase—: Por cierto, ¿os importa que me fume un *piti*?

—Hazlo en el balcón, por favor —le pide Ximena.

—Te dije que no te iba a caer tan bien... —responde Julia, juguetona. Se levanta y se dirige hacia el balcón—. Joder, no me obligues a salir a ese infierno otra vez. Dame un respiro.

—El tabaco me irrita la laringe —dice Ximena, sin levantar siquiera la mirada de su portátil. Julia reniega, pero se ve obligada a abrir una ventana que da a una pequeña terraza exterior. Una oleada de calor la invade en cuestión de segundos.

—Yo soy el agente López. Felipe López. —No es el grandullón quien lo dice, sino su reverso, al menos en lo físico. Un chaval calvo y joven, bastante escuchimizado, de no más de un metro y sesenta centímetros de altura.

—Vaya, eso ha sonado mucho a Bond, James Bond.

Nadie se ríe.

—Soy coordinador de operaciones. Mi trabajo consiste en darles apoyo en todo lo que necesiten.

—Un placer, Felipe —dice Julia, que, estando en el balcón, se ve obligada a elevar la voz—. Creo que hablo en nombre de todos cuando te pido que nos tutees, ¿verdad, Héctor?

Héctor aparece por uno de los extremos del salón, bastón en mano, y con síntomas evidentes de haberse refrescado; tiene el pelo y la barba alborotados y los antebrazos todavía mojados. No

tarda en tomar asiento junto a sus compañeros.

—Y yo soy Eusebio Grande.

—¡Vaya! Un apellido muy adecuado —señala Julia. Ximena hace un amago de reírse, pero se corta—. Perdonadme, estoy hambrienta y llevo un día un poco extraño. No suelo ser tan gilipollas, de verdad.

—Antes me sorprendiste, Julia —reconoce Héctor—. En el Palacio de Cibeles. Y para bien. Ahora lo estás haciendo para mal. Tenemos una misión importante entre manos. Ni esto es un juego, ni yo soy un bufón.

Julia pone los ojos en blanco. Es una reprimenda. Todo el mundo le echa broncas, es su sino, aunque esta vez es probable que se la merezca. Levanta las manos, con la colilla a medio terminar, y, cabizbaja, posa la mirada en el suelo.

—Perdón. Os pido disculpas. Todavía estoy aclimatándome a todo esto, ¿vale? Demasiados estímulos para una persona como yo. Prometo que, de ahora en adelante, me comportaré como la persona madura que debería ser. Lo siento por ti, Ximena. —Y le guiña un ojo.

—Acepto tus disculpas —dice Héctor. Entierran el hacha de guerra, al menos por el momento. Julia apaga el cigarrillo y se une a sus compañeros, cerrando tras de sí el ventanal que da a la terraza y sintiendo el agradable frescor del interior de la estancia.

—De acuerdo —dice ella, tomando la iniciativa, y queriendo compensar el circo que ha montado—, ¿os parece que recopilemos todo lo que sabemos?

—O creemos saber —apunta Héctor. Julia acepta la corrección.

—Pedro Suárez, el cuñado del rey, fue brutalmente asesinado antes de ayer, en el Palacio de Cibeles, a eso de las once de la noche, según los registros de las cámaras de seguridad cuyas imágenes fueron saboteadas. Gregorio Mayoral, dueño de un medio *online* más o menos relevante, corrió la misma suerte.

Julia mira a Héctor para que sea él quien continúe.

—Creemos que Pedro Suárez es la víctima principal. Le clavaron una especie de aguja en la mano izquierda y otra en el corazón, desde atrás, ensartándolo momentáneamente en la pared. Alguien quería que no se moviera de ahí. Sabemos que lo mataron antes de desfigurarlos. Es posible que esta conducta denote un intento por parte de su verdugo de llamar la atención, al igual que el baño de sangre y la imagen de la cruz invertida.

—O de desviar la atención hacia otra cosa —apunta Ximena, que sorprende a Julia y a Héctor con su participación. Ambos lo agradecen.

—Así es, Ximena —dice Julia—. Sin embargo, el hecho de que las fotos que se han filtrado a la prensa fueran tomadas *in situ*, tras la comisión del crimen, parece apoyar la idea de la llamada de atención. Sobre todo, a los que puedan ser sus potenciales víctimas, algo que, por el momento, desconocemos.

—Respecto al entorno de la víctima —añade Héctor—, Ximena, ¿has podido avanzar con ello?

—Pedro Suárez estaba casado con María de Habsburgo, hermana del rey Carlos V. Suárez trabajaba como director financiero en la fundación A Better Tomorrow, especializada, entre otras cosas, en el desarrollo de dispositivos médicos de vanguardia. Tenía un pequeño grupo de personas a su cargo, incluyendo a una secretaria personal.

—La secretaria —dice Julia—. Entrevistémosla esta misma tarde.

—Me parece bien —concede Héctor—. A María de Habsburgo no nos será fácil verla de inmediato. Démosla un poco más de tiempo.

—Agendaremos una cita con la secretaria. —Es Felipe López quien lo dice—. ¿Hoy a las

cinco de la tarde, por ejemplo?

—Perfecto —responde Julia—. ¿Alguien más de su entorno laboral? Sospecho que esto tiene que ver con algo que él tenía o sabía. La destrucción de su teléfono móvil apunta en esa dirección. Si hubiera nuevas víctimas, entonces sería por algo que él y otras personas tenían en común. En cualquier caso, su secretaria nos pondrá probablemente sobre la pista de nuevos sospechosos. —Un silencio—. Hay una posibilidad que todavía no hemos comentado, y sé que no os va a gustar, pero no podemos descartarla...

Héctor sabe por dónde va su compañera; lo puede leer en su mirada.

—La Casa Real no se arriesgaría a algo así, Julia. Es demasiado peligroso y estúpido.

—Lo sé, lo sé. Yo tampoco creo que haya sucedido así, pero tampoco disponemos aún de pruebas lo suficientemente sólidas como para descartarlo de raíz.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Ximena.

—De que Pedro Suárez fuera eliminado por la propia Casa Real...

Unos golpes en la puerta de la habitación les sacan del improvisado trance en el que se encuentran. Julia se levanta como un resorte y se dirige a ver quién es. Abre la puerta, intercambia un par de palabras con el repartidor y regresa a la sala de estar con cuatro bolsas de plástico llenas de envases de comida china y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡A comer!

Julia devora la comida china, y lo mismo puede decirse de los demás: Héctor, Ximena, Eusebio y Felipe.

—A todo esto, ¿qué hay de Gael Molina? —pregunta Julia mientras se sirve un café solo de la máquina de la habitación—. ¿No es también uno de los nuestros?

—Se encuentra en una conferencia internacional de nuevas tecnologías —responde Eusebio—, en Roma. Noelia ha preferido no interferir con su agenda, dado que el CNI tiene intereses en ese congreso.

—En resumen: que este caso lo tenemos que resolver los que aquí estamos.

—Nos las apañaremos, ya lo verás —dice Ximena, a quien la comida del Rey de los tallarines, uno de los restaurantes asiáticos más emblemáticos de la zona, le ha sentado de maravilla—. ¿No deberíais ir yéndoos? Lo digo por la cita de esta tarde.

—No te preocupes, Ximena, nos sobra tiempo hasta las cinco. Voy a poner el Mercedes a 150 kilómetros por hora, por lo que no tardaremos en llegar —bromea Julia, aunque nadie parece tener claro si se trata de un farol o no.

—Ximena tiene razón —concede Héctor, ya de mejor humor. La comida ha jugado su papel, pero también el intercambio previo de impresiones que mantuvo con Julia. Han limado asperezas—. Deberíamos irnos.

—A sus órdenes —suelta Julia, engullendo el café.

—La secretaria de Pedro Suárez se llama Bárbara Orejana. —Eusebio, el gigantón, es quien lo dice—. Vive en el barrio de Salamanca, cerca de la estación de metro de Goya. Os espera a las cinco en punto.

—No está nada mal para tratarse de una secretaria —comenta Julia, que ya ha empezado a hacer cábalas. «¿Y si Bárbara estuviera implicada en la muerte de su jefe? ¿Se llevarían bien?».

Antes de salir, los dos agentes de campo hacen sendas paradas técnicas en cada uno de los dos cuartos de baño del hotel. Se asean un poco y se preparan para una tarde que promete ser larga.

—En marcha —suelta Julia, con una mirada juguetona y, se diría, hasta rejuvenecida—. Estamos en contacto, Ximena —añade, al tiempo que enfila hacia la salida—. Y vosotros, Felipe, Eusebio, podéis intervenir cuando consideréis.

—Descuida, Julia, así lo haremos si es necesario. Noelia nos ha pedido que tratemos de dejaros a vuestro aire, para que os vayáis conociendo mejor y trabajéis más compenetrados.

—Ya estoy listo —anuncia Héctor.

—Pues coge el bastón y arreando.

Julia sale de la habitación del hotel igual que entró: como un huracán.

—¡Bajo por las escaleras! —le grita a su compañero—. ¡Te espero en el coche!

—Esta mujer tiene demasiada energía —se lamenta Héctor, que encuentra un par de miradas de comprensión en Felipe y Eusebio. Incluso Ximena tiene que reconocer que hacen una extraña pareja. Son como el sol y la luna.

Ya en la calle, Julia arranca el Mercedes y pisa el acelerador, elevando las revoluciones del motor como si estuviera a punto de participar en una carrera de coches ilegal. Héctor se sienta en el asiento del copiloto con un gesto de incomodidad.

—Arranca y deja de hacer estupideces —le dice.

—Abróchate el cinturón y deja de quejarte.

Tan pronto como Héctor se lo termina de colocar, Julia mete la primera y, con la sirena al máximo volumen, invade la Gran Vía como una kamikaze, iniciando su vertiginosa cruzada por el corazón de Madrid. Conduce hasta Cibeles, en lo que se le antoja como un *déjà vu*.

—Últimamente todo gira en torno a la Gran Vía, ¿no te parece, Héctor?

En lo único en lo que Héctor puede pensar es en si se estrellarán contra otro vehículo o contra una farola. Emite un gruñido que Julia interpreta como le viene en gana.

—¿Te gusta la música, Héctor?

Ya han alcanzado el paseo de Recoletos. Circulan en dirección norte, saltándose semáforos y sorteando todo tipo de obstáculos.

—Claro.

—Entonces no te importará que reproduzca algo de mi *playlist*, ¿verdad?

—Eso depende de lo que contenga tu *playlist*. No soy muy amigo de la música moderna.

—Define «música moderna».

—Todo aquello posterior a 1990.

—¿Eres consciente de que, con esa definición tan sui géneris, estás excluyendo treinta y cuatro años de música?

—¿Qué son treinta y cuatro años en relación con los milenios de arte musical de la civilización humana?

Julia no lo admite, pero ahí le ha pillado. Le ignora y sigue a lo suyo:

—Aunque no lo creas, mi *playlist* se ajusta en gran medida a tus deseos. Apenas contiene temas de los años noventa en adelante.

Julia toquetea su teléfono móvil, situándolo en un soporte sobre el salpicadero del vehículo, y accede a su lista de Spotify. En su casa tiene una inmensa colección de *Compact Disc* y vinilos, pero aquí no le queda otra que apañárselas con su selección de Spotify. Como buena maniática que es, escoge primero un grupo, luego un álbum, y, finalmente, lo reproduce desde el principio. Como debe hacerse. Decide ir sobre seguro: *Animals*, de Pink Floyd. Uno de los seis álbumes de estudio que el grupo británico lanzó durante los años setenta, y, para muchos, una de sus obras cumbre. Estima el tiempo que les queda de trayecto hasta el piso de Bárbara Orejana y siente una pequeña punzada de frustración: apenas les va a dar tiempo para escuchar dos canciones.

A los treinta segundos, ya con el ruido de la sirena desconectado, Héctor reacciona, con un gesto de perplejidad.

—¿Te gusta Pink Floyd?

—Claro que me gusta. ¿Por quién me tomas?

—Francamente, no es lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Algo que a mí no me gustara.

—Vaya, vaya, mira por dónde. Al final vamos a tener alguna que otra cosa en común, ¿eh?

Y le dedica una mirada risueña.

—Por favor, no quites los ojos de la carretera.

—Perdón.

Ya están en la plaza de Colón. El segundo solo de guitarra de la canción *Dogs* inunda los altavoces del vehículo.

—Joder, la música se escucha de la hostia en este coche —suelta Julia, con los ojos muy abiertos y los párpados temblorosos—. Voy a tener que cortar el disco a medias, pero vamos a esperar a que la canción termine, ¿te parece?

Héctor sigue abstraído, perdido en los recovecos de su mente. Se le está haciendo muy largo el día, y no son ni las cinco de la tarde. Con la temeridad con la que Julia ha conducido, logran llegar a su destino enseguida. «Me estoy haciendo mayor para esta mierda». Es todo en lo que Héctor puede pensar mientras la música de *Dogs* perfora sus oídos.

Julia ya ha detenido el vehículo, pero esta vez no ha podido estacionarlo sobre la acera; unos bolardos se lo impiden. Así que lo deja en doble fila.

Who was born in a house full of pain?, canta Roger Waters (¿Quién nació en una casa llena de dolor?). Y a Julia se le encoge el corazón. No quiere acordarse ahora de su hogar, ni de su jodido padre, ni de su madre... Fue ella quien le inculcó el amor por el *rock* progresivo y psicodélico. De alguna forma, Julia ha desarrollado la teoría de que es una música que a su madre le permitía huir de su día a día, de su infierno en vida, y volar libre, como el cerdo de la portada de *Animals*.

Libre.

La canción se acaba, y antes de que los pensamientos la atormenten más, Julia coge su móvil y pausa la reproducción.

—Luego seguimos, compañero —dice. Héctor percibe cómo le ha cambiado el rostro. Incluso cree distinguir la formación de unas disimuladas lágrimas en los ojos de la inspectora. Pero no dice nada y se apea del vehículo.

—Chicos, no os he querido interrumpir —interviene Ximena—. Un par de apuntes sobre Bárbara Orejana. Llevaba trabajando con Pedro Suárez diez años. Lo conoce desde antes de que este se casara con la hermana del rey. Ahora se ha quedado sin trabajo. Vive en el piso con su madre. La mujer es muy mayor y tiene una salud muy delicada.

—Gracias, Ximena. Ahora nos toca a nosotros arrancarle la verdad. O, cuanto menos, alguna pista.

Julia llama al telefonillo mientras Héctor termina de alcanzarla.

—Servicio secreto —anuncia la inspectora tan pronto alguien responde al otro lado. Es una voz femenina, no demasiado mayor: Bárbara Orejana. En el descansillo de la planta baja, Julia le hace una pregunta a su compañero—. ¿Está bien que diga que somos del servicio secreto? ¿No sería mejor decir que soy inspectora, agente de policía o cualquier otra cosa?

—Sinceramente, ir anunciando a los cuatro vientos que somos del servicio secreto no es lo habitual. Pero no deja de ser la verdad, y es una buena forma de evitar algunas preguntas. Por desgracia, no tengo todas las respuestas a tus dudas, así que te diría que hagas en cada caso lo que te parezca más natural.

Julia recibe con una sonrisa el permiso que Héctor acaba de concederla y llama al ascensor. Es un viejo edificio de cuatro plantas.

—Ya sabes, yo voy andando.

Héctor gruñe mientras Julia sube al *sprint* hasta la última planta por unas estrechas escaleras de caracol. La madera cruje bajo sus pies. Cuando Héctor llega a su destino, Julia le abre la puerta y le recibe con una reverencia. Acto seguido, rompe a toser. Juntos, se dirigen al piso de Bárbara.

—¿Prefieres llevar tú la conversación? —dice, una vez se ha recuperado del ataque de tos.

—Eres inspectora, ¿no?

—He sido muchas cosas, y sí, inspectora es una de ellas.

—Entonces imagino que se te darán bien los interrogatorios.

—De acuerdo, yo me encargo. A ver qué le sacamos.

Lllaman al timbre y, unos segundos después, Bárbara Orejana les abre la puerta. Es ella; no

hay dudas. Tiene el rostro demacrado a pesar del maquillaje que se ha puesto encima para tratar de ocultarlo; el rímel medio corrido; la mirada huidiza. «¿Pena, o algo más? ¿Culpabilidad?», piensa Julia.

—Buenas tardes, señora Orejana —comienza Julia—. Somos los responsables de la investigación del asesinato de Pedro Suárez. Yo soy la inspectora Julia Báez y este es mi compañero, el agente Héctor Aldana. ¿Podemos pasar?

Héctor agradece que Julia se comporte de acuerdo a los cánones. Siempre le ha gustado pasar desapercibido, pero con Julia a su lado no es una tarea fácil. Y puede que tampoco importe. Ahora no está en ninguna misión de infiltración, sino en la recién inaugurada División 33. Y, a tenor de lo visto, no parece que la discreción sea una de las cualidades de la nueva unidad de trabajo. Y las pintas que lleva Julia, con sus mallas deportivas, esos bolsillos exteriores y las zapatillas de correr... Bueno, no es el vestuario más ortodoxo. Bárbara, a pesar de percibirlo, no hace ningún comentario en ese sentido. Sabe que vendrían y que son quienes dicen ser.

—Pasen, por favor. Pueden acomodarse en el salón —dice, y les indica el camino.

El piso es enorme. Julia le echa unos 150 metros cuadrados, y eso que apenas ha visto el pasillo, la cocina, de refilón, y la vasta sala de estar con balcón.

—Sentimos lo del señor Suárez —añade Julia, que trata de mostrarse diplomática antes de soltar toda la artillería que trae—. Nos consta que llevaban años trabajando juntos. Estoy segura de que estaban muy unidos.

—No lo sabe usted bien. Pasen, pasen, por favor. Siéntense. ¿Desean algo para beber?

—Un poco de agua nos vendría bien. —Esta vez es Héctor quien lo dice, con una sonrisa que a Julia le sorprende; a ella todavía no le ha dedicado ninguna de esas—. Hace un calor horroroso en la calle.

Bárbara regresa con dos vasos de agua desbordantes y los deja sobre una mesita. Los investigadores echan mano de ellos y beben, agradecidos.

—No queremos importunarla más de la cuenta, así que trataremos de ser tan directos como nos sea posible.

Bárbara toma asiento en un sillón situado junto al sofá doble en el que se han sentado los agentes.

—Nos gustaría conocer un poco mejor a Pedro Suárez. ¿Cómo era su relación con él? ¿En qué consistía su trabajo? ¿Cuáles eran sus amistades? Ya sabe, cualquier cosa que considere que pueda ayudarnos a esclarecer este crimen.

—Bueno, por dónde empezar...

—El principio de su relación sería un buen comienzo.

Bárbara sonríe imperceptiblemente.

—Comencé a trabajar con el señor Suárez tras hacer una entrevista con él. Buscaba a una secretaria personal. Por aquel entonces, él ya había fundado tres *start-ups*. La primera y la segunda quebraron, pero la tercera fue todo un éxito y pudo venderla por varios millones de euros. En aquel momento estaba buscando nuevos proyectos, y necesitaba a una secretaria. Hace ya diez años de aquello. Desde entonces, he estado siempre a su lado.

—Los emprendedores son gente ambiciosa; lo llevan en su ADN. ¿Diría que Pedro Suárez lo era?

—No les quepa duda. Era una persona muy competitiva. Tenía un carácter fuerte, como no puede ser de otra forma. Y estaba obsesionado con las apariencias. Él no se había criado entre caprichos y gente adinerada. Al contrario. Sus padres habían sido «currantes», como él siempre decía; le dieron una educación modesta. Por eso, cuando comenzó a moverse en las altas esferas,

se transformó. Desarrolló una especie de coraza. Una fachada con la que venderse y proyectar una figura de empresario de éxito. Se gastaba mucho dinero en moda, estética y tecnología.

—¿Diría que su matrimonio con María de Habsburgo formaba parte de este lavado de cara del que nos habla?

«Joder, esa pregunta se las trae...», piensa Héctor, que empieza a sospechar que su compañera va a ir con todo.

—Eso queda entre ellos, no puedo responderle —dice Bárbara, visiblemente molesta.

—Usted es quien organizaba la agenda del señor Suárez. Díganos, ¿le consta que tuviera alguna enemistad declarada?

A pesar de la agradable temperatura que hace en el interior del piso, unas gotas de sudor comienzan a dibujarse en la frente de la secretaria. Los dos agentes lo perciben.

—No sabría decirles. Las personas como el señor Suárez siempre tienen enemigos, pero no diría que ninguno de ellos tuviera la intención de matarle, como comprenderán. Sin embargo, sí puedo decirles que llevaba algunos meses algo disperso, como más ausente de lo habitual. No sé por qué, pero se le veía distraído, incluso preocupado. Iba siempre acompañado de sus guardaespaldas, y había hecho instalar nuevas medidas de seguridad en su casa.

Julia sabe que han dado con algo, pero no es lo suficientemente sólido. Necesitan nombres. Cosas tangibles y concretas.

—Pensando en las últimas semanas, ¿diría que Pedro Suárez estuvo más en contacto de lo habitual con alguien en particular? ¿Algún colaborador o colega?

—El señor Suárez solía decir que uno no elegía ser un emprendedor o no serlo; si se tenía esa vocación, no había forma de luchar contra ella. A pesar del puesto que desempeñaba en la fundación A Better Tomorrow, el señor Suárez seguía en contacto con algunos de sus antiguos hombres de confianza. No tengo la menor idea de los asuntos que trataban, pero lo cierto es que últimamente se había estado viendo bastante con los doctores Luis Cifuentes y Jaime Cabrera, dos de sus colaboradores en anteriores *start-ups*.

«¡Bingo!», se dice Julia. Asume que Ximena se pondrá manos a la obra con esos nombres.

—Muy bien, ya hemos hablado de los enemigos y de los colaboradores. Permítanos seguir indagando. ¿Qué hay de sus amigos? O, más concretamente: ¿sabe de alguna amiga especial?

Julia y Héctor tuvieron ocasión de ver las imágenes de las cámaras de seguridad de la fiesta benéfica mientras degustaban los tallarines en el hotel. Y, en ellas, se veía a Pedro Suárez en actitud distendida, embriagado de amor y testosterona, y coqueteando con algunas mujeres.

—Yo... —La secretaria se seca el sudor de la frente con el dorso de una de sus manos. Tiene la espalda muy rígida—. Disculpenme, pero no me parece apropiado...

—Señora Orejana —la interrumpe Julia—, Pedro Suárez está muerto.

De improviso, y sin darle tiempo a reponerse, Julia saca una fotografía de uno de los bolsillos de sus mallas. Es un plano medio de Pedro Suárez, ensangrentado y agujereado por todas partes. La coloca encima de la mesa, para que Bárbara la vea bien.

«Joder, Julia, ¿qué cojones haces?», piensa Héctor, que se mueve incómodo en el sofá. Echa mano del vaso de agua y bebe.

—Si tiene información que pueda ayudarnos a esclarecer el caso, debe compartirla con nosotros. Por el buen nombre de su antiguo jefe, a quien usted parecía apreciar, y para que la justicia recaiga sobre su verdugo. Díganos, ¿tenía Pedro Suárez alguna relación extramatrimonial? —Una pausa—. Todo esto es completamente confidencial, no debe temer que lo hagamos público.

Bárbara clava sus ojos en la fotografía de Pedro que Julia ha puesto sobre la mesa. No parece

aquel hombre ambicioso y de personalidad arrolladora que ella conoció, sino un monigote ensangrentado e irreal. Un desecho. La foto es más de lo que puede soportar, y rompe a llorar. Héctor decide coger la fotografía y ponerla a buen recaudo, lanzándole una mirada asesina a su compañera. Julia le ignora.

—Sí, tenía una amante —confiesa Bárbara. No es capaz de soportar la mirada de los agentes—. Desde hacía un año. Era muy cuidadoso con ello. Él quería a su esposa, pero necesitaba desconectar de vez en cuando. Dejar de actuar como el empresario de éxito y nuevo miembro de la nobleza que era. Quería... Quería sentirse como un don nadie, alguien normal, del montón. El personaje había terminado fagocitando en parte a la persona...

—¿Podría facilitarnos la identidad de su amante?

—Lucía... —Una pausa, interminable—. Lucía Cárdenas...

«Vas a estar bien ocupada, Ximena», piensa Julia, satisfecha con el botín que se llevan.

—¿Hay algo más que quiera contarnos? —pregunta Héctor, con delicadeza—. Algo que pueda sernos de utilidad.

Unos gemidos se dejan oír a lo lejos. Parecen provenir de un animal moribundo.

—Me temo que no hay mucho más que pueda contarles. Si me necesitan, ya saben dónde localizarme. Ahora, si me disculpan, debo ocuparme de mi madre.

—Por supuesto, faltaría más —dice Héctor, que ya se ha levantado del sofá. Julia lo imita—. Este es nuestro número —le dice, entregándole una tarjeta—. Si recuerda algún otro dato o información, no dude en hacérselo saber.

—Muchas gracias por su colaboración y por su tiempo, señora Orejana —añade Julia—. Atraparemos a quien le haya hecho esto a Pedro Suárez, se lo garantizo.

Héctor percibe que no es algo que su compañera diga a la ligera; siente que así será. Y reconoce, aunque solo sea para sus adentros, que los medios de Julia no son los más ortodoxos, pero sí son eficaces. Al menos, en esta ocasión.

Tienen caso por delante.

Y nuevas líneas de investigación.

—¿Cómo has visto a Bárbara Orejana? —pregunta Julia.

Acaban de recoger unos cafés a seis euros la unidad de un *specialty coffee* a la vuelta de la esquina, a no más de un minuto andando desde el edificio en el que la secretaria de Pedro vive.

—Creo que decía la verdad. Se la veía afectada por la muerte de Suárez.

—¿Y qué me dices de su piso? Una secretaria no puede permitirse algo así, por mucho que gane...

—Intuyo que es de la madre.

Ximena interviene por el canal de comunicación:

—Os lo confirmo. El piso está a nombre de la madre de Bárbara.

—¿La tachamos entonces de la lista de sospechosos? —pregunta Julia, aunque ya conoce la respuesta—. Al menos, por el momento.

—Me parece bien. Tenemos deberes que hacer. Ximena, ¿podrías pasarnos un breve perfil de cada uno de los nombres que han salido en la conversación? Tenemos, por un lado, a Lucía Cárdenas, la amante de Pedro; y a Luis Cifuentes y Jaime Cabrera, sus socios.

—Claro, me encargo. Tengo acceso a media docena de bases de datos estatales desde aquí. Es una pasada.

Julia y Héctor caminan de vuelta hacia el Mercedes, que sigue donde lo dejaron, y se meten dentro, huyendo del infernal calor.

—Tienes buena memoria —dice Julia, con un gesto de aprobación en el rostro—. A mí me habían bailado los apellidos.

—Se me da bien memorizar datos y detalles. He sido espía, recuerda.

—Ya lo creo. Con ese bastón que te gastas, engañas bastante. Pero me juego el cuello a que, si te lo propusieras, podrías reventarle las pelotas a quien se te pusiera por delante, ¿verdad? Por fortuna para mí, yo no tengo pelotas que puedas reventar.

Julia sonríe desde el asiento de la conductora, con la complicidad de Ximena, que suelta un par de sonoras carcajadas en la habitación del hotel. Héctor no dice nada.

—Bueno, volvamos a lo nuestro —continúa Julia, que arranca el coche—. ¿Adónde vamos ahora?

—Creo que deberíamos concertar una cita con María de Habsburgo mañana mismo. Es importante. Y puede que nos confirme algunas de las informaciones que le has sonsacado a Bárbara Orejana.

—Estoy de acuerdo, pero dijiste que igual era demasiado precipitado... —concede Julia.

—No tenemos otra opción. La Casa Real colaborará si de verdad quieren que demos con el culpable... Ximena, encárgate de ello con la ayuda de Eusebio y Felipe.

—Hecho. Por cierto, acabo de recibir algo que os va a interesar. La Policía científica ha compartido con nosotros los resultados del *hackeo* al ordenador personal de Pedro Suárez. De hecho, lo han clonado directamente, y yo misma puedo trastear con él.

—Interesante —dice Julia, que se reclina sobre el asiento del vehículo y termina de beberse el café. Le parece que está buenísimo, pero ya puede estarlo costando seis euros...

—Vamos a ver... —comienza Ximena—. Voy a llamaros y a compartiros mi pantalla, ¿de acuerdo? Así podremos echar un ojo juntos.

—Suenan de lujo, Ximena —dice Julia, que se siente cómoda trabajando con la chica. Le

recuerda un poco a ella: inadaptada y con problemas con la justicia desde una edad bien temprana.

Los agentes responden a la llamada de Ximena y comienzan a ver la pantalla compartida de la que les ha hablado.

—Vale, ya te vemos —anuncia Julia. Y aprovecha para dar una calada rápida a su vapeador.

—De acuerdo. Los de la Científica han clasificado todo lo que han encontrado en distintas categorías. Una de ellas, la profesional, está llena de informes, hojas de Excel, PowerPoint, Word... Todo relacionado con la fundación A Better Tomorrow. No sé, parece bastante aburrido. De un vistazo rápido, dicen que no han dado con nada relevante. De todas formas, yo ejecutaré mis algoritmos, a ver si doy con algo interesante.

Julia lee en diagonal los nombres de cada carpeta, todos en inglés: Quarterly Reports, Partners, Research, Marketing, Investors, Budgets, Projects, Human Resources...

—Yo investigaría los estados financieros de la fundación, Ximena —recomienda Héctor—. Por experiencia, es donde suelen encontrarse los problemas. ¿Quizá haya algún agujero de dinero?

—Tiene sentido —dice Julia.

—Okay, no soy muy buena con las finanzas, pero veré qué encuentro.

Julia no dice nada, pero su hermana Marta sí lo es. Evidentemente, no debería compartir información con ella. No le da más vueltas; aunque si fuera necesario, lo haría. No hay nadie en este planeta en quien confíe más.

—En las carpetas personales parece que hay cosas más jugosas —continúa Ximena—. No os lo perdáis, dentro de una que se llama Football Manager, oculta, tenía una colección de porno de media docena de *terabytes*.

—Vamos, que nuestro querido Pedro estaba bien salido, ¿eh?

—Todo el mundo almacena porno —añade Héctor, como restándole importancia.

—Sí, te lo compro, pero seis *terabytes* dan para *muchas* pajas...

—Es posible, pero eso no le incrimina ni más, ni menos. A falta de algo más sólido, diría que no deja de ser una mera curiosidad.

—Quizá sea una muestra de que su matrimonio con María no era todo lo idílico que parecía. Y ahondaría en la idea que Bárbara nos acaba de transmitir: Pedro se sentía asfixiado en su vida personal. De ahí lo de la amante, como válvula de escape. Y puede que el porno fuera otro mecanismo de desconexión.

—Pero esto no es lo mejor —continúa Ximena—. Han accedido también a sus cuentas en la nube. En la mayoría de ellas hay también documentos de trabajo. Sin embargo, hay algo más. Una carpeta en concreto, con una encriptación infranqueable, bajo el nombre de Proyecto Carne.

—¿Proyecto Carne? —repite Julia—. ¿Qué demonios es eso?

—Ni idea. Los de la Policía científica dicen que no hay nada que hacer. El proveedor, además, se lava las manos. Han dicho que ni con una orden judicial compartirían el contenido de ese archivo. Es una empresa tecnológica muy opaca que opera desde las Islas Caimán. Los conozco. Ya me he topado con ellos antes. Gente turbia.

—Nos hacemos a la idea, Ximena. Buen trabajo —dice Héctor.

—Esa carpeta, Proyecto Carne —insiste Julia—, ¿está a su vez dentro de alguna otra carpeta? ¿O está ahí suelta, en mitad de la nada?

Ximena navega por los archivos.

—Está dentro de una carpeta que se llama Proyectos. En Proyectos, aparte del Proyecto Carne, hay más de cien subcarpetas con otros tantos nombres. En las carpetas accesibles hay

documentos de Word, Excel... Es parecido a lo de la fundación.

—Vale, una cosa más —continúa Julia—. Hay algo importante de lo que no hemos vuelto a hablar: ¿desde dónde se filtraron las fotos pixeladas del cadáver de Pedro Suárez? ¿Alguna web en concreto? ¿Has podido profundizar en eso, Ximena?

—Sí, las publicaron en una web de noticias sensacionalistas. El noventa por ciento de lo que publican son artículos virales con *clickbait*s; ya sabéis, esa mierda para que la gente pinche a cualquier precio.

—¿Y quién se encuentra detrás de la web? —pregunta Héctor.

—La web está a nombre de New Horizons Corporation. Dadme un segundo... —Ximena teclea con virulencia. Sigue compartiendo la pantalla con todo lo que hace. Ahora, los agentes solo ven consolas ininteligibles, líneas de comando de colorines y un galimatías obtuso. Julia da otra calada a su vapedor—. Vale, listo. Tienen su sede social en Madrid, en un chalet de Aravaca.

Julia busca con su mirada los ojos de Héctor.

—¿Hay algún teléfono de contacto? —pregunta el espía.

La inspectora le sigue manteniendo la mirada, pero ya ha puesto el motor en marcha, y sonrío como una maníaca. Pisa el acelerador una vez, con suavidad, y luego una vez más...

—Sí, aquí lo tengo. Os lo paso.

Héctor sale de la videollamada y marca el teléfono que su compañera le acaba de enviar. Julia aguarda expectante, y deja de acelerar ante los gestos que le hace Héctor, quien pone el manos libres.

—Hola. Ha llamado a New Horizons, ¿en qué puedo ayudarle? —Es una voz femenina.

—Hola, somos agentes de policía —dice Héctor—. Estamos en mitad de una investigación y nos gustaría hablar con un representante de su compañía.

—Lo siento, pero no le he entendido. ¿Podría volver a intentarlo?

—Joder —se lamenta Héctor—, es una de esas malditas inteligencias artificiales que no entienden nada.

Cuelga.

—¿Hay algún otro método de contacto, Ximena?

—Hay una dirección de *email*, pero creo que tampoco va a sernos de mucha utilidad.

—Dejaos de historias —dice Julia—. Si nos damos prisa, podemos llegar a Aravaca antes de las seis de la tarde. Y, con suerte, pillarles antes de que termine su jornada laboral. Abróchate el cinturón, Héctor.

El espía no discute; ha intentado resolverlo por teléfono y no ha podido. Accede, pues tampoco tienen mucho más que hacer por hoy. La próxima entrevista será, si todo sale bien, a la mañana siguiente, con la viuda de la víctima.

—Venga, dale —dice.

Julia hace lo que lleva deseando hacer desde hace un rato: pisa el acelerador a fondo y vuelve a meterse en el congestionado tráfico madrileño, con la sirena activada. Accede a su cuenta de Spotify y retoma la reproducción del disco *Animals*, de Pink Floyd, por donde se había quedado. Ahora suena *Pigs (Three Different Ones)*, otro himno.

Esta vez no coge la Gran Vía. Va directa hasta Colón y luego toma la calle Sagasta. El tráfico es algo más ligero que por la mañana. Mientras Julia zigzaguea, los ruidos que emiten los cerdos de la canción se confunden con los de la sirena.

Héctor no sabe si reír o llorar. Por alguna razón que no termina de entender, ríe. La música, las emociones acumuladas, la contagiosa energía de Julia. Lo único cierto es que ríe con naturalidad y se deja llevar.

Julia percibe de reojo la sonrisa de su compañero. Decide no abrir la boca, sabedora de que lo echaría todo a perder. En su lugar, aprieta un poco más el acelerador y siente cómo las cámaras de los radares que controlan la velocidad les captan, una tras otra. Pone el coche a casi 120 kilómetros por hora durante un tramo. El Mercedes es una auténtica bestia. Los altavoces del vehículo tienen una calidad que la sorprenden. Hacía mucho que Pink Floyd no le sonaba tan épico. Alcanzan el parque del Oeste cuando la canción está a punto de terminar.

—He intentado contactar con la empresa, pero no he tenido éxito —interviene Ximena—. Por lo que he encontrado en su web, trabajan hasta las seis y media.

—Nos sobra tiempo —responde Julia. Ya son casi las seis—. Te flipan Pink Floyd, ¿eh, Héctor?

—Los vi en directo en los ochenta.

—¡No me jodas!

—Me acuerdo perfectamente. 22 de julio de 1988. Estadio Vicente Calderón. Tenía diecinueve años. Podría enumerarte de carrerilla la lista de canciones que tocaron.

—¡Qué cabrón! —espetea Julia—. Yo solo he podido ver a Roger Waters en solitario, y, aunque es muy bueno, no es lo mismo, estoy segura...

—Claro que no lo es. Naciste demasiado tarde, eso es todo.

—Y que lo digas...

—Yo los pillé por los pelos, pero los pillé, que es lo que importa.

Sheep, la cuarta y penúltima canción del álbum, ya ha comenzado a reproducirse. Ambos se la conocen de memoria. Por eso, aprovechan el tramo inicial de la misma para conversar, sabedores de que la música todavía tardará unos minutos en explotar. Cuando está a punto de hacerlo, se callan y dejan que los instrumentos inunden el interior del coche, y también sus sentidos.

Julia llega a Aravaca y, desde ese momento, sigue las indicaciones de su GPS. Ya no puede circular a la misma velocidad que hasta ahora; las carreteras son más estrechas y cortas, y la visibilidad es peor. Toca callejear. Pero lo hace con gracia y sutileza. Son las seis y cinco cuando detiene el Mercedes, en doble fila, frente al chalet que la New Horizons Corporation tiene alquilado desde hace un par de años, según lo que Ximena les ha contado.

Julia se gira hacia Héctor y este le devuelve una mirada y un atisbo de sonrisa.

—Eres un personaje, Julia —le dice.

No hay maldad en sus palabras. Ni siquiera se lo recrimina. En su lugar, la inspectora percibe

curiosidad, puede que hasta bondad. Héctor está amargado; Julia lo intuye. Fue uno de los mejores espías del país, una leyenda, y ahora no saben qué hacer con él, así que deciden ponerlo de niñera de una *hacker* con problemas con la justicia y de ella, una persona inestable y con traumas infantiles.

Sheep está acabándose; la última estrofa de la canción no puede ser más adecuada: los perros están muertos; no te salgas de la carretera, quédate en casa. Pero los agentes no van a hacerlo. Ellos van a descubrir quién ha matado a los perros, y pagarán por ello. Por ahora solo hay dos perros muertos, pero, a menos que Julia y Héctor hagan algo, el tercero podría estar al caer. Puede que no lleguen a viejos, pero es en lo que creen y lo que son; lo único que saben hacer.

Julia meneaba la cabeza y deja que el disco termine. La última canción apenas dura un minuto y medio; es un reflejo de la primera. Una especie de palíndromo musical y un anticlímax necesario. La calma después de la tempestad, la promesa de un destino, de un refugio en el que mantenerse a salvo de los cerdos... ¿Y si la División 33 fuera ese refugio que tanto ha anhelado Julia durante su vida? ¿Y si esta vez fuese la definitiva?

No le da más vueltas. Son las seis y diez. Los detectives salen de mejor humor al infierno que los aguarda en el exterior. Es increíble lo mucho que un estado de ánimo puede cambiar de un momento a otro; la capacidad regenerativa de la música y el arte. Veinte minutos atrás, Héctor estaba molesto y amargado, y ahora se siente liviano y agradecido.

—¿Te encargas tú esta vez? —pregunta Julia.

—Voy a enseñarte cómo se hacen las cosas, así que aprende —dice, sin sorna.

—Ardo en deseos de ver de lo que eres capaz con tu lengua sibilina.

Los dos agentes se plantan delante de la puerta exterior del chalet y llaman al timbre. Una voz contesta al otro lado, esta vez humana.

—Policía. ¿Nos abre, por favor?

Se oye un pitido. Julia empuja la puerta y la sostiene para que su compañero pueda acceder.

—¿Ahora somos policías? —le pregunta, con una media sonrisa.

—Es lo más sencillo para que te abran una puerta.

Recorren un camino de piedras con un par de estatuas extravagantes a los lados y llegan hasta la entrada principal, donde una mujer les hace unos gestos con la mano y les invita a entrar en el edificio de dos plantas.

—Buenas tardes. Somos los agentes Aldana y Báez —Héctor señala a su compañera cuando lo dice y muestra su placa identificativa. La mujer no se molesta en leerla—. Nos gustaría hablar con un representante legal de su compañía. Estamos en mitad de una investigación y creemos que podría ayudarnos a esclarecer unos asuntos. ¿Nos haría el favor de avisarle?

La mujer no tiene ganas de discutir ni quiere problemas. Falta un cuarto de hora para que la jornada laboral termine, y lo último que desea es que la retengan allí más de la cuenta. Así que marca el número del director ejecutivo y le pone al corriente de la situación. La joven, que a ojos de Julia no puede tener más de treinta años, acata las órdenes que recibe a través del aparato e, inmediatamente después de colgar, guía a los agentes hasta un despacho.

En la planta baja hay alrededor de una veintena de personas trabajando en escritorios. En la planta superior, a la que acceden por unas escaleras de madera, distinguen al menos a una docena. Parece ser el área de dirección. Viejas jerarquías de las empresas de medios, por muy *online* y modernas que aparenten ser. La mujer llama a la puerta de un minimalista despacho con cristaleras en lugar de paredes, y un hombre de mediada edad, trajeado, les invita a entrar.

—Gracias, Carmen, ya me encargo yo desde aquí. Adelante, agentes, pasen y pónganse cómodos.

Julia y Héctor le calan rápido. Un buitre.

—Señor Klinsmann, no le robaremos mucho tiempo. —Héctor ha sacado su nombre de un pequeño letrero que había en la puerta del despacho—. Somos los agentes Aldana y Báez, del servicio secreto.

Julia levanta su mano cuando Héctor la nombra, pero no se sienta en la silla que le han ofrecido, a diferencia de su compañero. En su lugar, decide echar un vistazo por el despacho. No espera encontrar nada, pero sabe que pondrá nervioso a Klinsmann si este tiene algo que ocultar. Hará de poli mala, que es el papel que mejor le sale.

—Pensé que eran de la Policía.

—No conviene ir anunciando a los cuatro vientos que somos del servicio secreto.

—Lo comprendo. Bien, soy todo oídos, agentes. —El director de la compañía, a diferencia de la mayoría, sí ha examinado la placa de Héctor, y la ha dado por buena.

—Verá, estamos inmersos en una investigación delicada. Por lo que hemos descubierto, uno de los medios *online* propiedad de su compañía ha compartido unas imágenes comprometedoras que podrían tener relación con nuestro caso.

En una fracción de segundo, Héctor percibe una oleada de incipiente inquietud en su interlocutor.

—Por supuesto, agentes. Comprendo la situación. —Klinsmann se ajusta la corbata y sufre de unos involuntarios tics nerviosos en el rostro. Sabe de lo que le están hablando, por supuesto—. No es la primera vez que nos vemos en una situación como esta, pero todo se puede hablar, faltaría más.

—Díganos, ¿quién les envió esas imágenes?

Julia piensa que Héctor no es mucho más diplomático que ella. Aunque sí mantiene unas formas más clásicas y ortodoxas. La inspectora atiende.

—Ustedes saben que no puedo compartir esa información. Nuestras fuentes son secretas. La libertad de prensa y el derecho de los ciudadanos a una información rigurosa y de calidad amparan nuestras prácticas. De hecho, hay jurisprudencia al respecto.

—Señor Klinsmann, creo que no lo entiende. —Héctor se muestra impasible, lo cual dota a sus palabras de una sutil capa de gravedad—. Hablamos del asesinato de Pedro Suárez, quien era, entre otras cosas, el cuñado del rey de España. No estamos aquí para debatir sobre el derecho a la información, sino para detener al asesino de un crimen atroz. Existen indicios de que las imágenes que su medio *online* ha publicado fueron tomadas por el asesino en persona. Por lo tanto, si encubre a su fuente, en lo que a nosotros respecta, estará encubriendo a un posible asesino. Y, permítame advertirle, que la jurisprudencia no está de su lado en esa situación.

«¡Bang!», piensa Julia. «Menudo gancho de derechas». Reconoce que Héctor lo ha hecho a la perfección. Ella habría logrado algo parecido, pero de forma mucho más aparatosa y engorrosa. Lo del rechazazo, por cierto, lo ha pensado nada más fijarse en la nariz de Klinsmann, que tiene los típicos rasgos de aquellos a quienes se la han partido más de una vez: los ex boxeadores.

Klinsmann no puede evitar soltar una estúpida risa nerviosa, como buscando restarle importancia al asunto. Se pone colorado y comienza a sudar.

—No queremos robarle mucho más tiempo, señor Klinsmann —insiste Héctor, sabedor de que ya le tienen pillado.

Klinsmann se traga su orgullo. Por supuesto, proteger a las fuentes es importante. Pero sabe que es preferible no ir en contra de la ley, y mucho menos del CNI. No quiere volver a tener que pagar una multa, ni verse obligado a echar el cierre de la web hasta nueva orden. Además, si lo

que el agente dice es cierto, Klinsmann es consciente de que tiene las de perder. Así que hace lo que cualquiera en su lugar habría hecho; traicionar a su fuente y acordarse de las palabras de su director legal cuando, hace unas horas, le comentó lo que tenía pensado hacer: «Ni se te ocurra publicar esas imágenes...».

—Dadas las circunstancias, agente Aldana, y, de manera excepcional, atenderé a su petición para demostrarle que no tenemos nada que ocultar, y que siempre estamos dispuestos a colaborar con la justicia.

«Bla, bla, bla...», piensa Julia.

Klinsmann descuelga el teléfono e invita a una de sus redactoras jefas al despacho. En apenas un minuto, le explica la situación y le solicita que comparta con ellos el origen de las imágenes. La redactora sabe que no tiene elección. Desde su ordenador portátil, que ha traído consigo, accede al *email* en el que le enviaron adjuntas las fotografías y se lo muestra a los agentes.

—¿Podría reenviarnos ese correo electrónico a una dirección que le facilitemos? —interviene Julia, que ya no puede aguantarse más tiempo callada. Ximena les comparte una dirección de correo y es la que Julia le facilita a la redactora. Esta lo hace sin rechistar.

—El remitente no quería dejar rastro —señala la redactora, que de esto sabe un poco—. El correo lo enviaron sin texto, con la única salvedad del asunto (Pedro Suárez asesinado). Las imágenes adjuntas han sido procesadas y comprimidas, por lo que tampoco puede identificarse la cámara con la que se tomaron.

—Nada —dice Ximena por el intercomunicador para los oídos de Héctor y Julia—. La dirección de correo la crearon ayer en El Líbano, según el proveedor. Lo cual, evidentemente, no fue así. Pero quien lo hizo se las ingenió para no dejar huellas. Me temo que es un callejón sin salida...

Julia no puede evitar sentir una punzada de frustración, pero sabe que son gajes del oficio.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Klinsmann —concluye Héctor, sin compartir con ellos lo que Ximena les ha dicho.

—A su servicio, agentes Aldana, Báez.

—Hagan lo que consideren que es mejor para sus intereses —dice Julia, que se ha quedado con ganas de hacer de poli mala—, faltaría más, pero yo les recomendaría que retirasen esas imágenes de su web. Si aún no lo ha hecho, la Casa Real les va a meter un puro de los gordos. Y tienen buenos abogados, apostararía que mejores que los suyos. Tengan un buen día.

De esa forma, Julia se despide y sale del despacho con paso firme. Héctor intercambia unas últimas palabras con Klinsmann y la redactora jefa, y alcanza a Julia ya en la calle, junto al Mercedes. La pillá fumándose un cigarrillo.

—Teníamos que intentarlo —dice Julia, algo desilusionada.

—Por supuesto. Hemos hecho lo correcto viniendo hasta aquí.

—Bien jugado, por cierto. Le has sacado los colores con mucha facilidad. Ojalá tuviera tu temple.

—Si vives lo suficiente, lo tendrás. Créeme.

—Ni de coña.

Héctor se ríe.

—Yo antes era como tú, Julia. Exactamente igual.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

Tras la conversación en las oficinas de la New Horizons Corporation, Héctor y Julia regresan al hotel de Gran Vía. Esta vez la inspectora no conduce como si le fuera la vida en ello. No tienen prisa. Van en silencio, reflexionando sobre cuáles serán sus próximos pasos.

—De acuerdo —comienza Julia—, mañana en cuanto podamos entrevistaremos a María de Habsburgo, eso está claro. Pero ¿quién debería ser el siguiente: la amante o alguno de los socios de Suárez?

—Probablemente dependa de lo que María nos cuente —responde Héctor—, pero como tenemos que ir avanzando yo intentaría concertar una cita con los tres. Según tengan sus agendas, nos amoldaremos.

—Me parece bien. Ximena, ¿lo has oído? ¿Os podríais encargar de ello?

—Recibido, Julia —responde la joven—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Es una buena pregunta.

Julia consulta su reloj deportivo. Son casi las siete de la tarde.

—Noelia solicitó un informe completo antes de las nueve —dice Héctor—. Yo me haré cargo de ello.

—Puedo ayudarte, no es molestia —se ofrece Julia.

—Descuida. Tú vas a estar ocupada.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

—Tienes una cita con el psiquiatra asignado a la División 33, el doctor Jean Vega. —El gesto de Julia se oscurece—. No me mires así, no ha sido idea mía, sino de Noelia. Todos tenemos que acudir a sesiones periódicas, y más en tu caso, que acabas de incorporarte al servicio secreto.

—¿Y por qué no me dijo Noelia nada esta mañana?

—Supongo que no quería abrumarte con más cosas. Me pidió que fuera yo quien te lo dijera. No he encontrado el momento, la verdad.

—Bueno, no hay problema. Llevo desde los doce años contándole mi vida a psicólogos, psiquiatras y todo tipo de terapeutas. Supongo que tengo demasiadas manías ridículas, miedos irracionales...

—Todos los tenemos, Julia. —Héctor trata de medir sus palabras. No quiere que Julia se cierre en banda. La siente súbitamente vulnerable—. No es algo negativo. Somos la suma de nuestras vivencias, y a ellas tenemos que adaptarnos, aceptando tanto lo bueno como lo malo.

—¿Tú también eres terapeuta o qué?

Héctor sonríe.

—Digamos que, como espía del CNI, yo también he tenido mi propia ración de consultas psiquiátricas. Nuestros jefes no quieren que perdamos la cabeza, ni que el estrés nos lleve a cometer errores.

—Todos cometemos errores.

—Por supuesto. Me refiero a más errores de la cuenta. Es un trámite, no pasa nada. En mi caso, me ha ayudado a gestionar mis emociones. Ahora soy una persona diferente. No diría que peor ni mejor, pero sí más madura. Poseo herramientas con las que gestionar la parte más dañina de mis emociones.

—Yo no, Héctor. Lo intento, créeme, pero hay algo visceral en mi interior que me domina en los momentos de tensión. —Julia habla como un robot, del tirón, y casi sin respirar—. Me

desconcentro con facilidad y siento que no soy lo suficientemente buena, que mis errores tienen consecuencias letales y que jamás podré llevar una vida normal. Yo... ¿sabes con cuántos hombres me he acostado?

Héctor no puede evitar sentir que la cosa se le va de las manos, así que trata de frenarla.

—No tienes por qué contármelo, Julia. De verdad. Como te he dicho, yo no soy terapeuta. El doctor Jean Vega sabrá guiarte mucho mejor que yo.

—No he tenido ninguna relación íntima en mi vida —sigue Julia, ignorando el último comentario de su compañero. Mira la carretera con los ojos muy abiertos y sigue hablando mecánicamente, como si estuviera en una especie de trance—. Y eso es frustrante. A los treinta y cinco años, te pasa factura. Te termina pasando puta factura... No soporto que me toquen. No puedo...

Héctor percibe que, de nuevo, los ojos de Julia comienzan a humedecerse.

—Julia, no pasa nada. Cada vida es diferente, y está bien que así sea. Cada persona es un universo. —Hace amago de tocarle el hombro, pero se lo piensa mejor—. ¿Puedes conducir, o prefieres que lo haga yo? Llevas desde por la mañana encargándote tú de ello.

De pronto, toda esa vulnerabilidad vuelve a desaparecer de Julia.

—Perdona —dice, limpiándose las lágrimas de los ojos con una mano antes de romper a toser.

—No tienes que pedirme disculpas. Todos tenemos que enfrentarnos a nuestros demonios. ¿Sabes qué es lo que más me atormenta a mí? Te lo voy a decir: no tengo familia. Perdí a mis padres estando de servicio, en un país de mala muerte, haciendo algo que no debería haber hecho. No tengo pareja, descendencia, hermanos ni nada. Estoy solo, Julia, y eso me atormenta. Es algo que aún no he terminado de asimilar...

Un silencio.

Están a punto de llegar a plaza de España. Han regresado por el parque del Oeste y han bordeado el Templo de Debod. La Gran Vía ya está a tiro. Como no tienen pensado coger el coche hasta la mañana siguiente, Julia lo estaciona en la plaza del *parking* subterráneo que tienen reservada. Antes de salir del vehículo, Julia mira, con los ojos todavía humedecidos, a su compañero.

—Gracias, Héctor.

—Todos somos humanos, Julia. Todos lo somos, incluso los que no lo parecen...

La inspectora sonríe y Héctor le devuelve la sonrisa. Hay sinceridad en su gesto, y eso reconforta a la joven.

—Vale, vamos a ver qué tal van Ximena y compañía —dice Julia finalmente—. Yo voy a subir corriendo por las escaleras, ya lo sabes. Te espero arriba.

Tras accionar el cierre inalámbrico, Julia sale disparada en dirección al tramo de escaleras más cercano y sube tan rápido como es capaz. Las dos plantas subterráneas y las seis del hotel. Héctor tarda un par de minutos más en llegar. Cuando por fin aparece, la inspectora le abre la puerta del ascensor y le hace una reverencia.

—No hagas estupideces, Julia —le espeta, y ella se ríe.

—Vamos, abuelo, no te lo tomes a mal. —Esta vez, Héctor no pone cara de asco. Se ríe.

Llaman a la puerta de la habitación 609 y enseguida les abren.

—¿Qué tal todo por aquí, chicos? —pregunta Julia.

—Entretenidos —responde Ximena.

—Eso está bien.

—De acuerdo, vamos a cerrar nuestras agendas para mañana —dice Héctor antes siquiera de

tomar asiento—. Felipe, Eusebio, ¿os va bien que lo hablemos ahora?

—Claro. Os escuchamos.

Los dos coordinadores del servicio secreto se quitan los auriculares que llevan puestos y desplazan sus sillas giratorias para situarse en un pequeño círculo como el que formaron durante la comida. Julia está de pie, cerca de la ventana, valorando si fumarse un *piti*, pero se acuerda de Ximena y descarta la idea. Sabe que la muchacha tiene problemas de salud y no quiere incordiarla. En cinco minutos, cuando salga, ya se lo encenderá.

—Bien, punto uno —comienza Héctor—: María de Habsburgo. ¿Habéis sido capaces de concertarnos una cita con ella?

—Sí, hecho —dice Felipe, el pequeñito—. Mañana a primera hora, a las nueve en punto, os espera en el Palacio de la Zarzuela. La Casa Real ha decidido que, mientras dure la investigación del asesinato, esté junto a los reyes, protegida por su destacamento de seguridad.

—Es una buena idea, desde luego. Pues allí estaremos. Siguiendo punto: Lucía Cárdenas, la amante. ¿La habéis podido localizar?

—Sí. —Esta vez es Ximena quien interviene—. La encontré a través de las redes sociales y no me costó dar con un teléfono suyo de contacto.

—Hemos quedado con ella a las siete de la tarde, poco después de que finalice su jornada laboral —apunta Felipe—. Vive en Puente de Vallecas, compartiendo piso con su hermana.

—Menudo cuadro el de Pedro Suárez —apunta Julia, que no ha dejado de moverse de un lado a otro desde que han llegado, tratando de quemar la energía que le sobra—. De la flor y nata del país, a la Vallecas profunda.

—Y, por último, los socios de Pedro: Luis Cifuentes y Jaime Cabrera.

—Son gente ocupada, y ambos han puesto trabas.

Julia y Héctor se miran. Poner trabas a estas alturas es una señal inequívoca de que algo ocultan.

—Interesante —comenta Héctor.

—Los hemos tenido que presionar; a los dos. Cifuentes ha accedido a veros en un hueco mañana a la hora de la comida, a eso de las dos y media, en su casa, en la zona de Alonso Martínez. Por su parte, Cabrera nos ha remitido a una oficina en una de las cuatro torres de Chamartín, a las diez de la noche. Dice que antes le es imposible.

—Estos ocultan algo —suelta Julia—. Pero mañana les apretaremos.

—Estupendo —comenta Héctor—. Muchas gracias, chicos, buen trabajo. Y tú también, Ximena. Todos lo hemos hecho bien para ser el primer día. Mañana, más. Desconectad y descansad.

Héctor se despide de sus compañeros y se marcha a su casa. Suele coger el metro, pero el día ha sido largo, y la fatiga acumulada, sumada al infernal calor, le hacen coger un taxi. Vive en la zona de Iglesia, por lo que no tarda en llegar. Ya son las siete y media; no le queda mucho para elaborar el informe, pero no le preocupa. Sabe que Noelia Ríos solo quiere lo importante, lo más destacado; *bullet points*, nada de paja ni palabrería. Echa comida a su gato y repasa mentalmente la jornada. Su memoria privilegiada le permite recordarlo todo a la perfección.

En lo referente al caso, han hecho algunos avances. Aún no hay sospechosos claros, pero sí indicios que apuntan a los socios de Suárez. La amante quizá pueda situarles sobre la pista correcta. Si Pedro compartió con ella algunos de sus temores sobre su vida palaciega, esa en la que todo se sentía como un fraude, podrían dar con algo. En ese sentido, la entrevista con Bárbara Orejana, la secretaria, ha sido provechosa. Por otro lado, la pista de las fotografías que se filtraron a la prensa ya la han descartado. Es lo que debían hacer. No han tenido suerte, pero

han agotado esa vía. Y hay una parte positiva: la filtración no se ha producido por una cagada de la Policía o del CNI, sino que fue el propio asesino, o un cómplice suyo, quien las subió. Ese apunte es importante; Ximena lo descubrió con sus algoritmos de análisis de imágenes, por lo que el punto es para ella. Sabe que a Noelia le gustará oír eso.

Y luego está Julia Báez. En realidad, a Héctor no se le escapa que esa es la variable que ahora mismo más le interesa a Noelia. Quiere saber cómo se ha desenvuelto y qué ha aportado. Y la respuesta de Héctor a esas preguntas es algo nebulosa. Aún no lo tiene claro. Parece una persona con un talento innato para la investigación y la resolución de crímenes; de hecho, posee unas capacidades de observación extraordinarias. Es atrevida, valiente y decidida. Pero es también dispersa, impetuosa, impaciente y muy volátil, justo lo que todos le habían advertido que sería. Y puede que mucho más. Hay tantas contradicciones en ella que es difícil definirla en un par de frases.

Más allá de las apariencias, está lo que a Héctor le ha suscitado. Lleva años investigando, en todo tipo de misiones, y relacionándose con personajes de lo más variopinto. Sin embargo, nunca se había topado con alguien como Julia. Esa mujer proyecta un aura especial. Y, lo más desconcertante, es que no se trata de algo inquietante o negativo, sino todo lo contrario. Bajo esa extravagancia hay un ser humano excepcional. Hay luz. Héctor se siente de buen humor, y es la última de las sensaciones que, al despertarse por la mañana, pensó que tendría. Julia es la principal responsable de que así sea. Es una fuerza de la naturaleza. Le ha vacilado, le ha tomado el pelo, le ha escuchado y le ha hecho reconocer, en su primer día juntos, uno de sus más inconfesables secretos. Eso no lo logra cualquiera. Por el momento, y con solo un día de trabajo, Héctor no puede decir nada verdaderamente negativo sobre su nueva compañera. Al contrario.

Sigue dándole vueltas al asunto durante un buen rato, aunque, en realidad, y aun con los roces que ha tenido con ella, ya sabe lo que va a hacer constar en su informe: «Julia tiene potencial, mucho potencial».

Julia llega a su piso de Antonio Machado a las nueve menos veinte. Después de despedirse de sus compañeros ha cogido el metro en Noviciado. Ximena no tiene más remedio que quedarse a dormir en el hotel; tiene una habitación y un baño para ella sola. Julia se ha entretenido en el metro mirando los rostros de sus conciudadanos; caras cansadas y apesadumbradas, agotadas. Y luego está el olor, un sudor pegajoso y desagradable a consecuencia de la perenne ola de calor. Todos son despojos.

En su casa apenas tiene tiempo de darse una ducha rápida antes de la llamada con el psiquiatra. Le han asignado a Jean Vega. A Julia no le dice nada, pero Héctor parecía conocerle y confiar en él. Un loquero más. La historia de Julia con la psiquiatría es larga y no especialmente amable. Una relación de amor-odio; otra más en su vida. Desde bien pequeña ha tenido a alguien animándola a que saque todo lo que guarda en su interior; que no se calle y que diga las cosas como las siente. Tantas horas con psiquiatras la han cambiado, pero ella no está segura de que haya sido a mejor.

La primera sesión con Jean Vega es por videollamada. Al menos, le conceden eso a Julia después de un largo día de trabajo. Se pone cómoda, con unos pantalones cortos de estar por casa y una camiseta del grupo británico Camel que le queda grande. Se enciende un *piti* y se conecta a la red interna del CNI con el portátil que le acaban de proporcionar. Es una red encriptada, de acuerdo con lo que le han explicado. Acto seguido, accede a su nuevo correo electrónico y hace clic sobre un enlace que le conduce a la llamada. No es Microsoft Teams, ni Zoom, ni ninguna otra aplicación que haya usado antes, pero se le parece. Son todas iguales. Conecta la cámara y el micro y entra.

Al otro lado, un rostro sonriente y maltratado por la edad, canoso, le saluda:

—Buenas noches, inspectora Báez. Soy Jean Vega, su nuevo terapeuta.

Julia hace un esfuerzo por sonreír, pero apenas le sale una tosca mueca, difícil de clasificar.

—Buenas noches, doctor —responde. Y se esfuerza un poco más—: Un placer conocerle.

Tras el rostro ojeroso de Jean Vega hay una estantería repleta de libros. «Siempre es igual», piensa Julia. «Se creen los más listos del lugar... Me juego el cuello a que no se ha leído ni una cuarta parte de ellos...».

—¿Qué tal ha ido el primer día, inspectora Báez?

—Puede llamarme Julia, doctor.

—Lo mismo digo: con Jean es suficiente.

—¿Eres francés? Si tuviera que adivinarlo, diría que no. No tienes nada de acento.

—Mis padres lo son. Yo nací en San Sebastián.

Julia sonríe. Sigue analizando conductas ajenas aun sin estar de servicio. Aunque sabe que Jean está tomando más notas de ella que a la inversa. El cigarrillo, la camiseta de Camel, el pelo alborotado, el póster gigante a sus espaldas de la película *The Wall*, basada en la música de Pink Floyd. «Que tome las notas que quiera...».

—El día no ha estado mal —reconoce Julia, parca en palabras—. Hemos hecho avances con el caso que nos ocupa.

—¿Y qué tal con tus nuevos compañeros, Julia?

No le gusta esa manía de los psiquiatras de llamarla todo el rato por su nombre de pila; ni que hubiera más gente en la conversación a la que referirse. Sabe por qué lo hacen, pero le parece

una técnica tosca.

—Son agradables. Con quien más tiempo he estado es con Héctor Aldana. Se le ve experimentado. Es un poco cascarrabias, pero terminaremos entendiéndonos. Le gusta Pink Floyd, y eso creo que allanará el camino.

—Ya veo que eres una amante del *rock*. ¿Alguna variedad en concreto?

—*Rock* progresivo, sinfónico y experimental de los años sesenta, setenta y ochenta, principalmente, y algunas de sus variantes. Algo de *krautrock* alemán y *jazz* fusión, y nuevas corrientes como el *post-rock*, el *post-metal*, el *drone* o la música industrial...

—Vaya... Si te digo la verdad, no he entendido ni la mitad de toda esa jerga.

—Llevo toda la vida escuchando música. Es uno de mis *hobbies*.

—¿Qué más *hobbies* tienes?

«Siempre las mismas preguntas...».

—El deporte. Antes leía bastante y veía mucho cine. Me ayudaba a desconectar del mundo; era mi refugio. Ahora no tengo tiempo para hacerlo.

—De acuerdo con tu historial, llevas toda la vida vinculada, de una forma u otra, a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Estuviste en el Ejército y en la Policía, y veo que también ejerciste durante un tiempo como guardaespaldas. En esa época, salvaste la vida del presidente del Gobierno, nada menos. Es un currículum impresionante.

—Trato de hacer bien mi trabajo, sea cual sea.

—Sin embargo, por lo que también he podido constatar, no lo has tenido fácil, ¿verdad?

Julia sabe a qué se refiere Jean, pero quiere probarle. Le aprieta.

—¿Puedes ser más concreto, Jean? Llevo doce largas horas de idas y venidas bajo un sol de justicia y no estoy precisamente en mi pico de atención. —Una sonrisa.

—Claro, discúlpame. Imagino que estarás habituada a hablar de ello. Tus padres, Julia. ¿Qué puedes contarme al respecto?

Julia sabe que quieren ponerla a prueba; ver si es capaz de hablar de ello sin derrumbarse. Sin embargo, nadie en su sano juicio podría hablar con naturalidad de cómo su madre murió asesinada a manos de su padre; ni de cómo ella misma mató a su propio padre siendo apenas una niña. Pero lo intenta:

—Ya lo sabes; todo el mundo lo sabe. Te refrescaré la memoria. Mi padre era un jodido maltratador que se emborrachaba más de la cuenta. Nos golpeaba a mi madre, a mi hermana y a mí. Un día en el que estaba especialmente borracho, mató a mi madre con unas tijeras, y luego atacó a mi hermana, dejándola inconsciente y desangrándose. Conmigo no pudo. Me revolví y le clavé las tijeras en el cuello. Murió en menos de un minuto. ¿Qué más quieres saber, Jean?

Julia apaga el cigarrillo sobre un cenicero que ha colocado junto al portátil y bebe agua de un vaso que se ha acercado.

—Lo siento mucho, Julia. Tenía que preguntártelo, ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, ya sé cómo son estas malditas cosas...

Jean mueve imperceptiblemente sus ojos, leyendo notas sobre su monitor.

—¿Te sientes capacitada para ejercer como agente del CNI?

—Sí, estoy preparada. Solo tengo que hacer lo que mejor se me da: resolver crímenes y ser más lista y contundente que aquellos a los que perseguimos.

—En el CNI estarás sometida a mucho estrés. De vosotros, los agentes y espías de la organización, se espera lo mejor. Sois la última línea de defensa del país. La élite en vuestras respectivas profesiones. Creo que deberías sentirte orgullosa de haber alcanzado esta responsabilidad en la División 33. Noelia Ríos no regala nada.

—Eso me consta.

—Dime, Julia, ¿qué hay de tus relaciones personales?

—¿Mi familia?

—Sí, tu familia y tu pareja, si la tienes. ¿Qué puedes contarme?

—La única familia que me queda es mi hermana Marta. Trabaja en el sector financiero. Ella también ha tenido su propia dosis de realidad: quedó paralítica tras el ataque de mi padre. Desde entonces, solo puede moverse con la ayuda de una silla de ruedas. Además, sufre de agorafobia, por lo que no suele salir de su apartamento.

—Ya veo... ¿Tienes pareja?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en una relación?

—Nunca he estado en una relación.

—¿Tienes amantes?

—No.

—¿Amigos o amigas especiales, quizá?

—No. —Una pausa. Julia se enciende otro cigarrillo; no quiere hacerlo, pero ejecuta todos los movimientos sin darse cuenta: coge el cigarro, lo enciende con el mechero y se lo planta en la boca—. Verás, he estado bastante ocupada estudiando criminología y aprendiendo lucha cuerpo a cuerpo, el manejo del cuchillo...

—¿Sientes que te cuesta establecer lazos sentimentales, Julia? Es algo muy normal en los agentes de élite. El estrés al que estáis sometidos, lo mucho que se os exige...

—Nunca he podido establecer relaciones sentimentales. Desde el insignificante incidente con mi padre que te acabo de contar, soy incapaz de dejar que nadie intime conmigo. Lo he intentado, créeme, pero no soporto que me toquen. No me fío ni de mi sombra. Esa soy yo, me guste o no. Llevo años en terapia y nada ha cambiado. No se puede cambiar lo que una es.

—Siempre es posible hacer ajustes, Julia. Con pequeños pasos y ejercicios dirigidos. Seguro que encontramos la forma de aligerar tu carga.

—Buena suerte con ello.

—Te pido que me concedas el beneficio de la duda. Trabajaremos en tus problemas. —Julia no dice nada—. Me gustaría entenderte un poco mejor. Dime, ¿qué fue lo que te llevó a salvar al presidente del Gobierno? ¿Por qué pusiste tu vida en riesgo a cambio de la suya?

—Era mi trabajo. No lo pensé. Era la única salida, lo correcto.

—Tu respuesta rezuma lógica, pero no es normal que la gente haga lo que tú hiciste. Denota valentía, sacrificio, solidaridad y un inaudito sentido del deber. A pesar de todo, de tu complicado pasado, de tus luchas internas y de tus demonios, fuiste una heroína, Julia. Y todavía lo eres.

Ella no dice nada. Simplemente, da otro largo trago a su vaso de agua y otra calada, con un breve amago de tos.

—Jean, estoy bastante cansada y mañana tengo que levantarme a las cinco de la madrugada. ¿Hay algo más con lo que pueda ayudarte?

—No, no, te pido disculpas por las horas. Esta primera entrevista forma parte del protocolo. Te estamos testando, Julia. Todos nosotros. Noelia, yo, incluso terceras personas... De la misma forma, también nos testan a nosotros. Es parte del funcionamiento del servicio secreto. ¿Quién vigila a los vigilantes? Somos la última línea de defensa, recuérdalo, pero tiene que haber un control sobre cada uno de nosotros. De lo contrario, podríamos caer presa de la corrupción y el conformismo.

»Las próximas sesiones serán más amables, te lo garantizo. Hablaremos de lo que desees. Me dirás qué tal lo llevas con tus compañeros, cómo te sientes con el caso en el que te encuentras enfrascada, qué te gustaría cambiar de tu situación, en qué preferirías que nos focalizáramos... Cualquier cosa que te inquiete, en definitiva.

—Te lo agradezco.

—No debería decirte esto, Julia. —Jean se quita sus gafas, poniendo el acento en lo que está a punto de compartir con ella—. Como comprenderás, he visto a mucha gente a lo largo de mi carrera. Cientos, miles de personas. La mayoría de ellos se habrían derrumbado en una entrevista como esta. Eres muy fuerte, Julia. Nunca dudes de eso ni de tu valía.

—No lo hago.

Jean sonríe.

—Gracias por tu tiempo, Julia. ¿Te parece que nos veamos a finales de semana?

—Muy bien.

—Buenas noches, y suerte con el caso.

—Buenas noches.

Julia abandona la videollamada.

Se desnuda y vuelve a meterse en la ducha, bajo un chorro de agua fría. Se queda ahí durante cinco minutos. Las pulsaciones se le disparan, pero ella se mantiene firme, respirando sonoramente. Aguantando. Y recuerda las palabras de uno de sus mentores: «Si eres capaz de aguantar bajo un chorro de agua fría durante cinco minutos, podrás con todo».

«Puedo con todo», piensa Julia, que se ve atormentada por una sucesión de imágenes inconexas. Las tijeras. La carótida de su padre, sangrando a borbotones. Su madre regalándole un discman con el disco *Keys to Ascension*, un recopilatorio de directos del grupo Yes. Las dos cantando en la ducha. Su hermana Marta bailando en la final autonómica de danza contemporánea. Recuerdos rotos. Como el azulejo de la ducha que Julia destroza en ese momento de un puñetazo. No grita ni dice nada. Se mantiene en silencio, con los ojos cerrados. La sangre que comienza a salir de sus nudillos cae hasta la base de la ducha y, en un remolino, junto con el agua fría, se pierde por el desagüe.

Jueves 18 de julio de 2024, 06:45

Julia se ha levantado de buen humor. Como siempre, a las cinco de la mañana. Es un animal de costumbres. Se ha tomado su café matutino, se ha dado una ducha rápida, se ha fumado un par de *pitis* y ha ido al gimnasio. Allí, se ha machacado haciendo dominadas, *press* de banca, jalón al pecho, tríceps y bíceps. Luego, ha seguido poniéndose a prueba con intervalos de intensidad variable en la cinta de correr. Se ha cruzado con su novio dos y su novio cuatro. El dos tiene un cuerpo de una geometría y unas proporciones casi perfectas; parece como esculpido por Miguel Ángel. Es algo más joven que ella, moreno. No se han dirigido la mirada. Su novio cuatro, sin embargo, no es como los demás. Es delgado, de brazos finos y cara triste. Puede que tenga algún tipo de problema alimenticio; anorexia, quizá. Pero hay algo en él que atrae a Julia. Los psiquiatras le dirían que se debe a la fragilidad que percibe en él, aunque ella no comparte esas teorías. En cualquier caso, hay algo en ese chico que la hipnotiza. Lo ha mirado más de la cuenta, pero no se ha dejado llevar por sus impulsos. Una llamada telefónica de su hermana la saca de su ensimismamiento cuando ya casi está acabando en la cinta de correr.

—Hermanita —responde Julia, jadeando.

—¿Te pillo bien?

—Estoy en el gimnasio, pero creo que es el único momento libre que voy a tener en todo el día, así que aprovechemos.

—No me llamaste ayer.

—Ya, perdona. Fue un día intenso.

—¿Y qué tal? Cuéntame. ¿Cómo fue la cosa?

—Diría que bien. Mi compañero es un tío algo estirado e introvertido, pero ya le he sacado alguna que otra sonrisa. Al parecer, es un espía legendario; o eso es lo que dicen los que le conocen. Se le ve con madera. Apuesto a que ha visto más cadáveres que yo; puedo leerlo en su mirada.

En las cintas colindantes algunas personas hacen como que no han oído nada y siguen a lo suyo; pero lo han escuchado a la perfección, y ahora no saben muy bien qué pensar de Julia.

—Es mayor que yo, eso sí. Y luego hay una *hacker*, muy maja ella. Está bastante verde, pero ya sabes que los de la generación Z siempre me han caído bien. Van a su aire, con su moda extravagante, y tienen las ideas mucho más claras que nosotras a su edad. Y la jefa, bueno... Parece que cree en mí.

—Da gusto escucharte, Julia. Se te ve animada, y debo confesarte que no contaba con ello.

—Pues yo tampoco, la verdad. No lo quiero decir muy alto, pero es posible que al fin haya encontrado mi lugar.

Las hermanas siguen charlando durante unos minutos más. Marta le cuenta a Julia sobre su día a día; las reuniones, las presiones y líos de comercio y derecho internacional que le suenen a chino... Las típicas historias de su hermana. Se despiden y se desean un buen día. Y acuerdan verse a lo largo de la semana, si Julia tiene un hueco.

La inspectora, satisfecha con su sesión en el gimnasio, regresa a su casa, se asea, desayuna por segunda vez y pone rumbo a Gran Vía, dispuesta a comenzar una jornada más de trabajo.

Cuando llega, a las ocho y pico de la mañana, Héctor ya está por allí. Julia ha comprado cinco cafés en el Starbucks de abajo y los ha subido para sus nuevos compañeros. Todos le dan las gracias. Eusebio, el gigantón, es quien más lo celebra. Nadie se lo esperaba. Julia siente que

ya le han puesto el cartel de «pirada», o algo por el estilo, y eso que apenas han compartido un día.

—Todo es posible a tu lado —le reconoce Eusebio con una sonrisa.

—Bueno, vamos a ver lo que nos depara la jornada de hoy. ¿Listo para visitar a nuestra infanta favorita, Héctor?

—Listo.

Los dos agentes salen de la habitación, cafés en mano, y bajan hasta el *parking* subterráneo. Julia va por las escaleras, al trote, y haciendo malabarismos para no derramar el café que lleva en la mano. A pesar de ello, llega al coche antes que su compañero y aprovecha para ponerlo en marcha. Héctor no tarda en alcanzarla y, con parsimonia, se mete en el asiento del copiloto.

—Dale, Julia —le dice tras ajustarse el cinturón de seguridad.

A la inspectora le hace falta bien poco para pisar el acelerador a fondo. Los ánimos de su compañero la espolean, por lo que quema rueda en el suelo del *parking* y pilota por los estrechos pasillos subterráneos con pericia.

—¿Dónde has aprendido a conducir así?

—¿Así cómo?

—De esta forma tan... —Héctor mide sus palabras—. Agresiva.

—Siempre he conducido así.

Héctor no quiere saber más. Lo único que desea es salir pronto a la calle. Teme que se estampen contra una columna y se hagan papilla. Julia no tarda en alcanzar la superficie; el sol ya ha comenzado a calentar el asfalto. La ola de calor sigue azotando todo el territorio español, aplacando los ánimos de sus infelices habitantes; especialmente, de aquellos que carecen de aire acondicionado.

Julia toma la calle Princesa y conduce con mano experta hasta Ciudad Universitaria. Allí, respeta un par de semáforos en rojo y toma la A-6, que los lleva directos al Palacio de la Zarzuela. Van con tiempo de sobra.

—¿Qué sabemos de María de Habsburgo? —pregunta Julia—. No soy ninguna experta en esto, pero imagino que el CNI tiene fichas detalladas de los miembros de la Casa Real. He oído que, durante el franquismo y la Transición, la Casa Real y el servicio secreto estuvieron muy unidos.

—Así es. El servicio secreto facilitó la Transición española, y lo hizo apoyándose en la figura del padre del actual rey. Jugó un papel clave calmando los ánimos de los militares franquistas, mediando con la CIA y contentando, dentro de lo posible, al resto de líderes políticos. Pero respondiendo a tu pregunta, sí, hay fichas de todos los miembros de la Casa Real, pero eso no nos compete. Es información clasificada. Si necesitáramos saber algo, Noelia nos lo diría.

—Así que vamos a ir a pelo, ¿es eso? ¿No sería preferible tener una ligera idea de a qué nos enfrentamos? Seguro que hay información que podríamos usar a nuestro favor.

—Es mejor hacerlo de esta forma. Lo tenemos comprobado. Así, no nos dejaremos influir por informes que otros han escrito en un contexto completamente distinto al actual, y bajo premisas que pueden no ser las idóneas para garantizar la neutralidad.

—Si tú lo dices...

El trayecto es corto. Lo que les espera al llegar a las inmediaciones de la Zarzuela, apenas un cuarto de hora después de abandonar el hotel de Gran Vía, es una sucesión de controles de seguridad.

—Somos del CNI. Agentes Aldana y Báez.

—Es un honor tenerle al frente del caso, Aldana —dice uno de los jefes del equipo de

seguridad de la Zarzuela; militares y ex militares en su mayoría. Pero también hay un segundo grupo de hombres trajeados que, Julia lo sabe bien, pertenecen a alguna empresa de seguridad privada—. Adelante.

—Vaya, vaya, agente Aldana... —dice Julia, con socarronería, mientras conduce el Mercedes por el camino que les han indicado—, qué callado se lo tenía. ¡Si es usted toda una celebridad en la Zarzuela!

—Hice algunas misiones para la Casa Real. Contraespionaje, principalmente.

—¿Y pillaste a algún espía extranjero metiendo sus narices donde no debía?

—A más de uno.

—Míralo, el legendario Aldana.

—Déjalo ya, por favor...

Ximena se ríe por el intercomunicador.

—Deberías darle ejemplo a Ximena y comportarte con un mínimo de seriedad —le amonesta Héctor, a quien parece que ya se le ha agotado la paciencia.

—Diré esto solo para que conste en acta: Ximena, no me tomes como ejemplo de nada. Soy una mala influencia.

De nuevo, los agentes tienen que identificarse en el último de los controles. Revisan los bajos del vehículo valiéndose de un espejo; además, un pastor alemán, sujetado por uno de los militares, lo olisquea todo, en busca de drogas. Se detiene en la puerta de Julia y se pone a ladrar.

«Mierda, no me jodas...», se dice Julia. Trata de recordar si las mallas que lleva puestas son las del fin de semana. Las ha lavado, pero siempre es posible que haya quedado algo de coca en ellas. No es suya, sino de su hermana. Lo último que necesita es protagonizar un numerito en la Zarzuela, y menos delante de Héctor, así que actúa antes de que la cosa vaya a mayores, saliendo del vehículo y acariciando al perro.

—No pasa nada, colega —le dice, pero el pastor alemán está entrenado para detectar droga, y no deja de ladrar. El militar responsable de su cuidado le ordena que se calle, le regaña y se lo lleva de allí.

—Disculpe, agente Báez —dice el segundo de los militares—. No sé qué le ha podido pasar. Lucas no suele despistarse así.

—No hay problema —responde Julia, suspirando para sus adentros.

Vuelve a montarse en el Mercedes y recorre los últimos cincuenta metros con un tic nervioso en las cejas que a Héctor no se le escapa.

—No quiero saber lo que te ha detectado el perro, así que no te lo voy a preguntar.

—Sí, será lo mejor —dice Julia, que mete el morro del vehículo en una plaza de aparcamiento pintada en el suelo—. Llegamos a nuestro destino.

Al salir, dos enormes armarios empotrados con pinganillos en los oídos y trajes a medida de más de mil euros la unidad les dan la bienvenida y les indican el camino a seguir. Los dos agentes del servicio secreto se sitúan tras ellos y recorren el agradable paseo que los conduce hasta un pequeño invernadero. Están rodeados de unos jardines cuidados hasta el último detalle. Cada planta está en su lugar; y cada pequeño ornamento eleva la moral.

En el interior del invernadero, en torno a una mesita de madera, la infanta María de Habsburgo toma el té, sentada y distraída. Va engalanada como la representante de la realeza que es. En el recinto hay plantas de todos los colores. Huele a vida. Uno de los guardaespaldas monta guardia en la entrada. Julia y Héctor acompañan al otro guardaespaldas hasta las entrañas del edificio, y no tardan en plantarse frente a la viuda, que ni siquiera se levanta al verlos llegar. Dentro del invernadero hay unos altavoces; una dulce melodía inunda cada rincón de la estancia.

Héctor reconoce la pieza: Cuarteto número 62 en do mayor, o «del Emperador», de Haydn.

—Los agentes del CNI, Alteza —anuncia el guardaespaldas—. Si me necesita, estaré junto a la entrada del invernadero.

María de Habsburgo levanta la mirada y le hace un gesto con la mano, invitándole a marcharse.

—Lamentamos profundamente su pérdida, Alteza —dice Héctor. Julia se siente estúpida. Todo eso de la monarquía, los reyes y los ricos no va con ella. Iba a llamarla María, con toda su cara dura, pero viendo que Héctor sabe cómo tratar con esta gente, decide simplemente poner buena cara y callarse—. Me acompaña la agente Báez, del servicio secreto. Estamos al cargo de la investigación del asesinato de su marido. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Sé quienes son, agentes —dice María. Lleva puestas unas gafas de sol para ocultar, en parte, su demacrado rostro. Julia percibe que ha llorado. El maquillaje se le ha corrido. El peinado, sin embargo, parece recién elaborado por su peluquero; y, probablemente, así sea—. Si puedo ayudarles de alguna forma, estaré encantada de hacerlo. Tomen asiento, por favor.

María apenas mira a Julia. Estira la mano para coger su taza de té y le da un pequeño sorbo.

—Nos gustaría preguntarle por los conocidos del señor Suárez. ¿Algún posible enemigo del que usted tuviera constancia? Rivales de su vida pasada, tal vez. O socios.

María se queda en silencio. La música de Haydn sigue sonando de fondo. Parece como si estuviera escuchando la canción, y no a Héctor. Viendo que no responde, Héctor a punto está de repetir la pregunta, pero, justo en el último instante, María reacciona:

—Mi marido tenía una agenda muy completa. En ella había amigos y enemigos a partes iguales. Yo siempre tuve la sensación de que aquellos a los que él llamaba amigos, no eran mucho mejores que sus enemigos. Lo envidiaban, y únicamente se mantenían a su alrededor porque querían algo de él, como alimañas en busca de carroña.

—¿Podría darnos algún nombre?

María vuelve a quedarse ensimismada. La temperatura en el invernadero es soportable. Hay unos conductos de ventilación estratégicamente situados.

—Ninguno en concreto.

Julia no puede evitar pensar que hay cierto tufo clasista en el comportamiento y las palabras de la infanta. Se está mordiendo la lengua, y eso no es bueno para nadie, pues aunque no salte en el momento, cuando lo haga lo hará con virulencia...

—¿Le dicen algo las palabras Proyecto Carne?

—Nada en absoluto.

—Nos consta que el señor Suárez estaba en conversaciones con unos científicos con los que ya había trabajado con anterioridad. Tenía un nuevo asunto entre manos. ¿Sabe algo sobre ello? ¿Cree que podría guardar alguna relación con el ataque que sufrió?

—No aspiro a hacer su trabajo, agentes. —La infanta se ajusta las gafas de sol y, por primera vez, suena impaciente—. Mi marido fue brutalmente asesinado y no sé quién lo hizo. Lo que sí sé es que esos científicos u hombres de negocios que pululaban a su alrededor son un grupo de sanguijuelas. Pedro estaba a gusto en la fundación. Llevaba a cabo proyectos solidarios y en pos de la humanidad, pero tenía malas influencias, como esos amigos suyos. Querían que dejara la fundación y les ayudara a financiar otra de esas dichosas *start-ups*.

—¿Y qué hizo su marido al respecto? —pregunta Julia.

María mueve levemente la cabeza para mirar a la inspectora. Con las gafas de sol no puede percibir si la está radiografiando o no, pero es lo que parece. Probablemente, no apruebe sus pintas, ni muchas otras cosas. Pero Julia no está ahí para complacer a la infanta, sino para

resolver un crimen.

—Mi marido tenía la costumbre de no escucharme. Cada vez que le daba mi opinión sobre algún asunto, solo lo espoleaba a hacer lo contrario. Así que, de un tiempo a esta parte, hice lo más conveniente para los dos: darle espacio. Y él me lo dio también a mí.

—¿Diría que se había distanciado de su marido? —insiste Julia.

María clava su mirada en la inspectora. La melodía de Haydn toca a su final y, durante unos instantes, el silencio los envuelve. Héctor espera que Julia no tome la iniciativa y atosigue a la infanta.

—Sospecho que mi marido tenía un *affaire*, si es eso lo que le interesa saber. No era bueno ocultando las pruebas... Nos habíamos distanciado, sí, pero eso no implica que no le quisiera. Lo quería, ¿de acuerdo? Yo lo quería...

Por un momento, María muestra una inesperada fragilidad. Es humana, al fin y al cabo, y no una autómatas. Las lágrimas aparecen en sus ojos. Se lleva un pañuelo al rostro y se las seca con delicadeza, inspirando con gravedad.

—No queremos importunarla más, Alteza —interviene Héctor—. La investigación está abierta y tenemos varios interrogatorios por delante. Descubriremos quién se encuentra detrás de todo esto y le haremos pagar.

—Gracias, agente Aldana. Mi familia confía en usted. Siempre ha trabajado con diligencia y discreción, y sabemos que esta vez no será diferente.

Héctor se levanta y Julia, a regañadientes, lo imita.

—Si desea contarnos cualquier otra cosa, o recuerda alguna información relevante, no dude en hacérsela llegar. —Héctor deja una tarjeta de contacto sobre la mesa, junto al té de la infanta.

—Así lo haré.

El guardaespaldas de la infanta ya se encuentra tras los agentes del servicio secreto. Sin mediar palabra, los invita a salir del invernadero. Estos lo hacen sin rechistar y dejan que les conduzcan de vuelta hasta el Mercedes. Julia no puede evitar encenderse un cigarrillo nada más llegar para descargar la tensión.

—Menuda pérdida de tiempo —dice, sin tapujos.

—Baja la voz, ¿quieres?

No hay nadie cerca, salvo un grupo de soldados a unos veinte metros. Más allá, un guardaespaldas hace una ronda de vigilancia.

—Si no podemos entrevistarla como a una persona cualquiera, ¿para qué la entrevistamos, en primer lugar?

—Tienes que entender que los miembros de la Casa Real no son como los vecinos de tu comunidad de propietarios. Es una institución centenaria, con un poder y una influencia sobre el Estado mayor de la que piensas. Si supiera que podríamos haberla sacado más, lo habría intentado. Pero tú lo has visto tan bien como yo. La mujer estaba destrozada, luchando consigo misma para no derrumbarse. Y no sabía nada, estaba aturdida.

—Lo que tú digas.

Julia se fuma el cigarrillo, yendo de un lado para otro y tosiendo esporádicamente.

—Además, el día no ha hecho más que comenzar —continúa Héctor—. Paciencia. Tarde o temprano daremos con una pista sólida. De hecho, creo que ya la tenemos.

—¿Los socios de Pedro?

—La secretaria nos puso sobre la pista de ellos, y María acaba de corroborarlo. Los ha llamado sanguijuelas en nuestra cara. Y son los mismos que ayer nos dieron largas... Creo que

no hay que buscar mucho más allá.

—Ya veremos...

—A esos, si quieres apretarlos, te doy mi bendición. ¿Qué te parece?

—No dudes que así lo haré.

Héctor ignora si ha hecho lo correcto dándole carta blanca a Julia, pero no se preocupa por ello de momento. Primero tienen que regresar a Madrid. Y sabe que Julia va a conducir con su característica temeridad. Si sobreviven a la vuelta, ya se preocupará de la que su compañera pueda liar con esos supuestos hombres de negocios.

Iván Paredes ha recibido nuevas órdenes de su patrona. Es una mujer impaciente y despiadada, y no quiere dejar cabos sueltos. La muerte de Pedro Suárez podría haber sido la única, pero, para regocijo de Iván, no será así. La información que este obtuvo no ha sido suficiente, y ahora su patrona reclama más sangre: otras dos víctimas aguardan su turno. La primera de ellas se ha encerrado en su lujoso ático en pleno corazón de Madrid. Ha echado todos los cierres de seguridad y ha contratado a un par de guardaespaldas. El tipo se ha enterado de la muerte de Pedro Suárez por la prensa. Quizá la patrona le haya llamado para amenazarlo; es imposible saberlo. Ella no ha aprobado la forma en la que Iván ajustició a Suárez, pero sabe que él no es una persona a quien se pueda domesticar. Lo mismo que ella. Por eso se respetan. Son animales morbosos y perturbados. Pero no pasa nada; está bien que así sea. Ellos son quienes, en último término, hacen que las cosas avancen; que la sociedad no se quede estancada. Luchan contra la mediocridad y el estatismo. Son las encimas que metabolizan el mañana. Y ahora hay alguien para quien el futuro va a dejar de tener importancia; alguien que debe morir por una causa mayor.

Son las doce del mediodía de una de las jornadas más calurosas del año. En los informativos siguen hablando de la ola de calor como si no hubiera ninguna otra noticia. Los cuarenta y tres grados a la sombra se magnifican a consecuencia del vapor de agua que los aparatos de aire acondicionado, a la máxima potencia, liberan a la atmósfera. En la azotea del edificio de Alonso Martínez, el reloj de pulsera que Iván Paredes lleva puesto indica que la temperatura ambiente es de cincuenta grados. Está sudando; no puede ser de otra forma. Lleva unos pantalones negros, ceñidos al cuerpo, sus dos agujas de titanio, limpias y dispuestas para un nuevo baño de sangre, y algunos de sus «juguetes» bajo una doble piel en la espalda; igual que en su intervención en el Palacio de Cibeles.

No ha sido difícil colarse en el edificio. Se ha hecho pasar por cartero, ha usado un uniforme robado y un paquete que él mismo ha confeccionado, y ha entrado sin llamar la atención. Ha subido andando hasta la última planta, cubriéndose el rostro con el paquete para que las cámaras de seguridad no le reconozcan. Es bueno ocultándose. En la última planta ha forzado la cerradura que da acceso a la diminuta terraza del edificio. Las vistas de la capital desde lo alto no le han impresionado. Pocas cosas pueden impresionarle, salvo lo retorcido, lo aberrante y lo siniestro.

Iván es un escalador. Su cuerpo, poco musculoso pero muy fibroso, está entrenado en los más inverosímiles ascensos al aire libre. Sin red que lo salvaguarde. Sin cables. Él contra la naturaleza. Ahora, la naturaleza es urbana, pero la dificultad no es mayor. Al contrario: es más fácil dominar los patrones geométricos de las edificaciones humanas que las esquizofrénicas anomalías de la naturaleza. La naturaleza está enferma, igual que él. No hay regularidad ni patrones que valgan; solo caos y, para el que tiene la mirada entrenada, cierta belleza.

La búsqueda de la belleza atormenta a Iván, y su cuerpo es la última batalla que ha decidido librar. La naturaleza no lo hizo bien con él; le dio un cuerpo de hombre. Un cuerpo de mujer tampoco lo habría resuelto; la ambivalencia es lo que le atrae, y ahora tiene la posibilidad de corregirlo; la ciencia lo permite. Ya ha hecho algunos avances, pero sus órganos sexuales continúan recordándole su fracaso; su enfermedad; su fealdad.

Iván no se deja arrastrar por sus pensamientos. Ahora tiene que echar mano de sus dotes para la escalada; ha de descender desde la azotea hasta el ático, donde su presa lo aguarda. Un

descenso sencillo, sin más ayuda que la de sus manos, sus pies, su equilibrio y su fuerza. Se sobra. Los cincuenta grados de temperatura a su alrededor le pesan, pero su determinación no conoce límites.

Desciende con lentitud y precisión.

Los cláxones del tráfico madrileño se dejan oír más abajo, como una melodía monstruosa de todo lo que no funciona en el mundo. No es en el ruido en lo que Iván se concentra, sino en la vista. Agarrado a una tubería, ya es capaz de distinguir buena parte de la terraza del ático. Continúa con su descenso. Las manos le sudan. Se ha puesto guantes para el agarre y para no dejar huellas. Todos sus músculos están en tensión; los latidos de su corazón, atemperados. Respira con tranquilidad.

Control.

Un tramo después, distingue a uno de los guardaespaldas contratados por el bastardo al que va a eliminar. Está sentado en una silla de madera, resguardado del sol bajo una sombrilla que no pega con el lujo que impera en el resto de la terraza. No le ha visto. Iván es silencioso. Está boca abajo, en un alarde absurdo de fuerza bruta y autocontrol. El guardaespaldas lee un libro, distraído. Iván comienza a enderezar su cuerpo, todavía desde la fachada del edificio. Sus abdominales dirigen la operación. La tubería soporta su peso. Su formación de malabarista es parte de su identidad.

El circo como cantera de asesinos.

Iván ya se ha enderezado y ha descendido un poco más por uno de los laterales de la terraza, de forma que, cuando salte al interior de la misma, podrá atacar al guardaespaldas justo por el flanco derecho de este. Si lo hace con la suficiente velocidad, lo ajusticiará antes de que pueda reaccionar. No dedica un segundo más a la reflexión. Tras un salto imposible, Iván apoya sus dos pies sobre el suelo de la terraza, sin hacer el menor ruido. El guardaespaldas no reacciona; lo que lee es demasiado interesante como para levantar la mirada, y tiene sentido: se trata de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. Uno no sale indemne de su lectura, como el guardaespaldas está a punto de comprobar.

Iván realiza un movimiento fugaz, como un robot que solo ha sido entrenado para eso: extrae las dos afiladas agujas de sus gemelos y las incrusta al mismo tiempo sobre la carne palpitante de su víctima. Una de ellas, en la cabeza, le atraviesa la lengua, el paladar, el cerebro y el cráneo; la otra va directa al corazón. El guardaespaldas no comprende lo que sucede. Siente que el raciocinio le abandona, y se apaga. Con lentitud, pero irremediabilmente.

Iván distingue una voz procedente del interior de la vivienda. Aunque la puerta de la terraza está cerrada, la rendija de una ventana le proporciona nueva información:

—... que haber aceptado su oferta cuando pudimos, pero ahora estamos jodidos. Muy jodidos. —Una pausa—. No, no, no tergiverses: Pedro habría estado de acuerdo, él no quería historias. Fuiste tú el que se opuso y el que le metió toda esa mierda en la cabeza. Sí, ¡tú! No me vengas con mierdas. Y ahora tenemos al puto servicio secreto encima. —Otra pausa. Luego, el tipo dice algo ininteligible. Iván aprovecha para extraer las agujas del cadáver, el cual todavía atesora entre sus manos la novela de Salinger. Aparte de sudor, ahora el torso de Iván está también cubierto con algo de sangre—. Voy a confesarlo. No voy a dejar que me jodan, ¿lo entiendes? Prefiero estar en la cárcel que bajo tierra. ¡Sí, joder, sí! Tú haz lo que te salga de los cojones...

Iván sabe lo que tiene que hacer ahora. Cuenta con el factor sorpresa, por lo que no espera grandes dificultades. Junto a su objetivo, hay otro guardaespaldas en el interior de la vivienda. Los ha estado vigilando durante horas. Iván se desplaza con sigilo por la terraza, pisando el

charco de sangre que se ha acumulado a sus pies, y se dirige hasta la puerta que da acceso al interior del ático. La descorre con suavidad, quita la cortina de en medio y se planta en el salón. Su víctima está con el teléfono móvil en la mano, frente a él; cara a cara. Su rostro tarda todavía unos instantes en reaccionar. Para entonces, Iván ya le ha incrustado una de sus agujas en el muslo derecho. El tipo comienza a gemir. Iván se desplaza por el piso, sabedor de que hay un guardaespaldas al que dar caza.

Un hombretón, feo y despeinado, surge tras una pared. El ruido de la cisterna de un retrete se deja oír tras él. En mitad del salón, el guardaespaldas ve a su benefactor, arrodillado y gritando, pero no distingue a nadie más. Y sabe que eso no puede ser. Sin embargo, ha visto la suficiente mierda en su vida como para mantener la sangre fría en una situación así.

—¿Dónde estás, cabrón? —pregunta, con voz temblorosa.

Ha desenfundado su pistola. No se mueve ni un centímetro de su actual posición. Sabe que el intruso está cerca, aunque no puede verlo. Si se aproxima a su jefe, probablemente descubra a su atacante; pero también se pondría a tiro.

Justo en ese momento piensa en un pequeño detalle: al abrir la boca ha delatado su posición. Un estrépito se produce a su izquierda, lo que le obliga a dirigir la mirada, primero, y luego el arma hasta allí. Varios jarrones se han hecho añicos. Alguien los ha destrozado. Pero ya da igual; sabe que ha perdido. Ha picado en el anzuelo, como un maldito novato. En un abrir y cerrar de ojos, un objeto frío y afilado le atraviesa la sien, de izquierda a derecha. La vista se le nubla, las piernas le fallan y las fuerzas terminan de abandonarlo. Se desploma sobre el suelo, sufriendo espasmos nerviosos.

Iván recupera su aguja. Eliminada la amenaza que los guardaespaldas representaban, ya solo le queda una cosa por hacer. El tipo al que le ha clavado la aguja en el muslo se ha desplomado sobre el suelo. Sigue gritando, y no sabe muy bien si arrancarse la aguja o dejársela ahí. Iván llega para resolver el dilema por él; se agacha con delicadeza y, mirándole a los ojos, le dice, con suma paciencia:

—Ya sabes a lo que vengo.

—No me mates, no lo hagas, por favor... —El tipo rompe a llorar. Los gritos de hace un momento se transforman en llantos y arcadas.

—Dame lo que quiero, y vivirás.

—El portátil. Está todo en el portátil... —Lo dice señalando su ordenador, situado sobre la mesa del salón. Iván se levanta, se aproxima hasta él, lo coge y se lo trae de vuelta.

—El Proyecto Carne.

—No tengo toda la información, pero te daré lo que pueda... Que les jodan. ¡Que le jodan a Jaime! Tenía que haberlo hecho antes... —Mientras habla, copia carpetas en un *pendrive* insertado en uno de los puertos USB. Al finalizar, se lo cede a Iván—. Es todo lo que tengo, te lo juro.

—Te creo —dice Iván, cogiendo el *pendrive* y guardandoselo en un bolsillo interno de sus pantalones, con cremallera.

Acto seguido, le clava la aguja en el cuello, como a cámara lenta. La carótida estalla. Los ojos se le mueven en todas las direcciones, arriba, abajo, izquierda, derecha, como una brújula que se ha roto. El tipo no lo comprende. Pero ya no importa. Solo le queda morir, y eso lo hace bien. Muere, lenta y dolorosamente.

—Te dije que vivirías, pero no por cuánto tiempo.

Luis Cifuentes ya no puede oír gran cosa. Sin embargo, su cuerpo lucha por instinto. Algo desde lo más profundo de su ser le obliga a revolverse, a lanzar sus brazos contra su atacante; a

golpearle, con escasa puntería y sin fuerza. En una de esas, sin embargo, logra arañarlo en el torso, llevándose consigo fragmentos de la piel de Iván; sangre ajena y sudor, mucho sudor. Iván sonríe. La lenta muerte de su víctima lo excita. Pero no se regodea en la sensación. Ya tiene lo que necesitaba.

Con Luis Cifuentes moribundo, Iván se desplaza hasta la cocina y trae consigo tres cuchillos, los más afilados que localiza, de distinto grosor y diámetro. Con ellos, descuartiza a sus víctimas. Como ya hizo en el Palacio de Cibeles, agujerea los tres cuerpos, en el torso, la cabeza y las extremidades. Convierte el piso en un Pollock sangriento tridimensional. Y disfruta, dejándose llevar por ese instinto tan primario y, a la vez, tan natural.

Esa es la naturaleza de la que Iván no puede escapar; la falla de su mente no tiene cura. Pero sí la de su cuerpo. La ciencia moderna puede dotarle de órganos reproductores femeninos. Y de hormonas.

Algún tiempo después, ya no queda nada reconocible de sus víctimas. Aprovecha para destrozarse el portátil, agujereándolo, y vuelve a dibujar una cruz invertida en la pared. Como en las películas satánicas.

Iván se siente satisfecho. Saca su teléfono móvil de la bolsa que tiene adherida a la espalda, hace una foto a su víctima y deshace el camino que tomó para invadir el ático. Desde la terraza, trepa por la misma tubería por la que ha llegado. En la azotea, vuelve a ponerse el uniforme de la empresa de mensajería. Recoge el paquete que subió consigo y baja por las escaleras, sudando a borbotones. Su corazón palpita a un ritmo suave y uniforme; todo lo contrario que los pensamientos que cruzan su mente, salvajes y caóticos.

«Soy un emisario de la naturaleza», piensa.

«Soy la Naturaleza».

—He estado ojeando los informes financieros de Pedro Suárez —comenta Ximena por el intercomunicador. Julia y Héctor se están tomando un café en el interior de un local en la calle Cardenal Cisneros. Héctor es quien lo ha recomendado. Vive por la zona, y, conociendo a Julia, pensó que podría interesarle. El café tiene la peculiaridad de que está servido con pequeñas porciones de pistacho, lo que le da un sabor de lo más estimulante. Julia lo está disfrutando; le ha venido bien para recuperar el buen humor después de la entrevista con María de Habsburgo.

—¿Y qué pufo has encontrado? —pregunta Julia, que se relame los labios apurando los trocitos de pistacho que se le han quedado adheridos.

—Pedro no era ningún idiota. Tenía las espaldas bien cubiertas. Desde que vendió su última *start-up*, supo mover su dinero, logrando no solo mantener su riqueza, sino generar unas rentas con las que perfectamente podía vivir. Su patrimonio ascendía a unos tres millones de euros. Entre sus productos financieros, he visto letras del tesoro, bonos alemanes y americanos, y una cartera de acciones, con posiciones en empresas como ACS, Iberdrola, Inditex, Alphabet, Apple...

—Repito: ¿cuál es el pufo? —insiste Julia, que está comenzando a perder la paciencia. Toda esa palabrería sobre finanzas le recuerda a su hermana Marta cuando se pone a hablar de esos temas.

—Calma, Julia —interviene Héctor, que da pequeños sorbos a su café. En el interior del local, los turistas se amontonan, sabedores de que allí se prepara uno de los mejores cafés de la capital. El agobiante calor del exterior también influye—. Por lo pronto, de lo que Ximena nos acaba de contar, se desprende que Pedro no tenía ninguna necesidad de montar otra *start-up*. Su posición económica era solvente. Si lo hizo, muy probablemente es porque le presionaron sus socios.

—Sí, te lo compro, pero suelta ya el pufo de una vez, Ximena, ¿vale?

—Más que un pufo, diría que es una posible pista.

Héctor y Julia agudizan los oídos, lo que no resulta fácil con el alboroto que hay en el local.

—Hay una importante suma económica alojada en una *venture capital* de la que no he localizado apenas referencias en el resto de documentos a los que he tenido acceso. Hablamos de casi un millón de euros. No es dinero en negro, pero sí me ha costado dar con ello.

—¿Y cómo se llama esa *venture capital*?

—Post-DNA Dynamics.

—Suen a pufo —dice Julia.

—En su página web, más que información, solo hay promesas: el futuro de la humanidad, nuevas tecnologías para salvaguardar el mañana, sostenibilidad...

—Típicas expresiones de los vendehumos de profesión.

—Muy interesante, Ximena —comenta Héctor—. ¿Algún otro socio, aparte de Pedro Suárez?

—Nada. De hecho, en la web no se menciona a Pedro. Solo hay una dirección de contacto para inversores.

—Escríbeles y sácales toda la información que puedas. Hazte pasar por una inversora, no digas que eres de la Policía ni del servicio secreto.

—¡Recibido! —La voz de Ximena denota motivación. Héctor y Julia se miran y piensan en

la *hacker* con ternura. Puede que sea un peligro para la sociedad, pero también es una chica de dieciocho años con ganas de sentirse útil y, por qué no, pasárselo bien.

—Es casi la una y media —dice Héctor.

—Venga, vamos a visitar a Cifuentes —concede Julia.

—¿Qué te ha parecido el café, por cierto?

—Es bueno, no te lo voy a negar. Gracias por la recomendación. —Y sonríe muy aparatosamente, como de manera artificial. El tic nervioso de sus párpados se acentúa.

Junto a su compañera, Héctor abandona satisfecho el local para recibir una bofetada de calor. En el trayecto al coche, que se encuentra a menos de dos minutos andando, ya han comenzado a sudar. En otras circunstancias habrían ido caminando hasta Alonso Martínez, pero, en un día como el de hoy, descartan la idea de raíz. No quieren llegar empapados. Julia arranca el Mercedes y en no más de tres minutos lo estaciona encima de una acera peatonal junto a la glorieta de Alonso Martínez. A Julia le encanta invadir las aceras peatonales, pero Héctor no puede recriminárselo. No hay sitios en los que aparcar; Madrid está siempre abarrotada de vehículos.

Desde el raso, Julia dirige su mirada hacia el ático en el que vive Luis Cifuentes.

—Joder, estamos rodeados de ricachones.

—¿Y qué te sorprende?

—Si te digo la verdad, tengo la sospecha de que a mis superiores les gustaba encargarme los casos más escabrosos y con menor repercusión mediática. Clases bajas y parias sociales, en general. No querían que me mezclara con los adinerados.

—Conociéndote, diría que tus jefes sabían lo que se hacían...

—¡Ey! —se queja Julia, que le grita, malencarada—. No me vaciles, Héctor...

Llaman al telefonillo y se mantienen a la espera de que alguien les abra, pero no hay ninguna respuesta.

—Es el 4º A, ¿verdad?

—Sí, sí, el 4º A —responde Ximena, que parece estar siempre atenta a todo.

Tras varios intentos infructuosos, Héctor llama a la conserjería.

—Pásame el teléfono de contacto, Ximena —solicita Julia, que pretende darle un toque entretanto.

Ximena se lo pasa y Julia marca el número. No da siquiera tono; una voz anuncia lo siguiente:

«El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

—Qué raro —dice Julia, en voz baja.

El conserje les ha abierto la puerta. Héctor se dirige hacia el hombre, viejo como un demonio y con cara de pocos amigos. El tipo estornuda, con claros síntomas de estar sufriendo un resfriado. Héctor se compadece de él, atrapado en el invernal ecosistema que los climatizadores del edificio han producido.

—Sí, el señor Cifuentes es el propietario del ático del 4º A —les confirma.

—Subamos —dice Héctor.

—Esto no me gusta —señala Julia—. ¿Crees que se habrá dado a la fuga?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Héctor se dirige al ascensor y Julia toma las escaleras, a la carrera. Como siempre, llega antes que su compañero. Cuando Héctor la alcanza, Julia ya ha dado varios golpes en la puerta del 4º A, sin éxito.

—¡Señor Cifuentes! ¡Abra la puerta!

No hay respuesta.

—Joder, teníamos que haberle puesto vigilancia...

Con ayuda de su bastón, Héctor se pone en cuclillas. Al mover el felpudo de la entrada, un reguero de sangre se hace visible; sangre procedente del ático.

—Julia —dice Héctor, en voz muy baja. Y señala en dirección a la sangre coagulada.

Julia saca su cuchillo sin pensárselo y comienza a forzar la cerradura.

—Así no vas a conseguir una mierda —le dice Héctor—. Voy a buscar al conserje. Ahora vuelvo.

La inspectora hace caso omiso de las palabras de su compañero. Continúa forzando la cerradura, pero, por más que lo intenta, no consigue nada. Es una puerta infranqueable. Si se parara a pensarlo, llegaría a la conclusión de que no hay nada que pueda hacer con las herramientas de las que dispone, pero Julia no da su brazo a torcer. Cuando se obsesiona con algo, pierde la cabeza. Frustrada, desenfunda su pistola y la apunta hacia la cerradura.

—¡Quieta, Julia! —Es la voz de Héctor, que resuena a sus espaldas—. ¿Qué demonios haces? Guarda la pistola, así no vas a abrir la puerta...

Julia todavía se lo piensa unos segundos. Solo cuando el conserje se interpone entre ella y la puerta, se aparta y le deja trabajar. En un abrir y cerrar de ojos, la puerta comienza a abrirse; sin embargo, una cadena echada desde el interior impide que se abra del todo. Julia saca su cuchillo y, esta vez sí, con un rápido y preciso movimiento, rompe la cadena. Luego, pistola en mano, se lanza al interior de la vivienda, buscando la pared más cercana en la que parapetarse.

—¡Servicio secreto! —grita.

En el suelo se encuentra con el cadáver de un tipo enorme bajo el que se ha formado un abundante charco de sangre. Julia, con la espalda pegada todavía a la pared, se desplaza lentamente, logrando cada vez una mayor visibilidad de lo que la rodea. Héctor entra tras ella, caminando como alma en pena, con su bastón. Se agacha y, con la ayuda de un pañuelo, analiza la textura y la viscosidad de la sangre del suelo. Acto seguido, examina el cadáver con detenimiento.

—Llegamos tarde —dice—. Lleva muerto más de una hora.

A pesar de la apreciación de Héctor, Julia no baja la guardia. Se lanza al salón y lo inspecciona. Otro cadáver, completamente atravesado por cuchillos. El autor de la matanza ha dejado dos de los cuchillos que ha empleado incrustados en su cuerpo sin vida, uno en el cráneo y otro en el pecho. Junto al cadáver hay un ordenador portátil destrozado y un teléfono móvil, igualmente perforado.

Agujas, otra vez.

Y la misma cruz invertida, pintada con la sangre de las víctimas.

—Creo que este de aquí es Luis Cifuentes —dice Julia. La inspectora sigue revisando el ático, habitación por habitación, rincón a rincón; no quiere que se le pase nada. Héctor, por su parte, ya ha asumido que ellos son las únicas personas con vida en el ático. Está tranquilo.

—Ximena, llama a la Policía —dice—. Que venga también la Científica. Tenemos un homicidio múltiple. Y, lo más importante: localizad a Jaime Cabrera y ponedlo a buen recaudo. Si Pedro Suárez y Luis Cifuentes han sido asesinados de la misma forma, el siguiente es Jaime Cabrera.

—¡Aquí hay otro! —grita Julia, desde la terraza—. Tenemos tres cadáveres, Ximena.

Cuando ya no queda un solo centímetro cuadrado que revisar, Julia se enfunda el arma. Los tres desgraciados han muerto hace nada. El aire acondicionado de la casa sigue puesto. La sangre está fresca y los cuerpos aún no se han enfriado.

—La puerta no estaba forzada —dice Héctor, en pie, junto al cadáver del que intuye es Luis Cifuentes; el pobre diablo está retorcido en una posición imposible. Julia se encuentra a su lado, secándose el sudor del rostro con sus antebrazos—. De hecho, estaba cerrada por dentro. ¿Cómo entró nuestro atacante?

—Por la terraza —responde Julia, sin dudarle, que se dirige a la misma y estudia la forma en la que el asesino ha podido llegar hasta allí.

Se asoma por el balcón, sacando la mitad de su cuerpo al vacío, y recorre la estructura. Distingue unas gruesas tuberías que recorren toda la fachada del edificio, de arriba abajo, situadas en uno de los extremos del balcón. Al acercarse, distingue restos de sangre sobre la misma; restos que parecen dirigirse hacia la azotea.

—Por la tubería —dice Julia, que vuelve al interior, con Héctor—. Bajó desde la azotea y se coló por la terraza. ¿Y ahora, qué?

—Esperaremos —responde Héctor, que se ha sentado en una de las sillas del salón—. La Policía científica analizará la escena del crimen. Ximena, ¿qué hay de Jaime Cabrera?

—Un par de agentes del CNI han acudido a su lugar de trabajo, en una oficina de una de las cuatro torres de Chamartín. Aún no tenemos noticias tuyas.

Julia se agacha sobre los restos sin vida de Luis Cifuentes. Al igual que Pedro Suárez, está completamente desfigurado. Rostro, torso, piernas, extremidades... Pero se fija en una de sus manos: tiene las uñas rotas y un par de dedos partidos.

—Cifuentes ha vendido cara su vida —dice—. Y puede que nos haya dado la pista definitiva para capturar a nuestro asesino. Hay restos de piel entre sus uñas; piel que solo puede pertenecer a su atacante.

Los responsables forenses no tardan en hacer acto de presencia en el ático del malogrado Luis Cifuentes, al igual que la Policía. Estos últimos acordonan la zona y mantienen a raya a los curiosos, pero no hacen nada más; tienen órdenes de dejar que el personal del CNI se encargue de las tareas más delicadas.

—Aunque tengamos acceso a herramientas superiores, tampoco podemos obrar milagros —se lamenta Sebastián Mateos, uno de los responsables de la Científica.

—Sin rodeos, doctor —dice Julia, ya más calmada que antes; se ha fumado un par de cigarrillos en la terraza mientras esperaban, y ahora se ha pasado al vapeador—, ¿cuándo tendremos los resultados de la muestra de ADN?

—Contando con la extracción del ADN, la amplificación, la cuantificación y el análisis, veo imposible que tengamos nada antes de mañana.

—Bien, de acuerdo —dice Julia—. Muy bien, en realidad. No estoy acostumbrada a plazos tan cortos.

—Así que —interviene Héctor—, hasta mañana no tendremos a nuestro asesino, ¿verdad?

—Sí, eso es. Si todo va bien, mañana dispondremos de los resultados. Es lo máximo que podemos hacer.

—Gracias.

Héctor y Julia dejan que los forenses sigan haciendo su trabajo.

—Aquí sobramos, Héctor —suelta la inspectora, con su característica crudeza—. ¿Qué hacemos hasta mañana?

—Seguir investigando.

Los agentes se despiden del equipo forense y abandonan la escena del crimen. Julia se siente mal. Sabe que, si hubieran llegado una hora antes, habrían evitado el asesinato y, quizá, ahora tendrían el caso resuelto. Pero no ha sido así, y Julia decide que no merece la pena torturarse por ello. Puede llegar a ser muy eficiente mortificándose a sí misma, y por eso mismo sabe que nada bueno saldrá de ahí.

—Espera un momento —le dice Julia a Héctor antes de abandonar el edificio.

La inspectora se aproxima a la garita del conserje.

—¿Tiene las grabaciones de las cámaras de seguridad? Las necesitamos.

—Por supuesto, denme unos minutos.

El conserje abandona su garita y se dirige a un cuarto cerrado con llave en la otra punta del vestíbulo. Desaparece tras la puerta.

—Quizá podamos identificar a nuestro asesino —dice Julia.

—No creo que saquemos nada en claro, pero me parece bien intentarlo. Los de la Científica se habrían encargado de solicitar las imágenes igualmente.

—Así aceleramos el proceso.

El conserje vuelve tras un par de minutos y trae consigo un *pendrive*. «Nada como que el crimen se cometa en un edificio de ricos», piensa Julia.

—Aquí tienen las grabaciones, agentes. Es una copia de seguridad. Si necesitan los originales, puedo hacérselos llegar, pero no será un proceso inmediato.

—No se preocupe, con esto nos apañaremos por el momento —concede Julia, que deja entrever una sonrisa.

Los agentes salen definitivamente del edificio y se suben al Mercedes, que los aguarda sobre la acera en la que Julia lo dejó. Enseguida, Julia hace una videollamada para hablar cara a cara con Ximena:

—Tenemos unas bonitas imágenes en un *pendrive*. ¿Cómo te las hacemos llegar?

—A través del ordenador de abordo del coche.

—Espérate, a ver si me aclaro con ello.

—Mételo en la ranura USB y arrastra los archivos a una carpeta que se llama Ximena.

—Ximena —dice Héctor, que estaba ocupado abrochándose el cinturón—. ¿Alguna novedad sobre Jaime Cabrera?

—Nada, está desaparecido. Su lugar de trabajo, donde debería estar, se encuentra en una de las Cuatro Torres. Pero allí no está. Y tampoco en su domicilio particular.

—Necesitamos encontrarlo —dice Julia—. Si la *venture capital* de la que formaban parte los tres es la conexión de esta historia, entonces él es el siguiente en la lista del asesino...

—¿Y qué hay de la *venture capital*? —pregunta Héctor—. ¿Has obtenido alguna información?

—No demasiada. Pero quizá vosotros podáis hacer algo más. Logré un teléfono de contacto a través de sus redes sociales. La mujer que responde a las llamadas está en el despacho de las Cuatro Torres donde Jaime Cabrera trabaja. Quizá no sea mala idea que os acerquéis a hablar con ella.

—Es una buena pista —reconoce Julia—. Héctor, ya sabes lo que toca.

El espía no dice nada; simplemente, comprueba que el cinturón de seguridad esté bien ajustado. Julia activa la luz de la sirena de emergencias y conecta el sonido. Preferiría escuchar música, pero sabe que así llegarán antes. Da marcha atrás y, con la violencia habitual, se incorpora al tráfico de la capital.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunta Héctor de improviso. Julia conduce por la calle Génova, rumbo a la plaza de Colón. Desde allí, tomará la Castellana en dirección norte.

—Oh, nada, me golpeé entrenando —dice Julia, restándole importancia. Lleva la mano derecha vendada. Aún le duelen los nudillos del puñetazo que lanzó contra los azulejos de la ducha.

Héctor sabe que le está engañando. Y Julia intuye que Héctor es consciente de ello. Los dos son buenos leyendo las intenciones de los demás. Por eso mismo, Héctor decide que es mejor no ahondar en ello. Julia no quiere hablar del tema, y él lo respeta.

—¿Qué tal te fue ayer con Jean Vega, por cierto? —pregunta, en su lugar, sin saber que ambas cuestiones están relacionadas.

—Bien —responde Julia, como distraída. Tiene la mirada clavada en la carretera. Va a casi cien kilómetros por hora por una zona en la que no se puede circular a más de cincuenta.

—¿No te apretó las tuercas? Sé que lo hizo, Julia. —En ese momento, las dos ideas se conectan en la mente de Héctor: Jean Vega presionando a Julia y esta soltando un puñetazo contra lo primero que encuentra a mano para desahogarse—. Es el protocolo. No es nada personal. Imagino que ya estás acostumbrada. El servicio secreto tiene que cubrirse las espaldas, eso es todo. Un agente con problemas mentales representa una amenaza mayor que muchos criminales.

—Sí, me apretó las tuercas —confiesa Julia, que desvía momentáneamente la mirada para posarla sobre Héctor—. Y me tocó el coño más de la cuenta.

Héctor sabe que ha puesto el dedo en la llaga y no está seguro de si continuar por ese camino o dejarlo estar. Como se encuentran apenas a unos minutos de su destino, decide jugársela:

—Y tú te desahogaste dándole un puñetazo a la pared. ¿Me equivoco?

Esta vez, Julia no le devuelve la mirada. En su rostro se forma una nebulosa, sombría. Los recuerdos de su padre atacándoles a su hermana y a ella con un cuchillo vuelven a acosarla. Julia adelanta a un furgón blindado por la izquierda, invadiendo momentáneamente el carril contrario, sin terminar de percibir que, a escasa distancia, un autocar se aproxima en su dirección. El choque frontal es inminente, pero Julia no parece estar viéndolo.

—¡Julia! —grita Héctor.

En ese momento, algo hace clic en la mente de la inspectora, y recupera la percepción del mundo que la rodea. Un segundo antes de que el autocar se los lleve por delante y convierta el Mercedes en un acordeón, Julia frena, deja que el furgón al que había intentado adelantar los supere de nuevo, y vuelve al carril que nunca debió abandonar.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta Héctor, en verdad furioso—. Si no eres capaz de conducir a esa velocidad, no lo hagas.

—Perdona, perdona... —responde Julia, apurada. Se siente estúpida. Sabe que no puede permitirse esas desconexiones de la realidad, por mucho que le afecte lo de su padre. Jean Vega estuvo ayer removiendo entre la mierda, y ahora es ella quien tiene que lidiar con las consecuencias; como siempre ha sido—. No volverá a pasar. Lo siento.

Héctor se calma. Por un momento ha pensado que no lo contaban. La situación le confirma que ha rozado una parte del drama de su compañera. Todavía ignora hasta dónde llega esa tragedia, pero puede comenzar a elaborar hipótesis. Hay vulnerabilidad en ella, por mucho que no lo parezca. Físicamente está como un toro. Es musculosa, atlética y muy fuerte. Tiene un carácter a prueba de bombas y arrojo. Pero está huyendo de algo; no puede establecer vínculos emocionales, como ya le ha confesado. Y Héctor sabe que hay un motivo para todo eso. Un origen. Las raíces de ese trauma son las que han estado a punto de hacer que se estrellen contra un autocar en plena Castellana.

Julia reduce la velocidad y conduce con moderación hasta que llegan a su destino: las cuatro torres. La que les interesa es la Torre de Cristal. Post-DNA Dynamics tiene alquilado un pequeño despacho en una de las plantas. Julia aparca el Mercedes en mitad de la calzada peatonal y los dos agentes se apean. De nuevo, durante unos segundos, sienten que el calor les derrite la piel; el tiempo que tardan en recorrer la distancia que los separa del interior de la Torre de Cristal. Ximena les comunica por radio su planta de destino.

—¿Venimos como agentes del servicio secreto o como inversores? —pregunta Julia a su compañero.

—Con la pinta que traes, creo que no tenemos mucha opción, ¿no te parece?

—Mira quién habla —suelta Julia, todavía tensa por la situación de antes—. Si tengo que salir corriendo detrás de cualquier capullo, necesito estar preparada para ello. Podría venir con tacones, camisa y americana. Sí, desde luego, pero esto no es el puto *CSI*, ni *Bones*, ni *El «jodido» mentalista*. Aquí hay que estar dispuesto a enfangarse y a ponerse al nivel de los criminales, así que, discúlpame por querer hacer bien mi trabajo.

Tras el súbito e inesperado alegato de Julia, Héctor apenas es capaz de poner una mueca de desconcierto.

—¿Vas a coger el ascensor o también vas a subir andando las más de cuarenta plantas que tenemos hasta nuestro destino?

—Te espero arriba —dice Julia, que se separa de su compañero y comienza a subir escalones a la carrera, esquivando a tipos trajeados que la observan como si acabaran de toparse con un extraterrestre. Ella no se molesta en devolverles la mirada. Lo único en lo que piensa es en tomar

la trayectoria de subida óptima; en esquivar los obstáculos; en saltar más y mejor.

Al llegar a la vigésima planta, se ve obligada a reducir la velocidad. La explosividad es uno de sus fuertes, pero tiene sus límites; una no puede estar al máximo de revoluciones todo el rato. En su lugar, adopta un segundo ritmo de ascenso, más sosegado, pero igual de eficiente. Consulta su reloj deportivo y no le gusta lo que ve; demasiado tiempo subiendo escaleras. Cambia de estrategia y vuelve a obligarse a darlo todo. No es que le fastidie que Héctor llegue antes que ella, la única competición que hay en juego es contra sí misma. La Julia conformista contra la Julia para la que no hay nada imposible; la Julia dócil y frágil contra la Julia rebelde y fuerte. La paradoja es que no hay victoria posible. Si llega a la meta en primera posición, gana Julia. Pero quien pierde es también una parte de ella. Y, hasta el momento, la perdedora siempre ha sido la Julia conformista, dócil y frágil. Sin embargo, hay un problema: ella es una persona, no un robot, y también tiene derecho a sentirse frágil, aun cuando no se lo quiera permitir.

Fatigada y con las pulsaciones disparadas, Julia alcanza la planta en la se encuentra la pequeña oficina de Post-DNA Dynamics. Héctor Aldana, en pie sobre su bastón, ya está allí, esperándola.

—Ya era hora —suelta.

Lo que Julia no ha dicho, ni a Héctor ni a nadie, es que el verdadero motivo por el que no soporta los ascensores es la sensación de indefensión que siente en ellos; se percibe vulnerable, atrapada y a merced de un destino que ella no controla. Y no es esa una posición en la que quiera estar; no desde que ya estuviera allí siendo apenas una niña.

Mientras Julia recupera el aliento, Héctor ya ha puesto rumbo a la oficina. Un cartel minimalista de tonos grisáceos les da la bienvenida a lo lejos, con la ilustración de una cadena de ADN reconstruida de fondo.

«Veamos con qué clase de pufo nos encontramos», piensa Julia, que agradece que las cuarenta y tantas plantas luego serán de bajada.

El espacio que la Post-DNA Dynamics tiene en la Torre de Cristal no es gran cosa; muy bien montado y decorado, con un diseño minimalista y moderno, limpio y funcional, «pero es poco menos que un zulo», se dice Julia a sí misma. Héctor también lo piensa. Sin embargo, no le da importancia. Al fin y al cabo, para qué contratar un espacio mayor si con esto les basta. La oficina cuenta con cristalerías transparentes en lugar de paredes, por lo que es posible ver la totalidad de las instalaciones: dos despachos personales, dos salas de reuniones, una grande y otra pequeña, y el vestíbulo, en el que ahora se encuentran los agentes.

—Bienvenidos, ¿en qué puedo ayudarles?

Quien lo dice aparenta ser la secretaria; es la única persona que hay en las oficinas.

—Esa es la mujer con la que he hablado —les confirma Ximena por el intercomunicador.

—Buenas tardes —comienza Héctor, que toma la iniciativa. Julia ya se ha puesto a revolotear por los alrededores, echando un ojo a las instalaciones—, soy el agente Aldana, y esta es mi compañera, la inspectora Báez. Trabajamos para el servicio secreto.

—Algo así suponía —reconoce la mujer, que no parece haber cumplido todavía los veinticinco años—. Hace un rato estuvieron por aquí dos de sus compañeros. Buscaban al doctor Cabrera, pero ya les dije que no ha pisado la oficina en todo el día.

—¿Y es eso extraño?

—¿Que no pise la oficina? —pregunta la secretaria. Héctor asiente—. No, entra dentro de lo normal. El trabajo del doctor Cabrera le obliga a viajar a menudo. Se reúne con inversores, supervisa los proyectos que la Post-DNA Dynamics patrocina, busca nuevos *partners*... Lo normal en estos casos.

—Cuéntenos más sobre la empresa: la Post-DNA Dynamics.

La mujer sabe que esto es un interrogatorio, y lo hace constar:

—¿Les parece que vayamos a una de las salas de reuniones? Allí podremos hablar con más comodidad. ¿Querrían algo de beber?

—Agua, por favor —pide Julia, que ya casi se ha recuperado por completo del esfuerzo. Aunque justo en ese momento rompe a toser.

—Agua estaría bien, sí —dice Héctor.

Los dos agentes acompañan a la mujer, que los conduce hasta la sala de reuniones grande. En el interior la secretaria se aproxima a una nevera, que parece cualquier cosa menos una nevera, y extrae dos botellas de agua mineral bien frías. Julia abre la suya con cierta premura y se la bebe casi del tirón.

—He subido andando las escaleras —dice, como respondiendo a una pregunta que nadie le ha formulado—. Corriendo, más bien.

—De acuerdo, agentes —comienza la mujer, que ya se ha sentado frente a ellos—. Ustedes dirán.

—¿Cómo se llama? —pregunta Julia.

—María Gutiérrez.

—¿Y cuál es exactamente su cargo en la Post-DNA Dynamics?

—Soy la chica para todo, me temo. Como habrán podido comprobar —y lo dice abarcando con sus brazos el espacio que les rodea—, somos una *start-up*. Estamos abriéndonos camino. Apenas llevamos unos meses en este espacio, y, como en cualquier *start-up* al principio, todos

hacemos un poco de todo. Los socios fundadores son Pedro Suárez, Luis Cifuentes y Jaime Cabrera. El resto del personal lo completamos mi compañera Lucía, que hoy tenía el día libre, y yo. Somos secretarías, responsables de relación con los inversores, coordinadoras de *marketing*... Damos la cara, vaya. Digan una función, y probablemente la hagamos.

Julia no sabe si contarle que Suárez y Cifuentes están muertos, y que Cabrera será el siguiente. Asume que lo de Pedro Suárez ya lo sabe, pues ya ha aparecido en los informativos. Pero, ¿y lo de Cifuentes?

—¿A qué se dedica la Post-DNA Dynamics? —pregunta Héctor, que sigue liderando la entrevista.

—Somos una *venture capital*. Buscamos inversores para financiar proyectos científicos dentro del marco de la ingeniería molecular, la biotecnología y campos afines. El señor Suárez...

—El discurso de María se interrumpe por unos instantes—. Disculpen —dice, y se levanta en dirección a la nevera que no parece una nevera para coger otra botella de agua, esta vez para ella. De paso, le trae otra a Julia, que ya se ha terminado la suya—. El señor Suárez era un buen hombre —dice, cambiando de tercio—. No se merecía esto...

—Lo sentimos, señorita Gutiérrez —agrega Héctor. A Julia le chirría que su compañero diga señorita en lugar de señora, pero tiene cincuenta y cinco años y no le culpa. Además, María no parece darle mayor importancia. Es una chica joven, aunque en su mirada Julia puede leer que ha visto más de lo que por edad le correspondería.

—Díganos, señora Gutiérrez —continúa Julia—, ¿qué papel desempeñaba cada uno de los socios en la compañía?

—El señor Suárez era el inversor principal. Tenía experiencia en montar *start-ups*, sabía moverse, a qué puertas llamar y cómo conseguir financiación. Ese era su trabajo principal. A título personal, y por lo que he visto, creo que el señor Suárez echaba de menos su vida profesional previa a contraer matrimonio con la infanta. Por eso se había implicado tanto con este proyecto, llegando incluso a poner una respetable suma de dinero de su bolsillo. Solía decir que esa era la única forma que él conocía de motivarse a uno mismo para dar el máximo. Poniendo el dinero propio en juego.

—¿Y qué hay de Cifuentes y Cabrera?

—Ellos son los expertos en ciencia y tecnología. Tienen doctorados, estancias en el extranjero y mucha experiencia de campo. Los tres se conocieron poco antes de que el señor Suárez vendiera su última *start-up*. Hicieron buenas migas y prometieron volver a unir sus fuerzas cuando la situación fuese propicia.

A ninguno de los dos agentes se les escapa que María Gutiérrez ha hablado en presente al referirse tanto a Cifuentes como a Cabrera, por lo que ignora la suerte que ha corrido el primero de ellos. Es una carta que usarán a su debido momento.

—¿Le dicen algo las palabras Proyecto Carne? En el ordenador personal de Pedro Suárez dimos con una carpeta encriptada que se llamaba así. Creemos que puede ser clave en la resolución del caso.

—¿Proyecto Carne? Así de primeras no me dice nada, pero tampoco sé por qué habría de hacerlo. Es posible que guarde relación con alguno de los proyectos en los que estaban trabajando, pero yo no poseo esa información...

—¿Y quién la posee? —salta Julia—. ¿Jaime Cabrera?

—Sí, los tres eran como uno solo. Lo compartían todo. Si se trata de algo relacionado con la compañía, cualquiera de ellos lo sabría.

—¿Y no sabe dónde podría encontrarse el señor Cabrera? Tenemos un coche patrulla en su

casa, esperándolo, pero no ha dado señales de vida.

—Lo siento, no tengo la menor idea. Mi labor de secretaria se reduce al ámbito meramente laboral. No me encargo ni de su agenda personal ni de la de ninguno de los socios. De hecho, desconozco si alguien lo hace.

—Verá, señora Gutiérrez, creo que tiene que saber lo sucedido —comienza Julia, que mira a Héctor en el último momento buscando su aprobación; este se la concede imperceptiblemente—. Si nuestros compañeros vinieron hace un rato hasta aquí, y nosotros estamos tan interesados en el señor Cabrera y en sus negocios, es porque acaban de asesinar a Luis Cifuentes.

María Gutiérrez se queda petrificada, pero no se lleva las manos a la cabeza ni rompe a llorar. Con una desconcertante entereza, se mantiene firme sobre la silla; demasiado rígida, quizá. La espalda recta, el semblante serio. Unas lágrimas comienzan a dibujarse en sus ojos, como a cámara lenta. Desde ahí, recorren su joven rostro llevándose por delante parte de su rímel.

—Yo... —termina por decir, si bien no logra articular nada más. Un nudo en la garganta se lo impide.

—Lo siento, señorita Gutiérrez —agrega Héctor, que se levanta de la silla y le acerca la botella de agua. Ella, mecánicamente, como si hubiera quedado reducida a una mera marioneta, bebe un poco, sin convicción.

—Les pido disculpas —dice, tras unos instantes que se prolongan más de lo deseable—. No me lo esperaba, eso es todo. Pobre doctor Cifuentes...

Julia y Héctor se miran, transmitiéndose sus pensamientos sin demasiado esfuerzo. «Aquí no hay mucho más que hacer; ella no es culpable ni sabe de qué va todo esto». Sin embargo, Héctor percibe algo inesperado en el rostro de Julia, quien le implora: «Déjame que lo intente una vez más, y, si vemos que no hay manera, nos ponemos con otra cosa».

—Señora Gutiérrez —comienza Julia—, necesitamos una lista de todos los proyectos que desde la Post-DNA Dynamics se han estado financiando, incluso de aquellos que se encuentren en fase embrionaria. ¿Podría conseguírnosla?

María ha bajado la mirada, como avergonzada por su comportamiento, pero no hay nada vergonzoso en ello; es lo más normal del mundo. De hecho, pone de manifiesto su humanidad y su empatía, y deja claro que se encuentra genuinamente afectada por la tragedia. Por supuesto, los agentes se ahorran los detalles sobre la muerte de Cifuentes.

—Me temo que no puedo ayudarles con eso. Sí que conozco algunos de los proyectos, y es de los que suelo hablar para atraer a inversores, pero sé que había muchos otros de los que no me contaban nada, ya sea porque se encontraban en una fase muy inicial, o porque no estaban bien vistos.

—¿A qué se refiere con que no estaban bien vistos? —Julia sigue apretando a María todo lo que puede. «Hasta que termine por derrumbarse», se dice.

—En el mundo de la ciencia siempre hay corrientes que gozan de buena prensa y popularidad, y a través de las cuales es fácil ganarse el favor de los inversores y de la opinión pública. —Parece que, al hablar de su trabajo, y con el tono didáctico que ha tomado la conversación, María va recuperando la entereza perdida—. Por ejemplo, si yo les hablo de conceptos como los de la energía verde, la sostenibilidad o el reciclaje, ustedes los verán con buenos ojos. Pero hay otros que no están tan bien vistos, ya sea por cuestiones éticas, o porque no suenan tan atractivos. Investigación con células madre, experimentación con animales vivos, o ensayos clínicos con reclusos...

—¿Financian desde su compañía investigaciones de este tipo?

—Verán, una *venture capital* se crea con el objetivo de ganar dinero. No es una ONG. Y la

forma de lograrlo no es en ocasiones la más ortodoxa. La sostenibilidad se vende muy bien, al igual que el reciclaje, pero todo el mundo ya está invirtiendo en ello; las posibilidades de obtener una buena rentabilidad en esos nichos son cada vez menores. Hay actores que solo invierten en ciertos terrenos por la buena fama que les reporta. El dinero, sin embargo, se encuentra en otro sitio. No puedo hablarles sobre proyectos éticamente cuestionables, pues ignoro esa parte. Pero, sabiendo cómo funciona el sector, podría aventurar que ese Proyecto Carne del que antes me hablaron está relacionado con alguna de estas investigaciones menos «amigables».

Julia se siente satisfecha con la información que han obtenido. María no solo parece haberse recuperado; les ha dado una información interesante. Sin embargo, teme que han llegado hasta un callejón sin salida.

—Todo esto que nos cuenta podría sernos de enorme utilidad a la hora de resolver el caso —interviene Héctor, que ha dejado que Julia trabaje con María, y, ahora que la ha recuperado para la causa, aprovecha para profundizar en un par de cuestiones—. ¿Tenían Suárez, Cifuentes y Cabrera algún ordenador personal en estas instalaciones? ¿Algo con lo que trabajaran?

—El señor Suárez no trabajaba aquí. Se pasaba de vez en cuando para reunirse con los socios, pero su *verdadero* trabajo era el de la fundación A Better Tomorrow. De hecho, solía echar mano de sus contactos en esa institución para buscar nuevos inversores. Los que trabajan aquí son los doctores Cifuentes y Cabrera, cada uno en su despacho. Los dos cuentan con un ordenador personal a su disposición.

—Nos los vamos a llevar —dice Julia—. Son pruebas importantes.

—Y no se preocupe —interviene Héctor, sin darle tiempo a que replique—. Le dejaremos una orden judicial aprobando la confiscación antes de marcharnos. Es un caso de la máxima prioridad. Por eso estamos aquí nosotros y no la Policía. ¿Sería tan amable de conducirnos hasta los ordenadores?

María acata las órdenes de Héctor Aldana. No tiene mucho que decir. Son agentes del servicio secreto, y a buen seguro que tendrán una orden judicial para llevarse los ordenadores. Aunque la verdadera razón por la que no pone trabas es porque se siente vacía por dentro. El proyecto en el que con tanto entusiasmo ha estado trabajando durante los últimos meses se está desmoronando ante sus narices. Dos de los socios fundadores ya están muertos y el tercero se encuentra en paradero desconocido. Piensa que, ayudando a los agentes, quizá sea posible salvar al doctor Cabrera. Si así fuera, habría merecido la pena.

María conduce a los agentes hasta los portátiles de trabajo de los socios. Julia es quien los recoge; se los lleva como si fueran un par de libros, uno encima del otro.

—Ximena —dice Héctor hablando por el intercomunicador—, pídele a Felipe una orden judicial para la confiscación de los ordenadores de los socios fundadores de la Post-DNA Dynamics.

—Ya lo he hecho —responde la chica.

—¿Y esto cómo funciona? —se interesa Julia, con curiosidad—. ¿Tenemos a un juez disponible las veinticuatro horas del día para firmar lo que haga falta?

—Algo así. —Héctor se dirige a María—: Vamos a enviarle la orden judicial al correo electrónico de la compañía. No es lo más ortodoxo, pero en casos excepcionales, como el presente, el documento cuenta con validez legal. Confirменos su recepción, por favor.

María vuelve a su lugar de trabajo, en el vestíbulo, y accede a su correo electrónico.

—Sí, aquí veo el documento...

—Estupendo. En tal caso, solo me queda reiterarle nuestro agradecimiento, señorita Gutiérrez. Si el señor Cabrera se pone en contacto con usted, o tiene alguna otra información que

compartir con nosotros, no dude en llamarnos. —Le cede una de sus tarjetas de contacto.

—Gracias por su ayuda, señora Gutiérrez —añade Julia—, y lamento mucho lo de Suárez y Cifuentes. Los culpables pagarán por ello.

Los agentes salen por la misma puerta por la que accedieron.

«Nos llevamos un buen botín», piensa Julia. «Ahora solo queda que Ximena encuentre algo que nos ayude a comprender qué es el Proyecto Carne y por qué ya han muerto cinco personas por ello».

Sin embargo, antes tiene que bajar los cuarenta y tantos pisos que la separan del coche.

—Será mejor que lleves tú los portátiles —le dice a Héctor cuando ya han dejado atrás la diminuta oficina de la Post-DNA Dynamics.

Julia y Héctor regresan a la habitación 609 del hotel de Gran Vía, donde Ximena los recibe con cierta alegría. Estar todo el día custodiada por Felipe y Eusebio no parece lo más divertido, pero es lo que le toca; cumplir con su condena.

—Traigo unos cafés —anuncia Julia, que se las ha apañado para subirlos por las escaleras—. Del Starbucks de enfrente, una vez más.

—¿No es un poco tarde para cafés? —replica Ximena.

—Si no los queréis me los tomo yo.

Al final cada uno termina cogiendo el suyo. Julia ya ha interiorizado cómo les gusta, incluso a Felipe y Eusebio.

—Muy bien, hora de ponerse al día —dice Héctor, que da pequeños sorbos a su café americano.

Se sitúan en círculo, como el día anterior, en lo que parece que va a convertirse en una costumbre. A Julia no le molesta; es un momento de tranquilidad. Y le viene bien para reflexionar sobre aquello en lo que no ha tenido tiempo de reparar durante la jornada.

—Entre las nuevas víctimas de hoy, una de ellas parece clave —comienza Héctor, tomando la iniciativa, y repasando lo que le contará a Noelia Ríos dentro de un rato—: Luis Cifuentes. Junto con Pedro Suárez y Jaime Cabrera, son los socios fundadores de la Post-DNA Dynamics, una *venture capital* especializada en la investigación de tecnología relacionada con la ingeniería genética y cosas por el estilo. Entre todos los proyectos que financian, es probable que uno de ellos haya motivado los acontecimientos de los últimos días. Algo a lo que, comúnmente, se refieren, o se referían, como Proyecto Carne. En el ordenador de Suárez, había un acceso a una carpeta, alojada en la nube, con este nombre. Infranqueable, por cierto.

Héctor ve que Ximena está conectando unos cables a los dos ordenadores que acaban de traerle. Acto seguido, la *hacker* enchufa estos a su portátil mediante diversas técnicas que Héctor no termina de comprender.

—Si das con alguna pista, Ximena, dínoslo.

—Por supuesto, aunque antes tengo algo que enseñaros.

Todos se miran, expectantes.

—¿Qué has descubierto? —pregunta Julia, que sufre uno de sus característicos tics nerviosos. Con la cantidad de café que bebe al día, no es sorprendente.

—Al asesino —responde ella—. Mirad esto.

Enseguida, y en el enorme monitor de más de cincuenta pulgadas que preside la estancia, Ximena proyecta unas imágenes.

—He cruzado las grabaciones de las cámaras de seguridad de la fiesta del Palacio de Cibeles con las imágenes del edificio de Alonso Martínez. Mis algoritmos han encontrado una equivalencia.

Todos observan con atención las imágenes. Julia incluso se levanta de la silla y se acerca. La pantalla se ha dividido en dos mitades. En la mitad izquierda se muestran las imágenes de un cartero que, hábilmente, oculta su rostro detrás del paquete que transporta. Lo hace delante de cada una de las cámaras del edificio. Es el asesino, no hay duda. Sabe que lo están grabando y evita que puedan identificarlo. En la mitad derecha de la televisión se suceden en bucle las imágenes de una mujer con un vestido de gala. Descalza, la joven baja por las escaleras hasta la

planta inferior y luego abandona el edificio.

—La forma de andar es la misma. Eso es lo que mis algoritmos han detectado. En el caso de Alonso Martínez, no hay duda de que el cartero es el asesino; la hora a la que accedió al edificio, y lo que tardó en abandonarlo, concuerda con las primeras estimaciones forenses sobre el tiempo que Luis Cifuentes y sus guardaespaldas llevaban muertos. Las imágenes de la mujer del Palacio de Cibeles son de la misma persona, aunque no lo parezca.

—Un momento, un momento —salta Héctor, que intenta entender lo que Ximena trata de decirles—. ¿Nos enfrentamos a un hombre o a una mujer?

—Puede ser las dos cosas —responde Julia, sombría—. Un hombre o una mujer. Eso no es lo importante. Lo que de verdad importa es que sabe mimetizarse con el entorno y disfrazarse. Y tiene sangre fría.

—He vuelto a revisar las grabaciones del Palacio de Cibeles —continúa Ximena—, y esa mujer, además, es la única de las invitadas que no accedió al edificio, solo salió del mismo.

—Vale, vale... —Julia se mueve de un lado a otro mientras habla—. Eso quiere decir que, cuando entró, no tenía ese aspecto —resuelve la inspectora, que se muestra animada; puede que a consecuencia de la cafeína; o quizá de los nuevos descubrimientos.

—Y cuando entró en la fiesta, ¿qué aspecto tenía? —pregunta Héctor.

—Ahí está. Los mismos andares en los tres casos.

Es un hombre, menudo y trajeado. La calidad de las imágenes no es muy buena, por lo que no es posible sacar un retrato de su rostro; únicamente, una mancha borrosa y unos andares peculiares.

—Buen trabajo, Ximena —dice Héctor, hipnotizado todavía por las imágenes.

—Joder, ya lo creo —añade Julia, que se ve obligada a dar una calada a su vapeador.

—¿No habría posibilidad de mejorar la definición de los fotogramas de alguna forma? —pregunta Felipe, poniendo en palabras lo que todos están pensando.

—Ya lo he intentado, pero las inteligencias artificiales «inventan» demasiado a la hora de suplir las carencias en origen, dando resultados muy distintos entre sí, y, por lo tanto, poco fiables.

—Siguiendo con nuestro asesino —continúa Héctor—, en teoría, mañana dispondremos de los resultados del análisis del ADN que los forenses extrajeron de las uñas de Luis Cifuentes. Todo apunta a que el doctor luchó por su vida. Se defendió y se llevó consigo trazas de la piel de su verdugo. Si la muestra es sólida y los forenses se las apañan para extraer un ADN válido, es posible que mañana dispongamos de un retrato de nuestro asesino. Sumado a los descubrimientos de Ximena, debería servirnos para cerrar el círculo en torno a él, sea quien sea.

Julia está de acuerdo. En cuanto tengan un nombre y una identidad, los acontecimientos se precipitarán. Darán con él, tarde o temprano, y se lo harán pagar.

—Tengo algo más —anuncia Ximena—. Del portátil de Cifuentes. He localizado una carpeta con el título de Proyecto Carne. Son fotos y vídeos de...

Ximena se calla. Todos se giran hacia ella; su rostro está desencajado. Se lleva las manos enguantadas a la cara y se levanta súbitamente del sofá sobre el que se encuentra.

—No, no, no... No...

—Ey, Ximena, no pasa nada —Julia es la primera en reaccionar, aunque no sabe muy bien qué es lo que le ha sucedido a la chica—. Salgamos a la terraza, a respirar un poco de aire, ¿qué te parece?

Ximena rompe a llorar.

—Agua, agua —pide.

Julia le acerca un vaso con agua y le acompaña a la terraza, a la espera de que se tranquilice un poco.

Héctor se levanta de su silla y, con la cojera que le caracteriza, se aproxima hasta el portátil de la *hacker*, que se ha quedado tendido de lado sobre el sofá. Se acerca temeroso de ver lo que ha trastornado a la joven. Aunque Aldana ya ha visto mierda para dar y tomar; se siente anestesiado. Se sienta en el sofá, endereza el portátil y lo sitúa sobre sus muslos. En la pantalla, el espía distingue una colección de fotografías dentro de la carpeta del famoso Proyecto Carne. Lo primero que siente es asco. Una oleada de ira no tarda en invadirlo, nublando su juicio. Y el odio; un odio visceral e innato ante lo que no puede ser sino una aberración contra natura. Héctor sitúa el dedo sobre la pantalla táctil del portátil y navega por las entrañas de esa carpeta maldita. Las tripas se le revuelven.

—¿Qué es, Héctor? —pregunta Eusebio. Conoce bien a Aldana y no le gusta su gesto.

El espía no responde. Sigue ensimismado ante el horror de las imágenes.

También hay vídeos, docenas de ellos, pero no siente que tenga el estómago para reproducirlos. Ahora, no. Carraspea y traga saliva.

—Esto... —comienza a decir, sin terminar la frase. Vuelve a carraspear. Se quita el portátil de encima y, con delicadeza, lo deposita de nuevo sobre el sofá, con la tapa medio cerrada, como si, de esa forma, el horror fuese más controlable; más humano. Sin embargo, no hay humanidad en esas imágenes. No hay ciencia detrás de ese sufrimiento. Y, si la hay, él no puede encontrarla —. Nunca había visto algo así —reconoce al fin—. A decir verdad, no estoy seguro de lo que he visto...

Julia entra en la habitación. Ximena ha preferido quedarse en la terraza, a pesar del calor. La inspectora lee en el rostro de Héctor algo terrible, incluso impío.

—¿Qué hay ahí, Héctor? ¿Qué es el Proyecto Carne?

—Es un experimento —responde el espía, sin la menor emoción en su voz. Se siente vaciado; algo le ha estrujado la mente y las entrañas, y aún no lo ha terminado de procesar. Que eso le pueda suceder a alguien con su experiencia es, cuanto menos, inquietante—. Una aberración. Con animales. No he visto todas las imágenes, pero he distinguido a ratones, gatos, perros... —Una pausa, para tragar saliva—. Los perros... Están vivos, pero no son ellos mismos. Es como si sus cuerpos hubieran sufrido una especie de mutación, y tuvieran más carne de la que deberían tener. Y más extremidades, más cabezas, más órganos y más de todo, pero mal, jodidamente mal... Son monstruos, Julia. Esos cabrones han transformado a animales en monstruos. Y lo tienen todo documentado en fotos y en vídeos que no me he atrevido a reproducir...

—Resolveremos el caso —dice Julia, tratando de mostrarse implacable. Todo lo que Héctor está contando le resulta harto desagradable y despreciable—. Atraparemos a los culpables.

—Si esto es lo que los cabrones de la Post-DNA Dynamics han provocado, entonces bien merecen morir.

Acto seguido, Héctor se levanta, se dirige a uno de los cuartos de baño y cierra la puerta tras de sí.

Felipe, Eusebio y Julia se miran.

—Deberíamos echar un ojo a las imágenes —dice Felipe, no demasiado convencido—. Hemos de verlas —repite—. No es algo que podamos evitar, vamos a tener que hacerlo tarde o temprano.

—Hagámoslo juntos —propone Julia, que se sienta en el sofá y coge el portátil del demonio —. Sentaos a mi lado.

Felipe se sitúa a su izquierda y Eusebio a su derecha. Unos segundos después, Julia es testigo del horror que ha turbado primero a Ximena y luego a Héctor. Por supuesto, a ella también le revuelve las entrañas. Felipe se levanta a los pocos segundos y vomita dentro de una papelera. Julia y Eusebio se mantienen firmes, como en trance. La inspectora se desliza de una foto a otra de manera mecánica; una detrás de otra. No se detiene en los detalles. Como Héctor ha apuntado, son unos experimentos aberrantes. Ignora si lo que ven es el resultado esperado o algún tipo de error de cálculo. Reza por que se trate de lo segundo, si bien no se siente capacitada para certificarlo. Reproduce alguno de los vídeos. Es el mismo horror, pero en movimiento, lo cual añade una dimensión adicional de crueldad. Las pobres criaturas no entienden nada, simplemente no pueden moverse con normalidad. Tienen cuerpos que no les corresponden, protuberancias imposibles...

Debajo de las fotos y de los vídeos hay archivos de texto en formato Word, con diversas fechas y anotaciones. También hay un par de documentos de Excel y de PowerPoint que llevan por título Propuesta Proyecto Carne. Es una presentación de venta. Julia lee con atención, absorbiendo la información. El Proyecto Carne tiene por objetivo la reproducción controlada de las células de la piel humanas. Dos son sus usos médicos principales: regeneración de la piel en los casos de quemaduras graves y de ciertas enfermedades degenerativas, y la repoblación de la capa cutánea en situaciones de envejecimiento prematuro. El potencial médico y estético es, en ambos supuestos, incalculable. Para lograr sus objetivos, los investigadores han usado células madre y han jugado con tecnología de ingeniería genética. Entre la documentación hay una serie de explicaciones técnicas que Julia no entiende.

—Creo que con esto tenemos suficiente por hoy —dice Julia, con Eusebio asintiendo a su lado.

—No quiero volver a ver eso —dice Ximena, que se asoma desde la terraza.

—Yo tampoco...

—Esos cabrones se merecen que los hayan matado —añade Ximena; está enfadada.

—¿Sabes una cosa? Pienso lo mismo que tú. Lo que no termino de comprender es quién está acabando con los responsables de la investigación ni qué pretenden con ello. Si lo que hemos visto aquí tiene algún sentido, el Proyecto Carne ha resultado ser un fracaso estrepitoso. Es una tecnología que no vale una mierda.

—¿Y si esto que hemos visto es precisamente lo que quieren? —apunta Eusebio—. Un arma biológica.

Julia no ha pensado en esa posibilidad, y, sin embargo, tiene cierta lógica; es una idea perversa, retorcida e inquietante, pero encaja con lo que han visto.

—Ahora mismo no sabría decirte quién prefiero que localice antes a Jaime Cabrera, si nuestro asesino o yo.

Los detectives se desplazan hasta Puente de Vallecas. Con lo movido que ha sido el día, por poco se olvidan de que tenían una cita con la amante de Pedro Suárez, Lucía Cárdenas. Se pusieron en contacto con ella para retrasar la hora del encuentro y esta aceptó. Julia conduce, en silencio. Una atmósfera de inquietud ha invadido los pensamientos de los dos agentes desde que vieran las imágenes del Proyecto Carne. No han vuelto a hablar de ello.

—¿Qué crees que nos contará Lucía? —pregunta Julia, intentando no pensar en los pobres animales mutantes.

—Pueden suceder dos cosas: que corrobore lo que hasta ahora creemos saber, o que nos ponga sobre una nueva pista.

—Espero que se trate de la primera opción.

Hace unos minutos dejaron Atocha atrás. La zona en la que Lucía Cárdenas vive es humilde. En el barrio se respira vida, a pesar de los más de cuarenta grados que hace en el exterior. Julia conduce el Mercedes hasta que el GPS les indica que han llegado a su destino.

—Vamos a ello —dice Julia, apagando el motor y saliendo del vehículo.

Tras el pertinente golpe de calor, echa mano de su vapeador e inunda sus pulmones con un humo con sabor a fruta, maravillándose de lo lejos que ha llegado la industria de la nicotina desde que, milenios atrás, las culturas indígenas de América comenzaran a consumirla.

Los agentes llegan hasta el telefonillo de un desvencijado bloque de viviendas y llaman al piso correspondiente. La puerta se abre sin que nadie conteste. Julia es la primera en entrar, dando una última calada a su vapeador y enfilando las escaleras del edificio. Esta vez son solo cuatro plantas.

Héctor espera a que el ascensor llegue, repasando mentalmente las imágenes de los animales indefensos. No se las puede quitar de la cabeza.

Ya en la cuarta planta, Julia lo espera frente a la vivienda de Lucía Cárdenas. La inspectora decide dar dos golpes en la puerta, ya que el timbre no parece funcionar.

Una mujer despeinada, regordeta y bajita aparece al otro lado y se queda mirándolos.

—¿Lucía Cárdenas? —pregunta Julia.

La mujer niega con la cabeza y comienza a emitir desconcertantes gemidos. Los agentes intercambian miradas, con un punto de confusión, incapaces de discernir si las imágenes de los animales les están afectando en su percepción de la realidad. Unos segundos después, otra mujer aparece junto a la chica de los bramidos.

—Adelante, detectives, pasen, pasen...

—¿Es usted Lucía Cárdenas? —insiste Julia.

—Sí. Y esta es mi hermana Jacinta.

La hermana vuelve a emitir dos largos gemidos.

—Es muda, pero dice que está encantada de conocerles.

—Yo también me alegro de conocerte, Jacinta. —Julia por fin comprende la situación, y entiende que no solo es muda. Siempre se ha sentido a gusto en presencia de personas con discapacidad intelectual. Ya en el colegio, siendo niña, compartió clase con muchos alumnos de integración. Ella era una de las pocas personas que jugaban con ellos. Le gustan—. Me llamo Julia. Y este de aquí es mi compañero Héctor. ¿Podemos pasar a hablar con tu hermana?

Jacinta tiene los ojos clavados en los labios de Julia y, por sus gestos, parece que entiende

gran parte del discurso de la inspectora. Vuelve a gemir y a sonreír, y accede al interior de la vivienda a la carrera, como si estuviera huyendo de un incendio.

—Pasen, por favor —les insiste Lucía Cárdenas.

Los agentes entran en la vivienda, recorren el diminuto pasillo que hace las veces de vestíbulo, y no tardan en llegar al salón. Lucía les invita a tomar asiento. Entretanto, Jacinta parece estar haciendo algo en la cocina; lo único que llega a los oídos de los investigadores son unos ruidos desconcertantes.

—¿Desean tomar algo? —les pregunta Lucía.

—Un poco de agua será más que suficiente. Hace un calor demencial.

—¡Jaci, trae agua a los policías! —grita Lucía.

Lucía se sienta en un sillón e invita a los agentes a que hagan lo propio en un sofá de dos plazas. A pesar de la hora del día, la vivienda da a un patio interior y hay que tener la luz encendida para que se vea algo. El piso está muy desordenado. Julia no juzga a Lucía. Imagina que tiene que hacerse cargo de la situación ella sola, y que trabaja a destajo para que su hermana tenga una vida decente. De repente, se sorprende teniéndola en muy alta estima.

—Sentimos lo de Pedro Suárez, señora Cárdenas —comienza Julia.

—Gracias —responde Lucía, al tiempo que se enciende un cigarrillo. Se ha desmaquillado y se ha puesto cómoda, con una camiseta de manga corta y unos pantalones aún más cortos. No tienen aire acondicionado, tan solo un viejo ventilador que hace más ruido que otra cosa—. Son los únicos que me han dado el pésame. Nadie sabía que teníamos una relación. —Y sonríe. Las arrugas de su rostro se magnifican. Parece mayor de lo que es.

—Señorita Cárdenas —prosigue Héctor—, somos los responsables del caso. Nos gustaría escuchar todo lo que tenga a bien contarnos sobre Pedro Suárez. Cualquier cosa que pueda ayudarnos a esclarecer el crimen.

Antes de que Lucía diga nada, Jacinta aparece en el salón con dos vasos de agua, uno en cada mano. Tiene unos andares desconcertantes. En el trayecto de la cocina al salón, los dos vasos se han vaciado casi a la mitad; el agua que falta se ha derramado por el camino. Jacinta se agacha con lentitud sobre la mesita en torno a la que los invitados se han sentado y, con esfuerzo, deposita los dos vasos sobre ella.

—Muchas gracias, Jacinta —responde Julia, dedicándole una sonrisa sincera.

Jacinta emite un gemido y también sonríe.

—Vete a tu habitación, Jaci. Los investigadores y yo tenemos que hablar en privado.

La mujer vuelve a gritar. Le da un par de palmadas en la espalda a Julia y se marcha por donde ha venido. Lucía da una larga calada al cigarrillo y cierra los ojos. Se la ve agotada. Pero comienza a hablar, todavía con los ojos cerrados, como en trance:

—Pedro y yo llevábamos viéndonos durante hace ahora casi un año. Nos conocimos en el Circo del Sol. Por caprichos del destino, nos sentamos juntos. Me tocaron unas entradas en un sorteo para ver uno de sus espectáculos, en las butacas VIP, y a mi lado estaba Pedro Suárez. Yo no sabía quién era, pero empezamos a hablar y nos reímos mucho. Él me pidió mi número, comenzamos a escribirnos, nos llamamos y, pronto, volvimos a vernos en persona. No tarde en descubrir quién era en realidad. Yo...

Los agentes escuchan en silencio. Les sorprende la claridad con la que Lucía les explica cómo se conocieron.

—Yo no sé por qué se fijó en mí, la verdad. No lo sé. Él lo tenía todo. Dinero, influencia, una esposa guapa y deseada, éxito profesional...

—Usted es auténtica, señora Cárdenas —la interrumpe Julia, que sabe que no tendría que

haberlo hecho, pero siente que es lo que debe hacer—. Y eso no es poco. Vive en la misma realidad en el que, hasta hace no mucho, también habitaba Pedro Suárez.

La nostalgia de una vida pasada que ya no podía tener. Eso es en lo que Héctor está pensando. En cómo Pedro se fijó en una persona modesta y trabajadora, rodeada de dificultades; alguien que, muy probablemente, le recordaba a sus padres y a sus humildes comienzos vitales.

—Yo no soy nadie... Nadie en absoluto...

Lucía parece estar a punto de derrumbarse. Da una larga calada a su cigarro y aleja de sí esa fragilidad. Con energía renovada, retoma su discurso:

—Pedro estaba harto de su vida conyugal. Decía que había sido un error casarse con la infanta María. Le horrorizaba la familia real en su conjunto; el lujo y el derroche. Y toda esa atención mediática... Desde que nos conocimos, no dejaba de repetir que lo iba a mandar todo a tomar por saco. Que no lo soportaba más. Y que nosotros nos iríamos a un país lejano, a Sudamérica. Empezaríamos de nuevo, una vida alejada de todos nuestros problemas... —Una pausa—. Yo no soy tonta, detectives. Sabía que todo eso solo eran deseos y fantasías irrealizables, pero me gustaba escucharlos de su boca. Me agradaban. Estar con Pedro era como vivir una vida que no me correspondía. Es la forma que encontré de escapar de la monotonía del día a día; de hacer turnos de doce horas, de cara al público, por un sueldo de mierda; de no tener un solo euro para ahorrar; de...

Lucía se detiene. De nuevo, está a punto de romper a llorar, pero mantiene la compostura. Vuelve a dar una calada a su cigarro, ya casi consumido, y lo apaga sobre un vaso vacío situado encima de la mesa. Acto seguido, se enciende otro cigarro, da una larga primera calada y cierra los ojos.

—Todo era humo, como el que echa este cigarrillo. Y, sin embargo, yo era feliz. Feliz dentro de una mentira.

—Para Pedro, esto debió ser más real que su vida de palacio. Más auténtico.

—Es posible, detectives... Es posible. Conmigo era feliz. Sonreía. Hacía bromas. Las últimas semanas, sin embargo, estaba de peor humor. —Julia y Héctor afinan los oídos—. Me contó algo de un proyecto en el que estaba trabajando, una investigación científica. Dijo que no dejaría que nadie se la arrebatará, ni por todo el oro del mundo; no, hasta que no estuviera lista. Y que le había costado discutir con sus socios. No... No sé mucho más. Era muy críptico cuando hablaba de esas cosas. Decía que lo hacía por mi bien, para que nadie pudiera venir a exigirme nada a mí...

—¿Podría decirnos algo más de esa persona que intentaba quitarle de las manos el proyecto? —Es Julia quien lo pregunta, aunque Héctor habría hecho lo mismo de no habersele adelantado su compañera—. ¿Era un hombre o una mujer?

—Lo lamento, pero no puedo contarles mucho más. No sé si era un hombre o una mujer, ni cómo se lo iba a quitar, ni qué demonios era eso que le querían quitar... Preferíamos no hablar demasiado de nuestros problemas y follar. Reír. Disfrutar, alejándonos, aunque solo fuera por unas horas, de nuestras respectivas miserias...

—¿Sintió que Pedro Suárez había modificado su conducta de algún modo?

—No mucho. Solíamos vernos aquí, en mi casa. Decía que nadie lo buscaría en Vallecas. Era muy meticuloso a la hora de venir al barrio. Cogía varios taxis para asegurarse de que no lo siguiera nadie. Aunque, ahora que lo dicen, sí recuerdo algo. Las últimas veces no vino en taxi, sino en uno de sus coches. Y traía consigo a un guardaespaldas que lo esperaba abajo. Temía que le pasara algo...

Jacinta comienza a gritar de sopetón. Los agentes aguardan unos segundos, en silencio, pero

los gritos no se apaciguan. Cuando uno de los gemidos toca a su fin, otro nuevo se inicia de inmediato. Lucía Cárdenas ha cerrado los ojos. En su rostro, sus labios dibujan una línea desconcertante que se asemeja a la de una sonrisa sutil, pero no lo es.

—Discúlpenme —dice finalmente, aplastando su colilla en el interior del mismo vaso que antes y levantándose en dirección a su hermana.

Julia y Héctor se miran y comprenden que ya le han causado suficientes molestias a Lucía. No solo ha perdido ese pequeño soplo de aire fresco que Pedro Suárez representaba para ella, sino que nadie sabrá por lo que está pasando. Además, la pobre mujer no verá un solo euro de todo este drama. Es una amante no reconocida por nadie. Un cero a la izquierda para todos los que la rodean, salvo para su hermana Jacinta, para quien lo es todo.

Julia se levanta y se acerca a la habitación de la que provienen los gritos. Jacinta todavía gime, si bien la intensidad de sus berridos se ha reducido. Al asomarse a través de la puerta, ve que Lucía abraza a su hermana con fuerza y se mecen en un movimiento acompasado, sobre la cama. Ahora sí, Lucía llora desconsoladamente.

Julia regresa al salón.

—Vámonos, Héctor.

Héctor coge su bastón y no cuestiona las palabras de su compañera. Piensa que, al menos, no se han abierto nuevas vías de investigación. Se confirma lo que sospechaban: alguien se había interesado por el Proyecto Carne. Y quizá hubo una oferta económica de por medio, fallida. Si así fuera, eso explicaría que, quien estuviera detrás de todo ese galimatías, se hubiese visto obligado a recurrir a los asesinatos.

Viernes 19 de julio de 2024, 09:25

—Tengo una buena y una mala noticia.

Las palabras son de la doctora María Espinosa, la científica forense del CNI. Ni siquiera a través de la pantalla puede ocultar su enorme obesidad; sus mofletes y su papada son descomunales. Los agentes del servicio secreto, reunidos en la habitación 609 del hotel de Gran Vía, aguardan expectantes su veredicto sobre los restos de ADN que fueron encontrados en las uñas de Luis Cifuentes.

—¿Cuál es la mala? —pregunta Julia, impetuosa, con el tercer café del día entre las manos.

—Os tengo que dar primero la buena. De lo contrario, no existiría la mala.

Esas palabras solo consiguen confundir más a los agentes, que no tienen más remedio que esperar a que la doctora Espinosa les ponga al corriente de la situación.

—La buena noticia es que hemos sido capaces de extraer unos restos de ADN válidos de la muestra que se nos proporcionó. La mala es que, según las bases de datos que hemos consultado, la persona a la que corresponde este ADN, Iván Paredes, está muerta.

—¿Y qué demonios significa eso? —salta Julia, derramando parte de su café al hacerlo.

—No puedo deciros más, Báez. Esto es lo que hay. Los datos son concluyentes.

Julia comienza a caminar con nerviosismo por la habitación del hotel. Todavía no son ni las diez de la mañana, y ya están un día más de cabeza. Estaban a la espera de recibir los resultados de la muestra de ADN para decidir sus próximos pasos. Sin embargo, súbitamente, no hay próximos pasos, sino otro callejón sin salida.

—Vamos a ver —comienza Héctor, que todavía alberga la esperanza de que esa pista les conduzca a algún sitio—. La inspectora Báez y yo estuvimos ayer en la escena del crimen y vimos de primera mano el destrozo que ese lunático provocó. Tenemos la confirmación de su existencia, y sabemos incluso cómo camina gracias a Ximena y a sus algoritmos. A lo que voy: de acuerdo con lo que vimos *in situ*, diría que es muy improbable que el numerito de las uñas sea un montaje. Nadie puso ahí esos restos. Cifuentes arrancó verdaderamente esas trazas de piel de su atacante. Y, si ese ADN corresponde a Iván Paredes, la única conclusión lógica es que Iván Paredes no está muerto.

«Olé tus huevos», piensa Julia, que no dice nada, pero hace suya la reflexión de su compañero.

—Felipe, Eusebio, mostradnos toda la información de la que disponemos de ese tal Iván Paredes.

Los coordinadores del CNI, cada uno frente a su portátil, acceden a las bases de datos policiales y comparten la información en una sección de la pantalla del salón. El rostro de la doctora Espinosa se ve reducido de tamaño a consecuencia de ello.

—Iván Paredes —comienza Eusebio—. Nacido en 1995, en Madrid, y fallecido el 24 de noviembre de 2023, también en Madrid. Murió calcinado en su apartamento de Vallecas poco después de declararse un incendio en el bloque de viviendas en el que vivía. Otras dos personas fallecieron en ese accidente. No tenemos muchos datos sobre su biografía. Al parecer, estuvo vinculado al mundo del circo, con una vida itinerante. No disponemos de declaraciones de la renta suyas. De hecho, el piso de Vallecas no estaba ni siquiera a su nombre, sino al de su hermana: Dolores Paredes. Es la única familia que tenía. Los padres de ambos fallecieron tiempo atrás.

—¿Dónde vive Dolores Paredes? —pregunta Julia—. Creo que deberíamos interrogarla y entender qué demonios está pasando aquí.

—Dame un segundo. —Eusebio teclea con soltura y, tras unos instantes, la ficha de Dolores Paredes ocupa la pantalla—. Ahí lo tenéis. La última vivienda que nos consta está cerca de Moralzarzal, a las afueras del pueblo. Al parecer, posee una casita y unos terrenos. El piso en el que se produjo el incendio lo vendió hace algunos meses.

—De acuerdo —interviene Héctor—. Espinosa, muchas gracias por tu ayuda. Te mantendremos informada del caso.

—Sí, Aldana, por favor, me dejáis en ascuas... Buena suerte. —Tras decirlo, el rostro de la doctora Espinosa se desvanece.

—Julia y yo vamos a hacerle una visita a Dolores Paredes.

—Tened cuidado —dice Ximena—. Si ese tipo está vivo y coleando, es probable que se encuentre allí, protegido por su hermana.

—Si así fuera —dice Julia—, el que tendría que tener cuidado es él, ¿no te parece?

Ximena sonríe.

—Déjate de discursos a lo Harry el sucio y vamos a trabajar —dice Héctor.

—Habló nuestro James Bond particular... —Julia termina lo que le queda de café y, tras un ataque de tos, se dirige a la salida.

—Los demás, seguid buscando a Jaime Cabrera. Estamos en contacto.

Los agentes abandonan la habitación 609 del hotel; uno por el ascensor y la otra por las escaleras. No tardan en encontrarse en el Mercedes, dispuestos a resolver un caso que no deja de complicárseles.

—Esta vez yo elijo la banda sonora —dice Héctor tras ponerse el cinturón, y sorprendiendo con su iniciativa a Julia—. Y déjate de Spotify e historias modernas. He traído el CD original.

—Pero bueno, qué maravilla. ¡La cosa promete!

Julia ya ha arrancado el vehículo y ha salido al horno madrileño. La ola de calor sigue asolando la ciudad, implacable.

Héctor abre con sumo cuidado la carcasa del álbum que ha traído. Julia evita mirar la carátula; tiene curiosidad por descubrir con qué la sorprende.

—No me digas qué es —le dice—. Lo averiguaré.

—No es un álbum especialmente conocido, pero bajo mi punto de vista es una obra maestra.

Julia apenas necesita unos segundos para reconocer el disco; concuerda con Héctor: no es un álbum muy conocido, pero es una joya. Observa a Héctor, que parece risueño; un semblante completamente distinto al de la noche anterior.

—Es la banda sonora de *Ladrón*, una película de los años ochenta. La música es obra de Tangerine Dream.

—Me cago en mi vida... —suelta Héctor, sorprendido de veras—. ¿Lo conoces?

—La he escuchado docenas de veces. Aunque no he visto la película.

—La película es una obra maestra. Está dirigida por Michael Mann y protagonizada por James Caan. Te la recomiendo. —Una pausa—. ¿Crees que llegaremos a Moralzarzal antes de que termine el disco?

—¿Bromeas? Por supuesto que sí. Y no solo eso: voy a reservar el último tema del disco para cuando regresemos a Madrid. Porque entiendo que tienes la edición extendida, ¿verdad?

Héctor no puede evitar soltar una carcajada; una de las pocas que Julia ha presenciado. Y asiente mientras sigue sin dar crédito.

—Eres una caja de sorpresas, Julia...

La inspectora acelera, conectando las luces de las sirenas. No quiere que el ruido les impida escuchar los sintetizadores y las texturas ambientales de la compleja música de Tangerine Dream.

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.

9:48

6. Poco más de media hora después los agentes están a punto de llegar a su destino. Han hecho el trayecto en silencio, saboreando los matices de una banda sonora que han escuchado multitud de veces, pero nunca en la compañía de otra persona que sintiera la misma devoción por ella. Y eso une mucho; más que lo que les separa.

Julia conduce más despacio después de dejar atrás la autopista, tomando las estrechas carreteras y los despoblados caminos por los que el GPS les lleva. Van dejando atrás la civilización para adentrarse en la naturaleza salvaje. El asfalto no tarda en transformarse en una carretera de tierra. Hay restos de civilización en forma de neumáticos abandonados, muebles rotos y amontonados y carrocerías de coches calcinadas. El GPS les indica que han llegado a su destino, en mitad de la nada.

Julia siente que Héctor está en tensión a su lado. A mano derecha, una finca se extiende hasta el horizonte. Desde su posición, apenas es posible distinguir una casa medio derruida a veinte o treinta metros de distancia. Julia detiene el vehículo y para el motor. La música instrumental de Tangerine Dream sigue inundando el interior del Mercedes; es una banda sonora adecuada para lo que a Héctor y a Julia les espera. Perciben tensión, incertidumbre y una energía latente, a punto de liberarse...

—¿Listo? —pregunta Julia.

Héctor asiente.

Los agentes salen del vehículo. Cuando las puertas se cierran, la reproducción de la música se detiene. El calor con el que la naturaleza les da la bienvenida obliga a Héctor a apoyarse sobre la carrocería del coche, que arde bajo el sol.

—¿Estás bien? —le pregunta Julia enseguida, con todos los sentidos trabajando ya a pleno rendimiento.

—Sí, no es nada. Vamos.

La inspectora desenfunda su pistola. Héctor ve con buenos ojos que lo haga. La finca en la que están a punto de penetrar parece abandonada. Hay un precinto hecho a base de piedras, construido décadas atrás, puede que incluso siglos. La puerta de acceso la conforman el somier oxidado de una cama y un alambre de espinos retorcido. Valiéndose de su pistola, Julia ejerce presión sobre la improvisada puerta y la empuja hacia delante. Con unos chasquidos, esta se abre. Les rodea el sonido de la naturaleza: un silencio irreal, solo roto por las cigarras, la brisa y el movimiento esporádico de las hojas secas de los árboles.

—Vamos a la casa —dice Héctor, que camina, valiéndose de su bastón, en paralelo a Julia.

El calor aprieta. No hay ningún vehículo a la vista, ni senderos que denoten una ruta habitual, ni animales de compañía; solo la naturaleza invadiendo los últimos vestigios de la civilización.

La casa no es gran cosa. Héctor estima que su superficie no será superior a sesenta metros cuadrados. Posee una única planta y la mayoría de las ventanas están rotas. Un pájaro atraviesa súbitamente una de ellas, y Julia no puede evitar clavar los pies en el suelo y apuntar con la

pistola en su dirección. Héctor le dedica una mirada fugaz y ella sonríe.

«Falsa alarma».

Aldana llega hasta la casita, a la altura de una de sus ventanas; la misma por la que acaba de salir el pájaro. Se asoma al interior para certificar lo que imagina: todo está revuelto y abandonado. Julia se dirige hacia la única puerta que da acceso a la vivienda, que se encuentra entreabierta. De nuevo, con la ayuda de su pistola, empuja la madera carcomida. La puerta emite un desagradable chirrido al abrirse y obliga a Julia a hacer una divertida mueca. No hay nadie que la vea poner caras, cosa que agradece.

—Esto está abandonado —dice Julia, en voz baja. Para sí misma, pero también para Héctor, que la oye unos pasos más allá.

—Mantente alerta.

Julia no va a bajar la guardia. No necesita que Héctor se lo diga; ella sabe cuidar de sí misma. Por eso va con la pistola desenfundada, con el seguro quitado y dispuesta para disparar y luego preguntar.

Desde el vestíbulo diminuto, Julia accede al salón. Ve a Héctor a través de las ventanas, todavía afuera; el espía recorre el perímetro de la casa mientras ella revisa su interior. En el suelo hay libros llenos de polvo, trozos de madera, hierros retorcidos... Nada de valor. Parece que los animales se han adueñado de la casa. El calor es insoportable, y eso que todavía no han llegado a las horas más críticas del día. Julia trata de secarse el sudor de la frente con los brazos, pero lo único que consigue es esparcirlo todo. Un detalle la pone súbitamente en guardia: una colilla mal apagada en el suelo, cerca de una estantería medio desvencijada.

—Héctor, no estamos solos —anuncia, en voz baja.

Aldana la oye, se asoma por una de las ventanas rotas y sigue con su mirada lo que Julia le señala: la colilla. Aunque es casi imperceptible, un fino hilo de humo surge de ella. El espía desenfunda también su arma y ofrece una stampa de lo más variopinta: la pistola en la mano derecha y el bastón en la izquierda. Julia se ve obligada a ahogar la risa que a punto está de escapársele.

Hay algo extraño con una de las estanterías desvencijadas. Julia se fija mejor. Junto con la colilla, hay otro detalle que no encaja: en el suelo, en lo que parece un ángulo de unos noventa grados, es como si no hubiera escombros ni polvo; o como si alguien hubiese estado abriendo y cerrando una puerta invisible. Revisa la estantería y, sin saber del todo si lo que está punto de hacer va a resultar o no, sostiene con fuerza una de las baldas y tira hacia sí. La estantería no solo no se termina por desvencijarse, sino que se desliza sobre el suelo, recorriendo el ángulo de noventa grados que está dibujado sobre la superficie. Al otro lado, Julia distingue un pasadizo oscuro y una escalera descendente. En un susurro, Julia dice:

—Hay un pasadizo subterráneo aquí dentro.

—Tened cuidado. —Es Ximena quien lo dice. Poco puede hacer, más que eso.

Julia no lo duda. No necesita la aprobación de Héctor ni de nadie; comienza a descender por la escalera. Poco a poco, la luz del día va quedando atrás. Recorre doce peldaños de piedra hasta alcanzar la planta inferior. Apenas puede ver lo que tiene delante de sus narices. Con su mano libre saca el mechero de uno de sus bolsillos exteriores y lo enciende.

Tras la explosión de luminosidad, un trastero se manifiesta. El techo es bajo; no llega a los dos metros de altura. La temperatura es mucho más agradable ahí abajo que en la superficie. En el suelo, lo primero que Julia distingue son unas prendas. Se pone en cuclillas, sin soltar la pistola, y comprueba que están ensangrentadas. Es sangre fresca.

«El asesino está aquí», piensa. Cuando levanta la mirada, dirige la luz de su mechero hacia

una de las paredes. La estampa le hace soltar una exclamación: es un panel de unos cinco metros de largo por algo menos de dos de alto; lo que mide la estancia desde el suelo hasta el techo. Y está repleto de armas blancas. Hay todo tipo de cuchillos, agujas, machetes, incluso espadas.

—Nos hemos metido en la boca del lobo —dice.

—¡Alto, servicio secreto! —El grito proviene de la superficie. Es la voz de Héctor.

Julia deja todo lo que está haciendo y desanda a la carrera el camino que acaba de recorrer. Sube las escaleras de tres en tres. Un sonido, como el de un trueno furioso, anuncia que se ha producido un disparo.

Luego, otro disparo.

—¡Héctor! —grita ella.

Enseguida llega a la superficie. Deja atrás el pasadizo y la estantería desvencijada y sale al exterior de la casa por la puerta. Mira en todas las direcciones, tratando de localizar el origen de los disparos. No ve nada.

—¡Aquí, Julia!

La inspectora rodea la casa y por fin divisa a Héctor, que cojea con la pistola desenfundada, y humeante, y sin el bastón a la vista.

—Allí, allí, ¡es Iván Paredes! ¡Está escapando!

Julia sigue las indicaciones de su compañero y, finalmente, distingue una figura a lo lejos, desnuda, y a la carrera.

—¿Estás herido? —le pregunta.

—No, no te preocupes. He sido yo el que ha disparado, pero no quería matarlo.

—Vale, yo me encargo —anuncia Julia, que se enfunda la pistola en la cartuchera y echa a correr tras el asesino.

«Por fin algo de acción», se dice a sí misma, apretando los dientes y haciendo lo que mejor se le da: correr.

Iván Paredes huye a la carrera. Cuenta con una ventaja: está en su territorio y se conoce la zona a la perfección. Aunque va completamente desnudo, de la cabeza a los pies, no le importa lo más mínimo. Él es uno con la naturaleza; la ropa es un subproducto humano, y a cuarenta grados a la sombra nadie la necesita, salvo los necios.

A sus espaldas, y tras los disparos del cojo, una mujer ha echado a correr. Iván no ha podido evitar reírse del tipo en su cara. Lo ha encañonado, pero sabía que no le dispararía. Si no lo hace de primeras, ya no lo hará. Iván se ha aprovechado de ello.

Echa la vista atrás y distingue a la mujer. Está más cerca que antes, y eso le sorprende. Él corre a buen ritmo, pero esa mujer parece ser aún más rápida. Súbitamente, todo el impostado ideario naturalista de Iván se desmorona. «Necesito mis zapatillas», se dice. Están junto al cobertizo, por lo que solo tiene que aguantar hasta entonces. Por mucho que esa mujer corra, no le alcanzará a tiempo. No hay por qué sufrir.

¿Y qué hay de su centro de operaciones? Es hora de despedirse de él. Sabía que, tarde o temprano, algo así terminaría por suceder. No le da más vueltas. Además, tiene un plan para eso también. No hay de qué preocuparse. Si completa la misión de su patrona, no habrá más problemas ni contratiempos. Recibirá más dinero del que nunca ha soñado y podrá volver a desaparecer. Y, esta vez, para siempre. Le apena tener que renunciar a la identidad de su hermana. Lo había planificado todo desde hacía tiempo. Con su hermana muerta, y él (o ella), convertido en hermafrodita, no tendría más que usurpar su identidad para comenzar una nueva vida. Ahora todo sería más complicado, pero el dinero es todopoderoso, y él es una persona de recursos. Solucionaría ese problema a su debido momento.

A lo lejos, el cobertizo se deja entrever entre los troncos de unos árboles. Amontonada junto a una de las paredes del mismo se encuentran su ropa y sus pertenencias, incluidas las zapatillas que tanto anhela y el teléfono móvil con el que va a despedirse definitivamente de su guarida. Al mirar atrás por última vez, se sorprende de lo mucho que le ha recortado la mujer. «¿Cómo es posible que corra tanto?», se pregunta, contrariado. La tiene a menos de cien metros.

Iván repasa mentalmente los pasos que va a dar. Sabe que no tiene un segundo que perder. Satisfecho, sonríe: no lo van a detener. Hoy, no. El montón de ropa se encuentra ya a escasos metros. Veinte metros. Diez. Cinco. Iván comienza a reducir su marcha y, justo cuando ya casi la tiene encima, se detiene. Con la misma precisión, localiza y extrae su teléfono móvil y, en apenas dos segundos, introduce un código de cuatro dígitos en una *app* muy particular de su terminal. El móvil le solicita el tiempo de la cuenta atrás. Iván selecciona la opción «Detonación inmediata» y acepta.

En ese instante, una explosión tremebunda borra del mapa la casita abandonada donde se encontraban todas las pruebas incriminatorias de su vida como asesino: las armas, la ropa y la tecnología. Nada que no pueda reconstruir. Se pone las zapatillas, se las ata y da por concluido su breve parón. Se lleva el montón de ropa a cuestas y se mete en el interior del cobertizo por una pequeña apertura lateral.

—Chicos, ¿estáis bien? —Es la voz de Ximena.

Tanto Héctor como Julia la escuchan, pero solo responde el primero de ellos.

—Julia va tras ese cabrón. Yo estoy en el Mercedes, siguiéndoles en paralelo por el camino de tierra.

—Acabamos de acceder a imágenes vía satélite de la zona —comenta Ximena—, pero no tenemos visibilidad de todo lo que sucede.

Julia corre poseída. Los dientes le rechinan a consecuencia de la fuerza que está haciendo con la mandíbula. Cada una de sus zancadas le acerca a su objetivo; a la justicia, en último término. Y eso la motiva. Iván acaba de entrar en la caseta que hay justo enfrente, a escasos treinta metros de su posición. Le ha visto trastear con algo y luego ha escuchado una explosión. Supone que ha detonado el trastero en el que hace unos instantes ella ha estado. Se ha preocupado por Héctor, pero tan pronto ha oído su voz por el intercomunicador se ha sentido espoleada a correr un poco más deprisa tras ese bastardo amante de los cuchillos. Ella también adora las armas blancas, y lleva un cuchillo bien grande adherido al muslo de su pierna derecha. Se imagina incrustándose en el cráneo.

Julia ya está a escasos veinte metros del cobertizo.

—Ya te tengo, cabrón —musita, escupiendo, en una sucesión ininteligible de palabras.

Sin previo aviso, la puerta principal del cobertizo estalla en pedazos. Un *quad* acaba de atravesarla a toda velocidad, rumbo directo hacia ella. En el lugar del conductor, Iván Paredes, en pelotas salvo por unas zapatillas, clava su mirada en Julia, sonriendo de pura enajenación. La inspectora se detiene en seco. Si no hace nada, el *quad* la arrollará y la hará papilla. Pero no es eso lo que va a suceder, pues Julia ya ha decidido su próximo movimiento; una maniobra que no va a gustarle a Iván. Deja que se le acerque un poco más. De hecho, tiene incluso tiempo de provocarle con sus dos manos, animándole para que acelere.

Cuando ya casi lo tiene encima, Julia actúa. Se agacha para coger impulso con sus piernas, agarra su cuchillo, con la mano derecha, y salta en diagonal. Lo hace hacia arriba y hacia la izquierda, quitándose de en medio en el último momento y evitando que el *quad* la arrolle. Todavía en el aire, Julia dirige su cuchillo en dirección a Iván. Este reacciona con agilidad y evita que le cercene de cuajo el brazo, pero el corte se lo lleva igualmente; en el bíceps derecho. El bastardo grita con una mezcla de dolor y excitación, y sigue su marcha, deshaciendo el camino que él y Julia han recorrido a la carrera.

La inspectora da una voltereta sobre el suelo y enseguida se endereza. La sangre de Iván gotea del filo de su cuchillo. Lo deja caer al suelo y, con sus dos manos, desenfunda la pistola y apunta en dirección al *quad* de Iván. Es solo un instante, pero, en las situaciones límite, los instantes lo son todo. El presidente del Gobierno está vivo porque Julia decidió interponerse entre los disparos y él. Su hermana vive porque ella saltó sobre su padre. E Iván no muere en ese instante porque Julia no aprieta el gatillo. Podría haberlo hecho, pero no lo hace. Algo le dice que ese pobre diablo no es la mente pensante que se esconde detrás de toda esa carnicería que se inició con la muerte de Pedro Suárez; tan solo es el carnicero. Si quieren llegar a quien le da de comer, lo necesitan con vida.

La tensión acumulada y el dolor muscular la invitan a gritar. Julia se enfunda el arma, recoge el cuchillo para volver a dejarlo en su sitio y grita. Grita con todas sus fuerzas. En ese momento es consciente del desgaste físico que ha hecho. Su corazón late con velocidad, le cuesta respirar y el sudor la cubre casi por completo. Está empapada.

De repente, Julia escucha el sonido de un claxon. Se da la vuelta y ve el Mercedes. Conduce Héctor, quien, con señas, la invita a subirse. Sin embargo, el primer impulso de Julia es el de conducir ella, y se dirige hacia el asiento del conductor:

—Yo conduzco —le suelta a Héctor, con una seriedad en el semblante que el espía no recuerda haberla visto. En lugar de decirle que se deje de estupideces y se monte de una jodida vez en el asiento del copiloto, Héctor se baja del vehículo y la permite entrar. El espía apenas

tiene tiempo de rodear el coche para llegar hasta el asiento del copiloto. En cuanto Julia siente que el culo de Héctor se ha posado sobre el tejido de cuero del asiento, pisa el acelerador a fondo.

No ven el *quad*, pero sí la columna de humo que va levantando a su paso por el camino de tierra. La banda sonora de Tangerine Dream suena de fondo, desde el lugar exacto en el que antes se quedó. Héctor ha bajado el volumen. Tan pronto Julia se da cuenta, lo sube casi al máximo de lo que da de sí el reproductor del vehículo. Héctor no dice nada; simplemente, se pone el cinturón y se agarra al asidero interior. Julia no se lo abrocha; no tiene tiempo para ello. Lo único que le importa es dar caza a ese bastardo.

Como bien supuso antes, la copia de la banda sonora que Héctor tiene es la de la versión extendida; la que cuenta con un tema adicional, compuesto por Craig Safan, y que lleva por título *Confrontation*. Es la canción que suena durante los créditos finales de la película y que recuerda a los mejores momentos de Pink Floyd, con un solo de guitarra eterno y memorable. Julia se pierde entre los agresivos vaivenes sonoros y piensa que todo tiene sentido; que su vida la ha conducido inexorablemente hasta ahí; y que no hay escapatoria, ni para ella, ni para el asesino, ni para Héctor. Los tres están unidos a un mismo destino que ha de resolverse.

Acelera y pone el Mercedes al límite por un terreno por el que no deberían haberlo metido. Va tan deprisa que siente cómo la parte trasera del vehículo se ladea, derrapando por el suelo arenoso. Pero logra lo que pretende: el *quad* de Iván vuelve a dejarse ver a lo lejos.

—Cabronazo, no te vas a escapar...

Héctor la mira. Julia está completamente fuera de sí. Le grita, para hacerse oír por encima de la música:

—¡O frenas, o nos saldremos del camino!

—No nos vamos a salir —responde Julia, en voz baja y sin despegar la mirada del parabrisas.

El coche no se sale, pero coquetea con la posibilidad mucho más de lo que a Héctor le gustaría. La distancia que los separa del *quad* se va recortando sustancialmente. Iván no está tan loco como Julia, y, aun llevando un vehículo mejor equipado para ese terreno, no va tan deprisa.

—Ya eres mío...

A lo lejos, una columna de humo es el único vestigio que queda del trastero de Iván. El *quad* deja la casita atrás, pasando a escasos metros de la misma, y no tarda en salir al camino de tierra por el que los agentes llegaron al lugar. Julia sigue recortando la distancia que los separa.

—¡Frena un poco, joder! —grita Héctor, que ve que la inspectora no va a ser capaz de enderezar el coche lo suficiente como para salir por la puerta del somier y el alambre de espino; y no se equivoca. Se le va el control del Mercedes por la parte trasera, y a punto está de hacer un trompo. Pero Julia está con todas sus facultades puestas en la persecución, y corrige la dirección con unos rápidos giros de volante. Lo que no puede evitar es llevarse por delante la pared de piedra centenaria que rodea la finca. Héctor grita como si estuviera trastornado cuando el Mercedes atraviesa el muro y aterriza, dando tumbos, sobre el camino de arena.

—Sé lo que me hago, Héctor —dice Julia, como quien da los «buenos días» al llegar por la mañana a la oficina.

—¡Maldita sea! —grita su compañero, que ya no sabe qué demonios hacer para que Julia entre en razón—. ¡Estás jugando con fuego!

—Yo soy el fuego.

Julia vuelve a acelerar en dirección al *quad*. Está a menos de veinte metros. El Mercedes tiene una velocidad punta muy superior a la del *quad*. Lo van a pillar...

Pero Iván hace algo que Julia no se espera. Da un giro brusco hacia la derecha, supera una

pequeña zanja que va en paralelo al camino de tierra y encara un montículo de unos doscientos metros de altura. Con su tracción a las cuatro ruedas, el *quad* sube por la irregular pendiente sin ningún problema.

Julia valora por un momento lanzar el Mercedes contra el montículo. Héctor percibe que el pensamiento se le está pasando a su compañera por la cabeza, y no puede evitar accionar el freno de mano, al tiempo que agarra a Julia para que esta no salga despedida del asiento. El vehículo frena en seco y se desliza durante unos segundos sobre la superficie de arena, hasta que finalmente, ladeado, se detiene por completo.

Julia no dice nada. No había pensado en lanzarse contra la pendiente, pero cualquiera se lo explica ahora a Héctor después de la tensión acumulada. El solo de guitarra de *Confrontation* todavía suena de fondo, y Julia no puede evitar pensar que la cosa no ha terminado como debía. Ese primer enfrentamiento tenía que haber sido el último. A lo lejos, el *quad* de Iván se aleja cada vez más, rumbo a la cima del montículo.

Julia da un puñetazo al salpicadero y sale del vehículo, disgustada. Se arrodilla sobre la arena y, a la sombra del Mercedes, trata de controlar su respiración.

—Sí, sí, ya lo sé —dice, en voz alta, sin mirar a Héctor, pero refiriéndose a él.

—¡Has estado a punto de matarnos!

—Pero no lo he hecho, ¿vale? No pensaba lanzarme contra la puta zanja, si es lo que creías. No estoy loca.

—Pues lo parece.

Julia no responde en esa ocasión. Prefiere mantener la boca cerrada y concentrarse en la respiración.

Julia y Héctor han regresado a la habitación 609. El viaje de vuelta ha sido tranquilo. Héctor ha accedido a que Julia conduzca con la condición de que respete todas las normas de circulación, y ella ha aceptado. Y se han calmado. Han charlado sobre Tangerine Dream y sobre música en un ambiente más distendido. Todo lo relativo al caso lo han preferido dejar para más adelante, cuando desaparezcan los nervios a flor de piel y el resto del equipo se encuentre presente.

Ximena ha encargado comida de otro restaurante asiático por la zona de plaza de España. El pedido acaba de llegar, y Julia, después de darse una ducha para quitarse el sudor de encima, se encarga de que cada envase le llegue a su dueño. Son casi las cuatro de la tarde y está hambrienta.

—El *ramen* es para mí —dice Eusebio, que se ha pedido más de cinco platos.

—Todo es para ti, por lo que veo —apunta Julia, sonriente.

Hecho el reparto, se disponen a comer y a hablar de lo sucedido.

Ximena es quien rompe el hielo:

—Entonces... Iván Paredes está vivo, ¿no?

—Hemos estado a esto de pillarlo —dice Julia, que se sirve de los palillos chinos para mostrar lo poco que les ha faltado, poniendo uno casi al lado del otro.

—Julia lo vio de cerca, así que podrá confirmarnos si, efectivamente, se trata de Iván Paredes.

Ximena, aun comiendo, tiene cerca su portátil. Con una de sus manos, teclea una serie de comandos a una velocidad increíble y lanza unas fotografías de archivo de Iván Paredes sobre el monitor principal del salón.

—Son las únicas imágenes de Iván Paredes que he localizado en la base de datos.

Julia se pone en pie y observa con detenimiento las fotografías.

—Es él, no hay duda —dice—. Pero había algo raro... Tú también tuviste que verlo, Héctor. El tío iba desnudo, completamente en pelotas. Tenía... —Julia duda un momento, y, por estúpido que parezca, se ruboriza—. Tenía un pene, lo cual tiene cierta lógica —agrega, sabedora de que se está metiendo ella sola en un jardín...—, pero también me pareció distinguírle unos pechos. Pechos femeninos, me refiero. No eran muy abultados. —Hace gestos valiéndose de sus manos.

—¿Cómo que pechos? —pregunta Ximena.

—Pues eso, mamas, tetas, pechos. Igual que los que tenemos tú y yo.

Felipe y Eusebio se miran con cara de no entender nada. Héctor deja que Julia se enfangue un poco más antes de intervenir.

—Vamos a ver, lo que quiero decir es que ese cabrón tenía rasgos masculinos y femeninos, ¿de acuerdo? De hecho, no debería sorprenderos. En el Palacio de Cibeles ya se disfrazó de mujer...

—Yo vi lo mismo que Julia —confirma Héctor.

—Joder, gracias —concede la inspectora, que decide meterse en la boca una cantidad desproporcionada de tallarines chinos.

—O sea, que es una especie de... ¿ser andrógino? —interviene Felipe.

—No sabemos lo que es —responde Héctor, aprovechando que Julia tiene la boca llena y no puede decir nada—, pero os diré lo que pienso: creo que Iván Paredes simuló su propia muerte y, para ello, se valió del cuerpo de su hermana, a quien mató, incineró y abandonó en el piso de

Vallecas. En el informe forense se constata que la víctima quedó calcinada por completo, imposibilitando su identificación. Iván sabía lo que hacía, pues se aseguró de que no hubiera detalles incriminatorios, ni piezas dentales, ni huesos de los que extraer ADN. Nada.

—¿Insinúas que la hermana —pregunta Eusebio—, no solo estaba ya muerta antes del incendio, sino que Iván preparó su cuerpo para que no fuera posible identificarlo?

—Eso es lo que estoy diciendo —responde Héctor, con sequedad—. Y, a lo que voy: en ausencia de Dolores Paredes, creo que el objetivo de Iván era suplantar la identidad de su hermana. De ahí lo de los pechos y el disfraz de mujer. Ese tipo es un psicópata de manual.

—Es posible... —dice Ximena, no muy convencida.

—En cualquier caso, ya poco importa —apunta Julia, que por fin se ha tragado los tallarines—. Le hemos cazado. Ya no tiene coartada a la que agarrarse. Lo detendremos; es solo cuestión de tiempo.

Eusebio come a la vez de los cinco cuencos que ha encargado. Resulta hipnótico mirarle. Los demás van terminando con sus respectivos platos. Ante la ausencia de cafés del Starbucks, Julia se levanta, se dirige a la máquina de la habitación y se sirve uno doble. Sin que nadie la mire, da una calada a su vapeador.

—Hay otra cosa de la que me gustaría hablar —dice Julia, que ya regresa con su café.

—¿De cómo casi nos matas, tal vez? —pregunta Héctor, que siente que ya es hora de sacar el tema.

Julia sabía que ese momento iba a llegar, tarde o temprano. Se pone a la defensiva:

—Hice lo que debía.

—Todos tenemos un deber, y te recuerdo que el tuyo y el mío coinciden: resolver el caso. Hacer justicia. Llámalo como prefieras. Pero eso no implica que debamos jugarnos la vida en cada momento. Muertos no vamos a resolver ningún crimen. —Julia no dice nada, no quiere tener esa conversación ahora—. Tienes solo treinta y cinco años. Si no te cuidas tú, ¿quién cojones va a hacerlo?

—¿Has terminado ya?

—No, no he terminado. Yo era como tú, Julia. Un temerario. Durante mucho tiempo fui por libre, a mi aire. Poniéndome constantemente en peligro, a mí y a los demás. ¿Sabes lo que obtuve a cambio?

Julia se ha sentado en su sitio y se ha cruzado de piernas.

—No obtuve una mierda, más que una cojera crónica. La pierna me duele cada día de mi vida. Todos nosotros somos reemplazables. Si yo muero, otro hará mi trabajo; mejor, peor, ¿qué más da? Y lo mismo pasa contigo. Ten algo de cabeza y reduce las revoluciones. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por los que te rodean.

Julia ha escuchado ese discurso muchas veces. Algunas de ellas, en la voz de sus terapeutas, pero en la mayoría de los casos en la de su propia hermana Marta. Ella siempre está intentando enderezar a Julia, ayudándola a llevar una vida normal, dentro de lo posible. Pero, hasta el momento, esa supuesta normalidad no ha resultado ser gran cosa. Sin amigos. Sin pareja. En soledad. Y la soledad duele. Le duele con toda su alma, mucho más que el hombro con el que detuvo las balas del magnicida que atentó contra el presidente. Y, a pesar de todo, Julia no hace nada por revertir su situación. Tira millas. Piensa que, tirando hacia delante, el pasado quedará olvidado, soterrado. Y, entonces, quizá será libre. Pero una no logra la libertad huyendo de sí misma. Hay que ganársela, y eso es algo a lo que Julia no está todavía dispuesta a enfrentarse.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —termina por soltar, sintiendo la mirada de todos sobre ella—. Vi que podía detener a ese cabrón y lo intenté. Sabía que el Mercedes aguantaría el impacto contra

el muro de piedra, si es eso lo que te preocupa.

—No me refiero a eso, Julia. Me refiero a quedarte pasmada delante del *quad* de ese desgraciado y no saltar hasta el último instante. Te vi desde el Mercedes. O a pensar en lanzar el coche contra la zanja por la que escapó Iván...

—No me lancé.

—¡No te lanzaste porque tiré del freno de mano!

Julia se levanta de improviso y sale al balcón que da a la Gran Vía. Se enciende un cigarrillo y apoya la espalda contra la pared. Esa calada no le sabe bien. En realidad, ninguna lo hace. Es una adicta. A la nicotina, a la cafeína, a las pastillas, a las drogas y al riesgo. Lo necesita para sobrevivir. Es la única forma que ha encontrado de soportar su vida; sus miedos y sus fracasos; sus temores más profundos.

—Sigo siendo tu fan, Julia. —Ximena ha salido también a la terraza. Se pone a su lado y, sin previo aviso, la abraza. La inspectora está a punto de hacerle una llave de judo e inmovilizarla, pero se contiene. Se deja llevar. Intenta también rodear a Ximena con sus brazos. Sin embargo, le cuesta y comienza a temblar. Ximena lo percibe y no la suelta—. No pasa nada, todo está bien.

Julia rompe a llorar sin entender por qué.

—Eres una buena persona, lo sé —le dice Ximena—. Y quiero que sepas que somos un equipo. Puedes contarme lo que necesites, ¿vale?

—Tú sí que eres bonita, Ximena —termina por decir Julia, con los ojos humedecidos. Todo el estrés acumulado se libera a través del contacto con el cuerpo repleto de llagas de la *hacker*. El abrazo toca a su fin y las dos mujeres se miran a los ojos, con complicidad. Ximena le quita el cigarrillo de la mano, lo rompe y lo tira al suelo.

—No merece la pena fumar.

—Lo sé, es solo que... lo necesito.

—No lo necesitas. Volvamos adentro.

Ximena entra de nuevo al salón. Acto seguido, tras respirar hondo y limpiarse la cara, Julia la imita.

—Lo siento —dice Héctor, que sigue sentado en el mismo sitio—. No he debido soltarte toda esa mierda. Simplemente, quiero que sepas que te apreciamos y que no queremos perderte por una tontería.

—No pasa nada, no hay nada de lo que disculparse. Yo me lo he buscado sola —Julia sonríe. Héctor también. Y Ximena.

—Bueno —interviene Felipe, que siente que la atmósfera vuelve a estar relajada—. Aprovechando esta tregua, me lanzo de nuevo al ruedo. Julia, ibas a decir algo antes de todo esto, ¿verdad? ¿Qué era?

Julia ha perdido por completo el hilo de sus pensamientos...

«¡Cierto!», se dice unos segundos más tarde, cuando da con ello.

—Vale, sí, ya me acuerdo. Es solo una hipótesis, y, como tal, la comparto: después de habernos enfrentado cara a cara con nuestro asesino, tengo la sensación de que ese tipo tiene mucha mierda en su cabeza. Demasiada como para ser el ideólogo de toda esta historia. El ir en pelotas como si tal cosa; la historia esta tan extraña del cambio de sexo por fascículos; la colección de cuchillos que vi... No tengo dudas de sus dotes físicas ni de sus habilidades con las agujas, pero diría que hay alguien por encima de él dando las órdenes. Y creo que, si capturamos a Iván con vida, podríamos dar con esa persona, sea quien sea.

Héctor sonríe. No hay desprecio ni burla en su gesto, sino el más sincero reconocimiento. La hipótesis que Julia acaba de plantear es la misma que él ha estado madurando en el camino de

vuelta desde Moralarzal.

—No puedo más que darte la razón —reconoce al fin—. Y eso me inquieta, pues diría que solo nos queda una baza para atrapar a Iván con vida.

—Dar con Jaime Cabrera antes de que lo haga él —completa Julia.

Alba Quiroga es el centro de todas las miradas, de todas las fotografías y de todas las envidias. Siempre ha sido así, desde su nacimiento. Ahora, mientras desfila por la pasarela del pabellón 14 del IFEMA, se siente poderosa. Todos la miran y la respetan. Por su belleza, pero también por su poder. No es ningún monigote; tiene tres doctorados, un cociente intelectual de casi doscientos y uno de los cuerpos más deseados del planeta. Acumula millones de seguidores en sus redes sociales. Es la imagen de marcas de moda, cosméticos y lujo. Pero tiene un problema: se muere.

Nadie sabe lo precario de su estado de salud ni que, con cada día que pasa, empeora. Sangra por las noches. Se le abren heridas de un momento a otro. Su equipo médico ya le ha dicho que no le queda mucho. Pueden ser un par de años; quizá cinco. Con suerte, podrían ser diez. Una cosa está clara: no llegará a los cincuenta. Ya lo ha aceptado. Por eso, no tiene tiempo que perder. Su misión es despertar a una población adormecida y sumisa. Ser recordada como quien inició el cambio hacia una sociedad mejor y más justa.

—¡Alba! Aquí, aquí, ¡una sonrisa!

El tipo con la cámara que le pide una sonrisa es uno más de los miles que cada día se arrodillan a sus pies. Alba dirige una mirada furtiva en su dirección y se deja immortalizar por una cámara de ultra alta definición. Lleva un atrevido modelo de Dior, con gran parte de su cuerpo a la vista, desnudo. Las heridas son visibles. La prensa amarilla ya ha difundido todos los rumores que ha querido: psoriasis, quemaduras que se provoca a sí misma, alergia al estrés... Ella no ha confirmado ni desmentido nada. No es esa la guerra que le interesa librar.

Saborea el momento. Posa como solo ella sabe y se da la vuelta, desandando el largo de la pasarela con sus tacones altos y su desbordante magnetismo. Mira a un lado, a otro. Allí están todos los que tienen que estar; los ricos y famosos; los *influencers*; los que dicen ser altruistas y solidarios, pero apenas alcanzan a ser escoria y basura. Es una gala benéfica que ella misma ha organizado; el dinero que se recaude irá destinado a un grupo de ONG de su confianza. Todos, por supuesto, se han querido sumar. Pero ella sabe quién cree de verdad en la causa y quién no. La mayoría de los presentes no cree en nada que no sea su bolsillo. El poder. El control. Todos anhelan lo mismo y no son conscientes de que eso solo conduce a un lugar: el fin, y no solo el de cada uno de ellos, sino el del planeta.

Alba Quiroga se deja llevar. Cuando abandona la pasarela y alcanza el *backstage*, todo se vuelve frenético y enérgico. Las modelos son el centro sobre el que órbita todo lo demás. Los diseñadores, estilistas y maquilladores trabajan a destajo. A ella la escoltan dos enormes guardaespaldas hasta su camerino, incluido Sebas, su ex boxeador favorito.

—Está espectacular, señora Quiroga —le dice uno de los estilistas.

Ella no responde. Con la ayuda de la diseñadora de la colección y de dos de sus asistentes, se desviste y se queda completamente desnuda. Como un maniquí, deja que la cubran con la siguiente combinación: un extravagante vestido de colores imposibles, unos zapatos aún más altos y retorcidos que los que acaba de llevar, y un tocado de geometría desconcertante.

—¡Fabulosa! —dice la diseñadora.

—Divina, mi reina —dice el estilista.

—Eres una diosa —dice el peluquero.

Alba es inmune a los elogios. Lo ha sido desde los cinco años. No tiene tiempo para eso. Pero la gente disfruta haciéndolo. De alguna forma les hace sentir bien, y ella lo acepta. No

responde a ninguno de los cumplidos. La responsable de sus redes sociales le pide permiso para hacerle una foto. Alba accede con un imperceptible parpadeo que solo la *social manager* sabe interpretar. Cuando ya tiene lo que quería, la joven levanta el pulgar y Alba se pone nuevamente en pie, rumbo a la pasarela. De camino, recibe otra media docena de elogios.

«Necesitamos una extinción masiva», piensa Alba, a pesar de no querer hacerlo. Pero no ve otra opción. Todo a su alrededor le recuerda la falsedad de una sociedad marchita y el fracaso de la cultura y la civilización occidentales.

«Necesitamos espabilar».

Trata de alejar esos pensamientos de su cabeza, sin éxito. Ya en la pasarela, vuelve a desfilarse como solo ella sabe. Su sonrisa transmite magnetismo, peligro e incertidumbre. Los que no la conocen se quedan con la idea del magnetismo. Los que la conocen un poco, perciben también esa incertidumbre. Los que saben cómo es Alba en verdad, apenas un puñado de personas, solo ven el peligro. Y la muerte. Es una de las personas más poderosas e inteligentes del planeta, y ha hecho lo que todo villano lleva siglos haciendo: camuflarse entre el vulgo; mezclarse con la escoria; pasar desapercibida.

Una vez más, es el centro de las cámaras y las miradas. Siente la envidia ajena de una sociedad corrupta y condenada.

Le duele el brazo izquierdo. No se lo mira; sabe lo que está pasando. Una herida se le ha abierto y un hilo de sangre ha comenzado a deslizarse por su blanquecina piel. Cuando percibe que la sangre le llega hasta los dedos de la mano, se los lleva a la boca y se recrea con el sabor de su propia sangre, enferma y corrupta como todo lo que la rodea. Se deja fotografiar. Sabe que será portada en los medios y que habrá nuevos rumores sobre su estado de salud. No le importa. Carnaza para las masas.

Se da la vuelta e inicia el camino de regreso al *backstage*. Con violencia, aparta el brazo izquierdo de su cuerpo y, al hacerlo, rocía con gotas de sangre a media docena de los asistentes, sentados en primera fila. Luego, les dedica una luminosa sonrisa. Dos de ellos sienten un asco natural ante la situación, pero los otros no pierden un segundo en postear, con orgullo, que Alba Quiroga acaba de bañarlos con su sangre.

Cuando llega al *backstage*, uno de sus médicos, atento a la situación, le pasa una gasa por el brazo, le limpia la herida y le pone un apósito del mismo color que su piel. Alba se cambia de vestuario, soporta nuevos elogios, se deja fotografiar y, una vez más, parte hacia la pasarela, convencida de que solo hay una salida: hay que acabar con la mitad del mundo.

«No seas tan drástica, mujer», se dice a sí misma.

De nuevo sobre los focos, ve algo que no le gusta. Su expresión no lo transmite; ha aprendido a dominarla por completo. La misma mirada magnética, peligrosa y de incertidumbre, ocupa su bello y proporcionado rostro. Nada ha cambiado para el espectador externo. Por dentro, sin embargo, se deja llevar por su fuego interior. Así es como su terapeuta se refiere a todo lo que no está bien con ella. Un incendio interior que, cada poco tiempo, desata el caos.

Iván Paredes se encuentra entre el público, haciendo exactamente lo que Alba le ha pedido que no haga: coincidir con ella en el mismo espacio. Apenas necesita valerse de su visión periférica para constatar que es él; la imaginación no le está jugando ninguna mala pasada.

Alba siente una presión súbita en el ojo izquierdo. Sabe lo que está a punto de suceder y no hace nada por evitarlo. Al contrario. Se detiene al final de la pasarela, con los brazos en jarra sobre su estrecha cintura, y recorre a todos los presentes con su mirada, entre gritos de éxtasis, sonrisas falsas y un deseo lascivo y poco disimulado. Cierra los ojos y deja que una lágrima de un rojo intenso se deslice por su delicado rostro. Casi todos los presentes sacan sus teléfonos

móviles para fotografiarla y grabarla. Alba llora sangre mientras sonríe enigmáticamente. Se lleva los dedos índice y corazón de su mano derecha a la cara, se limpia la sangre, y, una vez más, la succiona con sus labios. Se da la vuelta y regresa al *backstage*.

Su médico le inspecciona el ojo y decide echarle un par de gotas.

—Te va a escocer un poco. —Sus médicos son los únicos que la tutean; los únicos para quien Alba se pliega.

—Si duele, es que estoy viva —dice Alba.

Sus guardaespaldas han desalojado el camerino. El desfile se ha terminado. No va a volver a salir. En su lugar, decide que la lleven a la *suite* en la que se hospeda, en el hotel Ritz.

—Señora Quiroga —le dice uno de sus guardaespaldas; Sebas, ¿quién si no?—. Iván Paredes quiere verla. ¿Cómo desea que proceda?

Alba no tiene tiempo para eso. Iván tenía unas instrucciones muy claras. ¿Por qué demonios ha ido a buscarla a la pasarela? No, así no se hacen las cosas...

—Dile que estaré esta noche en mi *suite* del Ritz. Si es capaz de acceder sin que nadie le vea, le atenderé.

—Como desee, señora Quiroga.

1.

2.

3.

4.

5.

22:00

6. A las diez de la noche, con los últimos rayos del sol ocultándose tras el horizonte de una ciudad al borde de la asfixia, Alba Quiroga reposa sobre el sofá del salón de su *suite*. Ya ha cenado. Nada de carne; lleva una dieta vegana, sostenible con el planeta. No ha vuelto a pensar en Iván Paredes hasta que este aparece como un fantasma tras las largas cortinas de las ventanas del salón.

—Te dejé bien claro que no quería verte en persona.

Alba está furiosa, pero también cansada. Ya debería haberse acostado. Necesita dormir un mínimo de doce horas al día para que el tratamiento que su equipo médico le ha diseñado surta efecto.

—Lamento molestarla, patrona, pero ha habido un contratiempo.

«¿Qué sabrás tú de contratiempos?», piensa para sí.

—Me han descubierto. Además, el doctor Jaime Cabrera ha desaparecido del mapa antes de que pudiera extraerle la información.

Alba cierra los ojos. No quiere ver a Iván Paredes; lo único que desea es que desaparezca de su vista para poder llamar a su asistente y que la ayude a acostarse.

—Presta atención, porque no te lo voy a repetir. Nunca... nunca vuelvas a estar a menos de un kilómetro de mí. —Lo dice con la voz calmada y una suavidad enfermiza; la amenaza es más palpable al hacerlo así—. Coge el teléfono móvil que he dejado sobre la mesa que tengo delante y desaparece de mi vista. Mañana a primera hora te enviaré unas coordenadas con la ubicación del doctor Jaime Cabrera. No quiero cabos sueltos. Sustráele la información igual que hiciste con los otros y líquídalo. Si lo haces, recibirás el dinero que habíamos acordado.

Con los ojos todavía cerrados, Alba percibe que Iván coge el teléfono móvil, tal y como ella le ha indicado.

—Gracias por todo, patrona. Cumpliré con mi palabra.

Acto seguido, se esfuma con el mismo sigilo con el que apareció. Alba Quiroga no abre los ojos. Presiona el medallón que siempre cuelga de su cuello y habla:

—Quiero acostarme.

En medio minuto, dos de sus asistentes aparecen en la *suite*. Con su ayuda, Alba se dirige a su sarcófago. Es la forma en la que se refieren a la máquina que, durante las doce horas de sueño, renueva su sistema sanguíneo y la mantiene a una temperatura cercana a los cero grados, al borde de la inconsciencia. Es la única fórmula que, por el momento, ha encontrado para alargar lo inevitable. Pero no tiene por qué ser siempre así. Confía en que su equipo de científicos descubra una nueva solución. Y, si no, ella misma se encargará, como ya ha hecho con la Post-DNA Dynamics. El Proyecto Carne podría tener cierta utilidad para sus intereses. No solo ayudándola con su propio tratamiento vital, sino con ese otro proyecto en el que lleva un tiempo pensando: la diezma controlada de la población mundial. El despertar necesario.

Sábado 20 de julio de 2024, 06:30

Héctor Aldana no madruga tanto como Julia. A las cinco de la mañana todavía duerme. Su despertador suena a las seis y media; no importa que sea lunes, miércoles o sábado. Es, además, la hora a la que la pierna le empieza a doler. Un recordatorio de cómo no hay que hacer las cosas; una lección. En cierto modo, da las gracias por ello. No murió, pero se vio obligado a bajar el listón. Su edad es la que es y lo acepta. Ya no puede estar en la primera línea de combate. Eso es patrimonio de los jóvenes y temerarios; de las Julias Báez de la vida. Porque, entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, siempre hay Julias, o Héctores de antaño. Es una cuestión de estadística.

Una parte de Héctor se ha quedado estancada en un mundo que ya no existe. Todavía escucha la radio. Suele ponérsela de fondo, como una compañía necesaria; inevitable, acaso. Es un sonido familiar y cercano que le recuerda a su juventud. Las tertulias políticas son sus favoritas. Ya no lee la prensa, solo ficción. Ha decidido ponerse al día con los clásicos; con todo lo que no quiso leer en su juventud porque lo encontraba aburrido, pedante o inútil. Ahora no hay nada que le aporte más. Todas las mañanas dedica una hora a perderse entre la prosa de grandes autores. Charles Bukowski, Fiódor Dostoyevski, Virginia Woolf, Albert Camus o Edgar Allan Poe. También hay nombres más populares y, no por ello, menos fascinantes: Stephen King, Arthur Conan Doyle, Isaac Asimov, Agatha Christie o John Grisham. La música que escucha es también la del pasado: de los años sesenta, setenta y ochenta, principalmente. De alguna forma, solo en la cultura popular del ayer encuentra consuelo. Es un lugar agradable en el que cobijarse.

De no dedicarse a lo que se dedica, tendría perro. Sin embargo, su vida no se lo permite. La única compañía animal que ha logrado es la de un gato, herencia de su madre. Es huraño, igual que él, y cada vez ve menos. De vez en cuando, sin embargo, se acerca en busca de su compañía; es una sensación placentera. Héctor tiene buenos amigos, la mayoría de ellos más cultos e instruidos que él. Casi todos son ex militares o espías. No lo considera como algo bueno o malo; simplemente, es lo que hay.

Por eso, la llegada de Julia Báez a su cuadriculada vida le ha puesto contra las cuerdas, pero no es algo negativo. Le ha obligado a salir de su cueva, en la que tan a gusto parecía encontrarse. Sin embargo, la realidad es que Héctor no está satisfecho con su vida. La vive de la mejor manera que sabe, con sus carencias y sus limitaciones. Ha aceptado la soledad, ha interiorizado los sacrificios y se ha convencido a sí mismo de que no hay nada más allá de lo que ya conoce.

Ahora, Julia ha roto ese caparazón bajo el que lleva tiempo resguardándose. Ella es una mujer joven, de una época distinta a la suya. Pero es también un calco de lo que él ha sido, con sus defectos. Y todo lo que él no fue capaz de ver en sí mismo, años atrás, ahora lo ve con claridad en Julia. Ha empezado a preocuparse por ella. «El pasota de Héctor». Así solían llamarle sus amigos. Quiere ayudarla, pero no sabe cómo.

No está preparado para ayudar a nadie.

Lo ha hablado con Jean Vega en su última sesión, y el psiquiatra le ha recomendado dejarse llevar; no forzar nada, no perseguir ningún objetivo específico. Respetarla y compartir con ella lo que le salga de dentro. Así lo está intentando, aunque quizá no con demasiado éxito.

Después de su hora de lectura, Héctor deja el libro en la estantería. Está leyendo *Moby Dick*, de Herman Melville, y le sorprende la vigencia de su prosa, así como la capa de humor con la que su autor entreteje la trágica perdición del capitán Ahab y sus compañeros de viaje. Se siente

un poco como Ahab, y no por la cojera que comparten, sino por la incomprensión que suscitan en su entorno; por no hacerse entender del todo entre sus iguales y por ser vistos como unos bichos raros. Es una lectura intensa y complicada, pero necesaria.

Antes de ducharse y desayunar, consulta su teléfono móvil. Un mensaje le sorprende:

«Soy Jaime Cabrera. María Gutiérrez me pasó su contacto. Llámeme, por favor. Necesito hablar con usted. Colaboraré».

Sin pensárselo, Héctor le llama.

—Hola —responde una voz al otro lado.

—¿Es usted el doctor Jaime Cabrera?

—Sí, soy yo.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo?

—¿Quiénes eran sus socios en la Post-DNA Dynamics?

—Pedro Suárez y Luis Cifuentes, y sé que ambos están muertos.

Héctor le fuerza; quiere que se moje.

—Necesitaré algo más.

—El Proyecto Carne. Es lo que buscan quienes les han matado. Alguien se interesó por esa investigación hace poco y nos hizo una oferta muy generosa. Pero la rechazamos. El proyecto no está todavía... listo. Si hubiéramos sabido lo que sucedería después... Quiero confesar. Lo contaré todo, pero, a cambio, solicito su protección. La del CNI. Sálenme y les contaré lo que deseen. Pero no por teléfono. En persona.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

—Quedemos en la Vaguada. En el centro comercial. Es un lugar público y concurrido. En la última planta, donde los cines. Hoy a las diez de la mañana. ¿Le parece bien?

—De acuerdo.

—Voy a deshacerme de este teléfono. Sé que me están buscando.

—¿Y cómo nos pondremos en contacto?

—No podremos. No, hasta las diez en la Vaguada.

—Si no tiene nada más que añadir, allí nos vemos.

—Gracias.

La comunicación se corta. Acto seguido, Héctor se pone en contacto con el resto del equipo. Cuentan con una conexión encriptada en sus teléfonos móviles de trabajo. Es escueto y les escribe una breve nota contándoles lo sucedido. Solicita un vehículo de escolta para la misión, y lo quiere a las nueve y media en las inmediaciones de la Vaguada. Asimismo, queda con sus compañeros de la División 33 en la habitación 609 del hotel de Gran Vía a las nueve de la mañana.

—Hoy va a ser un día importante —le dice a su gato, que está tumbado en el sofá, a su lado—. Si tenemos suerte, daremos un paso decisivo en la resolución del caso.

Bond maúlla y se da la vuelta. En ese momento, Héctor piensa que, si Julia descubriese que su gato se llama Bond, lo vacilaría durante semanas.

1.

2.

3.

4.

5.

6. A las nueve de la mañana ya están todos en la habitación del hotel. Ximena no tiene más

09:00

remedio que hacer noche allí, custodiada, por lo que agradece la llegada de los demás. La inspectora ha subido los cafés, como cada mañana, y los ha repartido.

—No pensé que la estrategia de ir dejando tarjetas de visita por ahí fuera a dar ningún resultado —comenta Julia, con una sutil sonrisa en su rostro.

Héctor percibe que está de buen humor, y eso es positivo. En realidad, por las mañana siempre lo está. Es a lo largo del día cuando la presión de la sociedad, el calor, los nervios y, en general, la vida, terminan por hacer mella en su actitud.

—Uno nunca sabe qué es lo que va a resultar —responde Héctor—, por eso es una buena estrategia no cerrarse ninguna puerta.

—¿Os puedo ayudar de alguna forma? —pregunta Ximena, que se siente, si no excluida, sí en desventaja respecto a sus compañeros. Siempre va a rebufo y no puede intervenir a la hora de la verdad.

—Accede a las cámaras de seguridad de la zona. Busca a nuestro asesino: Iván Paredes. Es posible que conozca la localización de Jaime Cabrera. O no, pero sería conveniente estar prevenidos.

—Claro, veré lo que puedo hacer. Activaré mi algoritmo. Quizá pueda detectarle por su forma de andar...

Ximena se queda tecleando sobre su portátil y rumiando. Ya ni siquiera se molesta en quitarse el pijama. Su madre le ha traído ropa nueva. Está como en su casa.

—Hemos solicitado el vehículo de apoyo, Héctor —dice Felipe—. Un blindado. Allí lo tendréis. Si necesitáis algo más, decidnos.

Julia se termina su café y, en la terraza del hotel, se fuma un cigarrillo.

—Julia —dice Ximena, desde dentro, y sin molestarse siquiera en mirarla—, ¡no fumes!

La inspectora sonríe. Tira la colilla al suelo y la apaga.

—¿Qué vas a ser ahora, mi madre?

—No, pero fumar no va a traerte nada bueno.

—Escucha a Ximena y puede que aprendas alguna cosa —añade Héctor, con socarronería.

Julia rompe a toser y, al pasar por delante de ambos, les muestra el dedo corazón de su mano derecha. Todavía tosiendo, sale de la habitación, rumbo al *parking* subterráneo.

Ximena y Héctor se miran divertidos y se despiden con un gesto.

Cuando Héctor entra en el Mercedes, Julia ya lo ha arrancado. Además, ha conectado el climatizador, por lo que la temperatura comienza a hacerse soportable. La parte delantera del vehículo sigue abollada a consecuencia del estropicio del día anterior.

—Cuando terminemos con este caso lo llevaremos a reparar —dice Julia, que de alguna forma lee los pensamientos de su compañero.

—Espero que Noelia no nos eche la bronca. Tener un Mercedes está muy bien, pero son coches muy caros de mantener.

—No me jodas, Héctor. Si el CNI no puede permitirse la reparación de una carrocería, apaga y vámonos. Por cierto, hablando de eso... —Héctor se teme lo peor. «¿Con qué demonios va a salirme ahora?», piensa, poniendo cara de póker—. ¿Cuánto cobra uno como agente del servicio secreto? ¿Sabes cuál es mi nuevo salario?

De todas las posibles preguntas que Héctor había pensado, esa es quizá la última que se le habría ocurrido. Su compañera, ciertamente, sabe cómo sorprenderlo.

—Yo no sé eso, Julia. ¿No te lo contó Noelia cuando hablasteis?

—No surgió el tema, la verdad.

—Pues imagino que cobrarás algo parecido a lo que has estado cobrando hasta ahora.

—¿Qué hago? ¿Se lo pregunto yo a Noelia o te encargas tú? Eres mi jefe, ¿no?

—Sí, descuida, yo me encargo —responde Héctor, todavía con la cara de póker—. Tengo una reunión diaria con ella. Se lo diré hoy.

Julia se siente de repente estúpida; Héctor lo lee en su rostro. Su gesto se tuerce: las cejas se arquean, la nariz se encoge, la frente se arruga.

—¿Y qué es lo que habláis en esas reuniones? Pensé que solo le enviabas un informe. Eso fue lo que me dijiste. Nada de reuniones diarias...

Ya están de camino a la Vaguada. Julia no ha puesto las sirenas; conduce con cierta moderación. Después de la bronca del día anterior, parece que quiere comenzar el día tranquilo. Pero nuevos nubarrones amenazan con enturbiarlo todo, una vez más.

—Vamos a ver, no te enfades como una chiquilla, porque no tienes motivos para ello.

Antes de terminar la frase, Héctor es consciente de que la ha cagado; no ha medido sus palabras.

—Perdona —añade enseguida. No necesita ver el rostro de Julia para saber que se está empezando a enfadar; las revoluciones en aumento del Mercedes son una evidente muestra de ello—. No digo que seas una chiquilla, es solo que no hay motivos para que te cuente nada sobre esas reuniones porque, fundamentalmente, el que habla soy yo, no ella. Y le cuento lo mismo de lo que nosotros debatimos durante el día. Nuestras hipótesis, lo que pensamos o las vías de investigación que creemos que son más prometedoras.

—¿Y ella qué dice? Porque no me dio la sensación de que Noelia Ríos sea de las que se quedan calladas. —Su tono de voz va en aumento, al igual que la velocidad del vehículo. Julia, de hecho, ya ha activado las luces de la sirena.

—Mira, Noelia básicamente me presiona. Y me dice cómo debería hacer mi trabajo. Pero yo no le hago caso, porque nos conocemos desde hace décadas, y sé que ella tiene su forma de proceder y yo la mía. Y punto. Es la jefa, y hay que informarla, eso es todo. Es a mí a quien le corresponde hacerlo. Pero no hay ninguna conspiración para dejarte de lado. De verdad que por ahí no van los tiros...

Julia no dice nada. Conduce con la agresividad que la caracteriza. Van por la avenida de Pablo Iglesias. El GPS les recomienda seguir otra ruta, pero ella está al mando y va por donde le da la gana.

—¿Te gustaría estar presente la próxima vez? —pregunta Héctor, con cierto cansancio.

—Sí, me gustaría estar —responde ella. En ese momento, reduce la velocidad del Mercedes y vuelve a pilotar con cierta normalidad. Héctor lo agradece.

—De acuerdo, no hay problema. Hablaremos con Noelia juntos.

—Vale. —Una pausa, larga, casi de tres semáforos. Cuando Héctor ya está pensando en otra cosa, Julia añade—: Gracias.

Héctor trata de recordar a cuento de qué viene eso.

—No hay de qué —dice, sin estar seguro de a lo que se refiere—. Aparca en la calle, frente a la entrada del centro comercial.

Ya están en Monforte de Lemos. Son las diez menos veinte. Héctor localiza el coche escolta más adelante. Como para no verlo. Es un Hummer blindado y con los cristales tintados, a prueba de balas. Julia también lo ve.

—Bueno, bueno, ¿y ese coche? ¿A quién se lo habéis confiscado, a un *narco*? —suelta, como una niña ante su videojuego favorito—. Yo me encargo de conducirlo, ¿de acuerdo?

Héctor sabe que no hay espacio para la discusión y que, si lo hay, tiene las de perder.

—Primero vamos a ver si Jaime Cabrera se presenta, y luego ya veremos.

—Qué pasada de vehículo...

Héctor saluda a los dos agentes de campo que han llegado como apoyo. Los conoce desde hace tiempo; son de fiar, gente valiente e íntegra. Les presenta a Julia.

—Hemos oído que andáis en un caso delicado —dice uno de ellos, el más dicharachero.

—Bueno, ya sabéis, la misma mierda de siempre —responde Héctor con parquedad y sin dejar de consultar el reloj. Está nervioso, y eso le inquieta a Julia.

—Vamos a quedarnos con vuestro Hummer, chicos —comenta Julia, como si fuera lo más natural del mundo—. Para trasladar al testigo protegido —añade.

—Sí, bueno —interviene Héctor, que tiene que lidiar con las miradas de confusión de sus colegas—, probablemente sea lo mejor. En el vehículo blindado iremos más protegidos. Vosotros podéis coger el Mercedes y escoltarnos.

—Claro, Héctor, no hay problema —responde el segundo de los agentes, ante el corte que se ha llevado el parlanchín—. Tú mandas.

Ese «tú mandas» le repatea un poco a Julia, aunque no hay motivos para ello. Héctor es el agente con mayor experiencia, el que da la cara y el responsable sobre el terreno de la División 33. Así que Julia cierra el pico y no dice nada.

—¿Tiramos hacia la Vaguada? —pregunta el agente dicharachero.

—Sí, sí, venga, vamos —responde Héctor, que anda algo despistado.

—Os veo a través de docenas de cámaras de seguridad —les comenta Ximena por el intercomunicador—. Todo despejado por el momento.

—Estupendo, Ximena. Estad atentos. Cualquier cosa que os llame la atención, hacédnosla saber.

—Recibido.

Héctor toma la delantera e indica a los demás que lo acompañen. Los dos agentes que han llegado en el Hummer van de paisano. Con el calor que hace, uno lleva una camisa medio desabrochada y el otro una camiseta de Los Angeles Lakers. No van equipados con ninguna protección adicional.

—Hemos quedado frente a los cines, en la última planta —comienza Héctor, que ejerce de organizador, con su característica cojera y su atenta mirada—. Tú, Juan, te vas a quedar en la base de esa escalera mecánica, vigilando los coches y atento a cualquier cosa sospechosa. Colocaos estos intercomunicadores para que estemos en contacto. Tenedlos abiertos en todo momento.

Los dos agentes se ajustan los pequeños audífonos que Héctor les entrega.

—Hola, hola —dice el parlanchín; se llama Juan.

—Hola, hola —repite Julia, desde atrás, y sonríe. El parlanchín también lo hace.

—¿De dónde vienes? Me suena tu cara —dice Juan, que le echa una mirada a Julia de arriba abajo, satisfecho con lo que ve—. ¿De la Guardia Civil, tal vez?

—De homicidios. Aunque si te resulto familiar, apuesto a que es por otra cosa.

—Es la que salvó al presidente del Gobierno del atentado de hace unos años —responde Raúl, el segundo de los agentes de apoyo.

—¡No jodas, es verdad! —suelta Juan. La mira con mayor detenimiento—. Joder, eres toda una heroína, ya lo creo...

—Por favor, dejaos de historias —interviene Héctor. El grupo está ya frente a la entrada de la

Vaguada. Toman la escalera mecánica que les conduce hasta la planta superior, en la que se encuentran los cines. Es la que tendrán que usar para volver a los vehículos—. Tú te quedas aquí, Juan.

—A mandar.

Juan se detiene en la base de la escalera, mirando con atención a sus compañeros; sobre todo a Julia y, especialmente, su culo.

—Puto salido —suelta Julia, en voz alta, y sin ni siquiera darse la vuelta. La escuchan Héctor, Raúl y todos los transeúntes que se encuentran a su alrededor; además del resto de integrantes del equipo, conectados por intercomunicador.

Nadie dice nada.

Héctor se debate entre la posibilidad de que se le haya escapado el comentario a Julia o que lo haya hecho para poner a Juan en un aprieto. Conociéndola, se decanta por la segunda opción, y no puede evitar estar de su lado. A pesar de no ser un mal tío, Juan es un poco bocazas y un salido.

—Junto a los cines hay otra entrada —continúa Héctor, tratando de reconducir la situación—. Encárgate tú de vigilarla, Raúl.

—Dalo por hecho.

—Yo recibiré a Jaime Cabrera, Julia. No quiero que se piense que somos media docena de agentes; no debemos asustarle. Lo importante es llevarle tan rápido como nos sea posible hasta el blindado y salir pitando de aquí. Así que estate cerca de nosotros en todo momento, vigilando y con los cinco sentidos en alerta.

—Sin problema —dice ella. En su caso, el cuchillo que lleva adherido a la pierna derecha y la cartuchera con la pistola llaman un poco la atención. No tiene nada de lo que ocultarse; lleva la placa al cuello, a la vista de quien pueda estar interesado.

—Muy bien, pues vamos a ello.

Son las diez menos cinco.

Héctor se sitúa en mitad del vestíbulo, frente a los cines. Julia se acomoda en uno de los locales colindantes y se pide un café. En su soledad, da un par de caladas al vapeador y se dispone a radiografiar su entorno.

—Todo en orden por aquí abajo —apunta Juan.

—¿Alguna tía buena a la vista? —pregunta Julia. A Héctor se le escapa una sonora risotada, pero enseguida se corta y no tarda en arrepentirse de ello.

—No me jodáis, ¿de acuerdo? —termina diciendo al final—. No somos críos.

Todos los presentes han echado un vistazo a unas fotografías del hombre del momento: Jaime Cabrera, científico, investigador y, tras el visionado de las torturas animales, ahora también un criminal.

—Lo tengo —dice Raúl—. Viene por mi zona. Camiseta blanca, gorra negra y pantalones cortos de color beis.

Héctor y Julia se giran en su dirección y no tardan en localizarlo.

—Ximena, ¿algo que reportar?

—Nada, no he detectado nada sospechoso. Y mis algoritmos tampoco.

Jaime accede al centro comercial y enseguida se sitúa frente a la taquilla de los cines, con los brazos cruzados. Otea el horizonte en un giro de trescientos sesenta grados. Héctor no quiere perder más tiempo y se dirige hacia él.

—Hola, señor Cabrera. Soy el agente Héctor Aldana.

Jaime le mira con cierto recelo. Suda como un cerdo, igual que todos los demás. Nadie está

preparado para ese calor.

—Demuéstrelo —le solicita, con evidente desconfianza. Tiene las ojeras de quien no ha pegado ojo en varios días y el pelo alborotado bajo la gorra.

Héctor le enseña primero su pistola y luego su identificación.

—Tendrá que fiarse de mí, señor Cabrera.

—Escuche. Sáqueme de aquí, asegúrese de que no me maten y le daré lo que quiera.

—No quiero nada, señor Cabrera, solo justicia.

—Confesaré, ya lo he decidido...

—Ya lo creo que lo hará.

—Héctor —dice Julia por el intercomunicador—, venga, vamos, ya habrá tiempo para conversar. ¿Os movéis?

Julia tiene razón.

—Muy bien, acompáñeme.

—Espere, ¿cuál es el plan?

—Sacarle de aquí con vida.

Jaime no hace más preguntas. Héctor le coge del brazo y tira de él con su mano libre; con la otra, sostiene el bastón. Inicia el camino de vuelta rumbo a las escaleras mecánicas por las que acaban de acceder al centro comercial. Les separan apenas cincuenta metros. A esas horas todavía no hay demasiada gente en la Vaguada. La mayoría son jubilados que campan a sus anchas.

Julia no deja de divisar a tipos raros, pero sabe que no hay mucho que hacer al respecto: Madrid está llena de *freaks* y colgados. Se conforma con terminarse el café y adelantar a Héctor y a Jaime. A unos veinte metros por delante, va abriendo camino.

Por detrás de ellos, Raúl también se ha puesto en marcha, cerrando la comitiva. Protege la retaguardia, pendiente de cualquier cosa fuera de lo común. Tiene la mano sobre su pistola, oculta bajo la holgada camiseta de Los Angeles Lakers que lleva puesta.

—Juan, vamos de camino —anuncia Julia, que acaba de subirse a la escalera mecánica. Tras ella, Héctor y Jaime llegarán enseguida; están a unos quince metros. No hay ninguna persona de por medio.

Julia baja las escaleras mecánicas andando y alcanza a Juan.

—Las llaves del Hummer, por favor.

Juan pone cara de pocos amigos, pero accede. Es lo que Héctor ha ordenado. A cambio, Julia le entrega la llave inteligente de su Mercedes Clase S.

—Gracias —le dice, con la mejor de sus sonrisas.

Acto seguido, pone rumbo hacia el Hummer, sabedora de que el salido de Juan la está mirando de arriba abajo. «Hínchate lo que quieras, capullo...», piensa, si bien esta vez no lo verbaliza.

Los vehículos aguardan en la carretera, aparcados en doble fila. El Mercedes, con la luz de la sirena activada. Julia entra en el todoterreno blindado. Es una mole, igualito que el que conduce Sean Connery en *La Roca*, la película de Michael Bay. Por un lado, lo ideal sería que no hubiera incidentes durante el trayecto hasta un lugar seguro. Sin embargo, una parte de Julia fantasea con la posibilidad de que se produzca una persecución por Madrid a bordo de ese tanque con ruedas, y eso la excita más de lo que debería.

Héctor y Jaime ya bajan por las escaleras mecánicas. Detrás de ellos, Raúl no tarda en alcanzarlos. Todos se muestran alerta, si bien su capacidad de reacción se va reduciendo a medida que salen al exterior. Fuera, los frentes se amplían: hay mucha más gente, infinidad de

coches y docenas de ventanas abiertas en los bloques de viviendas colindantes. Todo es una posible amenaza, y un problema si lo que el asesino se propone es liquidar al último eslabón suelto de la Post-DNA Dynamics. Pero, al mismo tiempo, si el asesino necesita algo de Jaime Cabrera, no puede matarlo. Y eso les da una ligera ventaja a los agentes: Iván tendría que pasar por encima de sus cadáveres para acceder al científico.

—Vamos, vamos, vamos —repite Julia, en apenas un susurro, y sufriendo por Héctor y su cojera, que le impide desplazarse con velocidad.

Juan es el primero en llegar hasta el Hummer. Abre la puerta trasera. Entretanto, Julia se estira para abrir la puerta del copiloto, por la que Héctor entrará de un momento a otro. Ya están a cinco metros. Raúl, más atrás, se acerca a la carrera hasta ellos y, tras alcanzarlos, coge a Jaime por el brazo y le obliga a entrar en la parte trasera del blindado. Una vez dentro, Raúl entra con él y se sienta a su lado. Héctor es el último en llegar, sudando la gota gorda. Se sienta en el asiento del copiloto, al lado de Julia.

—Vamos, arranca —dice Héctor, que jadea. Los cincuenta y cinco años pesan.

Juan cierra la puerta desde fuera y se dirige a la carrera hacia el Mercedes.

Por su parte, Julia pisa el acelerador y comienza a jugar con el motor de la bestia mecánica que tiene entre manos. No puede evitar sentir una pequeña decepción. Es un blindado, a fin de cuentas, y su función no es la de correr más que un vehículo de la NASCAR americana, sino aguantar lo que le echen encima y proporcionar una tracción efectiva en cualquier situación.

Julia se incorpora al tráfico. Unos instantes después, el Mercedes con el morro destrozado se sitúa a escasos metros de distancia por detrás.

—Bien, bien, buen trabajo, chicos —dice Héctor, que mira hacia atrás para asegurarse de que todo está en orden. Jaime y Raúl ya se han puesto el cinturón, aunque mantienen una posición un tanto forzada. No es el coche más cómodo del mundo, todo hay que decirlo.

—¿Cómo se encuentra, doctor Muerte? —pregunta Julia, dirigiéndole una mirada asesina a Jaime Cabrera a través del retrovisor.

—Escuchen —empieza, como si algo le oprimiera el pecho—, me arrepiento de lo que hice. El objetivo que perseguíamos era otro. Las fases experimentales fueron muy alentadoras a nivel microscópico. Pero al saltar a los ensayos animales nada salió como estaba previsto. Cometimos irregularidades, obviemos los protocolos de seguridad... Hicimos una investigación ilegal, sí, lo admito, la cagamos. Me declaro culpable. Punto. Aquí no somos nosotros los que estamos matando a nadie. Somos las víctimas.

—¡Y una mierda! —suelta Julia—. ¿Y qué son los animales en todo esto?

—Daños colaterales.

Héctor se ve obligado a sostener el volante del Hummer. Le dedica una elocuente mirada a Julia: «No merece la pena».

El rostro de la inspectora apenas refleja una pequeña porción de todo lo que se está removiendo en su interior. Julia odia a los poderosos, y más cuando estos se aprovechan de ese poder para hacer el mal y saltarse las leyes. Y le parte el alma que ese cabrón pueda salirse con la suya. Todo el horror que causó a los animales quizá se traduzca en una mera multa y unos pocos años en prisión.

—Pagaré por lo que hizo —le asegura Héctor, con vehemencia—. Te lo garantizo. Pero ahora le necesitamos con vida.

—Sí, sí, lo sé... —se defiende ella.

Raúl, el agente de apoyo del CNI, no termina de entender lo que hay en juego. No dispone de toda la información. Pero Julia y Héctor son sus compañeros, y en la agencia eso es todo lo que

uno necesita saber para dar su apoyo. Por eso, no duda en sostener con firmeza a Jaime Cabrera por el brazo; le aprieta incluso con más fuerza.

—Estese callado, le conviene —le dice Raúl, con cara poco amigable.

—Ximena —interviene Héctor, de nuevo con la situación aparentemente bajo control—, llévanos por una ruta segura hasta el COI, en la Castellana.

—¿El COI? —pregunta Julia.

—El Complejo de Operaciones de Inteligencia —añade Héctor—. Allí están las oficinas centrales del CNI. Es donde, por el momento, Jaime estará más a salvo.

—Hecho —comenta Ximena—. Tenéis la ruta en vuestros móviles. Es la más directa y la que, en caso de problemas, cuenta con más vías de escape.

—Excelente —concede Héctor.

—Creo que hemos salvado el *match ball* —comenta Juan desde el Mercedes, a través del intercomunicador—. Dudo mucho que, estando ya en marcha, nadie intente una mierda.

Pero el destino es caprichoso.

Justo en ese instante, algo de un tamaño desproporcionado golpea a los dos vehículos por la parte derecha. El Mercedes salta por los aires, da una aparatosa vuelta de campana y aterriza del revés unos metros más allá. Se queda incrustado entre dos vehículos aparcados cerca de la acera peatonal. Aunque el grueso de la carrocería del Mercedes aguanta, los hierros retorcidos del chasis de uno de los vehículos aplastados perforan el pecho de Juan, que se queda incrustado en el asiento, bocabajo y desangrándose. El agente del CNI apenas es capaz de soltar el volante. Vomita sangre sobre el parabrisas e, instantes después, pierde la consciencia.

En cuanto al Hummer, el impacto no ha sido tan frontal. De hecho, solo ha sido un golpe de refilón. No vuelca, pero obliga a Julia a dar una serie de volantazos para corregir su trayectoria. En el proceso, el Hummer se golpea contra un par de coches de los carriles colindantes. Las ruedas de atrás han quedado dañadas a consecuencia del impacto. Julia siente que la tracción ha empeorado súbitamente.

—¿Qué cojones ha sido eso? —grita Héctor, que se lleva una de las manos a la cabeza. Al mirársela, la ve ensangrentada. Se ha golpeado contra la carrocería metálica del vehículo y se le ha abierto una brecha a la altura de la frente, en la parte derecha. La sangre comienza a escapársele.

—¡Juan! ¿Estás bien? —pregunta Raúl, aturdido desde el asiento trasero. Mira instintivamente hacia atrás, en dirección al Mercedes, del revés. Y, al fin, se topa con el causante de todo ese caos: un enorme mamotreto que ha surgido de la nada y que los ha embestido por el lateral; un camión de la basura. Al volante del mismo, Raúl no termina de decidir si hay un hombre o una mujer—. ¡Juan! —grita, temiéndose lo peor.

—Písale fuerte, Julia —ordena Héctor, que también ve por el retrovisor la amenaza que se cierne sobre ellos—. Písale como a ti te gusta.

Las palabras de Héctor, aun en la precaria situación en la que se encuentran, son todo lo que Julia desea oír.

—Agarraos los huevos —dice ella.

Julia pisa el acelerador a fondo y termina de despegarse de los dos vehículos entre los que se ha quedado momentáneamente atrapada. Sin embargo, la velocidad punta del blindado está mermada; no es suficiente como para dejar atrás al camión de la basura. El mastodonte, tras arrollar al Mercedes, gira en la dirección del Hummer, dispuesto a embestirlos.

—¡Písale más! —grita Raúl desde atrás, sosteniendo a Jaime Cabrera con fuerza. Lo agarra como si se tratara de un muñeco de trapo, protegiéndole la cabeza en un acto reflejo.

—Mierda, joder... —se lamenta Julia—. Vamos, coño... ¡Esto no da más de sí!

—Sal... Sal de la calle principal —dice Héctor. Julia se gira hacia su compañero y lo ve medio ido. La herida de la cabeza no se le cierra.

—Joder, Raúl, échale un cable —pide la inspectora, que posa primero sus ojos en Héctor, luego en Raúl, a través del retrovisor, y, por último, en el amenazante camión de la basura, que ya los está enfilando.

—Julia. —Es Ximena a través del intercomunicador—. Sal de Monforte de Lemos. Coge cualquier perpendicular y callejea un poco, quizá así podáis perderlo.

Julia no dice nada. Siente la presión de la situación. Su compañero está perdiendo mucha sangre. Raúl se ha quitado la camiseta de Los Angeles Lakers e improvisa un vendaje sobre la cabeza de Héctor. Jaime Cabrera se mueve en la parte trasera del Hummer espasmódicamente y emite un desconcertante gemido, a medio camino entre lo humano y lo animal. Entre sus gimoteos, surgen unas palabras, repetidas en bucle:

—No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir...

Julia abandona Monforte de Lemos por la izquierda, saltándose un semáforo en rojo y sorteando a un par de vehículos que circulan en sentido contrario. El Hummer avanza gracias a su tracción a las cuatro ruedas, pero las dos ruedas traseras son ahora mismo un lastre. El impacto ha debido incrustar una de ellas en la carrocería, y no solo no suma a la hora de desplazarse, sino que ralentiza la marcha y limita la movilidad del vehículo. A Julia se le corta la circulación de las manos a consecuencia de la fuerza que tiene que ejercer sobre el volante para realizar el giro. Por detrás, el camión de la basura hace la misma maniobra que Julia.

—Nos va a alcanzar —dice la inspectora, que ve, con frustración, que el Hummer no da más de sí—. Nos va a sacar de la calzada... Nos va a aplastar...

—¡Esta no es la Julia *tocacojones* que yo conozco! —suelta Héctor, desde el asiento del copiloto, y todavía bajo los cuidados de Raúl—. Sácanos de aquí, Julia. ¡Es una maldita orden!

Las palabras de su compañero parecen surtir efecto. La mirada de Julia se endurece. Vuelve a concentrarse. Evalúa posibilidades. Traza planes. Y deja de pensar; es hora de actuar.

Da un volantazo a la izquierda e invade momentáneamente el carril contrario. Esquiva a un autobús de pasajeros y a un par de furgonetas de reparto, con los consiguientes bocinazos de protesta, pero Julia no se da por aludida. Sigue adelante con su plan, que no es otro que invadir la acera peatonal, en la que no ha detectado a ningún viandante en el tramo que va hasta la avenida de la Ilustración. El camión de la basura se mantiene en su carril. Iván Paredes puede no ser la persona más cuerda de la ciudad, pero no está tan loco como Julia Báez.

La inspectora sonríe y, viendo que el camión se desliza en paralelo a ellos, por la derecha, le enseña el dedo corazón de su mano.

—Jódete, cabrón —le dice, a pesar de que es del todo imposible que Iván pueda oírla.

—Quítate la camiseta —oye decir a Raúl, dirigiéndose a Jaime Cabrera—. Necesito más vendaje.

Jaime sigue trastornado, aunque actúa. Con lentitud, ejecuta las órdenes de Raúl.

—Se acaba la acera —dice Héctor, recostado sobre el asiento del copiloto mientras Raúl trata de vendarle la herida. A pesar de ello, todavía mantiene cierta visibilidad a través del parabrisas.

—No te preocupes —es todo lo que Julia dice. Una frase que, viniendo de ella, provoca una terrible inquietud en su compañero.

Héctor decide cerrar los ojos y dejarse llevar. La sangre ya no se le escapa a borbotones. Sin embargo, se siente débil y mareado.

Julia sigue apretando el acelerador a fondo y se dispone a atravesar la avenida de la Ilustración como un cohete de tres toneladas.

—Sujetaos —dice.

De nuevo da un volantazo a la izquierda, esquivando árboles, bancos de madera, pirulos de metal y a un anciano al que a punto está de llevarse por delante. Durante la maniobra, impacta contra el lateral de un Ford Focus, destrozándole la carrocería y sacándole de la calzada. El camión de la basura hace el mismo giro que Julia y se lleva no a uno, sino a tres vehículos por delante. El impacto, uno tras otro, hace que la marcha del monstruo de veinticinco toneladas se ralente.

A Julia no le da tiempo a cantar victoria. El Hummer va cada vez más despacio, mientras el camión de la basura no hace otra cosa sino arrasar con todo a su paso. No tarda en recuperar la velocidad punta.

—¡Esta puta tartana no corre! —grita Julia, de nuevo, frustrada como una niña pequeña.

Da un puñetazo contra el salpicadero, enajenada. Tiene la cara colorada como un tomate; del calor, la tensión, el estrés y el mono. En ese preciso instante, decide sacar el vapeador de uno de sus bolsillos exteriores, llevandoselo a la boca. Da una larga calada que le despeja la mente, pero ahí se acaba todo. Al hacer un nuevo giro de izquierdas con la intención de invadir el carril contrario, el vapeador se le cae al suelo. Las manos se le están empezando a despellejar; la tracción del blindado está a punto de quedar inutilizada por completo. Si eso sucede, ya no podrá girar.

Los coches esquivan al Hummer a medida que lo ven aproximarse. Julia quiere llegar hasta la acera, igual que la vez anterior. Sin embargo, en esta ocasión hay una fila de vehículos aparcados en batería entre la calzada y la acera. Tan pronto divisa un hueco, Julia se lanza, cual kamikaze, sobre el mismo, embistiendo los coches a ambos lados y haciéndolos saltar levemente por los aires con el peso de su carrocería.

El camión de la basura, con Iván Paredes al volante, replica la maniobra de Julia. Invade el carril contrario, arrollando a un par de vehículos que habían quedado cruzados en la carretera para esquivar a Julia, y a otros tantos de la fila de coches en batería. No hay hueco por el que pasar, pero el camión lo fabrica. Con su punta de velocidad, Iván no tarda en alcanzar al Hummer justo a la altura en la que se termina el centro comercial de la Vaguada. En paralelo al Hummer, Iván gira un poco más a la izquierda, buscando bloquear el paso del blindado y llevarlo contra el muro de piedra.

Julia ve lo que está a punto de suceder y se revuelve, girando a la derecha y lanzando el Hummer contra el camión, en balde. El mastodonte los repele sin inmutarse, y sigue acorralándolos, más y más y más... hasta que ya no hay apenas espacio... Julia grita y trata de aguantar el volante recto el tiempo suficiente como para que el muro de piedra contra el que Iván los está llevando, a su izquierda, se acabe. Justo en ese instante, Julia frena y gira todo lo que

puede a la izquierda, lanzándose con violencia por un tramo descendente de escaleras que conduce hasta una extensa explanada, frente a la biblioteca municipal de la Vaguada. El Hummer sortea el primer tramo de escaleras con cierta elegancia; mérito de la fuerza de la gravedad más que de la pericia de Julia. Sin embargo, no sucede lo mismo con el segundo tramo de escaleras: el vehículo, presa de esas mismas e inexorables leyes físicas, vuelca de lado, iniciando una sucesión de violentas vueltas de campana. No se detiene hasta que queda completamente destrozado sobre la explanada inferior, junto a una fuente que, esa mañana, está apagada a consecuencia de la sequía que la ola de calor lleva días provocando.

Con el vehículo boca abajo, Julia rompe a toser. Le duele todo el cuerpo. Si bien el cinturón de seguridad la ha protegido de daños mayores, también le ha producido rozaduras importantes en la piel. Tosiendo con virulencia, Julia se desabrocha el cinturón y comprueba que la puerta de su lado no se abre; está abollada y bloqueada. A su derecha, Héctor cuelga ridículamente del techo del Hummer, con el cinturón puesto. Parece un saco de boxeo.

—Ey, Héctor, Héctor —le dice, dándole palmadas en la cara—. ¡Héctor, espabila!

Héctor no responde. Su barba canosa se ha teñido de rojo a consecuencia de la brecha en su cabeza. Raúl ha detenido la hemorragia, pero el espía ha perdido mucha sangre. Julia posa sus dedos, también ensangrentados, sobre el cuello de su compañero y comprueba, con alivio, que su corazón aún bombea sangre.

—Aguanta, compañero...

En la parte trasera del Hummer la situación es dantesca. Tras despojarse de sus respectivas camisetas para ayudar a Héctor, los dos ocupantes se desabrocharon los cinturones de seguridad. El cuerpo de Raúl se encuentra retorcido de una forma aberrante; las extremidades dobladas y rotas, la columna echa añicos... Julia no soporta verlo. Aparta la mirada, con lágrimas en los ojos, y se centra en Jaime Cabrera, que, aún con vida, se retuerce sobre el techo del Hummer, ahora convertido en el suelo. Gime lastimosamente, como un animal herido.

Julia no puede evitar pensar que es lo que se merece, y que suyo tenía que haber sido el destino del malogrado Raúl.

Sin embargo, la inspectora enseguida actúa, y se dirige a Jaime:

—¿Puede moverse? —Jaime la ignora, víctima de su particular infierno—. ¡Eh! ¡Señor Cabrera! ¿Me oye? ¿Puede moverse?

Jaime se revuelve y, en una desconcertante posición, con la cara llena de rasguños y apoyada sobre el suelo metálico, la mira y asiente sin decir una sola palabra.

—Entonces abra la jodida puerta de su lado y salgamos de aquí.

Jaime Cabrera escucha a Julia y se aferra a sus palabras. Siente que es junto a ella donde hay que estar. Mientras termina de dar con la forma de abrir la puerta, Julia recoge el vapedor del suelo y le da una última calada, sin efecto; está roto, como todo lo demás. La inspectora se sitúa debajo de Héctor, desabrocha el cinturón de su compañero y deposita su cuerpo sobre el Hummer, en horizontal.

—Espera aquí, Héctor, estarás bien —le dice, sin estar segura de si su compañero lo ha oído. Algo le coge de la mano: es Héctor. Abre uno de sus ojos y esboza unas palabras, en un hilo de voz apenas audible:

—Ten cuidado.

Julia se emociona y le promete que todo irá bien. Sin embargo, todavía tiene una misión por delante: impedir que Iván Paredes ponga sus manos encima de Jaime Cabrera.

Al salir del vehículo por la puerta que Cabrera ha abierto, Julia trata de enderezarse. No es capaz de lograrlo a la primera; tropieza y se cae al suelo, raspándose las rodillas. A la segunda, y

con la ayuda de sus brazos, consigue mantenerse en pie. Siente una enorme presión en el pecho. También le duele la espalda. Jaime Cabrera está apoyado sobre la carrocería del Hummer volcado. De un vistazo rápido, Julia detecta que el científico tiene un brazo roto. Además, cojea ostensiblemente, tanto o más que el bueno de Héctor.

La inspectora vuelve la mirada al tramo de escaleras por el que han caído dando vueltas de campana desde la avenida de la Ilustración. El camión de la basura se ha detenido a escasos metros de la escalinata y su motor está todavía en marcha. La puerta del conductor está abierta. Una figura menuda, con un ridículo vestuario circense, desciende escalones, lenta, pero inexorablemente. Lleva dos afiladas agujas, una en cada mano. Y se dirige hacia ellos.

—Ximena, necesitamos refuerzos —dice Julia, que ya se ha situado junto a Jaime con la intención de que este la use como apoyo para moverse.

Nadie responde al otro lado de la línea.

El único lugar en el que resguardarse es la biblioteca municipal de la Vaguada. Todo lo demás es una extensa explanada.

Algunos jubilados curiosos se aproximan al Hummer.

—Llamen a la Policía —les pide Julia, que carga con Jaime, tan quejumbroso fuera del vehículo como dentro de él.

Cuando ya se encuentran a escasos metros de la biblioteca, Julia se da cuenta de dos cosas; primera: se le ha caído el pinganillo con el que estaba en contacto con Ximena y los demás; y segunda, y más importante: su pistola ya no se encuentra en su cartuchera. Se ha quedado dentro del Hummer, probablemente junto a todo lo demás: el pinganillo, Héctor y el cadáver retorcido de Raúl. Valora si echar a correr hacia el coche para recuperar su arma. Si lo hace, tendría que desatender a Jaime, e Iván está ya casi encima de ellos.

Julia no piensa; actúa.

—A la mierda —es lo único que dice, como sintetizando todos sus pensamientos en esas tres palabras. Junto con Jaime, entra en la biblioteca.

Iván Paredes se dirige hacia ellos, a escasos diez metros de distancia. Camina con la tranquilidad de quien se sabe dominador de la situación; de quien está en paz con la naturaleza, con el destino y, por primera vez en mucho tiempo, consigo mismo.

—¿Qué es todo este alboroto?

Nada más acceder a la biblioteca municipal, un guarda jurado se abalanza sobre Julia y su acompañante, exigiendo explicaciones.

—Trabajo para el CNI y necesito que detenga a ese hombre. —Julia lo dice señalando en dirección a la puerta acristalada que acaban de atravesar. Al otro lado, todavía a algunos metros de distancia, Iván Paredes se aproxima, agujas en mano, con paso firme.

—¿Qué cojones es esto? —acierta a decir el guarda jurado, con una mano sobre su porra reglamentaria, todavía en su cinturón, y la vista en el trapequista que se aproxima a la biblioteca.

Julia sigue caminando, adentrándose en el edificio y buscando un posible escondrijo. Necesita deshacerse de Jaime; el científico continúa quejándose y lanzando esporádicos aullidos de dolor. La inspectora tampoco está bien. Le duelen todos los músculos. Está cubierta por una mezcla de sudor y sangre; suya y de los demás. Jaime va sin camiseta, lo que dificulta que pueda agarrarlo; a él también le chorrea el sudor y la sangre.

—Vamos, vamos —anima Julia al científico—, tenemos que escondernos antes de que nos alcance ese cabrón.

—No puedo, estoy... jodido... —murmura Jaime.

Más atrás, Iván Paredes acaba de acceder a la biblioteca.

—Quieto, no se mueva —le advierte el guarda jurado.

Iván no le hace el menor caso; sus ojos siguen posados sobre Julia y su presa.

El vigilante, ante el escaso éxito de sus palabras, saca la porra y amenaza con ella a Iván. El intruso, entre el extravagante maquillaje que lleva encima, la ropa chillona y los pechos de mujer, oculta sus intenciones bajo una desconcertante sonrisa. Las agujas, sin embargo, pronto hablan con más elocuencia que ninguno de los presentes. Iván, con un rápido movimiento de piernas, incrusta una de las agujas en el brazo adelantado del guarda jurado. En ese momento, el hombre de seguridad comienza a gritar. No le da tiempo a mucho más; Iván le clava la segunda de sus agujas en el corazón. Tiene prisa y no quiere demorarse más de la cuenta. El vigilante de seguridad se arrodilla con lentitud. Acto seguido, el trapequista le arranca de un fuerte tirón las dos agujas y lo abandona sobre el suelo. El cuerpo del guarda se retuerce de dolor. No tardará el morir.

A apenas veinte metros de distancia, Iván distingue a Jaime y a Julia. Limpia la sangre de las agujas y parte hacia ellos.

La gente que a esas horas anda por la biblioteca no quiere problemas. La mayoría se aparta. Alguno saca su teléfono móvil y comienza a grabar, siempre a una distancia prudencial. Otros llaman a la Policía o a los servicios de emergencias. Julia lo ve todo desde su posición; sabe que no hay escapatoria. Con Jaime en ese precario estado no hay nada que hacer. Y es precisamente a Jaime a quien Iván busca, por lo que la única alternativa que le queda es plantarle cara a ese lunático y ganar tiempo hasta que llegue la caballería. Pero desconoce cuánto tardarán. ¿Tres minutos? ¿Diez?

Julia se arrodilla junto a una estantería en la que están expuestos algunos de los títulos más comerciales de la biblioteca y apoya el cuerpo malherido de Jaime sobre ella.

—Aguarde aquí —le dice. El científico apenas acierta a balbucear.

Es posible que Julia no tenga su pistola reglamentaria, pero cuenta con su cuchillo. La sangre

de ese bastardo ya impregna el filo de su hoja. Lo desenvaina y encara a su atacante.

—Si quieres matar a Jaime Cabrera, antes tendrás que acabar conmigo —le espeta. Iván se detiene en seco a escasos tres metros de distancia. Sonríe. Tiene la cara cubierta con polvos blancos. Unos mofletes rojizos le decoran las mejillas—. Este no es tu circo, capullo.

Iván deja de sonreír. Por un momento parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor. Está acostumbrado a los daños colaterales. La gente muere. Es la naturaleza. Él no es más que un catalizador de esa naturaleza; un armonizador. Si esa mujer desea morir, que muera. Y vuelve a sonreír.

Julia también sonríe. De nuevo, esa sensación. La conoce bien. La adrenalina. Y el pensamiento de que, quizá en esa ocasión, por fin toque morir de una vez por todas. Dejar de sufrir, dejar de intentar encajar en un mundo extraño y desconcertante, dejar de huir...

—Adelante —insiste Julia—. Aquí estoy. Si te lo piensas mucho más, llegará la Policía. Y ni tú ni yo queremos que eso suceda. —Y no miente.

Julia busca justicia. Aunque sería más adecuado hablar de revancha. Ella ya no es ninguna oprimida. No es vulnerable. Es todo lo que se interpone entre la justicia y el caos; entre el Bien y el Mal. Y tiene sed de sangre. La misma que se ha estado derramando durante los últimos días con las muertes de Pedro Suárez y el otro desgraciado del retrete; de Luis Cifuentes y sus guardaespaldas; de los agentes del servicio secreto, el salido de Juan y Raúl; y del guarda jurado hace unos instantes. Con un solo derramamiento de sangre más, Julia cortará de raíz ese chorro constante e innecesario de cadáveres.

Iván se abalanza sobre ella con un rápido movimiento de piernas. Amaga con ir hacia la derecha, pero, en el último momento, lo hace hacia la izquierda. Julia aguanta lo suficiente como para percibir este cambio de trayectoria y esquivo el envenenado envite con un ligero movimiento hacia atrás. Las dos agujas de Iván se detienen a escasos centímetros del rostro de Julia. La inspectora no pestañea; en su lugar, se revuelve y carga con su enorme cuchillo sobre la cintura de su atacante, valiéndose de todo el peso de su cuerpo. Iván elude el filo de la navaja de Julia valiéndose de una de sus agujas, pero no puede evitar el impacto del cuerpo de Julia contra el suyo. Los dos salen trastabillados y desequilibrados contra una de las estanterías de la biblioteca, derribándola y esparciendo todos los libros por el suelo.

Sobre las baldosas, Iván se desliza como una culebra, girando sobre sí mismo, y, con un movimiento acrobático, se pone en pie. Julia no lo hace de manera tan vistosa, pero se levanta igualmente y vuelve a sonreír. De nuevo se sitúan el uno frente al otro, a unos dos metros de distancia. Y giran en círculo, aplastando los libros y estudiándose mutuamente. Julia puede oír a sus espaldas los gemidos de Jaime Cabrera, que parecen no tener fin. No se impacienta. Sabe que es Iván el que tiene prisa. Cuanto más tarde en dejarla fuera de combate, más probabilidades hay de que lleguen los refuerzos.

Una vez más es Iván quien lo intenta. Esta vez da una patada a uno de los libros caídos y lo lanza directo hacia el rostro de Julia. Justo antes de que impacte contra ella, esta se lo aparta de la cara con uno de sus brazos. Entonces comprende que ese era el truco: Iván se le ha plantado a menos de un metro de distancia, con las dos agujas apuntando a su cuerpo. La inspectora sabe que no va a poder evitar ambos envites, pero decide que, si es inevitable que le claven una aguja, Iván no saldrá indemne. Estira el brazo con el que sujeta su cuchillo y lo sitúa delante de ella, dirigido a su atacante, al tiempo que se pone de perfil, dificultándole el blanco a Iván.

El resultado del asalto queda en tablas. Con su rápido movimiento, Julia esquivo una de las agujas; no así la segunda, que se le clava en el brazo derecho, a la altura de su musculoso bíceps. Sin embargo, antes de que eso suceda, el cuchillo de Julia, firme como el mástil de una bandera,

ya ha atravesado el vientre de Iván. No es un corte tan profundo como a ella le habría gustado, pero ha hecho diana, que es lo que importa.

Ambos se tambalean y retroceden, haciendo un balance de daños. No hay gritos. De hecho, apenas sienten dolor. Están demasiado concentrados en la escaramuza. La mueca que hace Julia resulta indescifrable para los espectadores que aún pululan por los alrededores: una mezcla de satisfacción, furia, irritación y frustración. Ha sujetado con tanta fuerza su cuchillo que, después de clavárselo a Iván, se lo ha traído de vuelta, ensangrentado.

Iván, por su parte, ha perdido una de sus agujas, ahora incrustada en el brazo derecho de Julia. El trapealista se lleva la mano libre al vientre; un tono rojizo comienza a cubrirle los dedos. Está herido. Al igual que Julia. En el rostro de la inspectora siguen sucediéndose las emociones a una velocidad absurda. Todavía echándose hacia atrás y poniendo tierra de por medio, con su mano izquierda, Julia comienza a arrancarse la aguja que tiene clavada en el brazo, y que le ha atravesado la carne de un lado a otro. Lo hace apretando mucho los dientes, pero sin conceder un solo grito. Se le cae la baba mientras extrae la aguja; y escupe saliva en todas direcciones. Pero aguanta. La aguja termina de salir por completo. Un pequeño reguero de sangre se forma en cada uno de los dos orificios que le ha dejado en la piel. No le da la menor importancia. Arroja la aguja lo más lejos que puede, a unos veinte metros de distancia, donde una anciana con cara de preocupación sigue el devenir del enfrentamiento. La mujer coge la aguja ensangrentada y sale a la carrera de la biblioteca con ella en la mano, como queriéndosela entregar a alguien que pueda hacerse cargo.

Iván respira con fuerza, incapaz de contener las lágrimas. No es el dolor físico, sino la frustración. Su plan se va a pique por culpa de esa mujer. Pero, ¿quién demonios es? Y, ¿cómo es posible que le esté plantando cara? Él es un profesional en el manejo de los cuchillos y tiene una motivación; un objetivo. Ya casi ha logrado su metamorfosis. Solo necesitaba sonsacarle la información a Jaime Cabrera y acabar con él para que Alba Quiroga le pagase lo pactado. Se habría retirado, probablemente a miles de kilómetros de distancia. Pero ahora nada de eso importa; es un sueño que ve cada vez más lejano. Iván ignora que Julia también es una experta luchadora, y lleva siéndolo desde antes de que él fuera siquiera un niño.

Y es más temeraria que él.

—¿Qué más trucos tienes, payaso? —suelta Julia, que se relame la saliva mezclada con sudor y sangre.

—No soy ningún payaso, soy trapealista.

Julia sonríe.

—No eres más que otro psicópata del montón.

Iván sigue con una mano sobre el vientre y la otra empuñando la aguja que todavía conserva. Sabe que se le agota el tiempo, pero las provocaciones de Julia lo están poniendo nervioso. Está haciendo con él lo que quiere. La ha subestimado. Decide que no va a cometer ese error una segunda vez, y comienza a prepararse para un nuevo ataque. Sin embargo, lo que no esperaba es que fuera Julia quien tomase la iniciativa. Súbitamente, la inspectora se lanza a la carrera en su dirección, cuchillo en mano. Tiene la mirada vacía, como la de un animal.

«Está loca», piensa Iván para sus adentros, que emplea su única aguja como mecanismo de defensa ante la cuchillada que se le viene encima, de arriba abajo. Con las dos manos, logra detenerla poniendo entre medias la aguja de titanio. Saltan chispas a consecuencia del impacto de los dos metales. Los ojos de los dos contendientes se cruzan; unos ojos que se reconocen como dignos rivales, que han visto la muerte y que la han provocado, y que están todavía sedientos; todo lo sedientos que solo los ojos de los asesinos pueden estarlo.

Julia no especula; se aprovecha del desconcierto y le propina una patada en el vientre a Iván con sus zapatillas Nike de más de quinientos euros, haciéndole perder el equilibrio. El trapequista aún es capaz de sostener la aguja en alto, en horizontal, aunque ahora está arrodillado. Siente que no aguantará mucho más. Necesita un respiro. Haciendo un último acopio de fuerzas, Iván se impulsa contra Julia con intensidad. A la vez, mueve sus manos para que el filo del cuchillo de Julia se deslice a lo largo de la aguja, hacia uno de los lados, y le propina un brutal codazo en el rostro a la inspectora. Julia pierde momentáneamente la vista; una neblina, de tonos blanquecinos, ocupa su campo de visión. Una diminuta brecha se le abre a la altura de la ceja derecha. Como movida por un resorte, Julia se revuelve, lanzando sucesivas cargas con su cuchillo a su alrededor, tratando de asegurarse de que Iván no se le acerque. Sin embargo, el trapequista está ocupado con lo suyo; arrodillado a unos cinco metros de Julia, se aprieta el vientre con fuerza, haciendo rechinar sus dientes y tensando los músculos del resto de su cuerpo.

Julia se detiene. La visión regresa con lentitud: primero, con una definición borrosa, como si hubiera abierto los ojos debajo del agua; y, unos segundos después, como si se encontrase frente a una televisión de los años setenta. Con dificultad, logra acostumbrarse de nuevo a la luz artificial del interior de la biblioteca. Ya no hay civiles a su alrededor; el grueso de los usuarios del centro, jubilados y estudiantes, ha abandonado el edificio y se ha arremolinado en torno al Hummer en el exterior.

En un primer momento, Julia no da con Iván. La intuición le dice que localice a Jaime Cabrera, que sigue donde lo dejó. Y de inmediato localiza a Iván, aproximándose, renqueante, al científico.

—¡No! —grita Julia.

Todavía a unos cinco metros de distancia, lanza su cuchillo, directo a la espalda de Iván. La inspectora no cuenta con la extraña contorsión que el trapequista ejecuta. El cuchillo yerra en su objetivo y se termina estrellando contra una de las paredes de la biblioteca, muy lejos de la zona de acción. Iván sonríe y retoma su marcha hacia Jaime, que aguarda, desprotegido e inmóvil, en la base de una de las estanterías de la enorme estancia. Ya no gime. Ya no se lamenta. «¿Está muerto?», se pregunta Julia.

La inspectora no se lo piensa: se lanza a la carrera en dirección a Iván. No va a permitir que ese psicópata le ponga las manos encima a su testigo protegido. Con la explosividad que la caracteriza, y aun magullada y herida en el brazo, alcanza a Iván en cuatro grandes zancadas y se abalanza sobre él. El trapequista trata de realizar una nueva contorsión, situando la aguja que todavía conserva en dirección al cuerpo de Julia, pero no tiene éxito. Julia, valiéndose de sus dos manos, desvía la aguja y termina desarmando al trapequista con un golpe seco en la muñeca. La aguja sale disparada al tiempo que los cuerpos de ambos contendientes vuelven a chocar entre sí. Juntos, aterrizan sobre el suelo a unos metros de distancia, doloridos y fatigados. Julia se revuelve y se queda a cuatro patas, con los ojos clavados en su adversario. Jadeando, ambos se mantienen la mirada.

Una sirena de policía comienza a oírse a lo lejos. Los dos saben lo que eso significa. Es la hora de la verdad, y solo hay dos opciones: matar o morir. Ambos lo piensan. Son inadaptados, cada uno a su manera, convertidos en meros animales y movidos por instintos primarios. La supervivencia en su grado más depurado de expresión. Julia se relame los labios, llevándose

consigo parte de la sangre que le cubre el rostro. No se lanza todavía. Aguanta. Deja que sea Iván quien dé el primer paso. La sirena, además de oírse, comienza a percibirse; al menos, el reflejo de sus luces. El vehículo policial está accediendo a la explanada en la que se encuentra el Hummer volcado.

Iván no dice nada. Sigue dándole vueltas a la forma en la que sus planes se han torcido. Todo había ido a la perfección con Pedro Suárez y Luis Cifuentes, y todo podría haber ido igual de bien con Jaime Cabrera. Su patrona se lo habría agradecido con su respeto y el dinero acordado. Y él ya no sería enteramente él, sino él y ella; la eterna contradicción de la naturaleza. Un poco masculino y un poco femenino. En otro lugar, alejado de la podrida sociedad occidental. En otro tiempo, abstracto e insignificante. Y todas las muertes habrían cobrado sentido; las pérdidas habrían sido por una buena causa.

Pero nada de eso ha sucedido. Julia Báez lo ha evitado. Esa maldita loca se interpone entre él y sus sueños. Iván se desangra; es inevitable. Concentra toda su ira en esa mujer que lo escruta con ojos sedientos de sangre desde el suelo. Ya no lo oculta; es una tigresa, a cuatro patas, salvaje e indomable. Pero Iván sabe algo de felinos. En el circo los alimentaba y sabía cómo ganarse su confianza. Se quita la mano del vientre y deja que la sangre fluya sin oposición. Se levanta, apretando los puños y tensando los músculos. La sangre sale a borbotones a través de la herida de su tripa. Se despoja de las mallas que le cubren el cuerpo, que ya están más rojas que blancas. Desnudo, y con el rostro maquillado, la estampa resulta turbadora. No para Julia, que también se ha puesto en pie, a la par que su rival. Ella no se desnuda. Sufre uno de sus característicos tics nerviosos en los párpados. Le gustaría fumarse un cigarrillo. Es en eso en lo que piensa. En eso y en que Iván no va a tardar en abalanzarse sobre ella, y tendrá que ser más rápida que él; más contundente y letal.

—Te estoy esperando —le dice Julia, una vez más, con un tono de voz a medio camino entre la burla y la amenaza. Sufre un pequeño ataque de tos. Piensa que debería dejar de fumar, pero sabe que no va a hacerlo. Al igual que sabe que nunca encajará en la sociedad. Fue criada en la violencia, y solo a través de la violencia es capaz de expresarse con plenitud. No entiende el amor; no lo comprende. A veces cree estar cerca de resolver el enigma de las relaciones interpersonales, pero es en esos momentos en los que la vida le recuerda qué es lo que en verdad sabe hacer; qué es lo que se esconde en lo más hondo de su ser. La violencia, incurable y maldita...

Iván se aproxima hacia Julia, despacio. Un paso, luego otro... y le lanza un puñetazo de derechas. La inspectora lo bloquea con sus brazos sin problemas. Iván se revuelve y, como un animal, se abalanza sobre el brazo herido de Julia, mordiéndole en los agujeros que la aguja ha dejado en su cuerpo. Esta vez, Julia no puede evitar gritar; y lo hace con intensidad. Pero no se queda quieta: ella también sabe revolverse, y lo hace instintivamente, conectando un certero puñetazo sobre el rostro de Iván; siente que sus nudillos se han estampado contra la sien de su rival. El trapecista, tambaleante y conmocionado, se las arregla para mantener el equilibrio. Un chorro de sangre surge del brazo herido de Julia, decorando el suelo con un tono distinto de muerte. Su brazo izquierdo, no obstante, se encuentra en perfecto estado; y sus músculos, en máxima tensión, le permiten lanzar un último y definitivo gancho de izquierdas sobre el vientre perforado de Iván. El impacto hace que el trapecista se desplome, ya inconsciente, aunque Julia no lo ve. El sudor y la sangre de la brecha la ciegan, y también su ira. Esa violencia que no es capaz de canalizar en su día a día, se libera ahora con toda su crueldad. Julia se arrodilla sobre su víctima y le propina un nuevo puñetazo en el torso. Y otro más en el cuello, y otro en el rostro, incluso con su brazo derecho, que no da para mucho más. Julia ruge como una tigresa.

De improviso, se siente ligera, como si su cuerpo no pesase.

Percibe unas manos sobre sus brazos, ensangrentados y sudados. Y unas palabras, como si alguien las estuviera pronunciando a doscientos kilómetros de distancia:

—Está bien, ya está bien, es suficiente, Julia...

La pesadilla toca a su fin.

Julia mira a ambos lados, incapaz de determinar quién le habla. Alguien le pasa una toalla por el rostro y le ayuda a recuperar la visión. Todo sucede como a cámara lenta. A sus pies, Iván sufre espasmos nerviosos. La han alejado de él.

—¿Para quién trabajas? —suelta Julia súbitamente—. ¿Para quién trabajas, cabronazo?

—Julia, Julia —insiste la misma voz. Los brazos que la sujetan ejercen una fuerte presión sobre ella—, está inconsciente, no puede oírte.

Julia mira en dirección a la voz. No reconoce el rostro, deforme a consecuencia del improvisado vendaje que le han hecho, pero sí la entonación de sus palabras: es Héctor.

—¿No ves cómo está? Lo has reventado...

—Yo solo defendía a Jaime... Yo solo...

—Sí, sí, lo sé, no te preocupes. Ya está. Todo ha terminado.

—No, no ha terminado. No sabemos para quién trabaja ese cabrón...

—Ha terminado, Julia. Mírate. Mírame.

Nuevas sirenas se dejan oír en las inmediaciones de la biblioteca municipal. Aparecen policías y sanitarios, que no tardan en acceder al interior del edificio. Los dos agentes del servicio secreto no tardan en ser atendidos por los paramédicos, que tienen que repartirse entre las numerosas víctimas. El guarda jurado está muerto, no hay nada que hacer por él. E Iván lo estará en breve; es solo cuestión de tiempo.

—¿Cómo está el doctor Cabrera? —pregunta Julia, todavía sentada en el suelo, bien sujeta por Héctor.

—No lo sé, Julia. No lo sé.

Al fondo, los agentes pueden ver la estantería sobre la que Julia dejó a Jaime. El científico ya no está con la espalda apoyada, sino con el rostro pegado al suelo; tiene la boca abierta, los ojos medio cerrados y la mirada ausente.

Los paramédicos no tardan en certificar la muerte del tercero de los socios fundadores de la Post-DNA Dynamics.

En ese instante, Julia rompe a llorar.

Héctor todavía la abraza. No se atreve a soltarla. Está demasiado excitada, puede que en estado de *shock*. Los paramédicos llegan enseguida hasta ellos. Héctor les dice que se encarguen de Julia, que él está bien. Pero los médicos no le hacen caso y se lo llevan a él también hasta la ambulancia más cercana, donde comienzan a curarle la herida de la cabeza. A Julia se la llevan en camilla, ya más calmada. Sigue llorando. La meten en la misma ambulancia en la que se encuentra Héctor y, juntos, abandonan la explanada frente a la biblioteca municipal, rumbo al hospital de la Paz.

—Lo has hecho muy bien —le dice Héctor a su compañera—. Nos has salvado.

—No a todos...

—No puedes salvarlos a todos. Pero nadie podrá decir que no lo hayas intentado. Te sacrificaste por el presidente del Gobierno, y hoy te has sacrificado por mí y por Jaime Cabrera.

Julia quiere decir que no se ha sacrificado por nadie; que únicamente ha dado rienda suelta a esa violencia que, desde que tiene uso de razón, sobrevive en su interior; a esa sustancia tóxica de la que no ha sido capaz de librarse y que contamina su vida... Pero no lo hace. Tampoco le

dice que es un buen hombre, ni que no se arrepiente de haber hecho lo que ha hecho.

No dice nada.

Simplemente, cierra los ojos.

Domingo 21 de julio de 2024, 10:54

—Me siento sucia, sí.

Julia está tumbada sobre el diván de la consulta de Jean Vega, el psiquiatra encargado de la salud mental de los integrantes de la División 33. La inspectora no ha estado ni un día en el hospital. La mayoría de las heridas que sufrió en su enfrentamiento contra Iván Paredes fueron superficiales. El agujero de su brazo no se curará rápido, pero lo hará; siempre es así. Las emociones y los sentimientos son más difíciles de gestionar. Julia lo sabe bien. Su cuerpo es una herramienta que ella ha diseñado y trabajado a lo largo de los años; lo ha preparado para el combate, en todas sus variables, y es duro y resistente. Por dentro, sin embargo, está perdida y atormentada.

—Es normal, Julia. Matar nunca es fácil. Y no hablo de la moralidad, sino del peso que supone hacerlo. No todo el mundo está preparado para cargar con esa losa.

Jean Vega escucha las palabras de Julia con atención. Sabe que tiene ante sí un caso complicado. Algunos ya le advirtieron de que era una bomba de relojería. Pero es la bomba de relojería del momento. Según se dice, Noelia Ríos está más que satisfecha con su desempeño, a pesar de que el caso no se haya cerrado como muchos desearían. Todos coinciden, comenzando por Héctor Aldana, en que Julia Báez fue una pieza fundamental. Ahora es la misión de Jean ayudar a Julia en todo lo que esté en su mano, y cree saber por dónde empezar.

—Cuando estoy cara a cara con la muerte, es como si... —Julia duda. Después de cómo ha terminado el caso, siente que no puede seguir por ese camino. No es sostenible, como el propio Héctor o su hermana Marta ya la han advertido. No es la vida que quiere llevar, a pesar de ser la única que hasta el momento conoce—. Siento que todo está en su lugar. Que estoy donde debo estar. Que es lo correcto. En esas situaciones, solo puede quedar uno. O ellos o yo. Hasta el momento, siempre he sido yo la que ha terminado en pie.

—Eres una superviviente, Julia. De niña pasaste por algo terrible. Tu adicción al riesgo nace de esa experiencia traumática. Has hecho de ella el motor de tu vida, pero has renunciado a muchas cosas por el camino. Cosas buenas que, como cualquier ser humano, necesitas. Eres una persona muy sensible, por mucho que te refieras a ti misma como a un animal de instintos primarios. E incluso aunque compartiera ese argumento, te diré algo más: los animales también tienen necesidades sociales y gregarias, sexuales. Tú has decidido desterrar toda esa parcela de tu vida, y es un error.

Julia no quiere volver a caer por la espiral autodestructiva de pesadumbre, autoflagelación y frustración que tan bien conoce. Ha de enfrentarse al problema; tiene que luchar, poner de su parte.

—Julia, hay herramientas que pueden ayudarte. No te garantizo que de la noche a la mañana pases a tener una existencia idílica, conozcas al amor de tu vida, os caséis, tengáis dos hijos y adoptéis a un perro. Pero si pones de tu parte harás avances. La pregunta es: ¿estás dispuesta a intentarlo? Si tú no lo deseas realmente, lo que yo pueda contarte no va a servirte de mucho.

«¿Estoy dispuesta a enfrentarme a mis temores? ¿A abrirme al mundo? ¿A ser, en parte, una persona normal? ¿A no rechazar la amistad, ni las posibles relaciones? ¿Lo estoy?».

Julia no responde. Desde el diván, reflexiona sobre todo lo que ha sucedido durante los últimos días. Ha sido una montaña rusa de emociones, con momentos divertidos, incluso entrañables, junto a Héctor; con una extraña identificación, en parte materno-filial, en parte

«mejores amigas», con Ximena; y con una ira creciente y unas ganas absurdas de matar gestándose en su interior...

—Sí, quiero cambiar —responde.

Esta vez, lo ha pensado. No ha actuado a la ligera, aunque sabe que, por el momento, es más un deseo verbalizado que una realidad. Sin embargo, toda realidad parte de un deseo.

—Lo primero que vas a hacer es dejar de fumar.

Julia abre mucho los ojos y mira a Jean.

—¿Qué tiene eso que ver con mis problemas?

—Oh, Julia. Está más conectado de lo que te imaginas. El vacío vital que sientes lo has rellenado, en parte, con todo tipo de drogas. Por la falsa sensación de bienestar que te producen. Vamos a cambiar eso. Y no va a ser fácil. Vas a tener que lidiar con el mono y vas a estar irascible y molesta, pero eso te va a obligar a coger el toro de tu vida por los cuernos. Y, además, te va a venir de maravilla para tu salud en general. Vas camino de los treinta y seis años. Créeme que, en este aspecto, la cosa no va a mejorar de ahora en adelante. Vas cuesta abajo, Julia. Como todos. Por eso tienes que cuidarte.

La inspectora abre tanto la boca que a punto están de saltársele las tiritas de la ceja. Jean Vega, por su parte, sonríe, y, acto seguido, suelta una carcajada.

—No pongas esa cara. Esto no es más que el principio. Nos lo vamos a pasar muy bien juntos, te doy mi palabra.

Y sigue riéndose, ante la atónita mirada de una Julia que lo único que siente es vértigo por un futuro del que, de repente, ya no se siente esclava.

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.

11:43

1. —¿Cómo te sientes, Héctor?

La consulta de Jean es un hervidero ese día. Siempre lo es después de una misión. Todo lo que no puede inmiscuirse mientras los agentes están de servicio, lo hace durante el periodo de transición entre una misión y la siguiente. Es también cuando los operativos se muestran más receptivos. Acaban de enfrentarse a una situación complicada, se han enfadado entre sí y con el mundo, y, en muchas ocasiones, han visto la muerte muy de cerca. Es el mejor momento para sonsacarles algunos de sus más inconfesables pecados. Además, tratándose de misiones secretas, ¿quién los va a escuchar si no es él?

—Me siento sorprendentemente bien, Jean.

—¿Y eso?

—Creo que la idea de la División 33 no es tan mala como parecía. No es que no creyera en ello, pero uno es ya un perro viejo. He visto muchas cosas. Pensé que sería un truco para mantenerme al margen y obligarme a retirarme de una vez por todas, pero si esto es el retiro, yo soy el rey de Inglaterra.

Jean sonríe. Conoce a Héctor desde hace tiempo. Sin embargo, ese Héctor de los primeros tiempos ya no existe. Han pasado quince años desde la última vez que fue su terapeuta. Es natural que las personas cambien en ese tiempo, y envejezcan. Ambos tienen más o menos la misma edad. Se respetan y se tratan con una cordialidad poco habitual.

—He oído que Noelia está contenta. El rey la ha felicitado en persona. Y vosotros sois los responsables, los agentes. Julia, Ximena y tú. Cuéntame más sobre ellas.

—Ximena tiene un talento innato para los ordenadores. No sé exactamente qué lío provocó para terminar en esta situación, aunque puedo imaginármelo. Tenerla de nuestro lado nos ha facilitado las cosas. Para alguien como yo, lo que hace es indistinguible de la magia; lo cual me remite al gran Arthur C. Clarke... Además, diría que ha hecho buenas migas con Julia, y eso es muy positivo para el equipo.

—¿Y qué hay de Julia?

—Julia está... —por supuesto, Héctor se detiene antes de decir «loca»—. Es especial. Es un espíritu libre. Diría que tiene un punto de inmadurez, pero, al mismo tiempo, es mucho más madura que todos nosotros. Ve las cosas con una clarividencia que envidio. Te cala en dos segundos, te dice lo que piensa a la cara y sigue con su vida como si nada. Es un torbellino indescifrable.

—Detecto un punto de admiración en tus palabras.

—Confieso que no ha sido fácil. Hemos chocado bastantes veces, y algo me dice que seguiremos haciéndolo. Sin embargo, estoy deseando que nos asignen otro caso. Quiero conocerla mejor. Quiero poner a prueba su erudición musical. Quiero... aprender de ella. De su forma de pensar, de cómo resuelve las incoherencias. Creo que me ha venido bien para volver a conectar con el trabajo.

—Me sorprende que la tengas en tan alta estima. No es la primera vez que tienes una compañera. ¿Qué ha sido diferente esta vez?

Héctor sopesa la respuesta. No es algo evidente, ni siquiera intuitivo.

—Aun con lo agresiva que parece, es una persona vulnerable que no oculta sus carencias. Y, en cierto modo, me ha recordado a mi yo de hace algunos años. Todo energía, pasión, nervio y visceralidad. —Una pausa—. Yo también era vulnerable a su edad, pero no lo reconocía tan abiertamente como ella. Y lo sigo siendo ahora, Jean. Lo sigo siendo. Vulnerable, inadaptado, enfrentado a la soledad...

La mirada de Héctor se torna sombría por unos instantes.

—Eres un agente legendario del servicio secreto y, como tal, tu nombre quedará inscrito en los anales del CNI. Que a tus más de cincuenta años hayas vuelto a sentir motivación por tu trabajo, no puede ser sino una excelente noticia.

Jean Vega se acerca a Héctor y baja la voz:

—Y ahora, entre tú y yo, te voy a decir lo que pienso.

Héctor pone cara de circunstancias; no está seguro de por dónde va a salir el psiquiatra.

—Creo que Noelia Ríos, como siempre, ha obrado el milagro. Ha cogido a un grupo de, y permíteme la expresión, perdedores, y ha creado un equipo ganador. Todos tenéis carencias y fallas importantes de conducta. ¿Quién no las tiene? Pero poseéis algo más: unas capacidades fuera de lo común. Una experiencia que otros no habrían podido adquirir ni en diez vidas. Y, a la vista de cómo lo habéis hecho en esta primera misión, parece que os compenetráis. Nadie habría sido capaz de ver algo así en la agencia; nadie, con la excepción de Noelia.

- 1.
- 2.

- 1.
- 2.

3. —¿Qué tal lo llevas, Ximena?

Ximena es la única a quien Jean entrevista por videoconferencia; sigue recluida en la habitación 609 del hotel y no se moverá de allí hasta que se le asigne un nuevo caso. Es parte del acuerdo al que llegaron con ella a cambio de sus servicios para la agencia.

—Aburrida de estar aquí.

—¿Preferirías estar en la celda de una prisión?

El gesto de Ximena se tuerce. Está tumbada sobre uno de los sofás de la habitación, con el pijama puesto, un poco despeinada, pero maquillada, eso sí. Y con los guantes enfundados.

—Evidentemente, no.

—¿Cómo ha sido trabajar con Héctor y con Julia? ¿Lo has disfrutado?

Jean juega con ventaja. Sabe lo que Julia y Héctor le han contado, y también lo que Felipe y Eusebio han reflejado en sus respectivos informes.

—Ha sido emocionante, aunque peligroso. No para mí, pues he estado aquí encerrada todo el tiempo, pero ellos han estado a punto de morir, y eso no lo he disfrutado tanto.

—Los dos son ya mayorcitos; saben cuidar de sí mismos. ¿Sabías que Héctor lleva trabajando para el CNI desde que tenía más o menos tu edad?

—Ni idea, aunque tiene sentido. Son muy listos, los dos. Y Julia es muy particular. Está un poco chiflada, pero es buena. Tiene la cabeza llena de paja, como yo. Tenemos demonios.

—¿Y cuáles son tus demonios?

—Mi enfermedad. Me pongo mala con facilidad, y lo detesto. No puedo llevar una vida normal, ni salir apenas a la calle, ni relacionarme como lo hacen los de mi edad. Tengo que estar siempre recluida, controlada. Supongo que por eso me enganché a los ordenadores.

—Es una limitación, Ximena, pero todos tenemos alguna. Tú misma has vislumbrado las de Julia, o la cojera de Héctor. Lo que ellos han sabido hacer es adaptarse y sobreponerse a sus limitaciones. ¿Dirías que Julia estaba limitada mientras luchaba, cuerpo a cuerpo, contra el asesino, un hombre sádico y trastornado que ya había dejado un reguero de cadáveres a sus espaldas? No lo estaba, y es algo de lo que debes aprender. Tu enfermedad no es lo que te define, sino la forma en la que la afrontas. Y la precaución es necesaria, estamos de acuerdo. Sin embargo, te has impuesto demasiadas barreras a ti misma. Has renunciado a ciertas experiencias por un miedo irracional.

—Lo que tú digas, pero si ahora estoy encerrada aquí no es por voluntad propia.

«Ahí tienes razón», piensa Jean.

—Te recomiendo que reflexiones sobre los errores que te han conducido a esta situación, y sobre las posibilidades que ahora se abren ante ti. Tienes la oportunidad de decidir qué camino tomar. Y quiero que pienses en esto: de no haber cometido el crimen por el que se te ha condenado, no estarías ahora aquí, trabajando mano a mano con dos agentes fuera de lo común y resolviendo crímenes de alto impacto social y político. El mayor error de tu vida, que podría haber supuesto tu condena definitiva, te ha abierto un abanico de posibilidades increíbles. Incluso de lo peor, se pueden extraer lecturas positivas.

Ximena no dice nada. Todo eso le parece muy bien, pero está aburrida. Lleva jugando en segundo plano a uno de sus videojuegos de rol preferidos desde que la sesión con Jean comenzara. Sin embargo, siente que no es suficiente para superar el tedio. Le gustaría trabajar otra vez con Julia y con Héctor, en una nueva misión.

«Paciencia, Ximena», se dice a sí misma. «El crimen no descansa. Más pronto que tarde volverá a haber un asesinato, un secuestro o un robo... Y entonces nos reunirán de nuevo...». Ese mero pensamiento hace que una sonrisa ilumine su rostro repleto de llagas, ocultas en su

mayoría bajo el maquillaje.

Noelia Ríos se encuentra ante el comité de divisiones, de pie, en el estrado. Tras ella, un fondo de pantalla anticuado con el logotipo del CNI. Esta vez no tiene ningún archivo multimedia que mostrar. Únicamente comparte de viva voz los resultados de la primera misión oficial de la División 33. Es domingo, pero en el servicio secreto no se descansa.

—En apenas unos días, la División 33 ha puesto fin a la secuencia de homicidios que se inició con la muerte de Pedro Suárez. —Noelia habla con claridad y autoridad. Los ojos de algunos de los directores del comité de divisiones la radiografían de manera mecánica; otros, miran hacia otro lado, como ajenos a lo que sucede a su alrededor—. En el informe contáis con todos los detalles de la operación. A modo de resumen: Pedro Suárez, junto con los doctores Luis Cifuentes y Jaime Cabrera, recientemente fundó, a espaldas de la Casa Real y de su esposa, una *start-up* centrada en la financiación de investigaciones relacionadas con la ingeniería genética y la biotecnología: la Post-DNA Dynamics. Una de esas investigaciones, conocida vulgarmente como Proyecto Carne, despertó el interés de un tercero que aún no hemos sido capaces de identificar. El acceso al ordenador personal de Jaime Cabrera y a sus datos en la nube dejan esto patente. Sin embargo, no hay nombres ni pistas a los que podamos agarrarnos. Creemos que esta figura contrató los servicios de un asesino a sueldo, Iván Paredes, para robarles toda la información sobre el proyecto. Este último fue el responsable de acabar con la vida del propio Suárez y del doctor Cifuentes, además de con la de otros tantos que se interpusieron en su camino. No pudo, sin embargo, acceder a la información de Jaime Cabrera. Los agentes Aldana y Báez lo evitaron, eliminando la amenaza y poniendo fin a la espiral de violencia. La Post-DNA Dynamics será sometida a un exhaustivo escrutinio. Suspendaremos todas las investigaciones ilegales. Por otro lado, limpiaremos las dudas que, durante los últimos días, se han cernido sobre la Casa Real, concentrando toda la culpa en la figura de Pedro Suárez.

La voz de Luis Ceballos rompe la monotonía reinante:

—Conocemos el caso, Ríos. El informe, como te caracteriza, es claro y conciso. Los resultados de la operación, sin ser del todo satisfactorios, son correctos, lo cual, y más tratándose de una primera misión, diría que es incluso sorprendente.

Noelia sabe que todo lo que Ceballos ha dicho es irrelevante. Lo que de verdad quiere decir es lo que transmite a continuación:

—Ahora bien, los medios empleados no parecen haber sido los más adecuados. El departamento de control de daños nos ha dado un toque de atención. Dos agentes de campo han perdido la vida, Juan Rodríguez y Raúl Schvartmann. Numerosos civiles resultaron heridos durante la persecución por las inmediaciones del centro comercial de la Vaguada. Dos vehículos de gama alta han quedado para el desguace... Y podría continuar. ¿No te parece un precio demasiado alto?

Noelia Ríos está acostumbrada a ese tipo de preguntas. Son las que se suelen hacer entre ellos. Cada director es enemigo del que tiene a su lado, y ella es, a su vez, enemiga de los demás. Pero mantienen las apariencias y hacen como que todo está en orden. Es una de las fórmulas más eficientes que han encontrado de controlarse mutuamente.

—La amenaza a la que nos enfrentamos resultó ser más virulenta y peligrosa de lo que nadie había anticipado. Los agentes actuaron de la mejor manera posible de acuerdo con lo que en cada momento sabían y los medios de los que disponían. Y, me atrevería a decir, evitaron muertes con

su conducta.

—Sin embargo, no fueron capaces de mantener con vida al testigo clave del caso, el doctor Jaime Cabrera.

Luis Ceballos comienza a atragantársele a Noelia. Una tercera voz toma la palabra. Es la directora Laura Bernstein:

—En lo que a mí respecta, los agentes hicieron todo lo posible para protegerlo. —La directora habla sin mirar a nadie en concreto, con los ojos en blanco—. Además, el CNI cuenta con la información de los ordenadores de Cabrera y de Cifuentes, lo que ayudará a cerrar algunos de los cabos sueltos. La agente Julia Báez se enfrentó en solitario al asesino, y no solo contuvo sus ataques, sino que lo eliminó, poniendo su propia vida en juego. Creo que no podemos exigir más a nuestros agentes. Todos sabemos que las cosas no siempre salen como nos gustaría. Mi veredicto es que la División 33 hizo un trabajo solvente y acorde a los principios que rigen nuestra organización. Enhorabuena, Ríos.

Noelia no sabe cómo reaccionar ante la intervención favorable de Laura Bernstein. Sin embargo, concuerda con ella: los agentes se dejaron la piel en el caso. Eso es lo más importante. No siempre es posible que todos los cabos queden bien atados, los allí presentes lo saben bien. A lo largo de sus carreras han presenciado desastres de enorme magnitud, y lo correcto es comparar cada caso no solo con las resoluciones más impecables, sino también con las caídas de las que todos todavía se acuerdan.

—¿Qué hay de Julia Báez? —pregunta Rodrigo Estremera—. Por lo que he entendido, se ha comportado como se esperaba de ella: de manera imprevisible, impulsiva y temeraria. ¿Es eso un problema?

Noelia es quien toma la palabra:

—Solo cuando con su conducta ponga la resolución de los casos en peligro. La imprevisibilidad, la impulsividad y la temeridad de la agente Báez han propiciado que la investigación avanzara, que Iván Paredes fuera identificado y reducido, y que el caso pueda darse por cerrado. Héctor Aldana ha sabido canalizar toda esa energía que le sobra a Báez y darle un buen uso. Jean Vega ha comenzado a trabajar en profundidad con ella, y en su informe, como podéis comprobar, se muestra favorable a seguir adelante. Vega indica que los lazos interpersonales que se han forjado durante el transcurso de la investigación han unido a los miembros del equipo y les ha ayudado a dar su mejor versión. Creo que debemos dar continuidad a este grupo.

Rodrigo Estremera no vuelve a abrir la boca.

Luis Ceballos toma la palabra de nuevo:

—El resultado ha sido favorable. Coincido con Bernstein. Ordóñez, ¿algo que añadir?

Rebeca Ordóñez, la última de los cinco directores que conforman el comité de divisiones, da su punto de vista:

—La División 33 lo ha hecho bien. Los daños personales y materiales derivados de las acciones de los agentes están dentro de los límites esperables. Ahora bien, hay una cosa que me preocupa, y que Ríos ha dejado caer tanto en el informe como en su valoración final: ¿quién es la mente pensante detrás de toda esta historia? ¿Deberíamos preocuparnos nosotros? ¿O la Casa Real? ¿Habrá nuevos ataques?

—Eso no lo sabemos —responde Noelia, con sinceridad—. No tenemos otra opción que mantenernos alerta y vigilantes, como de costumbre.

—Respecto al Proyecto Carne que motivó los asesinatos —prosigue Ordóñez—, ¿por qué alguien querría apoderarse de algo así? Si lo he entendido bien, toda esa investigación

únicamente dio lugar a una serie de mutaciones animales que preferiría no haber visto.

—No tengo una respuesta a esa pregunta —responde Noelia, sabedora de que la están forzando a reconocer que no sabe nada sobre ciertas cuestiones. En el informe queda bien claro, pero, como animales carroñeros que son, los directores disfrutan rebuscando entre la mierda—. Los agentes Aldana y Báez piensan que, quizá, podría usarse como una potencial arma biológica. No obstante, tendrán que ser nuestros científicos quienes, tras analizar todo el material de la investigación, traten de dar con una respuesta.

La expresión «potencial arma biológica» siempre genera tensión en el ambiente, incluso entre los maestros del engaño que ahora están sentados en torno a la mesa con forma de pentágono en la que siempre se reúnen. Desde el COVID-19, la partida presupuestaria destinada al estudio y análisis de posibles amenazas de tipo biológico o químico se ha disparado. Es una de las prioridades del CNI. Cualquier posible sospecha en esa línea genera tensión y malestar.

El COVID-19 fue una de esas grandes cagadas con las que toda agencia de inteligencia de vez en cuando tiene que lidiar. Nadie le dio importancia hasta que ya fue demasiado tarde. Por fortuna, no fueron los únicos que metieron la pata; el resto de servicios secretos del mundo no lo hizo mucho mejor.

—Deberíamos recomendarle a Alfa que se investigue a fondo el Proyecto Carne y a todos los que participaron en él. —Es Luis Ceballos quien lo propone. Alfa es la forma con la que se refieren al Director del CNI. Cada uno de ellos es un director operativo. Una vez a la semana, los cinco se reúnen con Alfa y le ponen al día de todo lo relevante que ha acontecido—. Con la máxima prioridad. ¿Votos a favor?

Los cinco levantan la mano.

Noelia añade algo más de información:

—Ximena Aranda ha recopilado una enorme cantidad de información sobre el Proyecto Carne. Accedió al ordenador personal de Luis Cifuentes y extrajo todos los vídeos e imágenes que habéis visto. Resulta turbador que algo así esté sucediendo en nuestro país sin que lo sepamos.

Nadie se pronuncia, aunque todos se dan por aludidos. Son los guardianes de España y, como tales, los responsables de que nada anómalo ni peligroso suceda en el país. Los medios con los que cuentan, sin embargo, no son infinitos. Y ellos tampoco son omnipresentes ni todopoderosos, por mucho que les pese.

—Volviendo a la División 33 —dice el director Ceballos—, creo que estamos todos de acuerdo en que este ha sido un comienzo prometedor. Hay cuestiones a mejorar, pero nada que el día a día no pueda ayudar a pulir. Aldana, Báez y Aranda han demostrado estar a la altura. —Una pausa—. Por cierto, ¿qué hay de Gael Molina?

—*Mea culpa* —responde Laura Bernstein—. Requerí de sus servicios. Por supuesto, con la aprobación y el visto bueno de Ríos.

—El agente Molina jugará un papel importante en el grupo en las próximas misiones. No me cabe la menor duda.

—Muy bien —interviene Ceballos, antes de que alguien vuelva a abrir otro frente—, ¿alguien se opone a mantener la División 33 operativa?

Nadie levanta la mano ni pone pega alguna. Tienen otras cuestiones de las que preocuparse. Noelia es quien ha puesto en marcha la División 33, y aunque no sea el proyecto que más entusiasme a los presentes, ha cumplido, cosa que no puede decirse de otros operativos actualmente en activo. El rey ha quedado satisfecho, el nombre de la infanta está limpio y el asesino responsable de los crímenes ha sido eliminado. Todos son conscientes de que una

división es exitosa hasta el momento en el que fracasa. Sin embargo, el fracaso no siempre es sinónimo del desmantelamiento de una división; si así fuera, el servicio secreto llevaría décadas extinto. Cuando llegan los fracasos, hay más debate, se dan más excusas y Alfa suele poner más trabas. Pero eso es todo. Mientras no mueran los agentes de campo responsables del operativo o se produzca un fracaso de alcance nacional o global, todo está bajo control.

Noelia Ríos les ha convocado a todos a las ocho de la tarde en el hotel de Gran Vía. Esta vez, no en la habitación 609, sino en el restaurante del establecimiento, que cuenta con muy buenas reseñas entre los medios especializados. Ximena Aranda aguarda con impaciencia en la habitación, encerrada bajo llave. Es una celda con comodidades, pero celda, al fin y al cabo. Lleva poniéndose maquillaje desde hace casi una hora. Ha elegido un mono azul como prenda para vestir. Debajo lleva una camiseta blanca que le queda grande. Los guantes no pueden faltar. El pelo, recogido en un moño. Espera que Felipe o Eusebio la vengán a buscar. En ese momento, su madre la llama al móvil.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Cómo está mi niña?

—Ya te lo dije por la mañana, tengo una reunión de equipo ahora. Noelia nos ha invitado a cenar para celebrar que la misión ha salido bien.

—Ay, ¡qué orgullosa estoy de mi Ximenita!

Ximena odia que su madre la llame así. No dice nada, porque no quiere darle coba. Camina de un lado a otro de la habitación, impaciente. Son las ocho menos cinco.

—Tengo que dejarte, mamá. Ya casi es la hora.

—¿Te subieron la tortilla de patatas que les llevé?

Su madre, como es habitual, no la escucha. Va a lo suyo.

—Sí, me llegó la tortilla, mamá. Estaba muy buena.

—Tienes que comer bien, hija, que en los hoteles la comida no es muy buena.

—Estoy en un hotel de cinco estrellas. Diría que la comida es bastante buena. Oye, voy a colgarte, ¿vale?

—¿Cuándo te van a dejar venir a casa a ver a tu madre?

—No lo sé, mamá. Cada vez que les pregunto me dicen que debo dar las gracias por esto. Me lo repiten todo el rato. Que si podría estar en una celda de una cárcel de mala muerte, que si debo estar agradecida... Supongo que es así.

—Bueno, tú haz lo que te digan y pórtate bien.

—Eso hago, mamá. Luego hablamos, ¿vale?

—Muy bien, hija.

«Dios mío, por fin...», piensa Ximena.

—¡Adiós!

—Ten cuidado con los aires acondicionados, que ya sabes lo sensible que eres a los cambios de temperatura.

—Sí, sí... ¡Adiós, mamá!

Ximena cuelga sin estar segura de si su madre quería añadir algo más. Ya la escribirá si se ha dejado alguna cosa en el tintero.

Un ruido la saca de su trance: la cerradura de la puerta. Ximena sale disparada hacia el recibidor y espera a que la puerta se abra. Al otro lado, se sorprende al no ver a Eusebio ni a Felipe.

—¡Julia!

Ximena se lanza sobre ella y la abraza. La inspectora reacciona instintivamente echándose hacia atrás, y trata de quitársela de encima. No está preparada para esa intensidad; todavía, no.

—Tranquila, Ximena. Cuidado, mi brazo...

Ximena se percata del vendaje que lleva su compañera en el brazo derecho. Sabe que son las secuelas de su enfrentamiento con el trapecista perturbado.

—Jo, perdona, no me acordaba...

—Tranquila —responde Julia, sonriente. Ximena la echa un vistazo de arriba abajo. —¿Qué pasa, algo no te gusta?

—Vas vestida como cualquier otro día, con tus mallas y tus zapatillas deportivas, tu camiseta de tirantes, la pistola...

—¿Y qué hay de sorprendente? Es lo que soy. Y tú, por lo que veo, vas con tu pijama, ¿no?

—¡Eh! No es un pijama. Es un mono, ¿vale? Me costó cincuenta euros.

—Te diré una cosa: la moda no es lo mío, pero creo que tampoco es lo tuyo.

Ximena sonríe. Se alegra de ver a Julia de nuevo, y, sobre todo, de verla de buen humor. Cuando ayer perdió el contacto con ella, se temió lo peor. Aleja esos pensamientos de su cabeza; hoy es un día de celebración.

—Bajemos al restaurante, ¿te parece? —la invita Julia.

La inspectora cierra la puerta con llave y deja que Ximena la coja del brazo y la acompañe.

—Te veo muy cariñosa —le dice.

—Estoy aburrida. Y con Felipe y Eusebio no tengo mucho de lo que hablar.

—¿Y de qué piensas hablar conmigo?

—No lo sé, de cosas de mujeres, por ejemplo. ¿Cómo es que no tienes novio, con lo guapa que eres?

Julia suelta una risita y se pone colorada.

—No digas gilipolleces.

—En serio, eres preciosa. Y tienes un cuerpazo. Mira tu culo.

Julia se ruboriza aún más.

—Eso es porque subo y bajo siempre por las escaleras, y es exactamente lo que voy a hacer ahora. ¿Me acompañas?

—Claro.

Las dos descienden por las escaleras a paso ligero, con ganas de llegar a la planta baja, donde se encuentra ubicado el restaurante. En el vestíbulo del hotel, Héctor Aldana los recibe con un saludo. Acaba de llegar. Le han tenido que poner unos puntos en la cabeza, pero, por lo demás, parece el mismo de siempre: cojo y algo cascarrabias.

—Hola, Ximena, Julia —dice.

—Te veo bien, compañero —le suelta Julia, mirándolo de arriba abajo—. Y muy elegante, con traje y todo. No te imaginaba así.

—Soy un espía, Julia. Se me da bien mimetizarme con el entorno, incluso disfrazarme, si fuera necesario.

—¿Tú, disfrazado?

Julia se ríe burlonamente y Ximena la imita.

—Bueno, dejaos de tonterías y vamos al restaurante. Noelia ya está aquí.

—Relájate, vaquero —le dice Julia—, ni que estuvieras de servicio.

—Habló la que ha venido con pistola y cuchillo...

Héctor echa a andar y Julia no puede evitar tragarse sus palabras. Ximena la mira y le dice, en un susurro:

—La verdad es que en eso tiene razón.

Julia no dice nada, pero, con los labios, se lo deletrea: «Cierra el pico, guapa».

El salón es de un tamaño descomunal. Y lujoso. Está lleno de grandes lámparas y extrañas plantas decorativas. Hay cuadros abstractos y alfombras que parecen sacadas de otro siglo. Al fondo, en la barra, Noelia charla animadamente con Felipe y Eusebio, que llevan los mismos trajes negros con los que han estado trabajando toda la semana.

—Vaya, pero si son mis agentes favoritos —dice Noelia en cuanto los ve llegar—. Os doy la enhorabuena, a los tres. Héctor. —Y le da la mano. Luego, hace lo mismo con las mujeres—. Ximena y Julia. Buen trabajo.

—Supongo que algo logramos, sí... —dice Julia, como sin dirigirse a nadie en concreto—. Aunque no ha sido una operación redonda que digamos. —Es lo que piensa.

—No hay operaciones perfectas, Julia. Ya deberías saberlo.

No hay rencor en las palabras de Noelia. Se está tomando un tercio de Mahou.

—¿Qué vais a querer? —les pregunta Eusebio, que de pie parece aún más grande que cuando estaba sentado con el portátil delante de sus narices.

—Yo, un *brandy* —responde Héctor, sediento.

—Venga, otro para mí —se anima Julia, algo dubitativa.

—Yo, agua —pide Ximena. No tolera el alcohol.

El camarero les sirve enseguida lo que le han pedido. Cuando todos tienen su bebida en la mano, Noelia toma la palabra:

—Por la División 33 —dice.

—Y por Raúl Schvartmann y Juan Rodríguez —añade Héctor—. Murieron en acto de servicio, siempre leales. Que descansen en paz. ¡Fuerza y honor!

Todos brindan y dan un trago a sus bebidas.

—El rey Carlos de Habsburgo llamó esta mañana al Director del CNI y le felicitó —dice Noelia—. Está muy contento con la discreción con la que habéis llevado la investigación y por la rápida resolución del caso.

—No estoy segura de que podamos dar por cerrada la investigación —dice Julia, a quien todos miran—. Desconocemos quién contrató a Iván Paredes para asesinar a sus víctimas.

—Tienes razón, Julia —añade Noelia—, pero has de tener en cuenta que lo más delicado del caso era aclarar el papel de la Casa Real en todo este asunto. ¿Alguien iba en contra de la realeza? ¿Por qué? Esa parte ha quedado perfectamente resuelta: Pedro Suárez actuó por su cuenta, sin el conocimiento de su esposa ni de la Casa Real. Y estaba metido en algo turbio, como bien descubristeis. La Casa Real, pues, sale indemne. Ahora, otra división del CNI se encargará de elaborar el informe final y de eliminar cualquier posible duda que pueda quedar sobre la infanta o el rey.

Julia da un largo trago a su vaso. El *brandy* es muy fuerte, pero entra bien. Lo necesitaba.

El teléfono móvil de Julia comienza a vibrar. No espera ninguna llamada, pero, así y todo, lo coge, por si fuera su hermana. En la pantalla aparece el nombre de Carlos Jiménez, el presidente del Gobierno.

—Disculpadme —dice, y se aleja de sus compañeros.

—Hola, Julia, ¿cómo estás? ¿Te pillo bien?

—Por supuesto, señor presidente.

No es que Julia suela hablar con el presidente, pero no es la primera vez que lo hace, y sospecha que no será la última. Cuando una salva la vida de alguien de su relevancia, no puede menos que mostrarse localizable y agradecida por la preocupación recíproca. El presidente podría haberse olvidado de ella y no lo ha hecho.

—Lláname Carlos, por favor. Me salvaste la vida, ¡maldita sea!

—Claro, Carlos... es la costumbre. —Julia deja escapar una risita.

—Me he enterado de que has desempeñado un papel fundamental en la resolución del caso de Pedro Suárez. Enhorabuena.

—Gracias... Carlos.

—Eres una trabajadora excepcional. ¿Qué te ha parecido el CNI? Cuando me lo contaron, pensé que encajarías bien.

—Mejor de lo que esperaba. Han sido unos días muy intensos, pero ha merecido la pena.

—Lo harás de maravilla, estoy seguro de ello. Y, Julia, como siempre te digo, cualquier cosa que necesites o que te inquiete, no dudes en hacérmelo saber. Si puedo ayudarte en algo, dímelo, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, señor presi... Carlos. Gracias por darme esta oportunidad.

—Bobadas, yo no he hecho nada. Es lo que te mereces. Te lo has ganado tú solita. Estamos en contacto, Julia. Cuídate mucho y dale recuerdos a Héctor Aldana. Ese bribón nos ha sacado las castañas del fuego en más de una ocasión, y no me tires de la lengua, porque eso sí que es confidencial...

—Es un buen compañero.

—Ya lo creo que lo es. Un abrazo, Julia.

—Gracias, Carlos. Adiós.

La comunicación se corta. Julia regresa con sus compañeros.

—¿Quién era? —pregunta Ximena, que se ha fijado en que Julia se ha puesto algo tensa durante la llamada.

—Era el presidente del Gobierno, Carlos Jiménez. Y te da recuerdos, Héctor. Dice que le has ayudado en alguna misión... ¿En qué exactamente, si puede saberse?

—Julia, soy espía y somos el servicio secreto. Es información confidencial.

Héctor sonríe con malicia.

—Es un buen hombre —apunta Noelia—; el presidente, me refiero. De todos con los que me he codeado, es de los más íntegros, por mucho que la mitad de España le odie; los que no le votaron. Es política. Así funciona el país.

—Hablando un poco de todo —comienza Julia. Héctor se teme lo peor. «¿Qué va a soltar ahora?»—, ayer lo comenté con Héctor... ¿Cuál es mi salario? ¿Voy a tener las mismas condiciones laborales que como inspectora de homicidios? No he firmado ningún contrato de trabajo, la verdad...

—Ya habrá tiempo para hablar de eso, Julia —dice Héctor, que no puede evitar avergonzarse.

Noelia sonríe.

—Es una pregunta justa —responde la directora del comité de divisiones—. Esta primera misión era una prueba. Como el resultado ha sido satisfactorio, nos gustaría repetir. Y, para ello, tendrás que firmar un nuevo contrato. Es lo que deseas, ¿verdad?

—Bueno, tendré que leerlo bien...

—Vas a cobrar más de seis mil euros al mes. Netos.

A Julia se le desenchaja la mandíbula. La tirita que lleva en la ceja, esta vez sí, se le desprende.

—A partir de ahora, juegas en la primera división de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Y quiero que estés contenta y que no vengan otros servicios secretos a sobornarte. ¿Te parece un sueldo adecuado?

—Sí, sí... Claro, lo doy por bueno, sí.

Julia no vuelve a preguntar nada más. Es más del doble de lo que ha estado cobrando hasta la fecha. De hecho, ella no es una persona que gaste mucho. Todo se le va en el alquiler y en ropa deportiva, suplementos, tabaco, discos y vinilos.

—Muy bien, ¿alguna otra pregunta?

—¿Y cuánto voy a cobrar yo? —suelta Ximena.

—Tu situación es más complicada. En teoría, sería ilegal que te pagáramos. Estás cumpliendo condena. Pero, si decides ayudarnos, tal y como has hecho en este caso, la pena que se te impuso será conmutada. Y, cuando ya no nos debas nada, podrás formar parte de nuestro equipo, si así lo deseas. Entonces, ya discutiremos sobre tu salario, ¿te parece?

Noelia es muy convincente. Cuando habla, los demás escuchan. Y, en general, todos terminan dándole la razón, o convenciéndose de que lo que Noelia dice es lo que más beneficia a cada una de las partes, incluso aunque no sea cierto.

—Muy bien —añade Noelia—, ¿os parece que nos sentemos en la mesa y cenemos? Estoy hambrienta.

El ambiente es muy distendido y cordial. Todos tienen algo que celebrar. Sin embargo, Julia no puede evitar pensar que hay alguien ahí fuera a quien le han chafado su plan. Su cabeza vuelve al caso que, según Noelia, ha quedado satisfactoriamente cerrado. Iván Paredes está muerto. Y Jaime Cabrera, el último de los integrantes de la Post-DNA Dynamics, también. Lo que fuera que conociera del Proyecto Carne, no pudo transmitírselo a nadie. Y quizá, debido a eso, lo que Iván obtuvo de Pedro y de Luis ya no sirva de mucho; o quizá una cosa no tenga nada que ver con la otra. Quienquiera que sea la mente pensante detrás de todo el entramado, Julia tiene la intuición de que es alguien peligroso, con acceso a las altas esferas y con medios a su disposición. Y, lo que es peor: sabe que volverá a actuar. No le cabe la menor duda. Solo espera que el destino le reserve la posibilidad de que sus caminos se crucen.

Epílogo

21:11

—Iván Paredes está muerto. Lo ha confirmado el equipo de seguridad.

La voz del guardaespaldas de Alba Quiroga, Sebas, la saca de su ensimismamiento. Está agotada, postrada sobre uno de los lujosos sofás de la *suite* del Ritz; una de sus múltiples prisiones. Alba esperaba una noticia así. Iván Paredes debía haberla llamado ayer y no lo hizo.

—El doctor Cabrera también ha fallecido.

Alba trata de procesarlo todo y de pensar con claridad, pero le cuesta. No siente que la energía le acompañe. Iván era un perro sarnoso; prescindible, como todos. El doctor Cabrera, sin embargo, tenía información relevante sobre el Proyecto Carne.

El Proyecto Carne.

Alba recuerda que fue hace algunos meses cuando coincidió con Pedro Suárez en persona. Fue en la final de la Copa del Rey de fútbol, en el palco del estadio de La Cartuja, en Sevilla. Durante el cóctel, Pedro intentó ligar con ella. Todos, de una u otra forma, lo intentan; hombres y mujeres. Alba Quiroga es uno de los mayores trofeos que hay en el mercado. Así es como lo ven los cazafortunas y adúlteros que pueblan ese tipo de eventos. Alba trató de pararle los pies, aunque el hombre insistió. Iba hasta arriba de drogas. Y empezó a contarle todas sus batallas: las *start-ups* que había fundado y vendido, los millones que había amasado, su trabajo en la fundación A Better Tomorrow y sus nuevas inversiones en biotecnología. Aseguraba que, junto con un grupo excepcional de científicos, estaba diseñando el futuro de la raza humana. Esas palabras atrajeron la atención de Alba Quiroga, que entonces comenzó a mostrarse más receptiva.

—Cuéntame más —le pidió.

Pedro habló de grandilocuentes proyectos y sueños imposibles, fruto de ir hasta arriba de cocaína y sabe Dios qué más, y de una mente febril y descompuesta. De entre todo lo que le contó, el Proyecto Carne fue lo que más llamó la atención de Alba. Por supuesto, no le quiso tirar de la lengua en ese momento. No habría sido inteligente. Sabe que la clave está en no dejar rastros que puedan conducir hasta ella. Por eso, Alba no deja rastros; nunca. Y, si los deja, su máxima preocupación es eliminarlos. Es así como, hasta el momento, ha logrado sobrevivir en un mundo hostil y enfermo, moviendo los hilos entre bambalinas.

Algunas semanas después se puso en contacto con Pedro Suárez, haciéndose pasar por otra persona, y se ofreció a comprarle la investigación. Por desgracia, todo se echó a perder. Pedro le aseguró que el proyecto se encontraba todavía en una fase embrionaria, y que era pronto para hacer públicos los resultados de los experimentos. Le dio la posibilidad de participar en la financiación como socia, pero eso no entraba en los planes de Alba. Ofreció mucho dinero a través de empresas pantalla que no pudieran vincularse con ella, únicamente para darse de bruces con diferentes tipos de negativa.

Alba Quiroga sabe que su tiempo se agota, y cualquier posibilidad de alargar su vida, por peregrina que pueda parecer, le sirve. Se aferró al Proyecto Carne y, ante la negativa de negociar, mandó a uno de sus perros sarnosos a hacer el trabajo sucio.

Iván dio algunos frutos. Con lo que Alba tiene ahora en su poder, a pesar de no ser todo lo que podría ser, le vale. Cuenta con un equipo de científicos de primer nivel a su servicio, trabajando en distintas líneas de investigación con un único objetivo: alargar su vida. A todos ellos les interesa que la empresa llegue a buen puerto: cuantos más años viva Alba, mayor será la

fortuna que amasen. Les paga bien, demasiado bien. Pero exige resultados a cambio, por muy exóticos o contra natura que aparenten ser. Ante la certeza de la muerte, nada es lo suficientemente extravagante, y menos si le ayuda a dar esquinazo a su destino, siquiera por unos meses. La investigación del Proyecto Carne, con la información que Iván le legó, seguirá su curso, y puede que dentro de unos meses, quizá años, alguien dé con algo que la salve.

El problema de toda esta situación es que su precaria salud ha comenzado a alejarla de la agenda con la que ya se había comprometido: la desestabilización del país. Es su *hobby*; uno como cualquier otro. Para quien lo tiene casi todo, la fama, el dinero, la atención de los medios y la inteligencia, nada resulta completamente reconfortante. Además, ante la inminencia de la muerte, Alba quiere equilibrar las cosas. Si va a caer, arrastrará consigo a una parte del país. Sobre todo a los ricos y a los que se creen en el control de la situación. Ella se encargará de demostrárselo. El Proyecto Carne le ha entretenido más de la cuenta. Ahora toca dar un paso al frente y retomar su agenda. Con suerte, la sociedad terminará por despertar. Están dormidos, todos. Atrapados en un sistema que les oprime y les obliga a trabajar y a no hacer preguntas; trabajar, cobrar un mísero sueldo, llegar a final de mes, pagar las facturas y volver a empezar. Esa vida no tiene sentido.

El sistema está corrupto, comenzando por el presidente Carlos Jiménez, y siguiendo por todo su gabinete y los partidos de la oposición. La Seguridad Social ha arruinado a medio país con la estafa piramidal de las pensiones públicas. Los hijos viven hoy peor que los padres. Y la siguiente generación lo tendrá aún más negro. La deuda se acumula. El mundo está mal organizado. Hay riqueza, pero solo para unos pocos. La inmensa mayoría vive cada día un poco peor. La misión que Alba se ha autoimpuesto es la de dinamitar este falso estado de bienestar. La sociedad está anestesiada, y ella, enferma terminal, es la única cura que le queda a España.

Su guardaespaldas aún no se ha retirado de su lado. Alba Quiroga reacciona, mortalmente cansada. Un hilo de sangre escapa a través de su oreja derecha, procedente del interior de su oído.

—No siempre se puede ganar —dice, en un susurro—. Tengo sueño, Sebas. Necesito dormir.

El guardaespaldas, un gigante de más de dos metros, ex boxeador, se apiada de su jefa. Por algún extraño motivo, se ha establecido un poderoso vínculo entre los dos. Él, un pobre diablo, otrora famoso, ignorante y medio estúpido a consecuencia de los golpes que ha recibido en la cabeza; y ella, una de las personas más inteligentes del planeta, frágil y vulnerable. Un ángel caído en desgracia.

Sebas se arrodilla y, con sus grandes brazos, se lleva a su jefa en volandas. Ella intenta aferrarse a su cuello, pero apenas tiene fuerzas. Con delicadeza, Sebas la deposita en el sarcófago y avisa a su equipo médico, que no tarda en llegar. Le limpian la sangre y las hemorragias, le hacen un chequeo rápido y la acuestan.

—Puedes irte ya, Sebas —le transmite el doctor jefe—, nosotros nos encargamos.

Sebas pestaña y, tras un último vistazo, abandona la habitación de Alba Quiroga, deseándole buenas noches y rezando por su alma.

«Oh, Dios, apiádate de Alba...».

Alba, en un febril duermevela, sueña con imágenes apocalípticas: con la muerte del presidente del Gobierno, Carlos Jiménez; y, también, con el asesinato del rey, Carlos V de Habsburgo; y con el hundimiento de la bolsa hasta niveles de hace cincuenta años; y con la explosión del Parlamento y el derrumbamiento del Senado y la implosión de Hacienda... Con el colapso de España, en definitiva. Con todo el caos que tiene pendiente provocar. Entre las imágenes del apocalipsis, una esperanza surge de las profundidades de su intelecto, como una

nana invitándola a relajarse: mañana será un día mejor.

«Sí, Alba», se dice a sí misma, en un estado de semiinconsciencia. «Mañana retomarás tu agenda y traerás el caos a este país. Y será un día mejor que hoy, y que ayer. Será un día, definitivamente, mejor para todos...».

¡Gracias!

Gracias por leer *Asesinato en la realeza*. Espero que hayas disfrutado de su lectura y que te haya enganchado hasta el final. Un final que, como ves, no es más que el comienzo de una serie, protagonizada por Julia Báez, por supuesto, y secundada por Héctor Aldana, Ximena Aranda y ese tal Gael Molina del que por el momento poco sabemos.

Asesinato en la realeza es mi primera novela, pero no será la última. Dentro de unos meses llegará su continuación. Si deseas estar al día de mis publicaciones, te invito a apuntarte a mi *newsletter* (es gratuita y apenas envío emails). Además, decirte que estoy escribiendo un relato al que solo podrás acceder si estás suscrito, con este sugerente título: *El día que Julia Báez salvó al presidente del Gobierno*. Así que, ¡anímate! Puedes hacerlo a través de [este enlace](#).

Por lo demás, te agradecería enormemente que, si has disfrutado de la novela, dejaras una valoración o una breve reseña en Amazon o en cualquier otro lugar de la Red. Son esenciales para darme a conocer y llegar a más lectores. De esa forma, será más fácil que produzca libros como el que acabas de leer. Lo puedes hacer a través de [este enlace](#).

Para cualquier cosa que gustes, esta es mi dirección de correo electrónico:

hola@carloscorreaspolo.com

Y esta es mi web:

www.carloscorreaspolo.com

Estaré encantado de responder cualquier consulta que me plantees. ¿Qué te ha parecido la novela? ¿Te ha gustado? ¿Cuál ha sido tu personaje favorito y por qué? Si dudas entre escribirme y no hacerlo, te animo a que lo hagas. No soy una I.A., sino un ser humano de carne y hueso, ¡y me haría mucha ilusión leerte!

Es hora de despedirse, tú decides si para siempre o solo momentáneamente. Tengo muchos proyectos en mente, así que no me entretengo más y me pongo manos a la obra con ellos.

Hasta entonces, ¡mil gracias por tu apoyo!

Carlos

Próximamente...

Julia Báez y la División 33 volverán, y lo harán en un caso todavía más retorcido y peligroso...

La hija de una influyente banquera ha sido secuestrada. Un despiadado escuadrón de combate se encuentra detrás. Además, unos documentos comprometedores han desaparecido; documentos que el Gobierno, con razón, teme que se hagan públicos.

Solo un equipo de trabajo puede hacerse cargo de la investigación: la División 33.

O, lo que es lo mismo: Julia Báez, Héctor Aldana, Ximena Aranda, y, por primera vez, Gael Molina.

No te pierdas *El secuestro de la hija de la banquera*, el nuevo caso de la inspectora Julia Báez.

Próximamente (2025) a la venta.

¿Quieres que te avise cuando publique la novela? Suscríbete a mi *newsletter* gratuita para estar al tanto de todo a través de [este enlace](#).

Sobre el autor

Carlos Correas Polo (Madrid, 1987) es licenciado y doctor en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid. *Asesinato en la realeza* es su primera novela, un *thriller* intenso y retorcido, con pequeñas dosis de humor y mucha acción, y con una pareja de investigadores nada convencional; ella, Julia Báez, es una inspectora brillante y con unas cualidades innatas para resolver crímenes, pero incapaz de gestionar sus emociones y víctima de un terrible trauma vital; y él, Héctor Aldana, es un espía legendario venido a menos, solitario y que sufre de una cojera crónica. Juntos, resolverán los casos más delicados desde la División 33, una unidad operativa del servicio secreto español (CNI). *Asesinato en la realeza* es solo el comienzo. Para estar al día de todas sus novedades, no dudes en apuntarte a su *newsletter* gratuita. También puedes contactar con él a través de su correo electrónico (hola@carloscorreaspolo.com) o de su página web, www.carloscorreaspolo.com.

Bibliografía del autor

Novelas:

Serie Inspectora Julia Báez:

1. *Asesinato en la realeza* (2024)
1. *El secuestro de la hija de la banquera* (próximamente: 2025)